

REFORMA ACADÉMICA DEL NIVEL MEDIO SUPERIOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Secretaría Académica

M8

Texto
y
Guía del Alumno

ESPAÑOL, PRIMERA EDICION 1995

E

U A N I
Es pa ñ o I
PRIMERA PARTE

PC4410
U530
1995
v. 8
pte. 1

0120-32060

PC4410

U530

1995

v. 8

pte. 1



1020124190



UNANIL

ESPAÑOL
MÓDULO VIII
Primera parte

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

COMITÉ DE ESPAÑOL

- Lic. Delia Cristina Hinojosa Vielmeg
- Lic. María del Carmen Roque Segovia
- Lic. Socorro Imelda Balderas Puente
- Lic. Hermelinda Nava Ramírez
- Lic. Celia Nora Salazar Garza



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Asesor:

Lic. Fidel Chávez Pérez

Marzo, 1995



FONDO
UNIVERSITARIO

0120-32060

PC4410

U530

1995

v. 8

pte. 1



1020124190



UANL

ESPAÑOL
MÓDULO VIII
Primera parte

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

COMITÉ DE ESPAÑOL

- Lic. Delia Cristina Hinojosa Vielmeg
- Lic. María del Carmen Roque Segovia
- Lic. Socorro Imelda Balderas Puente
- Lic. Hermelinda Nava Ramírez
- Lic. Celia Nora Salazar Garza



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Asesor:

Lic. Fidel Chávez Pérez

Marzo, 1995



FONDO
UNIVERSITARIO

INDICE

Introducción	4
Unidad 1	
La variable sociedad en el texto literario	6
La sociedad, origen y características	8
La sociedad y sus instituciones	8
La sociedad en el texto literario	10
"La ley de la vida" (Jack London)	11
"Paisaje con bicicleta" (Curzio Malaparte)	15
"Minué" (Guy de Maupassant)	17
"Campamento indio" (Ernest Hemingway)	21
"Dedicado al mar Egeo" (Masuo Ikeda)	28
Los escritores y la sociedad	29
Identificación de la variable sociedad en la obra literaria	33
Estrategia para "Dos metros de tierra", de Nadine Gordimer	34
Estrategia para "Mi último reloj de oro macizo", de Tennessee Williams	36
Estrategia de comparación	37
Otras sugerencias de comparación	38
Algunos ejemplos de respuestas de "Dos metros de tierra", de Nadine Gordimer	38
"Dos metros de tierra" (Nadine Gordimer)	45
"Mi último reloj de oro macizo" (Tennessee Williams)	54
Unidad 2	
La variable historia en el texto literario	62
Introducción	64
El hecho histórico	64
Macrohistoria y Microhistoria	66
Formas de interpretar la historia	69
Determinación de la variable historia en el texto literario	74
Tematología. Tema: La guerra	77
Estrategias de lectoescritura	
1) "Esperando la muerte en un hotel" (Italo Calvino)	78
2) "El Cantar de Roldán" (Anónimo)	81
Comparación	83
"Esperando la muerte en un hotel" (Italo Calvino)	84
"El Cantar de Roldán" (Anónimo)	89
Lecturas complementarias	
"La sociedad feudal y la Edad Media"	165
"Crítica de la historia pragmática"	167
Bibliografía	172

Introducción

En el Curso 5, Español 3, tuviste la oportunidad de estudiar la obra literaria en sus aspectos axiológico, realista, los niveles de ficción y algunos rasgos del lenguaje literario a través de obras breves, con una selección de textos enfocados hacia autores hispanoamericanos y sobre todo nuevoleonenses.

En el Curso 8, Español 4, nos aproximaremos a obras literarias de la literatura mundial y de mayor extensión en un esfuerzo por ofrecer una visión más completa de esta expresión del hombre. Como resultaría muy difícil en un módulo de cuarenta horas cubrir toda la literatura mundial, se estudiarán tanto autores del pasado como del presente, pero sin ceñirnos a un género específico y sin tratar de cubrir toda la historia de la literatura mundial, lo que resultaría imposible.

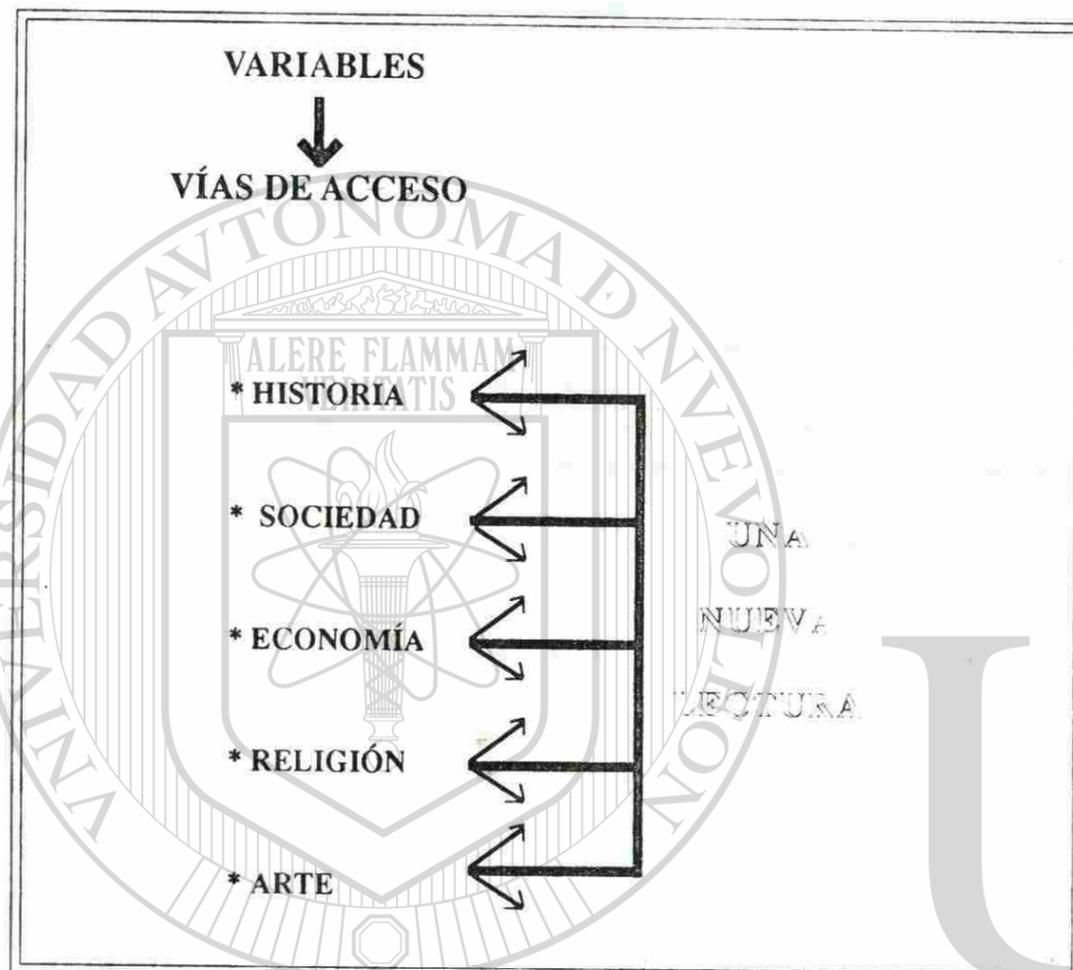
La aproximación al texto literario puede hacerse de diversas maneras. Las más utilizadas en el nivel medio superior durante los últimos treinta años han sido las circunscritas a la historia de la literatura, donde se ven sólo fragmentos, la de los géneros literarios, de las escuelas y corrientes artísticas o vanguardismos, aunque hay muchas otras formas de analizar el texto literario.

La metodología que proponemos supone la lectura de textos literarios que tratan un tema determinado y que se sitúan en diferentes contextos histórico-culturales. Para aproximarnos a estas obras se realizará una lectura orientada a hacer explícitos algunos contenidos, en el marco de diferentes disciplinas humanas tales como la historia, la sociología, la economía, la religión y por supuesto la estética.

Las disciplinas mencionadas serán consideradas como el fundamento teórico de las variables que contribuirán a explicitar la interpretación del texto y el diverso tratamiento que un mismo tema puede presentar en diferentes épocas y sociedades.

La metodología propuesta supone dos ejes: las variables y la tematología.®

Las variables seleccionadas son: la sociedad, la historia, la economía, la religión y el arte. Aparte de los marcos teóricos de las disciplinas a las que pertenecen las variables, éstas se remiten a la metodología de procesos, en donde es importante el producto, pero lo es tal vez más el proceso que se desarrolló para obtenerlo. Las variables son vías de acceso para la lectura del texto, un mismo texto puede explicarse de diferentes maneras de acuerdo con la variable seleccionada, ya que ésta permite distinguir las características de la obra estudiada para posteriormente compararla y contrastarla con otra obra de diferente época.



Al aplicar la variable en una obra determinada la atención se centra en los aspectos que cubre dicha variable, si es historia o religión, por ejemplo, la lectura se amplía ya que hay la necesidad de realizar procesos de investigación y así se tiene una lectura distinta y más completa.

Una lectura por variables permite una lectura interdisciplinaria, además de promover la investigación. Cada variable nos permite pensar en un aspecto diferente del texto, permite organizar la observación, guiar el proceso de comparación y el establecimiento de las relaciones; es la base para la identificación de las características generales y particulares del texto.

El otro eje es el temático que tiene sus raíces en algunos aspectos de la literatura comparada. Esta propuesta nos permitirá acercarnos a los textos literarios a partir de los temas que tratan, mismos que pueden aparecer en obras de diferentes épocas históricas en el contexto de la literatura mundial.

ENFOQUE TEMATOLÓGICO (Literatura comparada)

↓

Desplazamiento por épocas,
autores
estilos
a partir de un tema

- ↓
- * Comparar
 - * Analizar
 - * Argumentar
 - * Desarrollar el juicio crítico

La temología propone seleccionar un tema dado para estudiarlo en una obra literaria actual o lo más cercano posible a nuestro tiempo. Posteriormente se estudiará el mismo tema en una obra antigua, puede ser del Renacimiento, Edad Media, o simplemente de una época diferente a la de la obra literaria moderna y de ser posible de origen y nacionalidad distintos. De esta manera el estudiante se desplazará en una línea diacrónica en la historia, pues leerá obras de diferentes épocas. Después de analizarlas, volverá a las variables. La obra literaria estudiada de esta forma permite una lectura de ampliación, que promueve una comprensión más profunda del texto, una manera más dinámica de desarrollo, propicia la investigación interdisciplinaria, es un punto de partida para la reflexión del estudiante y permite también que éste relacione lo estudiado con su situación actual.

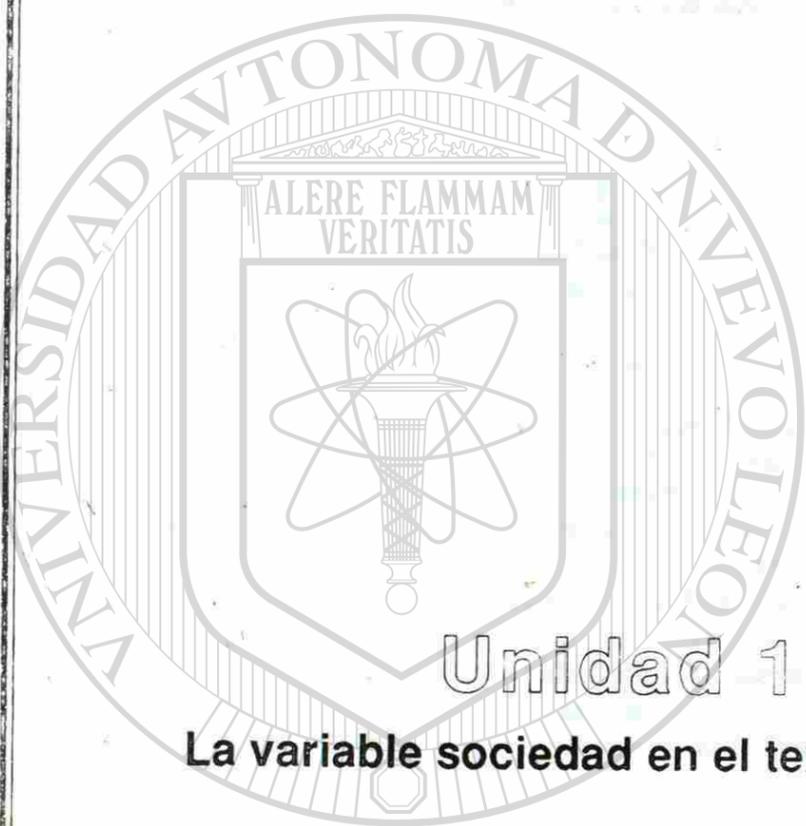
Creemos que esta propuesta de estudio contribuirá a la formación integral del estudiante en sus aspectos intelectual, social y profesional, ya que en todo momento podrá externar juicios críticos respecto a los temas analizados y promoverá la puesta en práctica de los valores propuestos en el Módulo 5 de Español: defender su punto de vista con argumentaciones, externando sus opiniones en una forma lógica y bien fundamentada. De esta manera estamos seguros que los estudiantes serán más críticos y analíticos, además de estar más comprometidos con su entorno social y mundial.

COMITÉ DE ESPAÑOL

Lic. Della Cristina Hinojosa Vielmeq
Lic. María del Carmen Roque Segovia
Lic. Socorro Imelda Balderas Puente
Lic. Hermelinda Nava Ramírez
Lic. Celia Nora Salazar Garza

Asesor:

Lic. Fidel Chávez Pérez



La variable sociedad en el texto literario

LA VARIABLE SOCIEDAD EN EL TEXTO LITERARIO

OBJETIVOS:

Que el alumno:

- Explique la variable sociedad, a partir de definiciones generales.
- Distinga en los textos literarios los conceptos de familia, estado, iglesia y cultura como conceptos macrosociales básicos.
- Identifique la variable sociedad y las instituciones microsociales en textos literarios.
- Confronte los elementos básicos de la sociedad de diferentes épocas.
- Compare un tema dado según su desarrollo en obras literarias de diferentes épocas utilizados en los textos literarios.
- Investigue en libros de consulta las instituciones microsociales y macrosociales mencionadas en la obra literaria.
- Valore a la lectura interdisciplinaria como un mejor método para la comprensión de la obra literaria.
- Interprete denotativa y connotativamente el texto literario.
- Elabore un comentario donde utilice la información investigada en relación con la obra literaria.
- Relacione los temas estudiados con su realidad.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA SOCIEDAD: ORIGEN Y CARACTERÍSTICAS

Al observar nuestro planeta nos maravillamos ante las diversas manifestaciones de la naturaleza, la evolución de las especies se ha desarrollado durante millones de años y al estudiarla se puede aseverar que el fundamento natural de la sociedad es biológico: el hecho de la reproducción de las especies.

El aspecto biológico dio origen a la conformación de la familia y las necesidades que surgieron de la interacción del grupo familiar fueron la supervivencia manifestada a través de actitudes defensivas y protectoras de las crías y del grupo, además de su manutención.

En este devenir de las especies, cabe hacer la distinción entre los animales y el "homo sapiens". Las agrupaciones de animales que pudieran considerarse como sociedades realizan sus funciones por instinto; si se observa su estructura como sociedad animal se puede constatar que no hay un gran cambio entre las hormigas de hace varios siglos y las actuales. En cambio el hombre se agrupa solamente con fines de reproducción y en su evolución ha sufrido cambios notables, como por ejemplo el caminar de manera erecta, o el de cambiar sus funciones de cazador nómada en agricultor sedentario. Las agrupaciones animales por lo general tienen como meta la reproducción biológica, las sociedades humanas añaden a este anhelo el de otros intereses entre los que se pueden mencionar el religioso, el artístico y la expresión de sus deseos y pensamientos mediante el lenguaje articulado.

En la evolución de la especie humana, hubo la necesidad de formular leyes que rigieran la conducta de los individuos y del grupo, es así como surgió la idea de ESTADO que controla las normas jurídicas, políticas y económicas.

LA SOCIEDAD Y SUS INSTITUCIONES

La sociedad es una complicada red de contactos humanos que oscilan desde el grupo mínimo que es conformado por la pareja matrimonial, hasta la sociedad de las naciones que se preocupan por la paz, el progreso y la estabilidad mundiales.

Para facilitar el estudio de la sociedad llamaremos macrosociales a los conceptos que engloban en su seno la interacción y el rol que desempeñan los hombres según los intereses del grupo. Los conceptos macrosociales básicos son: LA FAMILIA, EL ESTADO, LA IGLESIA Y LA CULTURA. Los aspectos microsociales son los que se desarrollan dentro del ámbito macrosocial.

La familia se manifiesta de diferentes formas, dos muy repetidas a lo largo de la historia son: el monogamia, que como su etimología lo dice, el lazo familiar une a la pareja conformada por dos cónyuges y su atención e interés está destinado solamente a un individuo y por otra parte, la poligamia, que establece la relación de un hombre con varias mujeres o viceversa. En la familia monogámica, que es la imperante en la sociedad occidental, se circunscribe un entramado de relaciones de parentesco: bisabuelos, abuelos, padres, hijos, nietos, bisnietos, hermanos, tíos, primos, sobrinos y las relaciones políticas que conllevan nuera, yerno, entre otras. El concepto macrosocial es la familia y los microsociales el tipo de familia, la manera en que está integrada, las relaciones de parentesco por línea directa o política, el divorcio y sus implicaciones, la viudez, las madres solteras, entre muchos aspectos más.

Otra de las instituciones sociales básicas es el estado, que puede haber llevado numerosos nombres a lo largo de la historia humana como son: reino, feudo, emirato, república. Cada uno de estos nombres conlleva formas de relación, organización y características especiales. El concepto de estado es el encargado de organizar sus componentes, en primera instancia el sistema político que rige el desarrollo y determina por lo general al sistema económico y al sistema educativo. Un elemento muy importante en la estructuración del estado lo es la LEY, que determina cuáles son las funciones permitidas en la sociedad y en que circunstancias puede sancionar y castigar a los individuos que no observen las normas legales, políticas, económicas y educativas. El estado regula también el sistema militar, que tiene a su cargo la protección de la sociedad y de sus dirigentes. El concepto macrosocial es el estado y los microsociales los sistemas que lo componen: político, militar, económico, educativo y las leyes que los rigen.

La Iglesia es una institución fundamental en la conformación de algunas sociedades, permite las actividades religiosas que encauzan las inquietudes e intereses espirituales del ser humano. LA RELIGION se ha manifestado de muy diversas maneras, pero citaremos dos formas que han destacado a lo largo de la historia: la monoteísta y la politeísta.

Un ejemplo de esta última es la religión griega antigua que implica la existencia de numerosos dioses divididos en mayores y menores, el padre de todos ellos es Zeus. Como ejemplo de religión monoteísta está el cristianismo, que se ha difundido mediante sus diferentes formas: catolicismo y protestantismo entre otras. La religión, por una parte explica el origen del hombre y el sentido de la existencia, y por otra es el punto de partida para las normas morales del grupo humano donde surgió. Aunque esto último no ocurre siempre porque en ciertos grupos humanos la moral es de origen laico. El concepto macrosocial es la iglesia, el microsociales es el tipo de religión y sus costumbres o las manifestaciones de tipo moral.

La cultura es una institución macrosocial que constituye el resumen de todas las actividades humanas en una sociedad, abarca las formas microsociales desde las más sofisticadas como el ARTE, hasta las de distribución del trabajo, la manera de determinar la propiedad -privada o colectiva-, el tipo de educación, y las costumbres -manera de vestirse, adornarse, de mirar, de tocarse, de hablar-. La cultura se manifiesta también en algo tan cotidiano como la alimentación, por ello a lo largo de la historia y de acuerdo con los alimentos básicos utilizados por el pueblo se ha hablado de la cultura del trigo -pueblos europeos-, la cultura del arroz -pueblos asiáticos- y la cultura del maíz -pueblos americanos-.

A través de las instituciones sociales como el matrimonio y la familia, confluyen aspectos religiosos, civiles, morales, socioeconómicos, sentimentales e incluso raciales.

La humanidad en todo el mundo es una unidad biológica, las diferencias existentes entre los diversos estados o países son culturales: costumbres, creencias, normas legales, creaciones artísticas. No obstante la unidad biológica, existe una diferencia fundamental entre los seres humanos, la BAZA, que se basa en las características de la forma y color de la piel, cabello y ojos, la forma y tamaño de la cabeza, cuerpo y extremidades; el factor racial es un aspecto que origina numerosos conflictos sociales, como el sistema de castas en la India, el concepto de razas superiores -aria- y razas inferiores -negros, indígenas- y el fenómeno de la esclavitud humana.

Al evolucionar el hombre y la sociedad, se realiza un progreso por etapas que señalan el triunfo del hombre sobre la naturaleza y el dominio de su medio ambiente. Al estudiar la evolución del ser

humano se repasa también la evolución de la sociedad, que como institución puede definirse así:

La sociedad es una comunidad integrada por seres humanos que manifiestan entre sí relaciones complejas promovidas por intereses diversos.

Las características esenciales de las sociedades son:

- Tener voluntad de vivir en grupo
- Poseer intereses comunes
- Proporcionar servicio recíproco

La sociología es la ciencia que estudia a la sociedad en su conjunto, sus características y sus problemas. Aunque desde tiempos remotos autores como Platón y Aristóteles ya planteaban la descripción de la sociedad, el estudio de esta institución a través de la sociología aparece en el siglo XIX. La producción y evolución de los sistemas sociales han sido estudiadas por diferentes teóricos que se mencionan a continuación.

Teorías evolucionistas primarias: August Comte, Ferdinand Tönnies, Herbert Spencer. Teoría evolucionista durkheimiana. Teoría evolucionista marxiana. Neoevolucionismo de Talcott Parsons entre otros.

Cada uno de los autores mencionados postula una teoría con aspectos comunes a las otras pero también con propuestas específicas que son las que hacen constituirse en un nuevo modelo de evolucionismo.

La evolución de la naturaleza y del universo se da en forma progresiva, constante, debe circunscribirse al hombre dentro de la naturaleza, no fuera de ella, de otra manera no formaría parte de esa progresión, de ese cambio. En la evolución de las especies ocurren cambios biológicos y psicológicos, en ocasiones es el medio -el clima, la geografía entre otros- el que origina esos cambios causa la desaparición de algunas especies e impone patrones de conducta entre los supervivientes. Cabe señalar que la especie que ha transformado drásticamente el medio ambiente donde habita es el ser humano, en algunas ocasiones para mejorar, pero en muchas otras actúa como depredador de su planeta, causando de esta manera su propia destrucción.

LA SOCIEDAD EN EL TEXTO LITERARIO

Una de las manifestaciones culturales más antiguas lo es la obra literaria, tanto en oriente -China, India- como en occidente -Grecia, Roma- se pueden encontrar expresiones orales y escritas que demuestran su existencia.

Cada obra literaria, por muy irreal o fantástica que parezca, remite al ser humano y a las circunstancias que lo rodean que, a su vez, reflejan el propósito de su autor y en ocasiones de la época a la que representan ambos. No siempre la obra refleja la época a la que pertenece el escritor o la sociedad a la que pertenece, como ejemplo se presenta el cuento "La ley de la vida" de Jack London (1876-1916) famoso escritor norteamericano que relata en su texto las costumbres primitivas de los hombres que habitan en Yukon.

La ley de la vida

Jack London

El viejo Koskoosh escuchaba ávidamente. Aunque hacía tiempo que su vista se había debilitado, su oído seguía siendo agudo, y hasta el más ligero de los sonidos penetraba en la inteligencia vacilante que aún moraba tras la frente marchita, pero que ya no miraba a futuro las cosas del mundo. ¡Ah! Ésa era Sit-cum-to-ha maldiciendo con voz chillona a los perros mientras a manotazos y golpes los hacía entrar en los ameses. Sit-cum-to-ha era la hija de su hija, pero estaba demasiado ocupada para desperdiciar un pensamiento en su desmoronado abuelo, sentado allí solo en la nieve, olvidado e inerte. Era necesario levantar el campamento. La larga senda aguardaba a la vez que el corto día se rehusaba a quedarse. La vida la llamaba, y los deberes de la vida, y no la muerte. Y él estaba muy próximo ya a la muerte.

El pensamiento hizo que el anciano tuviera pánico por un momento, y estiraba una mano insegura que exploró temblorosa el montoncito de leña seca que él tenía al lado. Tranquilizada de que en verdad lo tenía allí, la mano regresó al abrigo de las pieles samosas, y él volvió a escuchar. El chasquido murrio de las pieles semicongeladas indicaba que habían golpeado el alojamiento de piel de alce del jefe, y que incluso ya lo doblaban y apretaban en un bulto portátil. El jefe era su hijo, fornido y vigoroso, cabeza de la tribu y un cazador poderoso. Mientras las mujeres se afanaban con el equipaje del campamento, la voz de él se elevó, reprendiéndolas por su lentitud. El viejo Koskoosh tensó sus oídos. Era la última vez que la oiría. ¡Ya desmontaban la vivienda de Geehowh! ¡Y la de Tusken! Siete, ocho, nueve; sólo podía estar de pie la del shamán. ¡Y ahora ésta! Ya se dedicaban a ella. Oyó al shamán gruñir mientras la apilaban en el trineo. Un niño gimoteó, y una mujer lo calmó con sonidos guturales suaves y melódicos. El pequeño Koo-tee, pensó el anciano, un niño inquieto y no lo bastante fuerte. Tal vez pronto moriría y tras derretir un agujero en la tundra helada amontonarían piedras encima para mantener alejados a los glotones. Bueno ¿qué importancia tenía? Unos cuantos años a lo mejor de los casos, y en todos ellos la barriga igual llena que vacía. Y al final esperaba la Muerte, siempre hambrienta y la más hambrienta de todos.

¿Qué era eso? Ah, los hombres atando los trineos y atirantando las correas. Así escuchó quien ya no oiría más. Los látigos gruñeron y mordieron entre los perros. ¡Oiganlos gemir! ¡Cómo odiaban el trabajo y la senda! ¡Partían! Uno tras otro los trineos desaparecieron lentamente en el silencio. Se habían ido. Salfan de su vida y se enfrentó solo a la amarga hora última. No. La nieve crujió bajo un mocasín; un hombre estaba a su lado; sobre su cabeza se posó con suavidad una mano. Era bondadoso de su hijo al hacer esto. Recordó otros ancianos cuyos hijos no habían esperado tras irse la tribu. Pero su hijo sí. Se perdió en el pasado, hasta que la voz del joven lo trajo de vuelta.

-¿Todo bien con usted?-preguntó.

Y el anciano respondió: "Todo bien".

-Hay leña a su lado -continuó el joven-, y el fuego arde vivo. La mañana está gris y ha comenzado el frío. Pronto nevará. Incluso ya comenzó a nevar.

- Así es, ya comenzó a nevar.

- Los tribefios tienen prisa. Sus fardos son pesados y sus estómagos están planos por falta

de comida. El camino es largo y viajan rápido. Me voy. ¿Es justo?

- Es justo. Soy como una hoja del año anterior, que apenas se sostiene del tallo. La primera brisa que sopla, y caigo. Mi voz parece ya la de una anciana. Mis ojos no señalan ya la ruta a mis pies, y mis pies están pesados y yo cansado. Es justo.

Inclinó la cabeza satisfecho hasta que el último ruido de la nieve quejumbrosa hubo muerto, y supo que su hijo estaba más allá de todo llamado. Entonces su mano se arrastró con prisa hasta la leña. Era lo único que se interponía entre él y la eternidad que abría la boca por encima de él. Al fin, la medida de su vida era aquel puñado de ramas. Una a una irían a alimentar el fuego y justo así, paso a paso, la muerte se acercaría a hurtadillas. Cuando la última rama rindiera su calor, la helada comenzaría a ganar en fuerza. Primero se rendirían los pies, luego las manos, y el entumecimiento pasaría, con lentitud, de las extremidades al cuerpo. La cabeza se abatiría sobre las rodillas, y él descansaría. Era fácil. Todos los hombres han de morir.

No se quejó. Así era la vida, y era justa. Había nacido cerca de la tierra, cerca de la tierra había vivido, y portanto la ley no le era nueva. Era la ley de todo cuerpo. La naturaleza no se mostraba amable con la carne. Ninguna preocupación tenía por esa cosa concreta llamada el individuo. Su interés estaba en la especie, en la raza. Era la abstracción más profunda que podía captar la mente bárbara de Koskoosh, pero se asió de ella firmemente. La veía ejemplificada en toda vida. El nacimiento de la savia, el verdor estallante del sauce al florecer. La caída de la hoja amarilla, allí quedaba expresada toda la historia. Pero la Naturaleza sí imponía una tarea al individuo. De no cumplirla, moriría. Si la cumplía, daba igual, pues también moría. A la naturaleza no le importaba, pues abundaban los que eran obedientes, y en este caso era la obediencia, y no el obediente, lo que vivía y vivía para siempre. La tribu de Koskoosh era muy antigua. Los ancianos que conoció de muchacho habían conocido ancianos anteriores a ellos. Por tanto, era cierto que la tribu vivía, que se conservaba por la obediencia de sus miembros, hasta perderse en el ayer olvidado, miembros cuyas tumbas nadie recordaba. No contaban, eran episodios. Habían desaparecido como nubes en un cielo de verano. También él era un episodio y desaparecía. La naturaleza no se interesaba. A la vida le imponía una tarea, le daba una ley. Perpetuarse era la tarea de la vida, y su ley la muerte. Una doncella era una criatura buena de ver, con los pechos plenos y firmes, el paso elástico y luminosos los ojos. Pero su tarea estaba por delante. La luz brillantada en los ojos, el paso avivado, se mostraba con los muchachos ahora atrevida y después tímida, y les transmitía la inquietud que ella sentía. Y cada vez era más bella y más bella de mirar, hasta que algún cazador, incapaz de contenerse, la llevaba a su vivienda para que cocinara y trabajara para él y fuera la madre de sus hijos. Y con la llegada de los vástagos perdía la belleza. Sus miembros se arrastraban y movían penosamente, tenía los ojos opacados y lagafiosos, y sólo los pequeños hallaban contento en apoyarse en las mejillas rugosas de la anciana sentada junto al fuego. La tarea estaba cumplida. Sólo un breve tiempo y al primer apretón del hambre o ante el primer viaje largo, la dejarían atrás, tal como a él lo habían dejado, en la nieve, con un montoncito de leña. Ésa era la ley.

Acomodó cuidadosamente una rama en el fuego y reanudó sus meditaciones. Lo mismo ocurría en todos los sitios, con todas las cosas. Los mosquitos desaparecían en la primera helada. La ardilla de los árboles se apartaba para morir. Cuando la vejez llegaba al conejo, éste era lento y pesado y no podía ya adelantarse a sus enemigos. Incluso el enorme oso terminaba en torpe y ciego y peleonero y, al final, lo derribaba un puñado de perros gañidores. Recordó cómo un invierno, el invierno anterior a que el misionero viniera con sus libros parlantes y su caja de medicinas, él había abandonado a su padre en la parte norte del Klondike. Muchas veces había chascado Koskoosh los labios al recordar aquella caja, aunque ahora su boca se rehusaba a humedecerse. Fue en especial

sabroso el "matadolores". Pero a fin de cuentas el misionero fue una molestia, porque no traía carne al campamento, y comía con apetito, haciendo gruñir a los cazadores. Pero se le congelaron los pulmones en la divisoria del Mayo, y más tarde los perros quitaron las piedras y se pelearon por los huesos.

Koskoosh colocó otra rama en el fuego y exploró mucho más en el fondo del pasado. Hubo aquella época de gran hambre, cuando los ancianos acuchillados junto al fuego, con los estómagos vacíos, dejaban caer de los labios imprecisas tradiciones venidas de días remotos, cuando el Yukón fluyó por tres inviernos y luego se congeló por tres veranos. Había perdido a su madre en aquella hambre. En el verano no aparecieron los salmones, y la tribu comenzó a esperar el invierno y la llegada de los caribúes. Y luego llegó el invierno, pero no los caribúes. Nunca se había visto nada semejante, ni siquiera en la existencia de los ancianos. Pero el caribú no vino, y era el séptimo año, y los conejos no se habían reproducido y los perros no eran sino costales de huesos. Y a lo largo de aquella larga oscuridad los niños lloraban y morían y las mujeres también, y los ancianos; y en la tribu ni uno de cada diez vivió para ver el sol cuando volvió en la primavera. ¡Aquella fue hambre!

Pero también había conocido épocas de abundancia, cuando la carne se echaba a perder en las manos, los perros estaban gordos y para nada servían de tanto comer; épocas en que dejaban ir la caza sin matarla, las mujeres eran fértiles y las viviendas estaban atiborradas de hombrillos y mujercitas que andaban a gatas. Fue entonces que les creció el estómago a los hombres, y revivieron viejas rencillas, y cruzaron la frontera del sur para meter pellicies, y la del oeste para poder sentarse en los fuegos apagados de los tananas. Recordó que el muchacho, durante una época de abundancia, vio a un alce derribado por unos lobos. Zing-ha, yacía con él en la nieve y observaba; Zin-ha, que después sería el más experto de los cazadores y que, al final, cayó por un respiradero del Yukón. Lo encontraron, un mes más tarde, congelado en el hielo cuando a medias había salido arrastrándose.

Pero aquel alce. Zin-ha y él salieron aquel día y jugaron a ser cazadores, a imitación de sus padres. En el lecho del arroyo descubrieron el rastro reciente de un alce, y también las huellas de muchos lobos. "Un alce viejo", dijo Zing-ha, quien era más vivo en leer las señales, "un alce viejo que no puede mantenerse al paso del rebaño. Los lobos lo separaron de los demás, y ya no lo dejarán en paz". Y así fue. Era su costumbre. De día y de noche, sin descanso, gruñendo cerca de sus pezuñas, lanzándole mordiscos al hocico, estarían junto a él hasta el final. ¡Cómo se avivó en Zing-ha y en él el ansia por la sangre! ¡El final sería algo digno de ver!

Con pies impacientes se supieron en la senda e incluso él, Koskoosh, lento de vista y rastreador inexperto, podía haberla seguido a ciegas, de tan ancha que era. Cómo iban próximos a la caza, leyendo a cada paso la torva tragedia, recién escrita. Llegaron entonces a donde el alce había presentado resistencia. En toda dirección, tres veces el largo del cuerpo de un hombre adulto, habían pisoteado y removido la nieve. En medio, las huellas profundas de los cascos hendidos de la caza, y todo alrededor las huellas más ligeras de los lobos. Algunos, mientras sus hermanos acosaban a la presa, habían quedado a un lado, descansando. El molde de sus cuerpos totalmente tendidos era tan perfecto en la nieve como si hecho el momento anterior. Un lobo fue sorprendido en una embestida violenta de la víctima enloquecida y pisoteado hasta la muerte. Unos cuantos huesos, quebrados, eran testimonio de lo ocurrido.

Una vez más, detuvieron el movimiento de sus raquetas de nieve en un segundo punto. Aquí, el gran animal había luchado desesperadamente. Dos veces lo habían derribado, como lo atestiguaba la nieve, y dos veces se había librado de sus asaltantes y puesto de pie una vez más. Había terminado su tarea mucho tiempo atrás, y no obstante amaba la vida. Zing-ha dijo que era un caso extraño; que una vez derribado un alce volviera a levantarse, pero éste de seguro lo había hecho. El

shamán encontraría señales y motivos de admiración en esto cuando se lo contarán.

Y una vez más llegaron donde el alce había intentado subir por la ribera y alcanzar el bosque. Pero sus enemigos habían descargado golpes desde atrás, hasta que él reculó y cayó sobre ellos, aplastando a dos hasta dejarlos enterrados en la nieve. Se veía con claridad que la muerte estaba cerca, pues sus hermanos los habían abandonado sin tocarlos. Pasaron de prisa dos puntos de resistencia más cercanos en tiempo y muy próximos. Ahora el rastro era rojo, y el paso desembarazado de la gran bestia se volvía torpe y corto. Entonces oyeron los primeros sonidos de la batalla: no el coro a garganta plena de la persecución, sino los ladridos cortos y secos que hablaban de cercanía y de dientes clavados en la carne. Arrastrándose en dirección contraria al viento, Zing-ha se había deslizado por la nieve y a su lado él, Koskoosh, que en años futuros sería jefe de la tribu. Juntos apartaron las ramas inferiores de un abeto joven y miraron. Lo que vieron fue el final.

La imagen, como todas las impresiones de juventud, seguía firme en él, y sus ojos débiles observaron el desenlace tan vívidamente como en aquella época lejana. Koskoosh se asombró de esto, porque en los días que vinieron después, cuando fue caudillo de hombres y cabeza de consejo, había llevado a cabo grandes hechos y vuelto su nombre una maldición en las bocas de los pellics, para nada decir del extraño hombre blanco que mató en lucha franca, cuchillo contra cuchillo.

Por largo tiempo reflexionó sobre los días de su juventud, hasta que el fuego disminuyó y el frío mordió más adentro. Esta vez lo alimentó con dos ramas, y calculó su asidero a la vida por lo que quedaba. Si Sit-cum-to-ha hubiera recordado a su abuelo y reunido una brazada mayor, más numerosas serían sus horas. Habría sido fácil. Pero siempre fue una muchacha descuidada, y no había honrado a sus ancestros desde el momento en que Castor, hijo del hijo de Zing-ha, por primera vez puso los ojos en ella. Sin embargo ¿qué importaba? ¿No había hecho él lo mismo en su inquieta juventud? Por un rato escuchó el silencio. Tal vez el corazón de su hijo se ablandara, y volviera con los perros para llevar a su anciano padre a la tribu, allí donde era numeroso el caribú de grasa abundante.

Esforzó los oídos, su inquieto cerebro tranquilo por el momento. Ni una vibración, nada. Sólo él respirando en medio del gran silencio. Estaba muy solitario. ¡Escucha! ¿Qué es eso? Por su cuerpo pasó un estremecimiento. El aullido familiar e interminable rompió el vacío, y ocurría muy cerca. Entonces en sus ojos apagados se proyectó la visión del alce -del anciano alce-, los flancos desgarrados y los costados ensangrentados, la crin destrozada y los grandes cuernos ramificados abatidos, embistiendo hasta el final. Vio las rápidas formas grises, los ojos destellantes, las lenguas colgando y los colmillos babeantes. Y vio cómo el círculo inexorable se cerraba hasta volverse un punto negro en medio de la nieve pisoteada.

Un morro frío tocó su mejilla, y el contacto hizo que su espíritu saltara al presente. Su mano cayó sobre el fuego y sacó una rama encendida. Vencida momentáneamente por su miedo hereditario al hombre, la bestia retrocedió, lanzando un llamado prolongado a sus hermanos, que respondieron con avidez, hasta que alrededor hubo un anillo gris asechante y de fauces baboseantes. El anciano escuchó cómo el círculo se cerraba. Moviéndose con violencia su tizón, y las oliscadas se volvieron gruñidos; pero las bestias acechantes se rehusaban a dispersarse. Ahora una se arrastraba sobre el pecho, las ancas a remolque, y luego una segunda y una tercera, y jamás ninguna de ellas retrocedía. ¿Por qué afianzarse a la vida?, preguntó, y dejó caer en la nieve la rama flameante que chisporroteó y se apagó. El círculo gruñó inquieto, pero sin ceder. Koskoosh volvió a ver la última resistencia del viejo alce, y dejó caer cansadamente la cabeza sobre las rodillas. Después de todo ¿qué importaba? ¿No era la ley de la vida?

El cuento relata una circunstancia existencial que no pertenece ni a la época ni a la sociedad de su autor, refleja un sentido de la vida en donde los ancianos entienden su edad como el fin lógico y natural, justifican y comprenden el comportamiento de los jóvenes, están dispuestos a dejarles vivir sin culpas o recriminaciones y se dejan morir, en lugar de luchar hasta el último minuto por su vida. Todo lo anterior refleja las costumbres de esa sociedad, considerada primitiva por algunos.

La evolución social que conlleva el cambio y la transformación de los gustos, los intereses y las modas de las diferentes épocas, ha sido utilizado en las obras literarias de numerosos escritores. A continuación se presentan dos cuentos que ejemplifican lo anterior.

"Paisaje con bicicleta", de Curzio Malaparte, escritor italiano (1898-1957).

Paisaje con bicicleta

Curzio Malaparte

Mi padre y mi madre se encontraron por primera vez poco después de 1890, sobre un fondo móvil y variado de sombrillas de sol, de chisteras, de cuellos altos, de árboles, los árboles de las Granjas, y era un domingo de junio, al atardecer. La banda municipal, con bicornios de plumas revoloteantes, instalada en los peldaños de un anfiteatro de madera tocaba lentos vales vieneses, y entre las mesitas y las sillas de hierro, entre los árboles de las avenidas, caminaban ocultas hasta la cintura por los setos de mirtos, las hermosas florentinas, con los brazos enguantados de negro hasta el codo, y la garganta recogida por una alta gorguera de encaje.

Eran mujeres orgullosas y melancólicas. En las venas de los brazos, en el punto donde terminaba el guante de blonda negra y comenzaba sobre la piel blanquísima el reluciente juego de codos, ocultaban collares de conchas rosadas enfiladas en una cinta de terciopelo verde, recuerdo del último verano pasado en Viareggio o en Livorno: era el zumbido marino de aquellas conchas lo que hacía tan musical el latido de sus venas. Unas veces tentadas y otras vencidas por la perezosa caricia de los largos boas blancos enroscados en torno al cuello y a los hombros, con las manos ocultas en manguitos de tul con cintas colgantes, las bellas florentinas caminaban con los ojos cerrados al encuentro de oficiales de altos kepis, con las mangas adornadas con arabescos de plata, con nerviosos y soberbios bigotes, otras casas, otros hombres, otras montañas: pero más recargadas de tintas, más románticas, árboles de grandes copas nocturnas, húmedos valles negros de vegetación, montes cortados de luces y de sombras violentas, cielos removidos por altísimos vientos. El paisaje, en suma, del siglo XVIII fundido con el del XIX: lleno de movimiento romántico, poseído por una naturaleza más selvática y enérgica, que revelaba una moral entregada a las transformaciones repentinas y arbitrarias, a las negaciones y a las afirmaciones categóricas, intransigente en cuanto a las ideas, corrompidísima en cuanto a las costumbres.

Diríase que el paisaje de aquel final del siglo XIX, aun copiando fielmente el antiguo, del cual era hijo legítimo, había tomado de él los perfiles y las formas, pero no los tonos, los colores, los acentos, ni heredado sus maneras, sus perspectivas: como si se hubiera reconciliado con algo que estaba en él y fuera de él, descansado, reposado en las antiguas razones y en los antiguos pretextos, como una riada, que, pasada la primera y terrible furia, se tranquiliza, se adapta nuevamente a las antiguas riberas, al antiguo lecho, corriendo más suave y más clara a medida que se siente más próxima a la desembocadura.

Parecía que la naturaleza se hubiera reconciliado con los hombres. Diríase que en un tiempo se replegaba en sí misma, se apagaba con una ironía un poco cansada, un escepticismo de gran señor, el cinismo de la naturaleza que se contenta consigo misma, que en un fin de sí misma. Pero ahora todo aparecía más humano, más civilizado, como si la naturaleza hubiera aceptado la moral de los hombres.

El ferrocarril, que los grandes duques habían inaugurado con gran derroche de luminarias, de chisteras y de discursos, como si se tratara de una cosa nueva, nunca vista (y en esto llevaban un poco de razón) de una novedad capaz de conmover el siglo, de llevar las luces de la ciencia hasta las aldeas más perdidas y los caseríos más alejados, y tan extraordinaria que a la Toscana le costaría trabajo aceptarla, acostumbrarse a ella, el ferrocarril, digo, había acabado por convertirse, poco a poco, en un elemento familiar del paisaje. A las calesas, a las tartanas, a las diligencias, a los carros, a las carretas, se había sumado el tren. Un vehículo más. El silbido de los trenes arañaba, sin resquebrajarlo, el verde de los campos y la paz de los montes. Aquel pitido, que en un principio había parecido un son extraño, había acabado por convertirse en un sonido como los demás, como el relincho, el mugido, el gruñido, el ladrido. La voz de un animal cualquiera.

Por otros elementos acudían a fundirse poco a poco con el paisaje. En las ventas campestres, en los cafés de provincia, comenzaban a aparecer las primeras gaseosas, los primeros sifones de agua de seltz, y en un rincón, sobre una mesita cubierta por un tapete verde de largas franjas desteñidas, la bocina enorme de los primeros gramófonos. Señales mucho más extraordinarias que el tren, envejeciendo desde hacía tiempo, convertido ahora en un muelle familiar. Y esos eran los indicios de una profunda metamorfosis de naturaleza moral y social, más que mecánica. Denunciaban la aparición de un elemento nuevo no sólo en la técnica, sino en la conciencia de los hombres.

Ya algunos años antes, en 1889, la Torre Eiffel de París había conseguido inquietar los espíritus. Y he aquí que ahora la bicicleta de mi padre, la primera auténtica bicicleta aparecida en Florencia y en Prato, llevaba a lo más profundo del Val di Bisenzio el anuncio de una inquietud, que hasta los más ciegos y los más inconscientes habían sentido oscuramente desde hacía tiempo. Grupos de obreros, de artesanos, de campesinos, se amontonaban con suspicacia en torno a la Phaenomen de mi padre, que explicaba orgulloso su mecanismo. Mi padre era un auténtico pionero, el pionero de una nueva civilización. Había llevado a Prato los primeros telares mecánicos, dedicándose a convertir los carreteros, los artesanos, los campesinos, los ladrones de gallinas, en obreros, y los tejedores a mano en tejedores a máquina. Una empresa dura, y peligrosa. Pero mi padre era fuerte, no temía a nada, domeñaba a los más reacios y a los más revoltosos con la fuerza y con el ejemplo.

Su carácter violento y su voluntad inflexible le procuraban odio y revueltas. ¡Cuánto lo odiaron, antes de quererle! Una mañana le esperaron en una esquina, junto a la panadería de Pacini, justo delante del Fabbricone, y le partieron la cabeza con una maza, de aquellas que utilizaban los picapedreros para partir las losas de piedra. La bicicleta regresó a casa llevada a mano por un dependiente de Pacini. También mi padre, afortunadamente, regresó a casa después de varios meses de hospital y estaba triste y humillado, porque había visto por la calle dos bicicletas más, y aquello le parecía una traición, como si su misión ya hubiera concluido.

La descripción del atuendo de hombres y mujeres y la mención del siglo y año 1889, sitúa al cuento en su época. Además, como el mismo autor lo dice, la aparición de los nuevos vehículos -tren bicicleta- más las otras novedades -gaseosas, sifones y gramófonos, la transformación de campesinos en obreros y la del trabajo realizado a mano sustituido por las máquinas- señalan una profunda metamorfosis moral y social, no solamente mecánica. No obstante su esencia de hombre pionero, se muestra al personaje con virtudes y defectos, estos últimos se refieren a su mal carácter y a su orgullo de poseer la única y primera bicicleta en la ciudad que habita, por lo que se siente humillado al ver que parecen más vehículos iguales al suyo.

En el transcurso de la historia y el devenir humano surgen dos conceptos sociales muy importantes que son la generación y la moda; se puede pertenecer a una sociedad determinada, pero en diez o veinte años las generaciones cambian y las modas también. Guy de Maupassant (1850-1893) escritor francés muestra en su cuento "Minué" un extraordinario poder de observación al describir a los personajes, su vestimenta, y el medio ambiente en el que se mueven, a continuación se transcribe para que realicen su lectura.

Minué

Guy de Maupassant

A Paul Bourget

- Las grandes desdichas no me entristecen -dijo Juan Bridelle, un soltero que pasaba por escéptico-. He visto la guerra muy de cerca, y saltaba sobre los cadáveres sin compadecerme. Las fuertes brutalidades de la naturaleza o de los hombres pueden hacer que lancemos gritos de horror o de indignación, pero no nos dan ese pellizco en el corazón, ese escalofrío que recorre la espalda al ver algunas dolorosas menudencias.

El más violento dolor que se pueda experimentar, es cierto, es la pérdida de un hijo por una madre, y la pérdida de la madre por un hombre. Esto es terrible, violento, trastoma y desgarrador; pero se cura en estas catástrofes como de anchas, profundas heridas sangrientas. Empero, ciertas circunstancias, ciertas cosas entrevistas, adivinadas, algunas penas secretas, algunas perfidias de la suerte, que remueven en nosotros un mundo de dolorosos pensamientos, que entreabren bruscamente ante nosotros la puerta misteriosa de los sufrimientos morales, complicados, incurables, tanto más profundos cuanto más benignos parecen, tanto más agudos cuanto más inaprensibles se antojan, tanto más tenaces cuanto más ficticios aparentan ser, nos dejan en el alma como una estela de tristeza, un sabor de amargura, una sensación de desencanto de la que tardamos mucho tiempo en desembarazarnos.

Siempre tengo ante mis ojos dos o tres cosas que otros no habrían observado, seguramente, y que han entrado en mí como largos y delgados pinchazos incurables.

Ustedes no comprenderán quizás la emoción que me han dejado esas rápidas impresiones. No les hablaré sino de una de ellas. Es muy antigua, pero está viva, como si fuera de ayer. Puede ser que mi imaginación haya fraguado por sí sola este enternecimiento mío.

Tengo cincuenta años. En aquel entonces era joven y estudiaba derecho. Un poco triste, algo soñador, impregnado de una filosofía melancólica, no me atraían los cafés bulliciosos ni los camaradas gritones, ni las mujeres estúpidas. Me levantaba temprano y uno de mis placeres más queridos era pasearme solo, a eso de las ocho de la mañana, por el vivero del Jardín de Luxemburgo.

¿No han conocido ustedes ese vivero? Era como un jardín olvidado del otro siglo, un jardín lindo como una dulce sonrisa de anciana. Cercos apretados separaban las avenidas estrechas y regulares, tranquilas sendas entre dos muros de follaje, tallados cuidadosamente, las grandes tijeras del jardinero alineaban constantemente aquellos tabiques de ramaje; y de vez en vez se encontraban parterres, cuadros y macizos de flores, grupos de arbolillos dispuestos como colegiales de paseo, magníficas rosaledas o regimientos de frutales

Un rincón de aquel maravilloso bosquecillo estaba habitado por las abejas. Sus casas de paja, sabiamente espaciadas sobre tablas, abrían al sol sus puertas del tamaño de un dedal; y por todo el camino se encontraban los dorados insectos zumbadores, verdaderos dueños de aquel lugar pacífico, paseantes absolutos de aquellas tranquilas sendas.

Yo iba casi todas las mañanas. Allí me sentaba en un banco, y leía. A veces dejaba caer el libro sobre mis rodillas, para pensar, para oír vivir París en mi alrededor y gozar del reposo infinito de aquel jardincillo al antiguo estilo.

Pero pronto me di cuenta que yo no era el único que frecuentaba aquel lugar, y a veces me encontraba frente a frente, al revolver un macizo, con un extraño viejecillo.

Llevaba zapatos con hebilla de plata, un redingote color tabaco, un encaje a guisa de corbata y un inverosímil sombrero gris de grandes alas y largos pelos, que hacía pensar en el diluvio. Era delgado el viejecillo, muy delgado, anguloso, lleno de mohines y sonriente. Sus vivaces ojos palpaban, se agitaban bajo un continuo movimiento de los párpados, y llevaba siempre en la mano un soberbio bastón con puño de oro que debía ser para él algún recuerdo magnífico.

Este hombre me causó extrañeza, al principio, y luego me interesó extraordinariamente. Lo observaba a través de las paredes de hojas, lo seguía de lejos, deteniéndome al doblar los boscajes para no ser visto.

Pues bien, una mañana, creyendo que nadie le veía, el viejecillo se puso a hacer unos singulares movimientos: primero, unos saltitos, luego una reverencia; luego, con su pierna delgada, hizo una cabriola bastante ágil, y comenzó a girar elegantemente, dando saltos leves, balanceándose de un modo extraño, sonriendo como ante un público, agradeciendo, dando vueltas, dirigiendo al vacío ligeros saludos ridículos y enternecedores. ¡Estaba bailando!

Me quedé petrificado de extrañeza, preguntándome cuál de los dos era el loco: si él o yo.

Pero él se detuvo de pronto, se adelantó, como hacen los actores en escena, se inclinó, retrocediendo con sonrisas graciosas y besos de comediante que echaba con su mano temblorosa a las dos filas de recortados arbolillos.

Y continuó seriamente su paseo.

A partir de este día, no lo perdí de vista; y cada mañana recomenzaba su ejercicio inexplicable.

Sentía yo una ganas locas de hablarle. Me arriesgué y habiéndole saludado, le dije:

- Hace un día hermosísimo, señor.

Él se inclinó:

- Sí, señor, hace un tiempo como el de antaño.

Ocho días después, éramos amigos, y conocí su historia. Había sido maestro de danza en la Ópera, en tiempos del rey Luis XV. Su hermoso bastón era un regalo del conde de Clermont. Y cuando se le hablaba de baile, no cesaba de hablar. Así, un día me dijo:

- Yo me casé con la Castris, señor. Se la presentaré si usted quiere, pero ella no viene acá tan temprano. Este jardín que usted ve es nuestro placer y nuestra vida. Es todo lo que nos queda de antaño. Nos parece que no podríamos subsistir si no lo tuviéramos. Esto es antiguo y distinguido. ¿Verdad? Aquí creo respirar un aire que no ha cambiado desde mi juventud. Mi mujer y yo pasamos aquí todas las tardes, pero yo vengo también por las mañanas, pues me levanto temprano.

Apenas almorcé, volví al Luxemburgo y pronto vi a mi amigo que daba el brazo ceremoniosamente a una viejecita vestida de negro, a la que fui presentado. Era la Castris, la gran bailarina amada de los príncipes, amada del rey, amada de todo aquel siglo galante que parece haber dejado en el mundo un olor de amor.

Nos sentamos en un banco. Era por mayo. Un perfume de flores revoloteaban en los limpios senderos; un grato sol se deslizaba entre las hojas y diseminaba sobre nosotros anchas gotas de luz. El vestido negro de la Castris parecía empapado de claridad.

El jardín estaba vacío. A lo lejos, se oía el rodar de los fiacres.

- Explíqueme usted -dijo al viejo bailarín- lo que era el minué

Tembló.

- El minué, señor, es el rey de los bailes, y el baile de los reyes, ¿Comprende usted? desde que no hay reyes no hay minué.

Y comenzó, con estilo pomposo, un largo elogio del que no entendí nada. Quise hacerme describir los pasos, todos los movimientos, las posturas. El se embarullaba, desesperándose con su impotencia, nervioso y desolado.

De pronto, volviéndose hacia su antigua compañera, siempre silenciosa, le dijo:

- Elisa, ¿quieres, serás tan buena que... que mostremos a este señor lo que era el minué?

Ella miró inquieta hacia todas partes; luego, sin decir palabra, se levantó y fue a colocarse frente a él.

Y entonces vi algo inolvidable.

Ambos iban y venían con movimientos infantiles, se sonreían, se balanceaban, se inclinaban, daban saltitos como dos viejas muñecas a las que hiciera danzar un antiguo mecanismo, un poco estropeado, construido antaño por algún experto obrero, a la manera de su tiempo.

Y yo los miraba, con el corazón lleno de sensaciones extraordinarias y el alma conmovida por una indecible melancolía. Me parecía ver una aparición lamentable y cómica, la sombra pasada de moda de un siglo. Tenía a la vez ganas de reír y de llorar.

De pronto se detuvieron; habían terminado las figuras de la danza. Por unos cuantos segundos permanecieron de pie, uno frente a otro, haciendo mohines sorprendentes; luego se besaron sollozando.

Tres días después partí para mi provincia. No los volví a ver. Cuando regresé a París, dos años más tarde, habían destruido el vivero. ¿Qué se han hecho sin el querido jardín de otrora, con sus laberintos, su olor del pasado y las revueltas graciosas de sus bojotes? ¿Han muerto? ¿Andan errantes por las calles modernas, como desterrados sin esperanza? ¿O están danzando como grotescos espectros, un minué fantástico entre los cipreses de algún cementerio, a lo largo de los senderos bordeados de tumbas al claro de luna?

Su recuerdo me persigue, me obsesiona, me tortura, permanece en mí como una herida. ¿Por qué? No lo sé.

¿Encuentran ustedes que todo esto es ridículo, no es verdad?

En la edad madura se aprecian algunas cosas que pasan inadvertidas para los jóvenes porque les parecen simples o ridículas. Al mismo Juan Bridelle cuando joven, los bailarines les parecieron locos en un principio, después cuando conoció su historia, su fama e importancia pasada los admiró de otra manera, pero con un sentimiento ambivalente de alegría y de tristeza, no sabía si reír o llorar, porque al mismo tiempo veía de manera cómica y lamentable "La sombra pasada de moda de un siglo". En esa época se tardaba un siglo para 'pasar de moda', en la actualidad con la informatización de la sociedad el concepto de moda vigente es muy efímero, cada año cambia y en ocasiones en menos tiempo. Por otra parte la música es una expresión que en algunas épocas representaba la expresión de un grupo, clase social o generación -vals, tango, rock, rap, lambada, la quebradita, entre otros-. Algunos escandalizan con su aparición o están adscritos a una clase social específica, pero al pasar el tiempo evolucionan, se suavizan y son adoptados por más grupos sociales y en ejemplos extraordinarios -Elvis Presley, Los Beatles- son admirados en numerosos países del mundo, al pasar el tiempo la generación que los disfrutó en su juventud los evoca, y al hacerlo, tal vez provoque una actitud de asombro en las generaciones actuales.

Talcott-Parsons, en sus estudios sociológicos menciona a las sociedades matrices, éstas son aquéllas que han legado a la humanidad modelos a seguir en la creación del arte, la religión, la política, entre otros intereses humanos. Como ejemplos están el pueblo hebreo, que es el origen del judaísmo y Grecia, que es la cuna de la cultura occidental. En el siglo XX una sociedad que puede considerarse como matriz es la norteamericana, la de Estados Unidos de Norteamérica, a la que sus ciudadanos denominan como América, el pueblo más poderoso de la tierra actualmente, a cinco años de terminar el milenio.

A continuación se presentan textos que muestran la diversidad de aspectos que abarca la sociedad estadounidense y sus ciudadanos, el primero de ellos es "*Campamento indio*" de Ernest Hemingway (1898-1962).

Campamento indio

Ernest Hemingway

A la orilla del lago había otro bote arrimado. Los dos indios esperaban.

Nick y su padre montaron en la popa del bote y los indios lo impulsaron y uno de ellos trepó para remar. El tío George se acomodó en la popa del otro bote de remos, el del campamento. El indio joven impulsó el bote del campamento y subió para conducir al tío George.

Los dos botes partieron en la oscuridad. Nick oyó las abrazaderas del otro bote muy adelante de ellos, en la niebla. Los indios remaban con golpes rápidos y cortantes. Nick estaba reclinado hacia atrás, con el brazo de su padre rodeándolo. Hacía frío en el agua. El indio que los conducía trabajaba muy duro, pero el otro bote, en la niebla, se alejaba cada vez más.

-¿Adónde vamos, papá? -preguntó Nick.

-Al campamento indio. Hay una señora india que está muy enferma,

-Oh -dijo Nick.

Al lado opuesto de la bahía encontraron al otro bote varado. En la oscuridad, el tío George fumaba un puro. El indio joven internó el bote en la arena. El tío George dio puros a los indios.

Se alejaban de la playa a través de una pradera empapada por el rocío, tras el indio joven, que llevaba una linterna. Entraron entonces en el bosque y siguieron una senda que conducía al camino para el transporte de trozas, el cual se perdía en las colinas. Era más fácil en el camino, pues habían cortado los árboles en ambos lados. El indio joven se detuvo, apagó la linterna y todos continuaron por el camino.

Doblaron en una curva y un perro salió ladrando. Adelante estaban las luces de la cabaña donde vivían los descortezadores indios. Más perros corrieron hacia ellos. Los dos indios los mandaron de regreso a las cabañas. En la más cercana al camino había una luz en la ventana. En el umbral, estaba una anciana, que sostenía una lámpara.

Dentro, en un camastro de madera, yacía una india joven. Llevaba dos días intentando tener su niño. Todas las ancianas del campamento la habían estado ayudando. Los hombres se habían alejado camino arriba, para sentarse en la oscuridad y fumar donde no los alcanzara el ruido hecho por ella.

Gritó justo cuando Nick y los dos indios siguieron al padre y al tío George dentro de la cabaña. Yacía en el camastro inferior, enorme bajo la colcha. Tenía la cabeza vuelta hacia un lado. En el camastro superior estaba el marido. Tres días antes, se había cortado malamente el pie con un hacha. Fumaba pipa. El cuarto olía muy mal.

El padre de Nick ordenó que pusieran agua en la estufa, y mientras se calentaba le habló a Nick.

- Esta señora va a tener un bebé, Nick -dijo.

- Ya lo sé -contestó Nick.

-No lo sabes -dijo el padre-. Escúchame. Lo que le sucede se llama dar a luz. El bebé desea nacer y ella desea que nazca. Todos sus músculos tratan de que el bebé nazca. Eso es lo que sucede cuando grita.

-Entiendo -Nick dijo.

Justo en ese momento la mujer se quejó.

-Oh, papá ¿no puedes darle algo para que deje de gritar? -preguntó Nick.

-No, no tengo ningún anestésico -dijo su padre-. Pero sus gritos no importan. No los escucho porque no tienen importancia.

En el camastro superior, el esposo se volvió hacia la pared.

En la cocina, la mujer indicó al doctor que el agua estaba caliente. El padre de Nick fue a la cocina y vertió la mitad del agua a la gran olla en una palangana. En el agua restante de la olla puso varios objetos que desenvolvió de un pañuelo.

-Deben hervir -dijo, y comenzó a restregarse las manos en la palangana de agua caliente, con un jabón que había traído del campamento. Nick observó cómo las manos de su padre se restregaban con el jabón. Mientras se lavaba las manos con mucho cuidado y minuciosidad, el padre habló.

-Sabes, Nick, se supone que los bebés nacen de cabeza, pero a veces no sucede así. Cuando no sucede, causan muchos problemas a todos. Tal vez tenga que operar a esta señora. Lo sabremos dentro de poco.

Cuando quedó satisfecho con sus manos, entró y se puso a trabajar.

-¿Quieres apartar esa colcha, George? -dijo-. Prefiero no tocarla.

Más tarde, cuando comenzó a operar, el tío George y tres indios mantuvieron inmóvil a la mujer. Mordió al tío George en un brazo y el tío George exclamó: "¡India desgraciada!", y el indio joven que había traído al tío George se rió de él. Nick sostenía la palangana para su padre. Todo aquello tomó un largo tiempo.

Su padre levantó al bebé, le dio una nalgada para que respirara y se lo pasó a la anciana.

-¿Viste que es un varoncito, Nick? -preguntó-. ¿Qué te parecería ser un interno? Nick dijo: "Bien". Apartaba la mirada, para no ver lo que su padre estaba haciendo.

-Bueno, ya lo tenemos- dijo su padre-, y puso algo en la palangana.

Nick no lo miró.

-Y ahora -dijo su padre- nos quedan por dar una puntadas. Puedes verlo o no, Nick, como quieras. Voy a coser la incisión que hice.

Nick observó. Hacía mucho tiempo que había perdido la curiosidad.

Su padre terminó y se puso de pie. El tío George y los tres indios se irguieron. Nick llevó la palangana a la cocina.

El tío George se miró el brazo. El indio joven sonrió al recordar.

-Te pondré agua oxigenada, George -dijo el doctor.

Se inclinó sobre la india. Estaba tranquila ya y con los ojos cerrados. Se la veía muy pálida. No sabía que había ocurrido con el bebé o con los demás.

-Volveré mañana -dijo el doctor, irguiéndose-. Al mediodía deberá haber llegado de San Ignacio la enfermera, y traerá lo que necesitamos.

Se sentía exaltado y locuaz, como los jugadores de fútbol americano en el vestidor, tras el juego.

-Éste es un caso para una revista médica, George -dijo-. Una cesárea hecha con navaja, y la costura con sedal de tripa encerado, de nueve pies.

El tío George se inclinaba contra el muro, mirándose el brazo.

-Oh, nadie duda que eres un gran hombre -dijo.

-Voy a echarle un vistazo al orgulloso padre. Por lo común, son los que más sufren con estos incidentes -dijo el doctor-. He de reconocerle que se lo tomó con mucha tranquilidad.

Apartó la manta de la cabeza del indio. Retiró la mano humedecida. Se apoyó en el filo del camastro inferior, con la lámpara en la mano, y miró. El indio yacía con la cara hacia la pared. Tenía la garganta cortada de una oreja a la otra. La sangre había fluido, formando un charco donde el cuerpo hundía el camastro. La cabeza descansaba en el brazo izquierdo. La navaja abierta estaba, con el filo hacia arriba, en las mantas.

-Saca a Nick de la cabaña, George -dijo el doctor.

No había necesidad, Nick, a la puerta de la cocina, tuvo una buena visión del camastro superior cuando su padre, la lámpara en la mano, echó hacia atrás la cabeza del indio.

Justo comenzaba a aparecer la luz diurna cuando por el camino se dirigieron de regreso al lago.

- Siento mucho haberte traído, Nickie -dijo su padre, perdido todo su regocijo postoperatorio-. Fue un lfo terrible por el que pasaste.

- ¿Tienen las señoras siempre tanto problema para tener bebés? -preguntó Nick.

-No. Fue un caso muy, muy excepcional.

-¿Por qué se mató, papá?

- No lo sé, Nick. No pudo soportarlo, supongo.
-¿Se matan muchos hombres, papá?

- No muchos, Nick.

-¿Y muchas mujeres?

-Casi nunca.

-¿Nunca lo hacen?

-Oh, sí, a veces lo hacen.

-Papá.

-¿Sí?

-¿A dónde fue el tío George?

-Ya aparecerá.

-¿Es difícil morir, papá?

-No, creo que es bastante fácil, Nick. Todo depende.

Estaban en el bote, Nick en la popa y su padre remando. El sol comenzaba a salir por las colinas. Una lobina saltó, haciendo un círculo en el agua. Nick deslizaba la mano por el agua. Se la sentía tibia en el frío penetrante de la mañana.

A principios de la mañana, en el lago, sentado en la popa del bote y con su padre remando, se sintió plenamente seguro de que jamás moriría.

El cuento de Hemingway refleja las condiciones de vida y el desenvolvimiento de las personas en una sociedad primitiva. Las actitudes de los personajes ante la difícil situación, los instrumentos con que se realiza la operación y la reacción del esposo, remiten a un nivel de cultura que no corresponde a la sociedad más desarrollada de Estados Unidos, sino más bien a una de sus sociedades más primitivas, que a la fecha seguramente ha desaparecido al confinarse a las reservas que cuentan con escuelas y atención médica del primer mundo.

Estados Unidos, o América como sus ciudadanos le llaman, es un país conformado por emigrantes de muchos países, el texto del poeta italiano Rocco Scotellaro, poeta italiano de la postguerra (1946) expresa algunas ideas.

Era una bella América lejana
la de mi padre que tenía veinte años.
Mi padre pudo destrozar su corazón:
América por aquí. América por allá,
¿dónde está la América
de mi padre?
El amigo ha muerto de un balazo en esta tierra
le pusieron cera en el rostro
un rostro completamente de cera.
Han regresado con su casa y su viña
por un lecho de grama
desde tan lejos.
Ahora ¿dónde está nuestra América?
La abuela creía en el otro mundo,
pero nosotros los hijos hemos leído
el rostro de cera de nuestros padres.
No hay América para nosotros
El viento ha venido.
Los caballitos de madera están desmontados.
ha muerto nuestro vecino
que había ido hacia aquella tierra
América por aquí. América por allá.
¿dónde está la América
de mi padre?

Texto original

*C'era l' America, bella lontana
del padre mio che aveva vent' anni,
Il padre mio pote sperzarsi il cuore.
America qua, America là.
doe' è più l' America
del padre mio?
L' amico morì sparato a quella terra,
gli misero la cera in faccia.*

República italiana (1946)

América es un nombre que despierta ilusiones, deseos de éxito y de bienestar que se antojan adquiridos en el momento en el que se llegue al país de la libertad y de las oportunidades, pero no todos los emigrantes logran triunfar.

El poderío militar y económico de Norteamérica la ha hecho convertirse en adalid de la libertad y lo ha llevado a defenderla incluso en países lejanos como Viet-Nam, en la guerra apoyada por muchos ciudadanos norteamericanos pero rechazada por tantos otros. A diferencia de lo ocurrido en la Segunda Guerra Mundial en la que el soldado norteamericano todavía anhelaba participar en el conflicto bélico y salir victorioso y con vida, en la Guerra de Viet-Nam muchos ciudadanos intentaron evadirla, poetas y cantantes alzaron su voz en protesta como apoyo para aquellos que no querían exponer su vida en el conflicto bélico y por razones que no justificaban el hecho guerrero. Esas protestas contra el gobierno norteamericano son una muestra de la libertad que pregonan y defienden, son una muestra también de su democracia.

A continuación se presenta un poema de Donald Hall (n. 1928) que apareció en una antología realizada en 1967.

En el poblado destruido los muertos se amontonan
como troncos de negra corteza de carne.
El anciano sacerdote contempla
los cadáveres de niñas
y niños: ve a través de ellos
largos pasillos.
En América, cafeterías de fábrica, enteramente cromadas,
enormes aviones
que vuelan sobre las ciudades,
atentos a que nada se pierda, y máquinas en las casas
para triturar carnes y verduras,
restos de comida; triturados
en pulpa que se desliza hasta las alcantarillas
bajo las calles negras,
hacia el océano, para los felices peces
que mueren en los lagos americanos

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Estados Unidos de Norteamérica vivió las experiencias de la esclavitud negra principalmente en sus estados sureños, dicha esclavitud fue abolida por el presidente Abraham Lincoln. El "american way of life" podría parecer que permite el desarrollo de sus ciudadanos en una democracia que pregona igualdad de derechos, pero la verdad es que hay ciudadanos de primera -los blancos- y de segunda -los negros-. En la literatura social norteamericana tiene un lugar especial la literatura negra, que aparece primero como forma testimonial y después se transforma en protesta y reivindicación. En seguida se presenta un poema de Langston Hughes (1902-1967) en el que se presenta su situación, y su deseo de ser tolerados.

Yo también canto a América.
Yo soy el oscuro hermano.
Me mandan a comer a la cocina
cuando viene gente,
pero me río,
y cojo fuerzas.
Mañana me quedaré en la mesa
cuando venga gente.
Nadie se atreverá
a decirme entonces:
«vete a la cocina».
Y después
verán qué hermoso soy
y se avergonzarán.
Yo también soy América.

En Estados Unidos de Norteamérica hay una guerra racial que todavía existe y que no se circunscribe a la población negra exclusivamente, sino también a los judíos, los italianos, los polacos, y los latinoamericanos. Entre estos últimos cabe destacar a los mexicanos indocumentados que son abiertamente rechazados por un gran sector de la sociedad norteamericana, en cierto modo se entiende su postura, pero por otra parte los ciudadanos norteamericanos de ascendencia mexicana, en la realidad son tratados como ciudadanos de tercera o cuarta clase.

Es muy difícil en una sociedad como la norteamericana encontrar una expresión cultural única, dado el origen del país poblado por emigrantes de diversas partes del mundo. Poseen una sociedad policultural que subyace en el "american way of life" general que es el que les da su categoría de sociedad matriz, respaldado por su fuerte poderío militar y económico. No obstante, deben marchar con cuidado porque las minorías o ciudadanos de segunda han empezado a protestar y a defender sus derechos, véase el texto de LeRoi Jones, (n. 1934, en 1968 cambió su nombre por el de Imamu Amiri Baraka.)

Excepto nosotros los negros atrapados en los valores occidentales. Tan profundamente. Después de haber entendido los más nobles intentos de los blancos por conferir un sentido admirable al mundo, ahora los rechazamos, lo mismo que a todos ellos. Y los mozart son tan infantiles como los hitler.

Porque la reflexión nunca nos benefició ni una mierda. El expreso sí... El expreso. AHORA AHORA AHORA AHORA AHORA.

En el cuento del escritor japonés Masuo Ikeda "Dedicado al mar Egeo" una esposa japonesa se da cuenta de la infidelidad de su marido con una rival norteamericana, al recriminarle, al mismo tiempo que le reclama palabras de amor, establece comparaciones con su rival y le critica que prefiera las manifestaciones culturales occidentales a las japonesas.

"Dedicado al mar Egeo"

(fragmento)

Masuo Ikeda

Yo, Tokiko. Quería que me dijeras una sola palabra: a-i-shi-te-ru (te amo). Entonces, pensé, te perdonaría todo lo que me has hecho. Tu amante tal vez no comprenda un sentimiento tan irrazonable. Una norteamericana no puede comprender tal sentimiento. Si no puedes dejar a esa mujer... y tú, claro nunca has sabido abandonar a una mujer, pues, en el caso de tu amiga anterior, yo, soportando mi vergüenza, te ayudé para que te separaras de ella... esta vez también estaba dispuesta a ayudarte venciendo mi humillación para hablar con tu amiga. Por ti le pediría perdón a tu amiga con mi cabeza inclinada. Ésta es la actitud de la mujer japonesa. Éste es el sentimiento, ni tu amiga ni tú mismo lo comprenderían. Una raza que se alimenta de hamburguesas no será capaz de paladear el sabor delicado del pescado blanco japonés. ¿Acaso existe en inglés un verbo equivalente a horeta (me enamoré de ti)?

Ni siquiera se te ocurre la palabra horeteiru (estoy enamorado de ti). Tanto el idioma como la sensibilidad japonesa se te han caído de entre los muslos. He oído que en los Estados Unidos los maridos lavan hasta la ropa interior sucia de sus esposas.

Si nos echáramos a llorar juntos, se resolvería el problema; tal es tu idea egófica. Dejas esperar a tu mujer en Tokio, mientras en San Francisco o en Roma cortejas a las mujeres en inglés, repites como una grabadora *I love you*, y a veces dices *I need you* o cosas por el estilo. Y después no sabes cómo engañar a tu amiga para regresar con tu mujer, ni siquiera puedes decirle a tu esposa una frase japonesa, a-i-shi-te-ru. Dices disparates tales como "Oh, bello es el amor" como un viejo chocho; te conformas con crema de maíz, queriendo en verdad sopa de soya...

... manejas un Volkswagen usado; imitas la escultura de David Smith o de Francisco Kahlo, quimerizando que acaso eres un genio, piensas que Henry Moore es tan anticuado como tu propia esposa; piensas que Villon es un poeta más excelente que Basho³; andas propagando, como si se tratara de un gran descubrimiento, que Florencia es más grandiosa que Kyoto⁴; imaginas cosas obscenas al oír la palabra shakuhachi⁵ cuando ni siquiera has escuchado un shamisen⁶ auténtico, cantas en un inglés champurreado "Dejé mi corazón en San Francisco", siendo que sólo puedes cantar canciones militares japonesas; tú, un mariguanófobo, aplaudes sin embargo a los poetas beatniks, dogmatizas que Ginsberg o Kerouac son aún vanguardias; sientes antipatía por los Beatles, no entiendes más que a la tía Billy Holiday, sólo conoces repertorios tales como "Sauce, sauce, llora por mí" o "Un domingo sombrío", ni siquiera sabes distinguir entre la música de Beethoven y la de Wagner, y no obstante dices que te gusta Mahler en voz sentimental como de ranchera japonesa; te emocionas como un idiota con Pierre Mandiargues, Lawrence Durrell, Günter Grass y Zyuzaburo Nishiwaki⁷, sin haberlos leído nunca.

Eres insapiente, inepto, insensible, imprudente, inartístico, incierto, incompasivo, inconsciente, incivil, ingenuo, impúdico, incoherente, inconsecuente, inútil, irresponsable, y sin embargo te crees un bonachón incomparable; ser inocuo, crees que te dedicas a actividades artísticas incompensadas; ser inocente e inmaculado, crees haber llegado a nada; mientras temes que no te hagan caso, deseas insaciablemente a las mujeres; insistes en ser inocente, gustas de las mujeres infecundas; te acuestas con mujeres imprudentemente; eres incriticable ante ti mismo; imploras ser impotente; cuentas con la compasión de la gente por ser desinteresado, mientras crees que vas a vivir infinitamente...

Un sinnúmero de gotas de sudor vienen bajando desde mi frente hasta mis ojos. La bocina se ha ablandado como hule en la palma de mi mano, como aquella bocina de Daff. No pienso que el gran discurso de Tokiko se prolongue interminablemente, pero escuchando su voz mis sentidos se han paralizado hace ya mucho tiempo. Por influjo del tono de Tokiko, me encuentro ya en un estado de impasibilidad. Me digo que va a empezar Wagner, pero a fin de cuentas es una canción de Zyoruri⁸. Lo único que me preocupa es que Tokiko habla como si supiera de la existencia de mi amiga. ¡Anita!

3. Matsuo Bacho. Poeta y maestro del haiku (1644-1694)
4. Kyoto. Antigua ciudad capital del Japón. No solamente en la época de la cultura cortesana (siglos X y XI), sino también en la actualidad siendo el centro nuclear de la cultura japonesa.
5. Shakuhachi. Flauta de bambú que se toca en posición vertical.
6. Shamisen. Instrumento de tres cuerdas, el más importante de la tradición japonesa.
7. Zyuzaburo Nishiwaki. Nació en la provincia de Niigata, Japón, en 1894. Después de terminar la carrera de economía, estudió en la Universidad de Oxford, Inglaterra. Es considerado uno de los mejores poetas surrealistas japoneses. Ha publicado varios libros de poesía y crítica literaria.
8. Dyoruri. Canciones antiguas que se cantan con acompañamiento de shamisen. Cuentan historias trágicas, generalmente cantadas para el teatro de títeres.

En este fin de milenio la sociedad estadounidense está considerada como una sociedad matriz porque influye poderosamente en la manera de vivir y en la cultura de otros países, uno de ellos es el Japón. Después de Hiroshima el país oriental se convirtió en un fuerte rival industrial y económico de los Estados Unidos, pero la dominancia cultural pertenece al país occidental, influye en muchos aspectos en la vida de los japoneses, se han visto obligados a tener al inglés como segundo idioma y a usarlo como vehículo de expresión en sus transacciones comerciales. La influencia de Estados Unidos no queda allí, han adoptado el traje occidental en lugar del kimono e incluso recurren a la cirugía plástica para occidentalizar sus ojos. Japón es solo una muestra, México podría ser otra.

LOS ESCRITORES Y LA SOCIEDAD

Todas las sociedades están formadas por individuos que se dedican a múltiples trabajos que hacen posible la supervivencia y desarrollo de dichos grupos humanos. Una actividad humana fundamental como expresión de la sociedad, y en ocasiones como motivación para sus cambios, es la de los escritores literarios que mediante sus obras reflejan las inquietudes personales y sociales. Otros vehículos utilizados son las cartas, los discursos y las entrevistas que son escogidos en ocasiones para la comunicación de sus pensamientos. A continuación se citan ideas de los autores Charles Dickens (1812-1870), Heinrich Böll (n. 1917), Thomas Mann (1875-1955, Premio Nobel 1929) y Hermann Hesse (1877-1962, Premio Nobel 1946) para conocer su postura respecto al escritor y la literatura en relación con la sociedad.

Charles Dickens expone sus preocupaciones en una declaración durante el año de 1845:

"Quiero dejar huella duradera en esta época con un amor hacia la masa trabajadora que nadie pueda borrar".

En una carta de 1855 dice:

"En el momento presente nada hay que me irrite más y considere más alarmante que el desinterés que la gente siente hacia los asuntos públicos. No es difícil comprenderlo. Durante todos estos años de reforma parlamentaria participaron tan poco en el juego que abandonaron las cartas malhumorados y prefirieron ser espectadores. Los jugadores que continúan jugando en la mesa no ven más allá de sus narices y se imaginan que las ganancias, las pérdidas y los intereses se hallan en sus manos, y no comprenderán la verdadera situación hasta que ellos mismos, mesa, cartas, lámparas y dinero salte destrozado todo junto. Y creo que el descontento es mucho más grave porque se incuba a escondidas en lugar de llamarse abiertamente, situación que se identifica por entero con el estado de ánimo que reinaba en Francia antes de estallar la primera revolución. El descontento podría estallar a consecuencia de cualquiera de mil incidentes que pueden sobrevenir; una mala cosecha, la última gota que desbordara el vaso de la insolencia y de la incapacidad aristocráticas, una derrota sufrida en el extranjero o un simple azar provocarían un incendio diabólico de proporciones jamás vistas".

En una declaración de 1855:

"Me parece absolutamente imposible dirigir la mentalidad de la masa popular en esta crítica situación de modo que ella pueda expresarse. Si comenzara a conmoverse con un vigoroso impulso nacional, si quisiera llevar a cabo una amplia reconciliación política y agruparse en gran número, aunque pacíficamente contra un sistema que saben que está completamente podrido: si quisieran hacerse oír como el mar brama en torno a esta isla, por mi parte y en lo que me concierne, me consagraría en cuerpo y alma a tal movimiento, y consideraría como deber esencial no mantenerse al margen, y tratar de guiarla por todos los medios posibles.

Hasta que el pueblo no despierte de este letargo, síntoma terrible del avanzado estado de su enfermedad, considero que no puede hacerse otra cosa que recordarles constantemente las injusticias que padecen".

Recién terminada la Segunda Guerra Mundial se cuestionó a algunos artistas respecto a lo que se podía esperar de la literatura y de los escritores, en una entrevista Heinrich Böll respondió (en 1950).

Nosotros queremos ver la realidad tal como es, con mirada humana, con ojos ni completamente secos ni bañados en llanto, aunque capaces de secarse o de humedecerse. Queremos recordar que, en ciertas ocasiones, el humorismo no es lo más indicado. Nuestras miradas perciben al panadero que cuece nuestro pan y a la joven obrera en la fábrica, y abarcan también los cementerios: las ciudades son destruidas, las ciudades son cementerios y nuestros ojos ven que en torno a ellas se edifican inmuebles que parecen decoraciones de teatro; inmuebles en los que nadie vive, pero donde se administra a los hombres como ciudadanos del Estado o de la ciudad, como asegurados sociales, como acreedores y como deudores; porque hay innumerables razones para administrar a la gente.

Thomas Mann pronunció un discurso en Alemania (1952):

Es necesario preguntar si en los asuntos políticos, al establecer contacto con la miseria humana, lo que verdaderamente cuenta es lo «interesante». ¿Sería preferible lo que es «bueno»? Para decirlo todo, confieso que no tengo mucha fe, pero tampoco creo mucho en la fe; creo bastante más en la bondad, que puede existir sin la fe e incluso puede realmente ser producto de la duda.

Incluso cuando el arte es una acusación tan enérgica como se quiera, por muy hondas que sean sus quejas contra la corrupción de la creación, por lejos que vaya en la ironía contra la sociedad y contra sí misma, no entra en sus maneras el "salir de la empresa con una risa sarcástica".

Y por último, pero no menos importante, Hermann Hesse demuestra sus inquietudes y preocupaciones sociales a través de las siguientes reflexiones tomadas de "Lecturas para minutos":

A menudo la Historia no me parece otra cosa que un libro de estampas que refleja el más fuerte y ciego anhelo del hombre: el anhelo de olvidar. ¿No destruye cada generación, utilizando los métodos de la prohibición, del silencio absoluto y de la burla, siempre precisamente aquello que a la generación anterior le parecía lo más importante? No acabamos de vivir que pueblos enteros olvidan durante años, desmienten, reprimen y hacen desaparecer por encanto una guerra terrible, de años de duración, honrosa y que estos mismos pueblos ahora, tanto han descansado un poco, con ayuda de novelas emocionantes, vuelven a intentar recordar aquello que hace algunos años ellos mismos organizaron y sufrieron?

Para gobernar no es imprescindible ser estúpido y brutal, como pensaron en tiempos algunos intelectuales fatuos, pero sí se necesita sentir una inquebrantable complacencia ante una actividad dirigida hacia afuera, una pasión por identificarse con fines y medios, y también una cierta falta de escrúpulos en la elección de caminos que conduzcan al éxito. Todo ello cualidades que no debe poseer un sabio, y que de hecho no posee, pues para él tiene más importancia la observación que la acción. En la elección de medios y métodos para llegar a su fin, ha aprendido a ser todo lo escrupuloso y desconfiado que le es posible.

Por todas partes se busca la «libertad» y la «felicidad» en algún lugar tras de nosotros, de puro miedo a que se nos recuerde la propia responsabilidad, nuestro propio camino. Durante unos años se bebe y se festeja y después nos arrastramos y nos convertimos en personas serias al servicio del Estado.

El hombre primitivo odia aquello ante lo que siente temor, y en algunos rincones de su alma también el hombre civilizado y educado es primitivo. Así, el odio de pueblos y razas hacia otros pueblos y otras razas descansa, no en la superioridad y la fuerza, sino en la inseguridad y en la debilidad.

Un ser verdaderamente superior, un verdadero señor, compadecerá, quizá alguna vez lo desprecie, pero nunca odiará al ser al cual se sabe superior.

La diferencia entre Marx y yo, dejando aparte las dimensiones mucho mayores de Marx, es que Marx quiere transformar el mundo, yo al hombre en particular. El se dirige a las masas, yo a los individuos.

Para mí hay dos Historias de la humanidad, la política y la espiritual. No se percibe en ninguna de ellas nada que pudiéramos considerar como progreso. Tanto de que Sansón mate a los filisteos con un hueso como que Hitler lance cohetes contra Inglaterra. Y de la filosofía de los Upanishadas a Heidegger tampoco se percibe ningún progreso. Sin embargo ambas Historias se diferencian notablemente. Si se observa la Historia mundial, en cualquier época que se quiera, se ve que es fea, cruel y demoníaca. La historia del lenguaje, de los modos de pensar, de las artes, por el contrario está cuajada toda ella de imágenes muy bellas.

Guerras hubo siempre desde que sabemos de la existencia humana, y seguirá habiéndolas mientras la mayoría de los hombres no puedan convivir en el reino del espíritu. Guerras las habrá todavía durante mucho tiempo, quizá siempre. Sin embargo, la superación de la guerra sigue siendo, antes como ahora, nuestra más noble meta. El investigador que busca el remedio contra una epidemia no abandona su trabajo cuando una nueva enfermedad lo sorprende. Mucho menos dejará de ser nuestro ideal el que haya paz en la tierra y amistad entre los hombres de buena voluntad. La cultura humana surge del ennoblecimiento de los instintos animales, del pudor, la fantasía, el entendimiento. Que la vida merece ser vivida es el contenido último y consuelo de todo arte, por mucho que todos los que exaltan la vida tengan que morir. Que el amor es superior al odio, la comprensión superior a la ira, la paz superior a la guerra, estos nos lo tiene que grabar a fuego esta maldita guerra mundial con mayor profundidad de lo que nunca hayamos sentido antes.

Viva la diversidad, la diferenciación y el escalonamiento. Es maravilloso que existan multitud de razas y pueblos, numerosas lenguas, incontables variantes de mentalidades y orientaciones filosóficas de la vida. Si soy enemigo irreconciliable y aborrecedor de las guerras, las conquistas y las anexionaciones, lo soy, entre otros motivos, porque víctimas de estas fuerzas oscuras caen tantas cosas de la cultura humana gestadas históricamente, profundamente individualizadas y ricamente diferenciadas.

El hombre, tal y como Dios lo concibió y como la poesía y la sabiduría de los pueblos lo han entendido durante varios miles de años, ha sido creado con la capacidad de alegrarse de cosas que incluso no le son útiles, con un órgano especial para captar la belleza. En la alegría del hombre por la belleza participan espíritu y sentidos a partes iguales, y mientras los hombres sean capaces, en medio de las desgracias y peligros de la vida, de alegrarse de estas cosas: de un juego de colores en la naturaleza o en un lienzo, de una llamada en las voces de las tormentas y los mares o de una música compuesta por hombres, mientras, bajo la superficie de los intereses y miserias, siga siendo visible o sensible el mundo como un todo, un mundo en el que hay desde el giro de la cabeza de un gatito jugando hasta las variaciones de una sonata, desde la mirada conmovedora de un perro a la tragedia de un poeta hay una conexión, un riqueza multiforme de relaciones, correspondencias, analogías y reflejos, cuyo lenguaje, en eterno flujo, depara a los oyentes alegría y sabiduría, diversión y emoción

-mientras tanto, decimos, podrá el hombre dominar sus dudas y proporcionar sentido a su existencia; pues el «sentido» es precisamente esa unidad de lo diverso, o mejor, esa capacidad del espíritu de concebir el barullo del mundo como unidad y armonía.

No hay nada tan malvado, salvaje y cruel en la naturaleza como el hombre normal.

A manera de conclusión, y después de haber leído lo que nos comunican los autores citados, podemos decir: El escritor que ostenta su profesión como una manera de ayudar al progreso de su sociedad, como forma de proponer soluciones a los problemas de su época, es reconocido como autor comprometido y su literatura es conocida también con ese nombre 'comprometida'.

IDENTIFICACION DE LA SOCIEDAD EN LA OBRA LITERARIA

Después de haber realizado una lectura atenta de la obra literaria cabe distinguir los siguientes elementos en el texto:

- Las personas de las que se habla.
- El lugar en el que se encuentran.
- Los indicios temporales que se mencionan: años, fechas, siglos.
- La onomasiología: los nombres de las personas.
- Los objetos que remitan a: la época, al trabajo de las personas, al adorno de las casas y de las personas.
- Los asuntos particulares o generales de los que se habla.
- Las instituciones sociales y sus tipos: macrosociales y microsociales.

Macrosociales: familia, estado, religión, cultura.

Microsociales: son las instituciones que se desenvuelven dentro de los conceptos macrosociales, por ejemplo la ley, que no es la misma para todos los países y rige únicamente en la sociedad para la que fue creada.

EL ESTUDIO DE LA VARIABLE SOCIEDAD EN LA OBRA LITERARIA

La sociedad engloba todas las actividades importantes que el ser humano realiza para su supervivencia y trascendencia. Son numerosos los temas que podrían analizarse en la obra literaria relacionados con la variable sociedad, como en las unidades posteriores se estudiarán las variables Historia, Economía, Religión y el Arte, se ha delimitado el tema para la presente unidad en el ser humano y las relaciones sociales. El tema escogido se aplicará en las obras contemporáneas y en una antigua que son: "Dos metros de tierra" de Nadine Gordimer (n. 1923), "Mi último reloj de oro macizo" de Tennessee Williams (Premios Pulitzer 1944 y 1955) y "Antígona" de Sófocles (496-405 A.C.).

A continuación se presentan las estrategias de lectoescritura de: "Dos metros de tierra", de Nadine Gordimer; "MI último reloj de oro macizo", de Tennessee Williams. Después de que hayas realizado dichas estrategias se desarrollará la estrategia de comparación. Algunos puntos vienen parcialmente contestados, lo que falte lo elaborarás con la guía de tu maestro.

Estrategia de lectoescritura para "Dos metros de tierra", de Nadine Gordimer

I.- PRERREQUISITO: Lectura comprensiva del texto.

II.- Ubica en el texto los siguientes aspectos: (Subráyalos o señálos con llaves si abarcan muchos renglones).

- 1.- Frases u oraciones que describan a las personas del texto.
- 2.- Lugares en los que se encuentran las personas.
- 3.- Indicios temporales: que señalan las acciones de las personas y que sitúan al texto en una época determinada.
- 4.- Onomasiología (nombres de las personas): explicar si dan indicios del país donde desarrolla el texto.

III.- Realiza por escrito lo siguiente:

- 1.- Sintetiza los asuntos generales de los que se habla.
- 2.- Menciona los asuntos particulares o secundarios que se mencionan en el texto.
- 3.- Para facilitar el desarrollo de las actividades anteriores utiliza el siguiente formato:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ASUNTOS	
GENERALES	PARTICULARES
Ejemplo: las personas que aparecen primero en el texto son Lerice y su esposo (el que narra), viven con sus trabajadores en una finca campestre cerca de Johannesburgo.	-Lerice era aciriz y ahora se dedica a administrar la finca. -Económicamente a él le cuesta mucho mantener la finca, pero admite que vale la pena

IV.- Identifica las instituciones macrosociales en el texto:

- 1.- **FAMILIA:** de qué tipo, matrimonio, relaciones de parentesco.
- 2.- **ESTADO:** sus divisiones más generales que son los sistemas político, económico, militar, educativo y las leyes que los rigen.
- 3.- **RELIGIÓN.** de qué tipo, y las manifestaciones de tipo moral.
- 4.- **CULTURA:** Costumbres generales y manifestaciones artísticas del pueblo.

V.- Identifica las instituciones microsociales en el texto:

- 1.- Clases sociales.
- 2.- Razas.

VI.- Investiga en libros de consulta o textos especializados los siguientes aspectos:

- 1.- Elabora fichas de resumen o de transcripción textual para consignar la información. Hazlo en tu cuaderno. Anota los datos bibliográficos completos: nombre del autor, capítulo o tomo, página (s), lugar de edición, nombre de la editora y año.
- 2.- En cuál país y continente se encuentra Johannesburgo.
- 3.- En qué lugar del mundo se localiza Rhodesia.
- 4.- La situación social de Johannesburgo: relaciones entre blancos y negros.

VII.- Realiza por escrito un comentario donde utilices la información investigada:

- 1.- Presenta tu comentario con los requisitos pertinentes: mecanografiado, en papel bond, portada, índice, introducción, desarrollo, notas, bibliografía, en una carpeta con tus datos completos.

La introducción describe brevemente los aspectos que se van a comentar en el desarrollo y destaca los aspectos del texto que se aclararon y se comprendieron mejor con la información obtenida en los libros de consulta.

Las notas se emplearán solamente si son necesarias.

- 2.- Para estructurar tu comentario toma en cuenta lo siguiente:
 - a) De las actividades realizadas en los puntos anteriores, retoma aquellas que reflejen a la sociedad mostrada en el texto de Nadine Gordimer y EXPLICALAS.
 - b) Interpreta el significado connotativo del título "Dos metros de tierra".
 - c) Expresa tu opinión personal respecto a la sociedad interracial.
 - d) Comenta si esta situación social la has vivido directa o indirectamente.

Estrategia de lectoescritura para "Mi último reloj de oro macizo", de Tennessee Williams

El estudio de esta obra teatral corta de Tennessee Williams, cuyo verdadero nombre era Thomas Lanier Williams, se realizará de la misma manera que se efectuó de la de "Dos metros de tierra" de Nadine Gordimer. Las actividades son consideradas neutras porque pueden aplicarse a cualquier texto con ligeras adecuaciones según la obra estudiada.

En el texto de Tennessee Williams los aspectos por estudiar son los siguientes:

I. PREREQUISITO: Lectura comprensiva del texto.

II.- Identifica en el texto lo siguiente:

- 1.- Frases u oraciones que describan a las personas del texto.
- 2.- Lugares en los que se encuentran las personas.
- 3.- Indicios temporales.
- 4.- Onomasiología

III.- Realiza por escrito lo siguiente:

- 1.- Sintetiza los asuntos generales de los que se habla.
- 2.- Menciona los asuntos particulares o secundarios que se mencionan en el texto. Hazlo en forma breve.

IV.- Identifica las instituciones macrosociales en el texto:

- 1.- Concepto de generación.
- 2.- Concepto de moda.
- 3.- Concepto de raza
- 4.- Modales.

V.- Investiga en libros de consulta o textos especializados los siguientes aspectos:

- 1.- Ubica en un mapa de E.U. donde se encuentra el delta del Mississippi.
- 2.- La importancia del Mississippi en el desarrollo social del país en el que se encuentra.
- 3.- El origen de las diferentes razas en Estados Unidos, especialmente negros y judíos.
- 4.- Otros aspectos que se pueden investigar para complementar el origen de la raza negra: la esclavitud en Estados Unidos, la muerte de Abraham Lincoln y la Guerra de Secesión.

I.- Realiza un comentario por escrito donde utilices la información investigada:

- 1.- Presenta tu comentario por escrito con los requisitos pertinentes.
- 2.- Para estructurar tu comentario toma en cuenta los siguientes:
 - a) Explica la evolución social reflejada en el texto.
 - b) Expresa cómo es la relación social de Charlie Colton con: Harper, el negro y los otros personajes mencionados en su conversación -los judíos, los negros, los jóvenes, la nueva generación-
 - c) Expresa tu opinión personal respecto al conflicto entre las generaciones viejas y nuevas.
 - d) Comenta si has vivido directa o indirectamente la evolución de la sociedad.

3.- Retoma de las actividades anteriores para desarrollar estos aspectos.

4.- Interpreta connotativamente los siguientes fragmentos del texto:

(pág. 52) Negro: sí señor; es verdad, mister Charlie; todo va de capa caída

(Pag. 55) Charlie: ¡Bolos calientes! ¡Eso es lo que vendo!

(Pág. 56) Charlie: Nos vamos como las moscas cuando acaba el verano... ¿Y quién va a impedirlo?

(pág. 57) Charlie: ¿Cómo dice la vieja canción? se fueron con las rosas de ayer ¡Sí, se las llevó el viento!

(Pág. 58) Charlie: ¡El slogan "Todo cuero" ya no se lleva...ni el calzado ni en la humanidad en general!

(pág. 59) Charlie: Negro, ya no es ni siquiera tarde... ¡Es de noche!

El título: "MI último reloj de oro macizo".

Estrategia de comparación

Al estudiar la variable sociedad en el texto literario a través de las obras "Dos metros de tierra" de Nadine Gordimer y "Mi último reloj de oro macizo" de Tennessee Williams se puso especial atención en el ser humano y sus relaciones sociales.

1.- Compara las semejanzas entre ambos textos:

- a) Tipo de personas que aparecen en el texto.
- b) Clases sociales mencionadas en el texto (inferidas).
- c) La situación racial.

2.- Contrasta las diferencias entre ambos textos:

- a) Lugar donde se desarrollan las acciones de las personas.
- b) El ser humano y las relaciones sociales: costumbres, modas, generaciones y actitudes ante las circunstancias de la vida.

Otras sugerencias de comparación

TEMATOLOGÍA: El ser humano y las relaciones sociales.

La obra de Tennessee Williams "Mi último reloj de oro macizo" se puede comparar con:

"La ley de la vida" de Jack London: Las generaciones y las costumbres.

"Paisaje en bicicleta" de Curzio Malaparte: La evolución de la sociedad.

"Minué" de Guy de Maupassant: Los conceptos de generación y de moda.

La obra de Nadine Gordimer "Dos metros de tierra" se puede comparar con:

"Antígona" de Sófocles: Las relaciones de parentesco y las costumbres morales.

Algunos ejemplos de respuestas

Estrategia de lectoescritura para "Dos metros de tierra", de Nadine Gordimer

II.- Ubicar en el texto los siguientes aspectos:

1.- Frases o párrafos que describan a las personas del relato.

- "Mi esposa, y yo no somos auténticos granjeros,"
- "Lerice... mientras volvía al intento de obtener un papel de su agrado, a fin de llegar a ser la actriz, con que siempre soñara, se ha enfrascado totalmente en el trabajo de administrar la finca..."
- "Sus manos, antes menudas, suaves, bien cuidadas -no era de esas actrices que se pintan las uñas y llevan sortijas de brillantes-, son bastas ahora como los pulpejos callosos de un perro."
- "Soy socio de una agencia de viajes de lujo, un negocio floreciente"

2.- Lugares en los que se encuentran las personas:

- "Está nuestra finca, a tres leguas de Johannesburgo, junto a una de las carreteras principales..."
- "Cuando vuelvo a casa todos los días desde la ciudad, al pasar por esos bloques de casas de las afueras, me pregunto como demonios hemos podido aguantar el vivir allí"
- "Y entonces me llevo a una guapa muchacha y a su joven esposo a trompicones hasta la orilla del río, la chica enganchándose las medias en las cañas de maíz .."
- "Las tensiones de la maldita ciudad ¡Y tu además estás cerca, si un día quieres ir al cine o al teatro! ¡Qué estupendo! ¡Tienes las dos cosas!"

3.- Indicios temporales que señalan las acciones de las personas y que sitúan al texto en una época determinada.

- "Yo sólo paso allí las noches y los fines de semana"
- "Sobre todo los domingos por la mañana cuando voy a los corrales..."
- "De forma que cuando viene gente a vernos el domingo por la tarde..."
- "¿Qué hora es?"
- La que sea que mas da"

4.- ONOMASIOLOGÍA:

Lerice, Albert, Franz, Petrus, no remiten a algún lugar especial, pero EGOLI es el nombre bantú de Johannesburgo.

III.- Sintetiza los asuntos generales y particulares. Utiliza el formato con la columna izquierda para los generales y la derecha para los particulares.

1.- GENERALES

a) Matrimonio, Lerice y su esposo, viven en una finca cerca de Johannesburgo, con sus trabajadores.

2.- PARTICULARES

- No son auténticos granjeros.
- Lerice era actriz, ahora administra la finca.
- El esposo de Lerice es socio de una agencia de viajes.
- Es un matrimonio con éxito porque viven en el campo
- No tienen hijos
- Lerice trata bien a sus trabajadores y cuida su salud.
- Lerice desaliñada desinfecta personalmente a los animales
- Viven con menos tensiones (ciudadinas y raciales)
- Las relaciones entre blancos y negros en el campo son casi feudales: injustas pero cómodas para todos.
- Los trabajadores destilan cerveza ácida sin miedo a la policía

- La muerte del hermano de Petrus
- Exhumación del hermano de Petrus

NOTA: -Completa los asuntos particulares

IV.- Identifica las Instituciones sociales en el texto.

MACROSOCIALES

FAMILIA.

La familia de blancos conformada por Lerice y su esposo no tienen hijos; las relaciones de parentesco se reflejan también entre las personas de raza negra, Petrus, su hermano muerto y el padre de ellos -que vive en Rhodesia-.

ESTADO.

Sus divisiones más generales citadas en el texto son: el concepto del país -Rhodesia-, el concepto de ciudad -Johannesburgo-, las autoridades -sanitarias y policiales-, el salvoconducto, los trámites burocráticos -para hacer la autopsia, enterrar y exhumar un cadáver-, las leyes que rigen a un país racista-Sudáfrica-.

RELIGIÓN.

El patrón lanza exclamaciones a Dios, lo que remite a que es un creyente. Por otra parte el afán de Petrus por recuperar el cadáver de su hermano y darle sepultura revela un deber moral.

CULTURA.

Costumbres generales: En el matrimonio blanco su afán por vivir de la mejor manera posible, con la tranquilidad del campo, pero cercanos a la vida urbana; cuando muere el hermano de Petrus, los otros blancos se extrañan del trato entre los patrones blancos y los trabajadores negros; durante la búsqueda del cadáver y la pérdida del mismo los blancos demuestran la poca importancia que le dan a los problemas de la población de raza negra ya que sus caras les parecen todas iguales debido a su color. Entre la población negra resultan dos aspectos: su afán por enterrar a un familiar y la solidaridad con Petrus al conseguirle el dinero que necesita para enterrar a su hermano entre otros aspectos.

V.- Identifica Instituciones microsociales

Clases Sociales.-

En el texto la clase social alta está representada por Lerice y su esposo, matrimonio de raza blanca. La clase baja está representada por los trabajadores de la finca.

Razas.-

Hay dos razas confrontadas, la blanca representada por los ingleses y la negra por los trabajadores de ascendencia bantú

VI.- Elabora fichas de resumen o textuales con la información investigada en los libros de consulta.

2.- En cual país y continente se encuentra Johannesburgo.

FICHA TEXTUAL

"JOHANNESBURGO. Ciudad de la República Sudafricana, una de las mayores de África y la más moderna de dicho continente. Con frecuencia se la llama la "ciudad de oro", por estar edificada sobre las minas de oro más ricas del mundo.

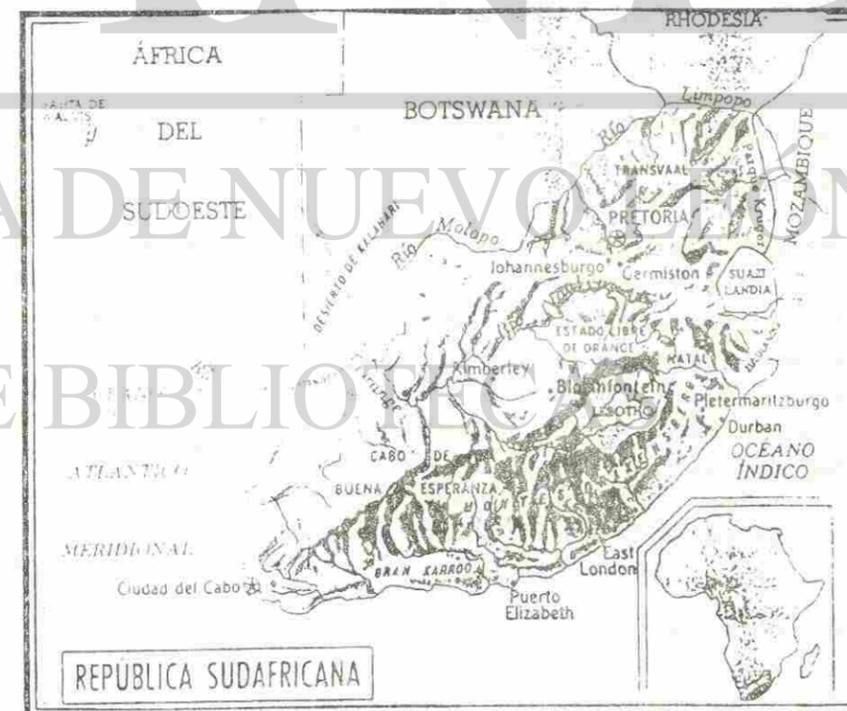
Fue construida, a más de 1,600 ms. de altura, en la vertiente S. de los Montes Witwater, sobre un árido promontorio azotado por los vientos. Esta es una rica zona aurífera, de unos 80 kms. de largo, que se extiende de E. a O. Allí se encuentra también uranio. Las lluvias tienen lugar durante el verano (de septiembre a marzo, por estar en el hemisferio sur) y la estación seca es la invernal, época en que el cielo se ve claro y sin nubes. La temperatura es calurosa durante todo el año.

La fundación de la ciudad tuvo lugar en 1886 al descubrirse oro en la región. Sus primeros habitantes fueron buscadores de oro y mineros que llegaron del S. en carros tirados por bueyes, y levantaron allí sus tiendas. Al desarrollarse las actividades mineras, la población creció rápidamente. Cerca del 50 por ciento de sus habitantes son europeos, muchos de los cuales viven en distritos residenciales relativamente modernos y elegantes. La mayoría de los no europeos viven en zonas superpobladas, en las afueras de la ciudad.

En la actualidad Johannesburgo se parece a cualquier ciudad moderna. Blancas colinas de cima plana, formadas por los residuos de las minas, se levantan en sus alrededores.

Aunque la extracción de oro, es todavía de gran importancia, la ciudad se destaca también como un centro industrial, comercial y de transporte. Entre sus industrias se cuentan las de productos químicos y alimenticios, municiones, explosivos y talleres de reparación para equipo ferroviario. Como mercado distribuidor, recibe los productos de las regiones ganaderas y agrícolas de las cercanías, tales como ganado, frutas, trigo y maíz. Es también el mayor mercado mundial de diamantes y el centro ferroviario del África meridional. De allí parten líneas férreas que se dirigen a los puertos de la república, a Rhodesia del Sur, situada al N., y a la colonia portuguesa de Mozambique, al E. La ciudad es igualmente el punto central de la red de carreteras principales de la nación y estación terminal de las líneas aéreas. El complejo de Johannesburgo tiene 1,432.643 h. (1970)."

Enciclopedia Barsa, Tomo 9, pp. 177-178, México, 1981.

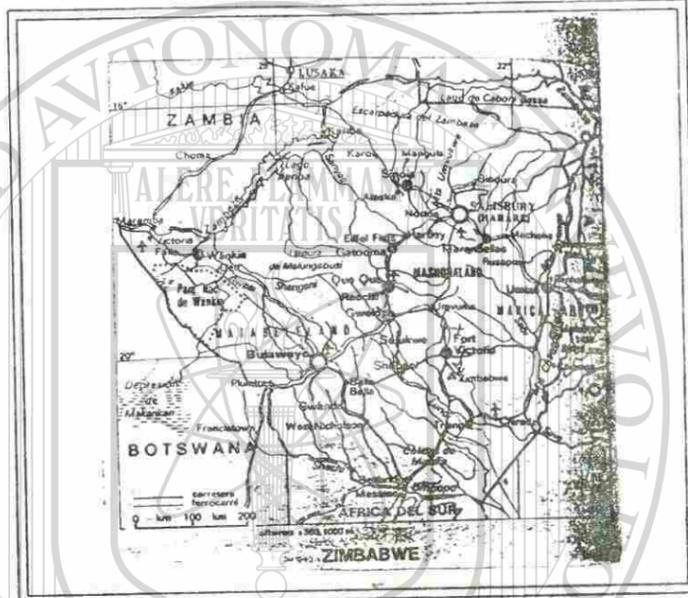


Enciclopedia Barsa, Tomo 14, pp. 43, 43 A, México, 1981.

3.- En qué lugar del mundo se localiza Rhodesia.

Ficha de Resumen: Se encuentra en el continente africano en su lado sureste, colinda con Botswana, Sudáfrica y Mozambique. Se proclamó su independencia en 1980 y cambió su nombre a Zimbabwe.

Mapa o Gráfica con la respuesta



Larousse, Diccionario usual, p. 720,
México, 1985.

4.- La situación social de Johannesburgo. Historia de Sudáfrica

FICHA TEXTUAL:

Historia

"El cabo de Buena Esperanza fue descubierto en 1488 por el navegante portugués Bartolomé Dias. Pero la colonización europea no comenzó hasta 1652, cuando un pequeño grupo de holandeses, bajo la dirección de Juan Van Riebeeek, estableció una base el comercio marítimo con la India y Oriente, en el sitio ocupado actualmente por la Ciudad del Cabo. A los primeros colonos holandeses se unieron más tarde otros grupos holandeses y 200 hugonotes franceses que abandonaron su país en 1685, después de haber sido privados de sus derechos civiles y religiosos. Los colonos de origen holandés y sus descendientes llegaron a ser conocidos con el nombre de bóers".

4.- (Historia de Sudáfrica)

SUDÁFRICA

"También fueron factores importantes en el aumento de la población la llegada de malayos y otros asiáticos y la esclavitud de gran número de hotentotes y bosquimanos, aborígenes de la región. Los matrimonios entre los aborígenes y colonizadores blancos dieron lugar a la población mestiza de la región. A dicho grupo pertenece hoy una gran parte de los habitantes de la Ciudad de Cabo.

Por el año 1795 había unos 14.000 colonos europeos en la colonia del Cabo. Ese mismo año el gobierno de la Ciudad del Cabo pasó a manos inglesas como resultado de las guerras posrevolucionarias de Francia, para volver al poder holandés, en 1803 y de nuevo al dominio inglés en 1806. Esta vez fue definitivo el cambio y así se reconoció en 1814 por el tratado de París. Seis años después 5.000 colonos británicos se habían establecido en la colonia.

Descontentos bajo la dominación inglesa, los bóers empezaron a abandonar en gran número la colonia del Cabo. Estos emigrantes se dirigieron con sus familias hacia las regiones inhabitadas del interior.

La gran emigración o Gran Trek (viaje, en holandés) empezó desde la colonia del Cabo en 1835, y en 1838 los bóers fundaron Natal en el SE. de África meridional. La anexión de Natal por los ingleses cinco años más tarde empujó a los bóers a avanzar hacia el interior y a fundar el Estado Libre de Orange (1954) y la República del Transvaal (1956), llamada primeramente República Sudafricana. Los colonos holandeses que se dirigían hacia el NE. se encontraron con las tribus bantúes (zulúes, basutos y otras) que avanzaban hacia el SO., en un movimiento propio de expansión, y el resultado fueron las sangrientas guerras cafres entre las tribus y los blancos, que continuaron hasta 1880, cuando las tropas inglesas destruyeron las últimas fuerzas militares de los zulúes.

Durante el siglo XIX continuó aumentando la tirantez de las relaciones entre los ingleses de la colonia del Cabo y de Natal y los bóers del Estado Libre de Orange y del Transvaal. El descubrimiento de los yacimientos de diamantes de Kimberley en 1867 y de los campos auríferos de Witwatersrand, en la región del Transvaal, en 1884, dio una nueva proporción a la rivalidad y en 1899 estalló la guerra llamada anglo-bóer entre los ingleses y los colonos holandeses. Los primeros resultaron victoriosos y en 1902 se firmó la paz en Vereeniging.

Por ley de 1909, ratificada en 1910, se creó la Unión Sudafricana. Los poderes radicaban en el gobierno central, que tenía autoridad en cuestiones de legislación provincial. El monarca inglés estaba representado por un gobernador general, aunque el poder ejecutivo y el legislativo lo ejercían el primer ministro y su gabinete y el parlamento de la Unión. Al constituirse la república, en 1961, el gobernador general fue sustituido por un presidente de estado.

La separación de la Comunidad Británica de Naciones fue promovida por el Partido Nacionalista, dominado por los afrikaanders o descendientes de los bóers, que lograron el control del gobierno en 1948 e iniciaron la política conocida como apartheid, sobre la base de una estricta clasificación racial".

CONT.

"El grupo blanco, de ascendencia europea (holandesa, francesa e inglesa), forma el 19% de la población; los mestizos (coloureds) e inmigrantes asiáticos (principalmente hindúes) alcanzan el 11%; y los africanos negros (bantúes según la denominación oficial) constituyen el 70% restante. Las lenguas oficiales son el inglés y el afrikaans. Este último proviene del holandés del siglo XVII mezclado con palabras africanas. Los bantúes hablan varios dialectos propios aceptados a veces como oficiales en determinadas regiones. Existe además una lengua franca llamada fanagolo que se usa en las zonas mineras.

El apartheid establece una rígida segregación entre los grupos raciales así como la dominación del estado y la sociedad por el grupo blanco. Los bantúes pertenecen a diversos grupos étnicos originarios de África. Los principales son: el xhosa, el zulú, el sotho, el tswana y el tsonya.

Dentro del sistema de apartheid se pretende concentrarlos en áreas geográficas tribales independientes. En 1976 Transkei se convirtió en el primer territorio bantú en recibir independencia de Sudáfrica; en 1977 tocó el turno a Bophuthatswana. Ninguno de estos estados, sin embargo, fue reconocido por la comunidad internacional, que los consideraba aún parte de la República Sudafricana.

Ha creado el apartheid una vigorosa oposición tanto interna, por parte de la mayoría no europea afectada (entre la que se incluye a los coloureds y asiáticos), como externa, por parte de otras naciones. Desde 1955 diversas organizaciones nacionalistas negras han tratado de combatir las restricciones al grupo bantú, algunas de las cuales son las prohibiciones legales para la concertación de matrimonios interraciales para cambiar de domicilio o salir de un bantustan sin permiso del gobierno, la exclusión o limitación extrema del voto, la prohibición de asociarse en sindicatos o de ejercer el derecho de huelga, así como una discriminación general en el uso de servicios públicos.

El gobierno respondió con una represión aún mayor de las libertades a los no europeos y para fines de 1964, los principales líderes de las mayorías africanas estaban encarcelados o exiliados y disueltas sus organizaciones.

En las NU se ha intentado desde 1962 la aplicación de sanciones económicas y diplomáticas como medio de ejercer presión sobre la República Sudafricana para que abandone su política de apartheid y para que acepte retirarse de África del Sudoeste (Namibia), cuyo mandato le fue revocado por las Naciones Unidas en 1966. A fines de los años setenta, Sudáfrica aceptaba ya la necesidad de permitir la independencia de Namibia, pero se negaba a entregar el poder al grupo insurgente, SWAPO, reconocido por las Naciones Unidas. Asimismo, pretendía conservar control sobre la Bahía de Walvis, único puerto de altura de Namibia. En diciembre de 1978, Sudáfrica organizó elecciones en Namibia sin reconocimiento de la comunidad internacional o de SWAPO. En mayo de 1979 se creó en Namibia una *asamblea nacional con poder para determinar el presupuesto del territorio y promulgar ciertas leyes*".

Enciclopedia Barsa, Tomo 14, pp. 43 A, B y C, México, 1981.

Dos metros de tierra

Nadine Gordimer

Mi esposa y yo no somos auténticos granjeros, y Lericé aún menos que yo, desde luego. Está nuestra finca a tres leguas de Johannesburgo, junto a una de las carreteras principales, y la adquirimos con ánimo de introducir un cambio en nuestra vida, supongo. Hay mucho de desconcertante en un matrimonio como el nuestro. Cuando sondea uno un matrimonio, espera encontrar un profundo silencio de satisfacción. No es que la granja nos lo haya deparado, por supuesto, pero ha conseguido otras cosas inesperadas, ilógicas. Lericé, a quien había esperado ver encerrada en una melancolía a lo Chejov durante un par de meses, dejando después el campo libre a los criados mientras volvía al intento de obtener un papel de su agrado, a fin de llegar a ser la actriz con quien siempre soñara, se ha enfrascado totalmente en el trabajo de administrar la finca, poniendo en ello la misma seriedad y vehemencia con que en otro tiempo se desvivía por interpretar los recovecos de la mente de un dramaturgo. Hace tiempo que yo hubiese dejado la granja de no haber sido por ella. Sus manos, antes menudas, suaves, bien cuidadas -no era de esas actrices que se pintan las uñas y llevan sortijas de brillantes-, son bastas ahora como los pulpejos callosos de un perro.

Como digo, yo sólo paso allí las noches y los fines de semana. Soy socio de una agencia de viajes de lujo, un negocio floreciente, pues no tiene más remedio que serlo, como digo a Lericé, para poder sostener la granja. Sin embargo, aunque sé que está fuera de mis posibilidades, y aunque el olor dulzón de las gallinas que cría Lericé me pone malo, de modo que procuro siempre no tropezarme con ellas, la granja tiene un no sé qué de hermoso que yo había prácticamente olvidado. Sobre todo los domingos por la mañana cuando me levanto y voy a los corrales, y no veo las palmeras, ni los viveros, ni las pajareas de piedra artificial del extrarradio urbano, sino los patos blancos del estanque, el campo de alfalfa reluciente como ordenado por un escaparartista, y el toro pequeño y rechoncho de ojos atravesados, rijoso pero aburrido, dejándose lamer cariñosamente la cara por una de sus concubinas. Lericé sale despeinada. Trae en la mano el palo del que gotea desinfectante para el ganado. Se detiene y parece ensimismada por un momento, como si estuviera representando una de sus comedias. "Se juntarán mañana", dice. "Ya llevan dos días. Fíjate cómo le quiere a mi pequeño Napoleón." De forma que cuando viene gente a vernos el domingo por la tarde, no es raro que yo mismo me sorprenda diciendo a quien sea, mientras preparo las copas:

"Cuando vuelvo a casa todos los días desde la ciudad, al pasar por esos bloques de casas de las afueras, me pregunto cómo demonios hemos podido aguantar el vivir allí... ¿Queréis echar un vistazo a esto?" Y entonces me llevo a una guapa muchacha y a su joven esposo a trompicones hasta la orilla del río, la chica enganchándose las medias en las cañas de maíz y sorteando botigas de vaca rumorosas de moscas verdes como esmeraldas, mientras dice: "...las tensiones de la maldita ciudad. ¡Y tú además estás cerca, si un día quieres ir al cine o al teatro! ¡Qué estupendo! ¡Tienes las dos cosas!"

Y yo por un momento acepto el triunfo como si de veras hubiese logrado ese imposible por el que llevo luchando toda mi vida; precisamente como si la verdad estuviera en lograr esas "dos cosas", en lugar de contentarse no con la una o con la otra, sino con una tercera, por cuya consecución no hubiera dado paso alguno.

Pero hasta en nuestros ratos de mayor desapasionamiento, cuando los entusiasmos agrícolas de Lericé me parecen tan insoportables como en otros tiempos sus afanes histriónicos, y ella ve en los que llama mis "celos" por su capacidad de entusiasmo una prueba tan grande como

siempre de mi incapacidad de identificación con ella, creemos sinceramente que, en definitiva, hemos sabido sustraernos de veras a esas tensiones propias de la ciudad de que hablan nuestros visitantes. Cuando la gente de Johannesburgo habla de "tensión", no se refiere a los transeúntes apresurados en las calles populosas, a la lucha por el dinero o al carácter de competencia generalizada de la vida urbana. Alude al hecho de que los blancos hayan de dormir con las armas debajo de la almohada, y a las rejas que protegen sus ventanas contra los asaltos. Piensa en esos momentos insólitos que se dan en las calles de la ciudad cuando un negro no quiere ceder la acera a un blanco.

Pero en el campo, sólo a tres leguas de distancia, la vida es otra cosa. En el campo todavía queda el rescoldo de épocas anteriores; nuestras relaciones con los negros son casi feudales. Injustas, de acuerdo; anticuadas, pero más cómodas para todos. Aquí no tenemos ni rejas en las ventanas ni armas. Los gañanes de Lerice viven en la granja con sus esposas y sus críos. Destilan su cerveza ácida sin miedo a las batidas de la policía. Si vamos a decir, siempre nos hemos sentido bastante orgullosos de que los pobres diablos que viven con nosotros no tengan mucho que temer; Lerice hasta se interesa por los niños, con la competencia que puede suponerse en una mujer que no ha tenido hijos propios, y aun hace de médico de todos ellos -niños y adultos- y los cuida como a unos angelitos cuando se ponen malos.

Esta es la causa de que no nos sobresaltáramos demasiado cuando una noche del invierno pasado el mozo Albert vino a llamar a nuestra ventana mucho después de la hora de acostarnos. Yo no estaba en la cama, sino durmiendo en la pequeña pieza, antealcoba y ropero en una pieza, ya que me había disgustado con Lerice y estaba dispuesto a no dejarme ablandar sólo por el suave aroma de los polvos de talco sobre su piel, recién bañada. Vino ella y me despertó.

-Dice Albert que uno de los muchachos está muy enfermo, me dijo-. Más vale que vayas a ver, creo yo. No iban a despertarnos a estas horas si la cosa no tuviese importancia.

-¿Qué hora es?

-La que sea, ¿qué más da? -Lerice es de una lógica exasperante.

Me levanté con aire desmañado, bajo sus ojos atentos (¿por qué he de parecer siempre un necio cuando he despertado de su cama?).

De todos modos, por la forma en que procura siempre no mirarme cuando me habla en el desayuno al día siguiente sé que está herida y humillada por mis desatenciones; y salí, medio sonámbulo.

-¿De qué muchacho se trata? -pregunté a Albert por el camino, a la luz fluctuante de una antorcha.

-Está malo. Muy malo. *baas* -dijo por toda respuesta.

¿Pero quién? ¿Franz? -Me acordé de Franz, que había tenido un fuerte catarro la semana anterior.

Albert no contestó; me había cedido la senda y caminaba a mi lado, entre las altas hierbas secas. La luz de la antorcha le dio de lleno en la cara, y observé que parecía profundamente turbado.

-¿Pero qué es lo que pasa? -inquirí.

El bajó la cabeza, rehuendo la luz.

-No es cosa mía, *baas*. No sé. Me ha mandado Petrus.

Irritado, le hice apresurarse hacia las cabañas y allí, en el propio catre de Petrus (un amazón de hierro montado sobre soportes de ladrillos), vimos a un joven muerto. Aún brillaba en su frente un leve sudor frío, pero el cuerpo lo tenía caliente. Rodeábanle los muchachos en esa actitud que adoptan en la cocina cuando se descubre que alguien ha roto un plato: distantes, silenciosos. La mujer de uno de ellos se movía en la sombra, retorciéndose las manos bajo el delantal.

Hacía que no veía yo un hombre muerto desde la guerra. Aquel era completamente distinto. Y me sentí como los demás: extraño, inoportuno.

-¿Qué ha pasado? -pregunté.

La mujer se dio unos golpecitos en el pecho y meneó la cabeza, expresando así la angustia de no poder respirar.

Debía de haber muerto de pulmonía. me volví hacia Petrus:

-¿Quién era este muchacho? ¿Qué hacía aquí? -La luz de una vela colocada en el piso reveló que Petrus estaba llorando. Salí, y él detrás.

Una vez fuera, en plena oscuridad, esperé a que hablase. Pero seguía encerrado en su mutismo.

-Vamos, Petrus, tienes que decirme quién era ese chico. ¿Era amigo tuyo?

-Es mi hermano, *baas*. Vino de Rhodesia a buscar trabajo.

La historia no dejó de sorprendernos, tanto a Lerice como a mí. El muchacho se había venido desde Rhodesia para buscar trabajo en Johannesburgo. Debí de coger frío de dormir a la intemperie durante el viaje, y había caído enfermo en la cabaña de su hermano Petrus, cuando llegó tres días atrás. Los demás no se habían atrevido a pedirme ayuda, ya que ni siquiera teníamos idea de su presencia. A los indígenas rhodesianos les está prohibido entrar en La Unión, a no ser que dispongan de salvoconducto; el joven era un inmigrante ilegal. Sin duda nuestros muchachos habían conseguido arreglarlo todo con éxito en varias ocasiones anteriores; una buena serie de parientes debió de recorrer en su día los mil y pico kilómetros que van de la pobreza al paraíso de los trajes charros y baratos, de las batidas de la policía y de los barrios bajos negros que es su *Egoli*, su Ciudad de Oro: nombre bantú de Johannesburgo. Todo se reducía a tener escondido al hombre en nuestra granja hasta encontrar la oportunidad de emplearle con alguien que quisiera correr los riesgos de una denuncia por dar trabajo a un inmigrante ilegal, a cambio de los servicios de una persona no corrompida todavía por la urbe... De todos modos, aquel ya no volvería a levantarse.

-Podían habérmolo dicho, por lo menos- comentó Lerice a la mañana siguiente-. Una vez que el muchacho se puso enfermo... ¿Cómo no nos avisaron...?

Cuando algo le llega al alma, tiene una forma de quedarse parada en mitad de la habitación como el que está a punto de salir de viaje, lanzando miradas escrutadoras a su alrededor y deteniéndose en los objetos más familiares como si los viese por vez primera. Pude advertir que en presencia de Petrus, en la cocina, esa misma mañana más temprano, había mostrado una actitud como de estar ofendida con él o poco menos, como si se sintiera lastimada en lo más vivo..

De todos modos yo, francamente, ya no tengo tiempo ni ganas de indagar en todos esos detalles de nuestra existencia que Lerice quisiera que indagáramos, según adivino en sus ojos alarmados y apremiantes. Ella es mujer a quien no importa parecer fea o estrambótica; y dudo que le importase aunque supiera lo rara que está cuando una viva perplejidad le desencaja las facciones.

-Supongo que ahora me tocará a mí pringar con todos los trámites -dije.

Ella continuaba mirándome fijo, escudriñándome con esos ojos suyos... pero perdía el tiempo.

-Tengo que dar cuenta a las autoridades sanitarias -dije con calma-. No pueden enterrarlo por las buenas. Después de todo no sabemos de qué ha muerto.

Continuó inmóvil, sin decir palabra, como dándolo todo por perdido. Ni me veía ya sencillamente. Creo que en mi vida me he sentido más irritado.

-Puede haber sido algo contagioso -aventuré-. Sabe Dios. No obtuve respuesta.

No me seducen nada los monólogos. Así que salí y di voces a uno de los muchachos que abriese el garage y tuviera listo el coche para mi viaje matinal a la ciudad.

Como me figuraba, todo se volvieron complicaciones. Tuve que avisar no sólo a las autoridades sanitarias, sino también a la policía, y responder a un montón de preguntas fastidiosas: ¿Cómo es que no sabía nada de la presencia del muchacho? Si no inspeccionaba los alojamientos de los nativos, ¿cómo sabía que tales cosas sucedían a menudo? Etcétera, etcétera. Cuando me harté y les dije que mientras mis nativos hicieran su trabajo no consideraba derecho ni asunto mío el meter las narices en sus vidas privadas, recibí del grosero y estólido policía una de esas miradas que no dimanaban de un proceso intelectual del cerebro, sino de aquella facultad tan generalizada entre cuantos viven fanatizados por la teoría de la raza superior: una mirada llena de insensato y necio convencimiento. Me sonrió con una mezcla de desdén y regocijo por mi estupidez.

Después tuve que explicar a Petrus por qué las autoridades sanitarias tenían que llevarse el cadáver para la práctica de la autopsia, y también en qué consistía la autopsia. Cuando telefoneé al Departamento de Sanidad unos días más tarde para saber el resultado, me dijeron que la causa de la muerte fue, como habíamos supuesto, la pulmonía, y que habían procedido al traslado del cadáver. Fui entonces a ver a Petrus, que estaba preparando el pienso para las gallinas, y le dije que todo estaba arreglado y que no habría complicaciones; su hermano había muerto de un mal en el pecho. Petrus dejó en el suelo la lata y preguntó:

-¿Cuándo podremos ir por el, *baas*?

-¿Ir por él?

-Sí; ¿querría usted preguntar cuándo tenemos que ir?

Entré en la casa y me puse a llamar a Lerice por todas partes. Andaba en el piso de arriba, por los cuartos de huéspedes, y cuando bajé le dije:

-¿Y ahora qué hago? Cuando se lo he contado a Petrus, se ha limitado a preguntarme tranquilamente que cuándo pueden ir a recoger el cadáver. Creen que van a poder enterrarlo por su cuenta.

-Vaya, hombre; pues vuelve y explícaselo -dijo Lerice-. Tienes que explicárselo. ¿Por qué no se lo has explicado?

Volví para hablar con Petrus, que me escuchó cortésmente.

-Mira, Petrus -le dije-. No puedes ir a recoger a tu hermano. Ya lo han enterrado ellos; lo han enterrado, ¿entiendes?

-¿Dónde? -preguntó lenta, obtusamente, cual si pensara que quizá no había entendido bien.

-Verás, tu hermano era extranjero. Ellos sabían que no era de aquí; lo que no sabían es que tuviese familia en el país, de modo que creyeron su deber enterrarlo. -Era difícil, a un entierro de beneficencia, darle visos de privilegio.

-Por favor, *baas*, tiene usted que pedírselo. -Pero no quería decir con aquello que necesitaba saber dónde estaba enterrado el difunto. Ignoraba por completo la incomprensible maquinaria que, según le expliqué, se había puesto en marcha sobre su hermano muerto; lo único que él quería era que le devolviesen a su hermano.

-Pero, Petrus -le dije-, ¿qué puedo hacer yo? Tu hermano ya está enterrado. No puedo ir a reclamarlo ahora.

-¡Oh, *baas*! -exclamó. Permaneció inmóvil, las manos sucias de salvado caídas fláccidamente a ambos costados, con una contracción nerviosa en la comisura de los labios.

-¡Pero por Dios bendito, Petrus, si no me van a hacer caso! Y aunque quisieran, no tienen atribuciones. Lo siento, pero no puede ser ¿Comprendes?

El seguía mirándome, persuadido de que los hombres blancos lo tienen todo, lo pueden todo; si no lo hacen, es porque no quieren.

Más tarde, durante la cena, atacó Lerice.

-Por lo menos podrías telefonear.

-Pero ¿quién crees que soy yo? ¿Es que esperas que devuelva la vida al muerto?

No había manera humana de sustraerme a la ridícula responsabilidad que habían cargado sobre mis hombros.

-Telefonéales -insistió ella-. En último extremo siempre podrás decirle que has puesto todo de tu parte y te han explicado que es imposible.

Después del café, Lerice se fue para la cocina. Al rato volvió y me dijo:

-El padre viene de Rhodesia para asistir al entierro. Ha conseguido un salvoconducto y ya está en camino.

Desgraciadamente, no era imposible conseguir la devolución del cadáver. Las autoridades dijeron que la cosa era un tanto irregular, pero teniendo en cuenta que se habían cumplido debidamente todos los requisitos higiénicos, no podían negar su permiso a la exhumación. Calculé que con los derechos de la funeraria vendría a costar todas veinte libras. Bueno, pensé, ya está solucionado. Petrus gana cinco libras al mes. ¿Cómo va a disponer de veinte? Y aunque las tenga, poco puede hacer con ellas en favor del muerto. Y desde luego yo no voy a ofrecérselas. Hubiese gastado veinte libras -o cualquier otra cantidad razonable para el caso- sin refunfuñar demasiado en médicos o medicinas que pudieran haber valido al muchacho cuando aún vivía. Una vez muerto, no tenía la menor intención de animar a Petrus para que tirase por la ventana como si tal cosa más de lo que gastaba en vestir a su familia en un año.

Cuando se lo participé en la cocina, esa misma noche, dijo él:

-¿Veinte libras?

-Sí, exactamente, veinte libras -repetí yo.

Por un momento, viendo la cara que ponía, creí que estaba haciendo cálculos. Pero cuando habló de nuevo, pensé que debía habérmelo figurado.

-¡De modo que hay que pagar veinte libras! -dijo con esa voz abstraída con que se habla de algo tan inasequible que ni siquiera se molesta uno en pensarlo.

-Como lo oyes, Petrus -repuse, y me volví al cuarto de estar. A la mañana siguiente, antes de marchar a la ciudad, Petrus dijo que quería verme.

-Por favor, *baas* -titubeé, alargándome un fajo de billetes con visible embarazo. Están tan poco acostumbrados a dar, en lugar de recibir, que no aciertan a entregar dinero a un hombre blanco. Pero allí estaban las veinte libras, en billetes de una y de media, algunos arrugados y doblados, pringosos como harapos sucios, otros suaves y bastante nuevos: el dinero de Franz, supongo, y el de Albert, y y el de Dora la cocinera, y el de Jacob el jardinero, y Dios sabe de cuántos más de todas las granjas y pequeñas haciendas del contorno. Aquello, más que sorprenderme, me irritó, produciéndome un verdadero desasosiego el despilfarro y la inutilidad de tal sacrificio en gentes tan pobres. Como los pobres de todas partes, pensé, que se privan de todo en la vida con tal de que no les falten los lujos de la muerte. Algo incomprensible para personas como Lerice y yo, convencidos de que la vida debe vivirse con prodigalidad, y si en algún momento pensamos en la muerte, la consideramos la bancarrota definitiva.

Los criados no trabajan los sábados por la tarde, de modo que era un buen día para el entierro. Petrus y su padre nos habían pedido prestados los boricos y el carro para traer el ataúd de la ciudad, donde, según dijo Petrus a Lerice a su regreso, todo había ido "de maravilla": El féretro les estaba esperando, ya cerrado para que no sufrieran una visión sin duda bastante desagradable, al cabo de las dos semanas transcurridas desde la inhumación. (Pues dos semanas habían tardado las autoridades y la funeraria en ultimar los preparativos para el traslado del cadáver.) Toda la mañana permaneció el féretro en la cabaña de Petrus en espera del viaje hacia el pequeño cementerio

situado junto a la linde oriental de nuestra granja, reliquia de los tiempos en que esto era un verdadero distrito agrícola más que una elegante finca campestre. Fue pura casualidad que yo estuviese abajo, junto a la cerca, cuando pasó el cortejo: Lerice había vuelto a olvidar la promesa que me tiene hecha de no volver la casa inhabitable los sábados por la tarde. Cuando llegué de la ciudad me la encontré con unos pantalones viejos y mugrientos, y sin peinar desde la noche anterior, después de haber raspado todo el barniz del suelo del cuarto de estar, sin más ni más. De modo que, todo furioso, agarré un palo de golf y salí a practicar un poco.

Con el disgusto, me había olvidado por completo del entierro y no me acordé hasta que vi venir el cortejo hacia mí por el sendero que bordea la cerca: desde donde yo estaba se veían las sepulturas con toda claridad, y ese día precisamente reverberaba el sol en diversos fragmentos de cacharros rotos, una cruz casera desvencijada y varios tarros renegridos llenos de agua de lluvia y flores secas.

Pasé mi poco de apuro, sin decidirme ni a seguir pegando a mi pelota de golf ni a suspender el juego, al menos mientras no se hubiese alejado lo suficiente la comitiva fúnebre. El carretón crujía y rechinaba a cada vuelta de las ruedas, avanzando con una marcha lenta y renqueante que se avenía bien con la pinta de los dos pollinos que lo arrastraban, despeluzadas por el roce las pequeñas panzas peludas, hundidas las cabezas entre las varas y amugadas las orejas con aire de sumisión y encogimiento; todo a tono también con el grupo de hombres y mujeres que lentamente los seguían. El paciente asno. Creo que, observándolo, se comprende la razón de que este animal llegara a ser un símbolo bíblico. Mientras tanto, el cortejo llegó a mi altura y se paró, y yo tuve que dejar mi palo de golf. Sacaron el ataúd del carro -era de madera reluciente, barnizado de amarillo como los muebles baratos- y los asnos comenzaron a espantarse las moscas con las orejas. Petrus, Franz, Albert y el anciano padre llegado de Rhodesia cogieron el ataúd en hombros, y el cortejo siguió su camino a pie. Fue un momento de veras peliagudo. Yo me mantenía junto a la cerca como embobado, en absoluta inmovilidad; y muy despacio, sin mirar, pasaron los cuatro hombres doblados bajo el peso del féretro de madera barnizada, y detrás, rezagados, los demás asistentes al duelo. Todos ellos eran criados de la casa, o de las haciendas vecinas, a quienes conocía por haberlos visto de charla con los nuestros en el campo o en la cocina. Se oía el resuello del anciano.

Me acababa de agachar para recoger mi palo de golf cuando sobrevino una especie de conmoción en el fluir ponderado y solemne del cortejo; la sentí de inmediato, como una oleada de calor en el aire, o como una de esas corrientes frías que nota uno en las piernas cuando se baña en un raudal apacible. La voz del viejo murmuraba no sé qué; la gente se había parado, confundida; se empujaban unos a otros, quiénes pugnando por seguir adelante, quiénes siseándoles que no se movieran. Vi muy bien que estaban todos desconcertados, pero no podían desoír aquella voz; así las palabras oscuras de un profeta, aunque incomprensibles al principio, cautivan siempre el ánimo. El lado del ataúd que le tocaba cargar al viejo habíase vencido por una punta; como si el hombre quisiera deshacerse de la carga. Petrus le reconvenía.

El chiquillo que había quedado al cuidado de los asnos soltó los ramales y corrió a mirar. No sé por qué -como no fuera por la misma razón que la gente se agolpa en torno al que se ha desmayado en el cine-, pero es el caso que separé los alambres de la cerca y me llegué hacia el grupo.

Petrus levantó los ojos hacia mí -creo que hacia cualquiera que se hubiese acercado- con angustia y horror. El anciano de Rhodesia había soltado por completo el ataúd, y los otros tres, incapaces de sujetarlo ellos solos, lo depositaron en el suelo, en el misma senda. Una fina capa de polvo empañaba ya tenuemente su brillante superficie. No entendía yo lo que el anciano decía, y tampoco me decidía a intervenir. Pero todo el grupo bullicioso aguardaba expectante a que rompiera

el silencio. El propio anciano se me acercó y me interpeló directamente, diciendo algo que no comprendí, pero debía de ser sorprendente y extraordinario, a juzgar por el tono en que eran pronunciadas las palabras.

-¿Qué pasa, Petrus? ¿Qué sucede? -inquirí.

Petrus extendió las manos, dio unas cuantas cabezas histéricas, y luego, de pronto, alzó la vista y me miró.

-Pues dice: "Mi hijo no pesaba tanto."

Silencios. Hacíase perceptible el jadeo del anciano, que tenía la boca entreabierta como suelen los viejos.

-Mi hijo era joven y delgado -explicó al fin en inglés.

Volvió a reinar el silencio. Luego prosiguieron los murmullos. El viejo despotricaba contra todo el mundo; sus dientes eran pocos y amarillos, y lucía uno de esos magníficos bigotes grises, poblados y caídos, que no se ven ya mucho en estos días, y que se había dejado crecer en recuerdo de los primeros fundadores del Imperio. Parecía revestir todas sus expresiones de una especial solemnidad, quizá sólo por ser el símbolo de la tradicional prudencia de los años -idea tan terriblemente arraigada que todavía entraña algo pavoroso, de más allá de la razón. Consiguió conmover a todos; pensaron si estaría mal de la cabeza, pero no tuvieron más remedio que escucharle. Con sus propias manos, comenzó a tantear la tapa de la caja, pretendiendo levantarla, y tres hombres se adelantaron a ayudarlo. Entonces se sentó en el suelo, y allí fue de verle, tan viejo, tan débil, que no acertaba ni a hablar, limitándose a levantar su mano temblorosa hacia lo que tenía delante. Renunciaba. Se lo dejaba a los demás. Ya no tenía fuerzas.

Todos se agolparon para mirar (y yo también), y todos olvidaron la índole de la sorpresa y la ocasión de pesadumbre en que se originaba, y por unos instantes sintieron transportados por la grata estupefacción de la sorpresa misma. Todos gesticulaban y se excitaban ruidosa y animadamente. Aún tuve tiempo de observar al chico que se había hecho cargo de los asnos saltando en todas direcciones, casi llorando de rabia, porque las espaldas de los mayores le impedían disfrutar del espectáculo.

En el ataúd yacía un sujeto que nadie había visto jamás: un indígena de constitución robusta y piel bastante clara, con el costurón de una cicatriz bien marcado en su frente: reliquia quizá del golpe recibido en una pelea en la que hubiera sufrido también otras heridas de efectos más graves y tardíos, causa probable de su muerte.

Una semana me pasé discutiendo con las autoridades a propósito del cadáver. Tuve la impresión de que estaban consternados -es lo menos que se puede decir- por su propio error, más con la confusión que aquel muerto anónimo representaba no acertaban a poner las cosas en claro. "Estamos haciendo lo posible por encontrarlo", me aseguraban, y "Continuamos indagando". Parecía como si en el momento menos pensado fueran a llevarme al depósito y a decirme: "¡Vamos!, levante las sábanas; a ver si encuentra al hermano del encargado de su gallinero. Hay tantas caras negras... ¿no será uno de estos?"

Y todas las tardes, al volver a casa, Petrus me estaba esperando en la cocina.

-Continúan buscando. No lo han olvidado. El *baas* está pendiente de tu asunto, Petrus -le decía.

-Diablos, el tiempo que debía estar en la oficina me lo paso dando vueltas por la ciudad, investigando el asunto -confesé a Lericé cierta noche, en un aparte.

Ni Petrus ni ella apartaban de mí los ojos mientras les hablaba, y cosa extraña, en esos momentos los veía exactamente iguales, por imposible que parezca: mi esposa con su frente despejada y blanca y su talle delgado de mujer inglesa, y el mozo del gallinero con los curtidos pies descalzos asomándole de los pantalones caqui, que llevaba amarrados con cuerdas bajo las rodillas, y el peculiar tufo a sudor que brotaba abundante de su piel.

-¿Y por qué tan indignado y tan resuelto ahora? -me preguntó Lericé de repente.

Clavé los ojos en ella.

-Es cuestión de principios. ¿Por qué se han de salir siempre con la suya? Ya es hora de que estos funcionarios den con alguien que les obligue a moverse.

-¡Vaya, hombre! -exclamó.

Y cuando Petrus, en vista de que la conversación no era ya de su incumbencia, abrió despacito la puerta para marcharse, ella se largó también.

Continué sosteniendo las esperanzas de Petrus, una tarde tras otra, pero a pesar de decirle siempre lo mismo, y con la misma voz, la verdad es que sonaba cada más débil. Al final se hizo evidente que jamás conseguiríamos encontrar al hermano de Petrus, ya que nadie sabía en realidad donde estaba. Quizá en algún cementerio uniforme como el plano de un edificio, con un número equivocado, o acaso en la Facultad de Medicina, reducido laboriosamente a secciones de músculo y tiras de nervio. Dios sabe. Un ser sin identidad alguna en el mundo.

Fue entonces cuando, con voz avergonzada, me pidió Petrus que consiguiese la devolución del dinero.

-Por la manera de decirlo parece como si estuviera robando a su hermano muerto -comenté con Lericé más tarde. Pero como ya he dicho, Lericé había tomado el asunto tan a pecho que no era capaz de apreciar ni un asomo de ironía.

Intenté que me devolvieran el dinero; Lericé también. Ambos telefoneamos, y escribimos, y discutimos; pero no conseguimos nada. Al parecer el gasto más importante había sido el de la funeraria, que al fin y al cabo había hecho su trabajo. Total, que fue como haber tirado el dinero: un dispendio para los pobres diablos aún mayor de lo que yo imaginara.

El viejo rhodesiano venía a tener aproximadamente la talla del padre de Lericé, de modo que le regaló un traje usado de su padre, y el infeliz volvió a su casa mucho mejor, por ser invierno, de como había venido.

“Mi último reloj de oro macizo”

Tennessee Williams

Ce ne peut être que la fin du monde, en avançant

Rimbaud

La habitación de un hotel de una ciudad del delta del Mississippi. La habitación ofrece el mismo aspecto, un poco deteriorado, desde hace treinta y cuarenta años. Las paredes son de color mostaza. Tiene dos ventanas con unas persianas de un verde desvaído, un poco rotas, un ventilador en el techo, una cama de hierro pintada de blanco con una colcha color de rosa, un lavabo con capullos de roza pintados en el jarro y en la palangana, y en la pared hay colgada una litografía que representa a la Esperanza con los ojos vendados y la lira rota.

Se abre la puerta y entra el SR. CHARLIE COLTON. Es un personaje legendario; tiene setenta y ocho años, pero sigue en la brecha. Es pródigo en carnes, enormemente robusto, y su porte tiene una dignidad majestuosa. En otro tiempo andaba con elegante desenvoltura y arrogancia. Ahora avanza pesadamente y resopla; cuando nadie le mira aprieta la mano contra el pecho y yergue la cabeza, atento a los latidos de su corazón. Cruzan la pronunciada curva de su pecho y vientre múltiples cadenas de oro, de las que penden varios pequeños dijes y colgantes. Lleva un sombrero hongo echado hacia atrás y un cigarro en la boca. Este es “Mister Charlie”, que melancólicamente, pero no sin orgullo, se llama a sí mismo “el último de los viajeros del delta”. Detrás de él entre en la habitación un empleado negro, de su misma edad, delgado, sin dientes y con el pelo gris. Lleva a hombros las largas cajas de muestras de cuero color naranja que contienen los zapatos que vende CHARLIE. Las pone a los pies de la cama mientras CHARLIE busca en su bolsillo una moneda.

CHARLIE (*Entregando la moneda al NEGRO*): ¡Ahí tienes!

NEGRO (*Jadeando*): ¡Gracias, señor!

CHARLIE: ¡Hum! Eres un negro demasiado viejo para cargar con esas cajas tan pesadas.

NEGRO (*Con una sonrisa triste*): No diga eso, mister Charlie.

CHARLIE: Calculo que seguirás en ello hasta que un día te caigas muerto.

NEGRO: Eso es, mister Charlie.

(CHARLIE busca en su bolsillo otra moneda y se la echa al NEGRO, que se agacha y se rie al cogerla).

CHARLIE: ¡Ahí va!

NEGRO: ¡Gracias, señor; gracias, señor!

CHARLIE: ¡Ahora, pon en marcha ese ventilador y luego tráeme un poco de agua fría!

NEGRO: ¡Hum! ¡Decadencia! ¡Ultimamente aquí todo va de capa caída!

NEGRO: Sí, señor; es verdad, mister Charlie; todo va de capa caída.

CHARLIE: ¿Se hospeda algún conocido mío en el hotel? ¿Está en la ciudad alguno de los viejos?

NEGRO: No, señor, mister Charlie.

CHARLIE: “¡No, señor, mister Charlie!” ¡No oigo otra cosa ya! ¿Quieres decir que no voy a poder jugar al póker?

NEGRO (*Sonriendo tristemente*): ¡Mister Charlie, usted es quien mejor puede juzgar!

CHARLIE: Bueno, no hay mucho donde escoger en estos tiempos. ¡Cada vez voy a una ciudad encuentro menos de lo viejo y más de lo nuevo; y te juro, negro, que esta nueva cosecha de algodón que veo por el delta no vale la pena arrancarla de la tierra! ¡Baja y dile a ese muchacho, el señor Bob Harper, que suba a echar un trago!

NEGRO (*Retirándose*): Sí, señor.

CHARLIE: ¡Si no, me parece que voy a tener que echar solitarios!

(El NEGRO cierra la puerta, CHARLIE se dirige a la ventana y sube la persiana. La tarde se está poniendo azulada. Suspira y abre su maleta para sacar una botella de whisky y unas barajas que echa encima de la mesa. Se detiene y se lleva la mano al pecho)

CHARLIE (*Se dice a sí mismo en tono amenazador*): ¡Bum-bum-bum-bum-bum! ¡Aquí viene el desfile! (Pasados unos momentos se oye un golpe en la puerta.) ¡Adelante! (Entra HARPER, un viajante de treinta y cinco años. No ha conocido la “gran época” de la profesión y no hay vestigios de grandeza en sus modales. Es flaco y cetrino, y lleva un tebeo en color metido en el bolsillo de la chaqueta).

HARPER: ¿Cómo está el viejo veterano?

CHARLIE (*Cordial*): ¡Espléndidamente! ¿Cómo está la joven ardilla?

HARPER: Muy bien.

CHARLIE: ¡Así se habla! ¡Pasa y sírvete una copa! ¿Un cigarro?

HARPER (*Aceptando ambas cosas*): Gracias, Charlie.

CHARLIE (*Mirando el bolsillo de HARPER con disgusto*): ¿Por qué andas por ahí con tebeos?

HARPER: De cuando en cuando me hacen refr un poco.

CHARLIE: ¡Qué falta de imaginación! (HARPER ríe un poco molesto.) No me digas que esas cosas son realmente divertidas. (Saca el tebeo del bolsillo de la chaqueta de HARPER.) ¡“Superman”, “Aventuras de Tom Tyler”! ¡Bah! ¡Ninguna de ellas es ni la mitad de fantástica que la vida misma! Cuando llega uno a mi edad, que son setenta y ocho años, se tiene una perspectiva de la vida asombrosa. ¡Literalmente asombrosa! ¡No, se dice uno, todo eso no puede haber sucedido! ¿Y por qué razón? ¡No! Empieza uno a preguntarse... Bueno... ¿Estás con Schultz y Werner?

HARPER: Así es, Charlie.

CHARLIE: Esa casa es relativamente nueva.

HARPER: No creo. Llevan ya en el negocio veinticinco años, Charlie.

CHARLIE: ¡Infancia, pura infancia! ¿Sabes éste, Bob? ¡Un niño en su niñez no se divierte ni la mitad que los adultos en su adulterio!

(Ríe estruendosamente. HARPER sonríe de mala gana. CHARLIE se calla bruscamente. Le hubiese gustado una respuesta más profunda. Recuerda la época en que un chiste suyo precipitaba un huracán. Llena de whisky el vaso de HARPER)

HARPER: ¿Usted no bebe?

CHARLIE: No, señor. ¡Se acabó!

HARPER: ¿Por qué?

CHARLIE: ¡El estómago! ¡Perforado!

HARPER: ¿Úlcera? *(CHARLIE asiente con un gruñido. Se inclina trabajosamente y alza una de las cajas de muestras, poniéndola encima de la cama.)* Yo tuve una úlcera una vez.

CHARLIE: Todo el que bebe tiene una úlcera una vez. Algunos, dos veces.

HARPER: Ha perdido usted peso, ¿verdad?

CHARLIE *(Abriendo la caja de muestras)*: ¡Veintisiete libras he perdido desde el mes de agosto! *(HARPER silba, CHARLIE busca entre sus muestras.)* ¡Sí, señor! ¡Veintisiete libras he perdido desde agosto! *(Saca un zapato oxford y lo mira desdeñosamente.)* ¡Bah..., lástima de cuero! *(Vuelve a ponerlo en la caja y continúa revolviendo.)* ¡Un hombre de mi edad y constitución, Bob, no debe tener tanto tejido adiposo! ¡Es *(Se endereza, colorado y jadeante.)* una carga terrible para el corazón! Alárgame esa otra muestra..., aquella de allá. ¡Quiero enseñarte un modelo de nuestra colección de primavera digno de una reina! Hay quienes dicen que la Cosmopolitan no está a la altura de los tiempos. Es una afirmación que yo desmiento y que voy a refutar mostrando simplemente una pequeña zapatilla de piel de becerro. *(Abriendo la segunda caja.)* ¡Vamos a ver, hijo! *(Buscando entre las muestras.)* ¿Conocías al viejo Langner, de Friar's Point, Mississippi?

HARPER: ¿Al viejo Langner? Claro.

CHARLIE: Se lo encontraron muerto en la bañera hace una semana, el sábado por la noche. ¡Aquí está lo que yo buscaba!

HARPER: ¿El viejo Langner? ¿Muerto?

CHARLIE: ¡Enterrado! Tuvo un funeral masónico. Yo ayudé a llevar el ataúd. Bob, quiero que veas este oxford sport de becerro para señora, con tacón cubano, sin punta y con lengüeta. *(Lo alza reverencialmente.)* ¡Quiero que contemples este zapato y me digas claramente lo que opinas de él! *(HARPER silba y abre mucho los ojos.)* ¿No es una verdadera mercancía, ardilla? Pues quiero que sepas...

HARPER: ¡Charlie, realmente es una bonita mercancía!

CHARLIE: ¡Bob, esa mercancía no es más que una pequeña indicación de lo que es nuestra colección de primavera! ¡Un artículo como éste que lleva la marca I.S.C., no hay que cogerlo y examinarlo en el microscopio para averiguar si el material de que está hecho es tan bueno como su aspecto! ¡No es éste el zapato que la señora Jones, de Hattiesburg, Mississippi, te va a tirar a la cara dos o tres semanas después porque se hizo pedazos como si fuera de cartón con la primera lluvia! ¡No, señor! ¡Quiero que lo sepas! Tenemos algunos bonitos zapatos troteros en nuestra colección de primavera. Voy a exponer mis muestras allá abajo en el vestíbulo mañana por la mañana, a primera hora. Las empaquetaré y me iré de la ciudad a mediodía... Pero, por Jehová todopoderoso, te apuesto a que tendré que telegrafiar al despacho para que me envíen a la plaza adonde me dirija después un paquete de libretas de pedidos, porque voy a agotarlas todas, Bob. ¡Bollos calientes! ¡Eso es lo que vendo! *(Vuelve exhausto a la caja de muestras y arroja el zapato en ella, algo descorazonado por la actitud de HARPER, que mira con vaga complacencia la lámpara de bronce. Recuerda los tiempos en que se podía retener con más seguridad la atención de la gente con la charla. Cierra de golpe la caja y lanza una irritada ojeada a HARPER, que mira ahora con tristeza hacia la alfombra marrón.)* Pues sí... *(Sirve un latigazo de whisky.)* Esta tarde me dieron una noticia verdaderamente impresionante.

HARPER *(Echando un anillo de humo)*: ¿Qué noticia fue ésa?

CHARLIE: Lo que me contaron del viejo Gus Hamma, uno de los viejos veteranos de aquellos tiempos, Bob. El y yo, y mi padre, C.C., solíamos jugar al póker siempre que coincidíamos en la ciudad, ¡aquí en esta misma habitación! Pues fíjate...

HARPER *(Oprimiéndose la frente)*: Creo que he oído contar algo. ¿No tuvo un ataque al corazón o algo parecido hace unos meses?

CHARLIE: Sí. Y en parte se recuperó.

HARPER: ¿Sí? Lo último que oí decir es que había que darle de comer con cuchara.

CHARLIE *(Rápidamente)*: Así fue, y en parte se recuperó. Ha estado yendo por ahí, sabes, en uno de esos sillones con un motor eléctrico. Iba chucu-chucu-chuc, rodando por la calle con una colilla en la boca. Bueno, pues ayer, en Blue Mountain, al salir del Club Elks, lo vi entrar, ayudado por el negro... "¿Qué hay, Gus, cómo estás?" Eso fue a las seis y cuarto. Media hora después entra en el vestíbulo del hotel, donde estaba yo empaquetando mis cajas de muestras, Carter Bowman, y me da la noticia de que el viejo Gus Hamma ¡se acaba de quemar vivo en el salón del Club Elks!

HARPER *(Sonriendo involuntariamente)*: ¿Qué me cuenta usted?

CHARLIE: Sí, señor; el viejo veterano se había quedado dormido con aquel cigarro en la boca..., se le prendió fuego al traje... ¡y se consumió como un trozo de papel!

HARPER: ¡No le creo!

CHARLIE: Pero ¿por qué demonios iba yo a mentir en una cosa así? ¡Se consumió como un trozo de papel!

HARPER: ¡Perra manera de morir un hombre!

CHARLIE: ¡De una manera o de otra...! (Serio.) Tal vez no lo sepas, Bob, pero todos nosotros, los veteranos, estamos desapareciendo más que aprisa. ¡Todos tenemos que abandonar el puesto un día u otro! ¡Yo calculo que soy casi el último de los viajeros del delta!

HARPER (Moviéndose inquieto en su asiento y mirando al reloj): ¡El último... de los viajeros del delta! ¿Cuánto tiempo lleva usted en la profesión?

CHARLIE: ¡Hará cuarenta y seis años en marzo!

HARPER: No lo creo.

CHARLIE: ¿Por qué iba a mentirte? No, señor, quiero que lo sepas, quiero que lo sepas... Hmmm... Perdí un cliente muy bueno esta semana.

HARPER (Con total desinterés, ajustándose el pantalón): ¿Cómo es eso, Charlie?

CHARLIE (Sombrío): El viejo Ben Summers, de Friar's Point, Mississippi... Cayó como herido del rayo cuando iba a servirse una bebida en la fiesta de los plantadores de algodón.

HARPER: ¡Verdaderamente, es terrible! ¿Qué le pasó?

CHARLIE: ¡Que le llegó su hora, eso es lo que le pasó! Hay gente que cree que los millones de personas que hoy viven no van a morir nunca. Yo no lo creo. Creo que es una falsa impresión que los hechos desmienten. Nos vamos como las moscas cuando se acaba el verano... ¿Y quién va a impedirlo? (Se entristece.) ¿Quién va a impedirlo? (Cabecea gravemente.) La profesión de viajante de comercio ha cambiado. La industria del calzado ha cambiado. ¡Esta es una época revolucionaria! (Se levanta y va a la ventana.) No me gusta su aspecto. Créeme, el mundo que yo conocía, el mundo que conocía mi padre, ¡el mundo al que pertenecemos nosotros, los viejos veteranos!..., se desliza y desaparece bajo nuestros pies. ¿Quién va a impedirlo? El slogan "Todo cuero" ya no sirve para vender zapatos. El material de un zapato ya no es lo que hace que el zapato se venda. ¡No! ¡Estilo! ¡Elegancia! ¡Apariencia! ¡Eso es lo que cuenta para el comprador moderno, Bob! Pero trata de decirselo al departamento de estilo. Mira, yo recuerdo la época en que lo único que tenía que hacer era extender mis muestras ahí abajo en el vestíbulo. ¡Abrir mi libreta de pedidos y llenar pedidos hasta que me dolían los dedos! ¡No era necesario hacer el artículo! ¡Una tienda era un sitio donde se vendían artículos, y para vender artículos el detallista tenía que comprarlos al mayorista, Bob! ¿Dónde adquieren ahora la mercancía, no pretendo saberlo. ¡Pero no parece que la compren a mayoristas! ¡Supongo que sale de la nada! ¡O quizá es que las tiendas ya no venden cosas! ¡Quizá estoy viviendo en un mundo de ilusión! ¡Admito también esa posibilidad!

HARPER (Indiferente, sacando del bolsillo el tebeo): Sí... sí. Debe usted haber presenciado algunos cambios.

CHARLIE: ¿Cambios? Es poco decir. Muchacho, he presenciado ¡una revolución! (HARPER ha abierto el tebeo, pero CHARLIE no se da cuenta, pues ahora su perorata, va dirigida a sí mismo.) ¡Sí, una revolución! ¡La atmósfera que respiro no es la misma! ¡Ah! Soy un viejo veterano. (Se abre la chaqueta y saca las múltiples cadenas de oro de su chaleco. Aparece una increíble cantidad de relojes. Habla despacio y con orgullo.) ¡Mira, muchacho! ¿Has visto alguna vez a alguien que tenga

tantos relojes? ¿Cómo adquirir todas estas piezas? (No es la primera vez que HARPER los ve. Mira por encima del tebeo, fingiendo asombro.) ¡En cada una de las reuniones anuales de los viajeros de la Cosmopolitan Shoe Company, en Saint Louis, se obsequiaba al viajante que más se había destacado en el año en un reloj Hamilton de oro macizo, de diecisiete rubíes, de mecanismo suizo! ¡Se me concedieron quince de esos relojes! ¡Creo que eso supone algo! ¡Creo que representa un cierto historial!... ¿No es verdad?

HARPER: ¡Sí, señor! ¡Ya lo creo que sí, mister Charlie! (Ríe de algo que lee en el tebeo, CHARLIE frunce los labios con una exclamación de disgusto y le arranca el tebeo de las manos)

CHARLIE: Muchacho... Te estoy hablando, estoy hablando para tu información, y espero que tengas la bondad de escucharme hasta que haya terminado. Puede que yo sea un viejo veterano. Puede que haya recibido ya mi último reloj de oro macizo... Pero aun así, los buenos modales siguen formando parte de la tradición de esta profesión de viajeros de comercio. Y de la tradición del sur de los Estados Unidos. Sólo un joven fantoche sería capaz de leer tebeos mientras habla el viejo Charlie Colton.

HARPER (Tomando otro trago): Perdóneme, Charlie. Tengo muchas cosas en la cabeza. Hay un asunto que tengo que despachar inmediatamente.

CHARLIE: ¡Y lo despacharás inmediatamente! ¡Sólo quiero que sepas lo que pienso de este nuevo mundo nuestro! ¡No soy uno de esos que van por ahí gritando que en la Casa Blanca se ha instalado un comunista! ¡No digo que los rojos han tomado posesión de Washington! ¡No digo que toda la riqueza del país está en manos de los judíos! ¡Me son simpáticos los judíos y soy amigo de los negros! ¡Pero sí digo esto: el mundo que yo conocía ha desaparecido, desaparecido..., se lo ha llevado el viento! ¡Tengo los bolsillos llenos de relojes que me dicen que mi hora está a punto de llegar! (En su grueso rostro aparece una mirada de profundo malestar y desconcierto. El tono más bien noble de su discurso degenera en una queja senil.) ¡Todos ellos..., cerdos sacrificados..., cadáveres arrojados al río! ¡A los agricultores se les paga para que no cultiven trigo ni maíz, para que no planten algodón! ¡Todas esas letras del alfabeto que surgen a mi alrededor! ¡De significado desconocido para los hombres de mi generación! ¡La ordinareiz, la falta de respeto..., los periódicos llenos de noticias raras! ¡Esa terrible, veloz, oscura carrera de los acontecimientos en el mundo! ¡Hacia dónde y por qué!... ¡Yo no pretendo saber nada de ahora! Sólo digo -y lo digo con humildad- que no comprendo... lo que ha sucedido... Soy uno de esos monstruos que se ven reproducidos en los museos... de épocas prehistóricas..., los reptiles gigantes y los dino - como - se - llamen. ¡Pero lo que sí sé es esto! ¡Y lo digo sin vergüenza ninguna! ¡Iniciativa..., confianza en uno mismo..., independencia de criterio! Las viejas y auténticas cualidades que distinguían a un hombre de otro, la arcilla del alfabeto, el alfarero de la arcilla... (Con un gesto de las manos.) ¿Cómo dice la vieja canción?... ¡Se fueron con las rosas de ayer! ¡Sí, se las llevó el viento!

HARPER (Cuyo aburrimiento ha avanzado a pasos agigantados): Ustedes los hombres de otros tiempos cometen un error. Sólo leen una cara de las estadísticas.

CHARLIE (Picado): ¿Qué quieres decir con eso?

HARPER: En los periódicos vienen las defunciones en un rincón y los nacimientos en otro, y, por lo general, casi se igualan unas con otras.

CHARLIE: Gracias por la información. Precisamente yo soy padrino de varios niños recién nacidos

en varias de las plazas que visito. Pero me parece que no has entendido ni una palabra de lo que he dicho.

HARPER: Yo creo que sí, mñster Charlie.

CHARLIE: Oh, no, te aseguro que no. Lo que quiero decir es esto: ¡El slogan "Todo cuero" ya no se lleva... ni en el calzado ni en la humanidad en general! Lo que importa no es la calidad. ¡Producción, producción, sí! ¡Pero con materiales inferiores! ¡Ersatz, sucedáneos, eso es lo que emplean!

HARPER (*Levantándose*): Eso es lo que usted opina porque usted pertenece al pasado.

CHARLIE (*Furioso*): ¡Una impertinencia, mozalbate! ¡Puedo exigir un poco de respeto a los mequetrefes como tú!

HARPER: Un momento, Charlie.

CHARLIE: Yo pertenezco a la... tradición. Soy una leyenda. Me conocen de un extremo del delta al otro. Desde el hotel Peabody de Memphis hasta el Cat-Fish Row de Vicksburg. ¡Mñster Charlie, mñster Charlie! ¿Quién te conoce a ti? ¿Qué representas? ¡Una serie de artículos de dudoso valor, una empresa judía del Este! ¡Sal de mi cuarto! ¡Prefiero hacer solitarios antes que jugar al póker con hombres con menos personalidad que la sota de la baraja!
(*Abre la puerta y el joven viajante se encoge de hombros y sale con presteza. Después la cierra de un portazo y respira profundamente. Entra el NEGRO con una jarra de agua fría*)

NEGRO (*Sonriendo*): ¿Por qué gritaba usted, mñster Charlie?

CHARLIE: A veces pierdo la paciencia. Negro...

NEGRO: ¿Sí, señor?

CHARLIE: Tú recuerdas cómo era en otros tiempos.

NEGRO (*Con dulzura*): Sí señor.

CHARLIE: ¡Yo llegaba a la ciudad como un héroe conquistador! ¡Dios mío! ¡Poco les faltaba para poner alfombras rojas a mi paso! ¿No es verdad?

NEGRO: Es verdad, mñster Charlie.

CHARLIE: Esta habitación era como el salón del trono. ¡Mis muestras ahí expuestas sobre un paño de terciopelo verde! ¡El ventilador del techo en marcha... ahora estropeado! ¡Y aquí desaparecían la palangana y el jarro y quedaba la mesa cargada de bebidas! ¡Desde el momento en que llegaba hasta que me marchaba, entrando y saliendo los compañeros, los viajeros que me conocían, y yo representaba para ellos cosas que merecen respeto! ¡Gritos, risas...! ¡Alegria! ¿Dónde está todo aquello?

NEGRO (*Asintiendo gravemente*): El cementerio está lleno de conocidos, mñster Charlie. ¡Es ya muy tarde!

CHARLIE: ¡Hum! (*Se dirige a la ventana.*) Negro, ya no es ni siquiera tarde... (*Levanta la persiana.*) ¡Es de noche!
(*El recuadro de la ventana está oscuro*)

NEGRO (*Despacio, con una sonrisa llena de sabiduría*): ¡Sí, señor...; es de noche, mñster Charlie!

TELÓN



LA VARIABLE HISTORIA EN EL TEXTO LITERARIO

OBJETIVOS:

Que el alumno:

- Explique el concepto historia, como variable para la lectura del texto literario.
- Identifique los datos e indicios presentes en el texto literario, que hagan alusión a la variable historia.
- Investigue, en textos especializados, la información pertinente para precisar la variable historia en el texto literario.
- Relea el texto literario, a partir de esta información y enriquezca la comprensión de la obra estudiada.
- Escriba un comentario breve donde presente la información histórica pertinente a la obra estudiada y explique la importancia de dicha información para obtener otra lectura del texto.
- Identifique las relaciones de historia y sociedad, como variables presentes en el texto literario.
- Valore la importancia de la lectura interdisciplinaria, para la comprensión del texto literario.
- Compare dos textos literarios de diferentes épocas, que manejan un mismo tema, a partir de la identificación de la variable historia en cada uno de ellos.
- Interprete denotativa y connotativamente el texto literario.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MARCO TEÓRICO

Introducción

En el fin del milenio el hombre es testigo y actor de hechos extraordinarios; vive en una inquietud constante, dispuesto a admitir cualquier novedad aun cuando no llegue a comprenderla. Ante la nueva configuración geográfica del planeta y la tendencia globalizadora en todos los ámbitos -económico, social, cultural- el mundo actual sufre múltiples cambios que parecen requerir un reajuste total de las ideas para asimilar estas transformaciones.

En este momento, así como en otros muchos de su pasado, el hombre ha consignado lo que acontece, los hechos y fenómenos que le permitan intentar una explicación de su presente y su futuro.

Hoy como ayer, los libros de historia pretenden dar cuenta del pasado; investigar los orígenes, darle sentido a la vida de los individuos y las naciones, inculcar ejemplos morales, legitimar el orden establecido, sancionar la dominación de unos hombres sobre otros, reconstruir los acontecimientos.

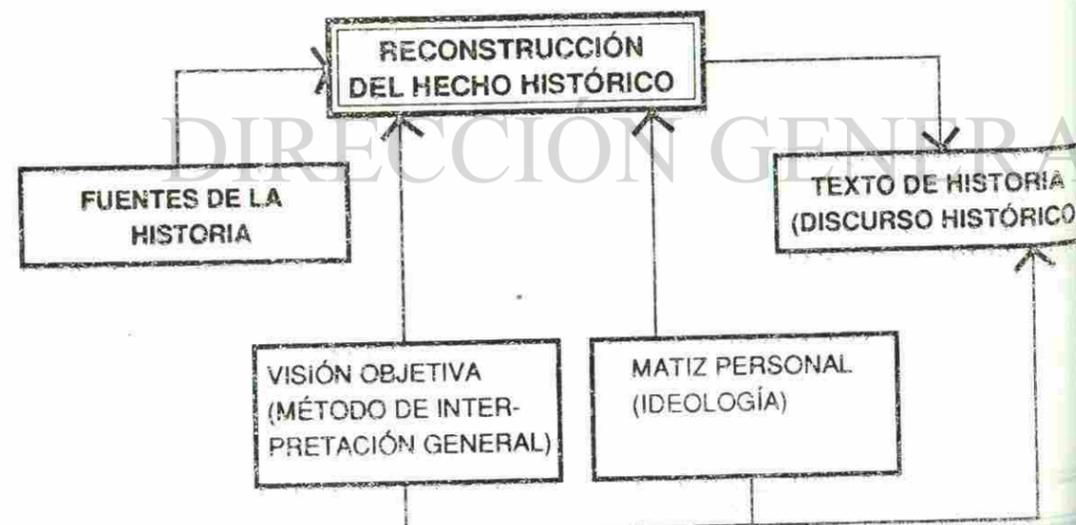
En este sentido, podemos afirmar que la condición humana se define por la historia que es la vez memoria colectiva, lucha contra el olvido, conciencia de la duración, permanencia en el tiempo y profunda necesidad de la humanidad porque es necesaria para comprender el presente.

La historia (del griego *historéō*: intentar saber, informarse) es ante todo narración e interpretación combinados, pero no confundidos. Significa reconstruir intelectualmente el curso de los hechos explicar por qué fueron así y no de otro modo.

El hecho histórico

Para realizar esa reconstrucción es necesario acudir a las fuentes: documentos, libros, rastros, monumentos, ruinas, tradición oral, literatura, arte. El historiador reúne sus materiales y a través de un método de interpretación general y de su propia experiencia, elabora el texto de historia.

Como se explica en el siguiente esquema, a partir de las fuentes que ha recabado, el historiador reconstruye el hecho histórico tomando en cuenta tanto una visión objetiva de los hechos como una interpretación personal. Así elabora el texto de historia que necesariamente refleja estos aspectos.



Existen diferentes tendencias en el estudio del hecho histórico: Positivista, Narrativa, Prolongación de la "Escuela de los Annales", Estructuralista, Historia Cuantitativa, Marxismo, Historia de masas, Historicismo, entre otros. Estas corrientes de investigación postulan distintos porqués y para qué de la historia. Hayden White en su texto *Metahistoria* "La imaginación histórica en Europa del siglo XIX", mediante el análisis narrativo (lingüístico) de ciertos historiadores del siglo XIX, cuestiona sus pretensiones científicas y hace hincapié en su carácter de ficción.

Veamos algunos fragmentos, que revelan estas diferentes tendencias:

"El deber y la misión de la humanidad no consisten en buscar comodidades sino en realizarse sin cesar en la creación de formas siempre más altas de sí misma y, como el poeta y el artista, tejer el eterno poema de la historia... Cuando se oye preguntar si el futuro pertenece a la libertad, hay que responder que posee algo mejor, la eternidad".

B. Croce, citado por J.Z. Vázquez en *Teoría de la Historia*.
Antología de Lecturas.

"La historia de toda sociedad hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases. Hombre libre y esclavo, patricio y plebeyo, amo y siervo, maestro y oficial, en una palabra: opresores y oprimidos, se han hallado en constante oposición; han librado una lucha sin tregua, unas veces disimulada y otras abierta, que siempre acababa o bien por una transformación revolucionaria de toda la sociedad o bien por la ruina de las diversas clases en pugna..."

Karl Marx "El manifiesto comunista"
citado por P. Salmon en *Teoría de la Historia*. Antología de Lecturas.

"En esa teoría considero la obra histórica como lo que más visiblemente es: una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa. Las historias (y también las filosofías de la historia) combinan cierta cantidad de "datos", conceptos teóricos para "explicar" esos datos, y una estructura narrativa para presentarlos como la representación de conjuntos de acontecimientos que supuestamente ocurrieron en tiempos pasados. Yo sostengo que además tienen un contenido estructural profundo que es en general de naturaleza poética, y lingüística de manera específica, y que sirve como paradigma precriticamente aceptado de lo que debe ser una interpretación de especie 'histórica'. Este paradigma funciona como elemento 'metahistórico' en todas las obras históricas de alcance mayor que la monografía o el informe de archivo".

Hayden White *Metahistoria*. "La imaginación histórica en la Europa del Siglo XIX".

Es importante destacar los cambios que en estos momentos, se vuelven imperativos en relación al concepto "hecho histórico".

Hecho histórico: Despliegue de la acción del hombre en el tiempo, desde el pasado hacia el futuro.

Para Marx y Engels la historia no es una colección de hechos, pero de ella se deducen leyes que permiten prever el futuro y demostrar que las sociedades evolucionan hacia un fin determinado. Al tomar como base las condiciones materiales de la vida, el marxismo renovará y enriquecerá el trabajo del historiador.

Alexis Márquez señala que antes del enorme desarrollo que los medios de comunicación alcanzado en las últimas décadas, "lo histórico" obedecía a criterios que no pueden ser los mismos hoy. Antes un acontecimiento histórico, por grande que fuese su significado y trascendencia, sus efectos con lentitud, pues el conocimiento de lo ocurrido muchas veces tardaba días, semanas o meses. La caída de Robespierre se conoce en la Guadalupe, posesión francesa, varias semanas tarde, y durante ese tiempo en la isla caribeña seguía gobernando con los mismos procedimientos incorruptible y en su nombre. La muerte del Libertador se conoce en Caracas a más de un mes producida.

Hoy las cosas son muy distintas. El hecho de que cada día nos enteremos por los periódicos, la radio y la TV, de los pormenores sangrientos de la Guerra de Bosnia, no modifica en nada el carácter histórico de la misma. Ahora podemos ser aterrados testigos de los ataques aéreos en la Guerra del Golfo y del último terremoto en Japón, pues la televisión los lleva a nuestros hogares y esto disminuye su valor histórico. Hoy la rapidez con que los medios de comunicación divulgan la ocurrencia de determinados sucesos hace que sus efectos sean más rápidos, y en consecuencia aceleran la conversión en hechos históricos.

Ejemplo:

CAEN RESERVAS

Las reservas internacionales que tiene México se han reducido en 77 por ciento en los últimos nueve meses, de acuerdo a cifras del periódico estadounidense The Wall Street Journal.

El rotativo neoyorquino señala que México cuenta actualmente con 6 mil millones de dólares en reservas internacionales.

El Gobierno federal decidió el pasado miércoles liberar el precio del dólar ante la pérdida de reservas que se estaba presentando por la incertidumbre financiera causada por el conflicto armado en Chiapas y factores económicos externos.

El Norte, 25 de diciembre de 1994

Macrohistoria y Microhistoria

Las formas primitivas de la historia son el mito y la crónica, que registran saberes colectivos sobre el origen y desarrollo de los pueblos, glorifican monarcas y combates y justifican ritos públicos. Sin embargo, se deben destacar sus cortas dosis de verdad que se combinan con la imaginación y la ficción.

Con fines didácticos, podemos considerar dos grandes clasificaciones de la historia: **Macrohistoria** y **Microhistoria**.

MACRO HISTORIA

Espacio:	Naciones del mundo: continentes.
Tiempo:	Acota un trozo del principio, medio o fin de una nación, del mundo.
Gente que le preocupa:	Estadistas, militares, intelectuales, santos, sabios, artistas, conquistadores, reyes, presidentes. Las grandes agrupaciones (masas): la burguesía, el proletariado, los agricultores, los obreros, la clase media, la nobleza. (Entidades como el estado, la nación, el espíritu)
Acciones que le interesan:	Sucesos influyentes, trascendentales. Guerras, conquistas, reinados. Tendencias religiosas, Macroeconomía. Manifestaciones artísticas. Modo de vida de las sociedades. Gobiernos, Ciencia y Cultura. Evolución de los pueblos.
Fuentes:	Documentos escritos Monumentos Fuentes literarias y artísticas. Testimonios directos Ruinas
Se apoya en ciencias auxiliares: arqueología, numismática, sigilografía, heráldica, epigrafía, paleografía, criptografía, diplomática, cronología, geografía, onomástica.	
Pretende ser: formalista, metódica, cuantitativa y científica.	

Ejemplo:

La política de imperialismo dinástico

NAPOLEÓN SE LANZA POR EL CAMINO DEL IMPERIALISMO DINÁSTICO

Después de su victoria de 1806, que le convirtió en un emperador del Occidente, Napoleón se lanzó abiertamente a una política de hegemonía europea apoyada sobre el principio del imperialismo dinástico. Sustituyendo por su autoridad la que en otros tiempos había pretendido el emperador del Sacro Imperio, se arrogó el derecho a disponer de los territorios y de las coronas de Europa entera.

RETENCIÓN DE ITALIA

Destronó a los Borbones de Nápoles por haber abierto sus puertos a la flota inglesa y confirió la corona a su hermano José Bonaparte; una hermana de Napoleón, Elisa Bacciocchi, fue princesa de Luca y de Piombino, y poco después gran duquesa de Toscana, y otra de sus hermanas, Paulina Borghese, fue nombrada princesa de Guastalla. Únicamente los estados de la Iglesia siguieron independientes en Italia; Pío VII se negó a aceptar la tutela que Napoleón pretendía imponerle, replicándole con energía que él era "emperador de los franceses, pero no emperador de Roma".

Jaques Pirenne. *Historia Universal*. Volumen V. La Revolución Francesa.

Como has observado, este texto de macrohistoria da cuenta de las conquistas de un personaje histórico de gran importancia: Napoleón Bonaparte.

MICROHISTORIA*

Espacio:	Patria chica, municipio, pueblo, villa, región, pequeña ciudad, barrio, colonia de inmigrantes, gremio, monasterio, hacienda. Nación minúscula.
Tiempo:	Parte de los tiempos más remotos hacia el presente. Tiempo largo de ritmo lento.
Gente que le preocupa:	La familia, la gente "normal". "Héroes" del pueblo. Individuos de la élite local. Individuos del pueblo raso.
Acciones que le interesan:	Lo modesto y pueblerino. Lo cotidiano. Tradiciones o hábitos de familia que resisten al deterioro temporal. Vida económica y social (enfoque cualitativo). Ocio y fiesta. Folklore Visión del mundo: creencias, ideas, devociones, sentimientos religiosos. Contactos entre pueblos y regiones. Guerras.
Fuentes:	Documentos Marcas terrestres Aerofotos Construcciones, ajuares Onomásticos Tradición oral (corridos, poemas) Libros de viajes

Se hace, la mayoría de las veces, sin apoyos externos.
Destaca la geografía, el detalle y la literatura. Mayor dosis de emotividad.

Ejemplo:

Monterrey, 1830

Era la capital del Estado, entonces, todavía una humilde población. Sus calles no tenían nombres oficiales ni números sus casas. Pocas de éstas tenían banquetas, aunque de fajas, y en ellas, por faltar algunas, se formaban charcos que las hacían intransitables en la época de lluvias. Los perros callejeros abundaban. Por todas partes había sillares, montones de mezcla, de pedregales o de escombros, que habían quedado desde años atrás, como resto de obras concluidas y abandonadas.

La Plazuela (que más tarde se conoció como Plaza del Mercado), era el nombre de la hoy Plaza de Hidalgo, y allí se amontonaban en desorden figones y tenduchos, con paredes y con techos que dejaban las mercancías a la intemperie, sobre el suelo, y de noche se alumbraban con candilejas colocadas al lado de aquéllas, viéndose entonces la Plazuela, tapizada de luces temblorosas. La Plaza Mayor o Principal (hoy Zaragoza) también llamada de Armas, estaba llena de hoyancos y yerbas.

Santiago Roel, Nuevo León. Apuntes Históricas

La descripción de la "patria chica" -Monterrey-, ocupa estas líneas de Don Santiago Roel, quien llama modestamente "Apuntes históricos" a su invaluable esfuerzo por salvar del olvido la historia de nuestra ciudad.

Formas de Interpretar la historia

Para los fines que nos ocupan, consideramos tres formas de interpretar la historia:

1) **La historia como fuente documental**

En este caso, se reconstruye el hecho histórico a partir de su documentación en las fuentes. Esta reconstrucción pretende ser "objetiva" y "verdadera"; pero aquí debemos recordar la problemática del historiador en lo que se refiere al proceso de interpretación.

La interpretación del hecho histórico, estará basada en una cierta "selección" de materiales y en su posterior desarrollo a partir de la postura ideológica del historiador. Así la pretendida neutralidad de la historia desaparece, lo que no resta rigor científico a la historiografía.

Ejemplo:

SEGUNDA PRESIDENCIA DEL GENERAL DÍAZ

Períodos Gubernamentales de Díaz. El hombre que había llegado a la presidencia con la bandera de "que nadie se perpetúe en el poder y ésta será la última revolución" se hizo reelegir seis veces consecutivas haciendo modificaciones constitucionales que le permitieron justificar su propósito de perpetuarse en el poder, primero aceptando una segunda reelección, luego permitiendo las reelecciones indefinidamente y por último ampliando el periodo presidencial a seis años.

Durante esta larga etapa, la autoridad del presidente fue absoluta, todo movimiento contrario a su poder fue sofocado con mano fuerte. Atrayéndose al militarismo o eliminándolo si no podía incorporarlo a él. Tanto el poder Legislativo como el Judicial, sirvieron a los propósitos de Don Porfirio y, sin embargo, en sus gabinetes siempre procuró contar con las personas más ilustres y más destacadas del país.

Aparentemente el sistema democrático siguió en pie, pero Díaz fue centralizando en su persona toda autoridad, consiguiendo poner en el país "la paz de los sepulcros". Incluso permitió la formación de grupos políticos, que aparentemente eran contrarios a su régimen, como el de la Unión liberal, que lo propuso como presidente, a la que Don Porfirio ignoró después; algunos de los miembros de este partido pasaron en el futuro a pertenecer al grupo de los científicos.

Cuando Don Porfirio iba a terminar el cuarto periodo presidencial, fue encargado de hacer la propaganda electoral un nuevo partido, porque Díaz desconfiaba ya de los científicos que señalaban como posible sucesor a José Yves Limantour, pero Don Porfirio hizo notar hábilmente por medio del ministro Baranda, que aquél no podía ocupar la suprema magistratura por ser hijo de extranjeros, aunque ofreció abrirle el camino modificando la Constitución.

Se pensó también en dar un apoyo a este gobierno colocando al general Bernardo Reyes, en el ministerio de la guerra.

Amalia López Reyes y José Manuel Lozano Fuentes, Historia General de México.

Ejemplo:

DICTADURA

Con la venia tácita de la opinión pública, el presidente aúna en su persona el poder. Les deja poco a los gobernadores; los hace virreyes. Silencia la oposición parlamentaria. Reduce al mínimo el debate de índole política en los periódicos. Al comienzo de su tercer período de gobierno, Díaz es ya un experto en el arte de imponerse y un amante irredimible y extremoso de la autoridad. A poseerla, en exclusiva, dedicará doce horas diarias por muchos años. Su vigor, su talento olfativo y penetrante y sus finas maneras de hombre de mundo, ya no de guerrillero cerril, se emplearán en acrecer y conservar los resortes del mando. Durante quince años estará en todos los frentes de la política dando órdenes y recibiendo obediencias. De 1888 a 1903 será el poder sin más, la autoridad indiscutida, la última palabra, el callese, obedezca y no replique. Será el presidente-emperador.

Porfirio Díaz acumula el poder y lo conserva. El 27 de diciembre de 1890 se anuncia, por bando, que el artículo 78 constitucional ha sido enmendado para permitir la reelección indefinida del presidente. A los pocos meses se convoca a inútiles elecciones que conducen a lo que dice la parodia aparecida en *El Hijo del Ahuizote*: "El Caudillo Independiente... a sus habitantes sabed: Artículo 1o. Que es Presidente Constitucional el General Necesario por haber obtenido la mayoría absoluta de votos... Artículo 2o. Este periodo durará hasta que Dios quiera... Artículo 3o. Publíquese por bando oficial. Firma, El Indispensable Caudillo". A los "científicos" agrupados en la Unidad Liberal les será concedido el honor de proponer la candidatura de don Porfirio para el cuatrienio 1892-1896. En este último año le corresponde el honor de pedirle al Necesario su permanencia en el poder al Círculo Nacional Porfirista. En 1900, al Círculo Porfirista Nacional. Ese año, el último del siglo fue de gran nerviosidad política. El Insustituible declaró: "Un hombre de 70 años no es el que se requiere para gobernar a una nación joven y briosa". Esto, más el reuma del cuello, que lo sustrajo temporalmente de la administración, pusieron muy nerviosos a dos aspirantes a sucederle: al hombre superior del brazo militar, el orgulloso general Bernardo Reyes, y al líder del brazo civil, el lívido y tímido licenciado José Ives Limantour. Pero el gozo se fue al pozo. Tras una farsa electoral el Congreso volvió a ungir a Díaz, aunque esta vez "por un sentimiento de delicadeza del presidente -según observa Cosío Villegas- no se izó el pabellón nacional, no se adornó el Palacio ni se echaron a vuelo las campanas de la catedral". Esta vez sólo hubo el banquete y baile de costumbre y un par de novedades: el obsequio al Señor de un libro con pensamientos encomiásticos de sus súbditos y la Gran Procesión de la Paz.

Luis González y González, "El liberalismo triunfante" en *Historia General de México*.

Como te habrás dado cuenta, ambos textos aluden a hechos similares: la autoridad excesiva del Gral. Porfirio Díaz y su permanencia en el poder. Sin embargo, cada historiador reconstruye el hecho histórico con un "estilo" y una interpretación personal.

2) La historia como inspiración artística

Diferentes hechos y personajes históricos se han plasmado en expresiones artísticas muy variadas. El artista ha sentido atracción, en todos los tiempos, hacia los hechos que nos refiere la historia; así pintores, músicos, arquitectos, cineastas, nos han legado su propia interpretación de los hechos históricos. Existen muchos ejemplos de esta relación de la historia y otras artes. Particularmente recordamos ahora la siguiente:

Hecho histórico: Invasión napoleónica a Rusia (1812) y a España (1808)

Música: "Obertura 1812" de Peter Ilich Tschaikowsky

En esta obra se destaca la exaltación patriótica del pueblo ruso que ha triunfado sobre el ejército de Napoleón, con la ayuda de un invierno inclemente. La obertura incluye una ligera variación de "La Marsellesa".

Pintura: "Los fusilamientos de la Moncloa" (1814) de Francisco de Goya.

Esta obra se convierte por sí sola en un documento histórico con tanto poder de convicción como una instantánea fotográfica de cualquier guerra. Fue el final de un día, aquél en que explotó el pueblo de Madrid harto de la presencia francesa en la capital. El final pavoroso de un día, ciertamente, pero también el comienzo de otros muchos en los que la crueldad y el horror estarían presentes.

*(Ver ilustración).

3) La historia como fuente de inspiración literaria

La literatura no escapa a la fascinación por la historia.

Si bien es cierto que en los textos literarios se captan épocas, ambientes, personajes y hechos que se pueden ubicar históricamente, aquí nos referimos al momento en que el autor toma en cuenta para crear su obra, sucesos específicos sacados de la historia que determinan o influyen en el desarrollo del argumento y le proporcionan gran parte de su trasfondo.

Tal es el caso de la "novela histórica". Ésta se remonta al siglo XIX y se identifica principalmente con el romanticismo.

Fue el escocés Walter Scott (1771-1832) quien fijó de manera definitiva el concepto de "novela histórica", con sus obras: "Ivanhoe" (1820), "Rob Roy" (1817), "La novia de Lammermour" (1819).

En la actualidad somos testigos de un gran auge de este género literario, llamado ahora Nueva Novela Histórica, particularmente en América Latina.

En este sentido, son notables las obras "Los perros del paraíso" (1983) de Abel Posse, "Noticias del Imperio" (1989) de Fernando del Paso, "La campaña" (1990) de Carlos Fuentes, "La insólita historia de la Santa de Cabora" (1990) de Brianda Domecq, como mínima referencia.



LÁMINA 21. FRANCISCO GOYA. Fusilamientos del 3 de Mayo de 1808, 1814 a 1815.
Lienzo al óleo de 2.57 m X 4.0 m. Museo del Prado, Madrid

mplo:

"-Señor *Desheredado* -dijo el príncipe-, puesto que éste es el único título que puedo daros hasta ahora, vuestro privilegio y obligación es nombrar a la hermosa dama que debe presidir la fiesta de mañana como reina del honor, del amor y de la hermosura. Si como extranjero necesitáis del aviso ajeno para dirigir vuestra elección, lo único que podemos deciros es que lady Alicia, hija de nuestro valiente caballero Waldemar de Fitzurse, ocupa hace mucho tiempo en nuestra corte el primer puesto de la belleza. Sin embargo, como es prerrogativa vuestra dar la corona a quien más os agrade, la elección será formal y completa cualquiera que sea la noble dama en quien recaiga; y ahora alzad la lanza.

Obedeció el *Desheredado*, y el príncipe Juan colocó en la punta una diadema de raso verde, guarnecida de un círculo de oro, en cuya parte superior estaban representados alternativamente corazones y puntas de flecha, a guisa de las hojas de fresa y las bolas que distinguen la corona ducal".

Walter Scott, *Ivanhoe o El Cruzado*.

"*Ivanhoe*" es una obra que narra las aventuras de un caballero que regresa de las "Cruzadas" a la época medieval. En un contexto histórico determinado, el autor inserta episodios y personajes ficticios. Este contexto histórico no es el que vivió el autor; recordemos que esta obra fue escrita en 1819 (siglo XIX).

"La primera noticia que Teresa tuvo de los acontecimientos fue algún tiempo después cuando Lauro Aguirre se los contó a don Tomás. Estaban en la biblioteca y Aguirre agitaba un periódico delante del amigo y su hija. Ahí aparecía, debidamente enmarcado con gruesas líneas negras, la carta luctuosa que enviara Porfirio Díaz a los familiares del coronel Antonio Rincón al fallecer éste víctima de una pulmonía fulminante que le vino por haberse bañado con agua fría.

-¡Justicia divina, en el más pleno de los sentidos! -exclamó Aguirre. Don Tomás tomó el diario y leyó:

La eficacia militar del distinguido coronel Rincón debe ser un orgullo, no sólo para su familia, sino para el país entero. No hay duda de que el Coronel Rincón cumplió su compromiso con la patria, la paz y el progreso, al lograr la completa pacificación de los indios rebeldes cuando sofocó en su cuna tan insidiosa subversión disfrazada de reuniones místicas. Hombres como él son los que han forjado con su vida el actual auge económico, político y social de México. Mis más profundos pésames por su inoportuno deceso. Porfirio Díaz.

Teresa recordaba la visita del coronel que, en aquel momento, le había parecido un buen hombre; cortés y apuesto había dado la impresión de no querer molestar. No se hubiera imaginado, entonces, que a las pocas horas de haber salido de Cabora realizaría -contra mayos indefensos- las crueles y absurdas acciones militares que acababa de describir Aguirre. Recordaba haber visto a un jovencito como de la edad de Damián Quijano entre los solicitantes de lluvia que tanto dolor de cabeza le habían producido. El asunto la incomodaba; sintió un temblor premonitorio. Don Tomás se veía preocupado; Aguirre, cada vez más exaltado, seguía despotricando.

-Pero, espérate: no has oído lo peor, el gran final que no tiene nombre. ¡Doscientos en total, hombres, mujeres y niños! ¿Te das cuenta? La inocencia, la esperanza de esas criaturas, creyendo

que trabajando en las minas allá en Baja California pagarían sus supuestos delitos: el delito de la fe, el delito de la confianza, el delito de querer recuperar lo que es legítimamente suyo, y podrían regresar un día a sus tierras, a sus pueblos, a sus hogares. ¡Ah, en qué manos ha caído este pobre país! Teresa, tú los has visto, tú los ayudas, dime: ¿qué daño hacen? ¿Qué amenaza constituyen para el monstruo de la tiranía que gobierna desde el centro con tan férrea mano? ¡Invocaban tu nombre para pedir sólo lo justo! Agua querían, un diluvio, una inundación que los liberara del eterno abuso de los poderosos, y agua recibieron porque Rincón debía tener un acervo de sublevados para apaciguar la sed de Herodes-Pilatos. Y ¿sabes lo que hizo? Fueron embarcados todos, hasta el más pequeño y también los niños santos, víctimas del sonambulismo espontáneo producido, sin duda, por el hambre. Fueron embarcados, para mayor deleite del sanguinario coronel, en el buque de guerra irónicamente llamado "El Demócrata", que debía llevarlos de El Médano a Guaymas y de allí a la península. Pero no llegaron ni siquiera a Guaymas: los arrojaron al mar y se ahogaron. ¡Ése fue el agua, ése fue el diluvio, ésa fue la inundación pero de los pulmones de mujeres y niños! ¡Y todo porque el Tirano, el Monstruo, el Herodes moderno no puede vivir con las verdades proclamadas por un Santo Niño o una Niña Santa, no puede!... Con un golpe seco Teresa cayó al suelo. Tenía la tez pálida, los ojos en blanco y temblaba de pies a cabeza. Don Tomás corrió a su lado, le tomó el pulso, trató de calmarla. De pronto, se entiesó y se quedó quieta".

Brianda Domecq. La insólita historia de la Santa de Coahuila.

La mayor parte de esta novela transcurre en el pasado y su meta es redescubrir ese pasado, relativamente lejano al presente de la autora.

Como hemos visto, esta variable nos permite acercarnos a diferentes épocas de la historia, conocer personajes, situaciones, en fin, movernos en un proceso de historización que nos permite otra lectura de los textos literarios.

Determinación de la variable Historia en el texto literario.

Para enriquecer la lectura de un texto literario, es posible realizar una investigación en torno a diferentes variables presentes en él. En este apartado delimitaremos el campo de la variable historia, sin olvidar que la relación con la sociedad, la economía, la religión y el arte es tan estrecha que en ocasiones se superponen y complementan unas a otras.

La literatura no es ajena al devenir humano. Los textos literarios -cuentos, novelas, teatro, ensayos- dan cuenta de épocas, ambientes, sucesos, personajes, que están inscritos en el acontecer histórico de los pueblos. Incluso si no se hace referencia a ningún hecho o personaje histórico real, el texto literario muestra "indicios" que revelan una determinada época y cultura. Observa el siguiente texto:

EL ASESINATO de Allende en Chile eclipsó rápidamente el recuerdo de la invasión de Bohemia por los rusos, la sangrienta masacre de Bangladesh hizo olvidar a Allende, el estruendo de la guerra del desierto del Sinaí ocultó el llanto de Bangladesh, la masacre de Camboya hizo olvidar al Sinaí, etcétera, etcétera, etcétera, hasta el más completo olvido de todo por todos.

En las épocas en las que la historia avanzaba aún lentamente, los escasos acontecimientos eran fáciles de recordar y formaban un escenario bien conocido, delante del cual se desarrollaba el

palpitante teatro de las aventuras privadas de cada cual. Hoy el tiempo va a paso ligero. Un acontecimiento histórico, que cayó en el olvido al cabo de la noche, resplandece a la mañana siguiente con el rocío de la novedad, de modo que no constituye en la versión del narrador un escenario sino una sorprendente aventura que se desarrolla en el escenario de la bien conocida banalidad de la vida privada de la gente.

Ningún acontecimiento histórico puede ser considerado como bien conocido y por eso tengo que relatar hechos que sucedieron hace unos pocos años como si hubieran transcurrido hace más de mil: En el año 1939 el ejército alemán entró en Bohemia y el estado checo dejó de existir. En el año 1945 entró en Bohemia el ejército ruso y el país volvió a llamarse república independiente. La gente estaba entusiasmada con Rusia, que había expulsado del país a los alemanes, y como veía en el partido comunista checo el fiel aliado de Rusia, le traspasó sus simpatías. Así fue que los comunistas no se apoderaron del gobierno en febrero de 1948 por la sangre y la violencia, sino en medio del júbilo de aproximadamente la mitad de la nación. Y ahora presten atención: aquella mitad que se regocijaba era la más activa, la más lista y la mejor.

Ustedes digan lo que quieran pero los comunistas eran más listos. Tenían un programa magnífico. Un plan para construir un mundo completamente nuevo en el que todos encontrarían su sitio. Los que estaban contra ellos no tenían ningún sueño grandioso sino tan sólo un par de principios morales, gastados y aburridos, con los que pretendían coser unos remiendos para los pantalones rotos de la situación existente. Por eso no es extraño que los entusiastas y los magnánimos hayan triunfado fácilmente sobre los conciliadores y los cautelosos y hayan comenzado rápidamente a realizar su sueño, aquel idilio justiciero para todos.

Lo subrayo una vez más: *idilio* y *para todos*, porque todas las personas desde siempre anhelan lo idílico, anhelan aquel jardín en el que cantan los ruiseñores, el territorio de la armonía en el que el mundo no se yergue como algo extraño contra el hombre ni el hombre contra los demás, en el que por el contrario el mundo y todas las personas están hechos de una misma materia y el fuego que flamea en el cielo es el mismo que arde en las almas humanas. Todos son allí notas de una maravillosa fuga de Bach y los que no quieren serlo no son más que puntos negros, inútiles y carentes de sentido, a los que basta con coger y aplastar entre las uñas como a una pulga.

Desde el comienzo hubo gente que se dio cuenta de que no servía para el idilio y que quiso irse del país. Pero como la esencia del idilio consiste en ser un mundo para todos, los que quisieron emigrar se mostraron como impugnadores del idilio y en lugar de irse al extranjero acabaron tras las rejas. Pronto los siguieron otros miles y decenas de miles y finalmente muchos comunistas, como por ejemplo el ministro de asuntos exteriores Clementis, que le había prestado una vez un gorro a Gottwald. En las pantallas de los cines los tímidos amantes se cogían de la mano, la infidelidad matrimonial se castigaba severamente en los tribunales de honor ciudadanos, los ruiseñores cantaban y el cuerpo de Clementis se balanceaba como una campana que llama al nuevo amanecer de la humanidad.

Y entonces fue cuando aquella gente joven, lista y radical tuvo de repente la extraña impresión de que sus propios actos se habían ido a recorrer el mundo y habían comenzado a vivir su propia vida, habían dejado de parecerse a la imagen que de ellos tenía aquella gente, sin ocuparse de quienes les habían dado el ser. Aquella gente joven y lista comenzó entonces a gritarle a sus actos, a llamarlos, a reprocharles, a intentar darles caza y a perseguirlos. Si escribiese una novela sobre la generación de aquella gente capaz y radical le pondría como título *La persecución del acto perdido*.

Milan Kundera. El libro de la risa y el olvido.

Al identificar la historia como una variable presente en el texto literario, estaremos en condiciones de realizar otra lectura del mismo; una lectura más enriquecedora, más completa. Veamos, cómo realizar esta identificación.

1) Para circunscribir la variable historia, debemos identificar hechos, eventos, personajes, épocas en que se desarrolla el texto literario. Para ello, podemos realizar dos acciones específicas:

a) Buscar datos en el texto: nombres de personajes históricos; referencias a fechas; lugares; nombres de eventos específicos: guerras, epidemias, catástrofes naturales, descubrimientos, etc. Nombres propios: personas, ciudades, países (onomasiología).

b) Buscar indicios en el texto que hagan referencia a costumbres de una época, situación socio-política, vestuario, lenguaje, contexto artístico y cultural en general.

Ejemplo:

Había nacido en Nápoles en el año 1575, tras las gruesas murallas del Fuerte de San Telmo, que su padre era gobernador. Don Alvaro, instalado en la península desde hacía muchos años, había granjeado los favores del virrey, pero también la hostilidad del pueblo y la de los miembros de la nobleza campaniense, que soportaban mal los abusos de los funcionarios españoles. Al menos, nadie ponía en duda su integridad ni la excelencia de su sangre. Gracias a un pariente suyo, el cardenal Maurizio Garraffa, había contraído matrimonio con la nieta de Inés de Montefeltro, Valentina, última flor en que una raza, favorecida entre todas, había agotado su savia. Valentina era hermosa, clara de rostro, delgada de cintura: su perfección desanimaba a los hacedores de sonetos de las Dos Sicilias. Inquieto por el peligro que tal maravilla hacía correr a su honor, y naturalmente propenso a desconfiar de las mujeres, don Alvaro imponía a la suya una existencia casi monástica y los años de Valentina se repartían entre las melancólicas propiedades que su marido poseía en Calabria, el convento de Ischia, en donde pasaba la Cuaresma, y las pequeñas estancias abovedadas de la fortaleza, en cuyas mazmorras se pudrían los sospechosos de herejía y los adversarios del régimen.

Marguerite Yourcenar. "Ana, soror..." en Como el agua que fluye

2) A partir de esa identificación, procederemos a investigar información relativa a esos datos e indicios.

Así tendremos que acudir a fuentes bibliográficas especializadas como:

- Textos de historia mundial (universal) y nacional.
- Enciclopedias
- Biografías
- Monografías (del tema específico que se investiga).

Será necesario tomar notas de los aspectos más relevantes de la información, elaborar resúmenes o papeletas para organizarla.

3) La investigación nos permitirá ampliar nuestro marco de referencia y así tener una Lectura más completa pues al delimitar la variable histórica, nuestro conocimiento del contexto en que se desarrolla la obra literaria enriquecerá el proceso de Lectura y comprensión de la misma.

Por otra parte, estaremos en condiciones de ubicar el texto en el marco de la literatura mundial, en una época, nación y sociedad determinadas, lo que también contribuirá a mejorar la lectura.

4) Por último, se escribirá un texto breve -comentario de la obra- que refleje la comprensión de la lectura, aunada a la investigación.

NOTA: Se debe cuidar la corrección sintáctica y ortográfica.

Tematología. Tema: La Guerra

Como ya se expresó en la introducción, un segundo aspecto de la metodología de este curso consiste en retomar la tematología (estudio de temas de distintas épocas y lugares) para realizar una comparación entre dos o más textos literarios.

En este caso, el tema elegido es: la guerra, pues aparece en innumerables obras y además nos permite una determinación más específica de la variable historia. No debemos olvidar que el tema elegido es sólo uno de la gran cantidad que nos ofrece la literatura (el amor, la muerte, el papel de la mujer, el poder, los celos, etc.)

Además debemos enfatizar que estudiar en esta Unidad la variable historia en forma aislada se hace únicamente con fines didácticos, pues resulta obvia la importancia del estudio de las demás variables que se pueden localizar en la obra: sociedad, economía, religión y arte.

Al comparar dos obras de diferentes épocas, nos moveremos dinámicamente en el tiempo y conoceremos los puntos de vista, divergencias y coincidencias, y modos de ver el mundo, de autores muy reconocidos.

Estrategias de lecto-escritura

Veamos enseguida una aplicación de la metodología. Los textos seleccionados son: "El Cantar de Roldán" (de autor anónimo), cantar de gesta de la Época Medieval y "Esperando la muerte en un hotel", del escritor contemporáneo Italo Calvino.

1) "Esperando la muerte en un hotel". Italo Calvino.

Primero realizaremos la estrategia de lecto-escritura del texto "Esperando la muerte en un hotel" (1945), del escritor italiano Italo Calvino. Esta obra servirá de ejemplo para explicar la metodología que aquí se propone, por lo que algunos puntos presentan las respuestas. El resto, deberá ser resuelto por el alumno.

Para determinar la variable historia en este texto, realiza las siguientes actividades:

1) Lee con atención el texto.

2) Escribe una síntesis del relato en 10 a 15 renglones.

3) Enlista los datos e indicios que aparecen en el texto y que contribuyen a identificar la época histórica en que se dan los hechos.

a) Datos

- Nombres de personajes históricos:
 - . Von Ribbentrop
 - . Doctor Goebbels

- Nombres de lugares:
 - . Marassi

- Nombres de países, entidades, instituciones:
 - . Gran Reich
 - . Reich
 - . SS

- Nombres propios de personas:
 - . Ferrari . Franz
 - . Michele . Hans
 - . Diego
 - . Tulio
 - . Luciano

b) Indicios:

- Situación socio-política
 - . Nazis
 - . Guerra

En ocasiones un indicio muy general, puede explicarse con muchas otras expresiones que se relacionan con él y contribuyen a hacer más clara la identificación del hecho histórico. En este caso, podemos localizar:

guerra

- prisioneros, prisión, cárcel
- soldados alemanes
- alemanes en aparejos de guerra
- soldados en armas
- oficiales alemanes
- muerte

soldados

- gritos de mando
- cambio
- sargento
- (había) pasado revista
- uniforme

Si consideras que otras palabras o expresiones pueden agregarse a esta lista, anótalas.

1) Investiga en una enciclopedia o texto de Historia Universal los siguientes nombres:

- a) Von Ribbentrop
- b) Doctor Goebbels
- c) Gran Reich (Reich)
- d) SS

Anota en tu libreta los datos que hayas localizado, señalando la fuente bibliográfica que utilizaste.

Ejemplo:

Von Ribbentrop: Ministro de Asuntos Exteriores del gobierno nazi de Adolfo Hitler (nombrado en 1938). Participó activamente en múltiples acciones diplomáticas de la política expansionista alemana durante la dictadura del Nacionalsocialismo. Fue juzgado y condenado a muerte por crímenes de guerra -al lado de Rosenberg, Keitel, Frich, entre otros-, en el "Proceso de Nuremberg" por un tribunal internacional que dio su veredicto el 1 de octubre de 1946.

Jacques Pirenne. Historia Universal. Vol. VIII. La segunda guerra mundial.

2) En relación con los indicios, investiga quiénes fueron los nazis. Anota en tu libreta los datos que localices, así como la fuente bibliográfica que hayas consultado.

Ejemplo:

Nazi: Nacionalsocialista. Partido político encabezado por Adolfo Hitler cuya doctrina propugnaba la renovación del Reich hacia un socialismo nacionalista, orientado hacia el pangermanismo*, racismo** y antisemitismo***.

Jacques Pirenne. Historia
Vol. VIII. La segunda guerra mundial.

Investiga más información y explica ampliamente el concepto. Escribe un resumen.

- pangermanismo: Sistema según el cual deberían formar un solo Estado todas las naciones de lengua alemana.
- racismo: Teoría que sostiene la preeminencia de ciertas razas sobre otras.
- antisemitismo: Doctrina o actitud de los que son hostiles a los judíos.

- 6) Los indicios, así como los datos que has investigado, nos orientan hacia la identificación del hecho histórico que subyace en el texto. Mencionalo: LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL
- 7) Investiga información relevante a este hecho histórico y anótalo en tu libreta. Debe ser un resumen de 10 a 15 renglones. No olvides anotar la ficha bibliográfica del texto que hayas consultado.
- 8) Para identificar el lugar donde se desarrolla este relato, relea los nombres propios de personas que se localizan en el texto. Si se descartan los dos nombres alemanes -Franz y Hans- podremos deducir el lugar del relato. Anótalo.
- 9) En el relato, Diego tiene ciertas visiones en relación con la posible muerte de Michele. Relee este fragmento e identifica las expresiones con que se hace alusión a la guerra. Anótalas.
- a) "Y así seguiría caminando, aun terminada la guerra, y los ricos no tendrían paz en sus palacios ni alegría en sus familias, sin que este hombre bajo y desmesurado entrara por las ventanas para atravesar sus habitaciones; y en las mesas en torno a las cuales se decide la paz y la guerra y en todos los lugares donde se coarta o se despoja o se miente, donde se predica lo falso, donde se adoran a dioses injustos, siempre aparecería por la noche, en el muelle, la sombra del hombre asesinado".
- b) "Y le pareció que a Michele lo habían matado todos los hombres, todos ellos, una culpa sin límites que quitaría toda alegría a la vida, que habría que expiar por los siglos de los siglos".
- 10) Relee el último párrafo del relato y explica cuál será el destino de Diego y Michele. Escríbelo en tu libreta.
- 11) Realizar una discusión, por tríos, sobre el modo de percibir la guerra de estos dos prisioneros Diego y Michele.
- 12) Escribe un comentario personal, sobre la discusión anterior: ¿Cómo ven la guerra los personajes del relato? ¿Cuál es tu opinión en torno a la Segunda Guerra Mundial? ¿Qué piensas sobre la guerra? Extensión mínima, media cuartilla.
- 13) Añade a este comentario tu opinión sobre este texto de Italo Calvino.

El Cantar de Roldán

Autor: Anónimo

Para determinar en el texto la variable historia, realiza las siguientes actividades:

Lee con atención el texto. Para facilitar la lectura, el texto puede dividirse en tres partes (según Ana Victoria Mondada):

- 1) **La traición de Ganelón (I-LXV)**
 - a) La asamblea de los sarracenos (I-VII)
 - b) La asamblea de los franceses (VIII-XXVII)
 - c) La embajada de un traidor (XXVIII-LVII)
 - d) Roldán es colocado en la retaguardia (LVIII-LXV)
- 2) **La muerte de Roldán (LXVI-CLXXVI)**
 - a) Antes de la batalla (LXVI-XCII)
 - b) Primer ataque (XCIII-CXI)
 - c) Segunda batalla (CXII-CXXVII)
 - d) La llamada del cuerno (CXXVIII-CXL)
 - e) Los mártires franceses (CXLI-CXLIV)
 - f) La muerte trágica del prudente Olivier (CXLV-CLI)
 - g) La victoria de Roldán (CLII-CLX)
 - h) La muerte edificante del arzobispo Turpin (CLXI-CLXVII)
 - i) La muerte heroica del valiente Roldán (CLXVIII-CLXXVI)
- 3) **El castigo (CLXXVII-CCLXXXIX)**
 - a) La derrota de los sarracenos (CLXXVII-CLXXXVIII)
 - b) Intervención del emir Baligán (CLXXXIX-CCII)
 - c) La marcha de Carlomagno hacia Roncesvalles (CCIII-CCXIII)
 - d) Última batalla. El desafío y la muerte de Baligán (CCXIV-CCLXII)
 - e) Triunfo definitivo de Carlos. Muerte de Marsil y toma de Zaragoza (CCLXIII-CCLXVII)
 - f) La muerte conmovedora de la bella Alda (CCLXVIII y CCLXIX)
 - g) El juicio de Ganelón (CCLXX-CCLXXXIX)

Investiga en el diccionario las palabras cuyo significado desconozcas, pero antes intenta captar su sentido, tomando en cuenta el contexto (otras palabras y expresiones que las rodean).

Enlista los datos e indicios que aparecen en el texto y que contribuyen a identificar la época histórica en que se dan los hechos.

a) **Datos**

- Nombres de personajes históricos: I, II, XII, XVIII.
- Nombres de lugares: I, II, LXXI y sigs.

b) **Indicios:**

- Costumbres de la época (referidas específicamente a la guerra).
XIII / XXIV, XXV, LXIX, CXCIII / LVIII / XCII, CIV, CX, CXXVII, CXXIX / L XXIX, CXII / CXVI / CCXLV, CCXLVI.

- Vestuario (referido a la guerra)
LXXIX, LXXX, LXXXI, CXXXVI, CXXXVII

Investiga el significado de las siguientes palabras:

- 1) cota 2) yelmo 3) lorica 4) adarga 5) gonfalon

- Situación socio-política (relación señor/vasallo) (Feudalismo)
LXXXVI, LXXXVIII, LXXXIX, CXCVII, CXCIX, CCII, CCXLV, CCXLVI, CCLXVI.

NOTA: La identificación de datos e indicios en este texto no deberá ser exhaustiva, sino más bien de los elementos más sobresalientes y reiterados en el texto.

3. Investiga en una enciclopedia o texto de Historia Universal información relativa a:

- a) Carlomagno
b) Roncesvalles

y anótala en tu libreta. No olvides la ficha bibliográfica

4. Identifica la época histórica a que hace referencia el texto; toma en cuenta los datos que investigaste sobre Carlomagno así como los indicios que localizaste en el punto 2.

5. Lee el texto: "La sociedad feudal y la Edad Media" (lectura complementaria) y elabora un resumen (10-15 renglones).

6. Investiga en textos de Historia Universal, información referente a:
a) Feudalismo
b) Las Cruzadas.

Anota los datos más relevantes en tu libreta.

7. Con base en la información recabada, así como en los indicios, explica:

- ¿Cuáles son las características de la guerra durante el feudalismo? Cita fragmentos.

- ¿Cómo se manifiesta la caballería (guerra cortés) en "El Cantar de Roldán"? Cita fragmentos.

- ¿Por qué luchaban Carlomagno, Roldán y los Doce Pares?

- ¿Cómo se percibe la guerra en "El Cantar de Roldán"? Da ejemplos (Relee los indicios).

8. "El Cantar de Roldán" presenta diferencias en relación al hecho histórico en que está basado, pues el autor deseaba darle mayor interés, actualidad y dramatismo a la acción del poema. Lee la siguiente información y determina cuáles son las diferencias que te parecen más claras. Escribe en tu cuaderno.

* El autor del poema "actualiza" un hecho ocurrido en 778 (siglo VIII) pues al ser escrito a fines del siglo XI (otro lo sitúa a comienzos del XII) utiliza el tema de Las Cruzadas para acercarse más a sus "oyentes" medievales ("El Cantar de Roldán" es un cantar de gesta que se cantaba por un juglar o trovador con acompañamiento de una viola o lira).

"El tema del poema está basado en un hecho histórico del que dan parte los Anales Reales y las crónicas de Eginhard, contemporáneos de Carlomagno. En el año 778 el emperador Carlomagno, después de una incursión guerrera en España, durante la cual había tomado Pamplona, se vio obligado por sus enemigos a retirarse nuevamente a Francia. Cuando conducía su ejército a través de los Pirineos occidentales, una partida de guerrilleros vascos atacó su retaguardia y la aniquiló, matando a todos sus hombres. Entre los muertos se encontraba un valeroso guerrero, Roldán, y muchos otros cuyos nombres ha inmortalizado el autor del Cantar. Fecha del suceso: 15 de agosto de 778."

Escribe un texto de una cuartilla como mínimo, donde organices las respuestas de los puntos 7 y 8. Como habrás observado estas respuestas nos sirven para ubicar la variable historia en "El Cantar de Roldán", considerando su tema: la guerra como punto de referencia. El texto deberá considerar los siguientes puntos:

1) Características de la guerra en "El Cantar de Roldán":

- a) Guerra religiosa
b) Guerra caballerosa o cortés
c) Guerra feudal

2) La historia en "El Cantar de Roldán":

- a) ¿Realidad o leyenda?

3) Comentario personal:

- a) Conclusiones

Comparación

"Esperando la muerte en un hotel" de Italo Calvino y "El Cantar de Roldán" son dos textos que muestran aspectos diferentes de la guerra. Al identificar la variable historia, has ubicado la época en que se sitúa cada texto así como el hecho histórico que, de alguna manera, está presente en la obra. Ahora seguidamente realizarás una comparación de ambos textos que tienen como eje el tema de la guerra, en su contexto histórico.

Realiza las siguientes actividades: (Escríbelas en tu libreta)

Época histórica que se revela en el texto por los datos e indicios.

Época Hecho histórico

"Esperando la muerte en un hotel" _____

"El cantar de Roldán" _____

¿Cómo se percibe la guerra en cada texto?

Explica los puntos de contacto y las diferencias en las acciones de guerra que se muestran en cada texto. (punto de vista del prisionero de guerra en la Segunda Guerra Mundial y punto de vista del caballero feudal).

4. ¿Cómo percibes la guerra en este momento (fin del milenio)?
5. ¿Cuál es tu opinión con respecto a la guerra? Escribe un comentario en una cuartilla como mínimo.

Esperando la muerte en un hotel

Italo Calvino

A cierta hora de la mañana empezaban a llegar las mujeres de los prisioneros y se ponían a hacer gestos, levantando la cara hacia las ventanas. Desde el último piso ellos se asomaban para preguntar, para responder; y las manos de las mujeres, abajo, y las manos de los hombres, arriba, parecían querer unirse a través de esos metros de aire vacío. En el gran hotel, poco antes degradado a cuartel y prisión, no había objetos, como rejas o murallas, que sirvieran al alma para concretar ese sentido de libertad perdida. Para ahuyentar su angustia sólo quedaba aquella vertical lejanía entre unos y otros, breve pero desesperada, desde los que tenían los pies en los arriates, todavía dueños de sí mismos, hasta los otros, los que habían llevado allí arriba, como a países de donde no se vuelve.

De vez en cuando uno de los prisioneros asomados a la ventana se volvía hacia el corredor y llanaba: "¡Ferrari! ¡Ferrari! ¡Tu mujer está abajo!" El interpelado se abría paso hasta la ventana atestada y empezaba a hacer magras sonrisas, gestos que querían ser resignados.

Diego nunca se asomaba; su familia estaba lejos, dispersa por la guerra. Estaba cansado del ininterrumpido fluctuar de previsiones, suposiciones, noticias buenas y malas que el ir y venir en el jardín del hotel empujaba hasta arriba. Se infiltraba en él, junto con la fatiga nerviosa, un gusto por dejarse ir a la deriva, hacia la ruina o hacia una esperada, milagrosa salvación, un deseo de veranos tendido en la arena, al borde del agua, un deseo que le habían dejado en muchos veranos de agua y arena que lo habían llevado hasta allí, perezoso y desprevenido, a aquel primer verano suyo útil, que ahora terminaba.

Pero el tiempo era una telaraña de nervios tensos, un *puzzle* con el que pueden componerse mil figuras, todas sin sentido. Desconcertados, los hombres arrestados al azar en las calles recorrían de una punta a la otra el linóleo de las habitaciones desnudas donde sólo sonreían buñones los labios blancos de los lavabos y de los bidés obstruidos por el agua podrida.

La víspera, cuando lo llevaron allí desde la prisión del fuerte donde había pasado un día y una noche con otros hombres ahora quizá muertos, al verse en el hotel aireado, rodeado por el calor de aquellos hombres ignorantes y fáciles para la esperanza, le pareció que lo desenterraban. Rió y bromeó al encontrarlos; el mismo Michele, el compañero junto con el cual lo habían detenido, estaba entre los prisioneros del hotel. Celebraron al encontrarse sanos y únicos, después de haber temido durante un día y una noche, separados el uno del otro. Diego se sintió conmovido y al mismo tiempo más fuerte al acariciar la aspereza del abrigo de Michele, la lisura de su gran cabeza calva que le llegaba al pecho. Michele se refa a carcajadas con su boca desdentada y preguntaba: "¿Qué me dices, Diego? ¿Se la jugamos a los nazis?" Diego dijo: "Yo digo que se la juguemos. Se la jugaremos a todo el Gran Reich". "¿A Von Ribbentrop también?" "A Von Ribbentrop también. Y al doctor Goebbels." Y se habían tumbado al abrigo de un termosifón frío, tragándose los nervios entre risas y bromas (todavía no sabían que a algunos de los arrestados con ellos ya los habían matado) y en Diego había la alegría de quien sale de la cárcel al cabo de años.

La cárcel era una vieja fortaleza del puerto donde estaba instalada en ese momento la defensa antiaérea alemana. La celda donde los habían encerrado había servido de prisión de rigor para los soldados alemanes: en las paredes se leían frases en alemán de soldados pederastas: "Mein lieber Kamarad Franz, mi querido camarada Franz, yo aquí encerrado y tú tan lejos". "Mein lieber Kamarad Hans, la vida era feliz a tu lado".

Eran unos veinte en la celda estrecha, tendidos en el suelo unos junto a otros. Un viejo de barba blanca vestido de cazador, padre de uno de ellos, se levantaba de vez en cuando por la noche, pasaba por encima de sus cuerpos para orinar en un rincón, con esfuerzo. En el rincón la lata estaba agujereada por la herrumbre; la orina del viejo inundó en seguida el pavimento de la celda, bajo sus cuerpos, como un río. Gritos de mando inhumanos, como de hombres que quieren transformarse en lobos, se alzaban desde los ecos de la fortaleza a cada cambio de guardia.

La reja daba sobre la escollera; el mar rodaba la noche entera chocando con los escollos como la sangre en las arterias y los pensamientos en las volutas de los cráneos. Y cada uno tenía en la cabeza la esquina que no hubiera debido doblar, para no terminar allí dentro: Diego en la esquina que, al doblarla con Michele para huir de la batida, le colocó cara a cara con alemanes en aparejos de guerra que detenían a los transeúntes en medio de la calle, a tres metros de ellos, como en el comienzo de una película.

Era una cadena de sensaciones y de imágenes que seguía desgranándose en su mente como un rosario, para volver a convencerlo de que no podía ser de otra manera, allí encerrado en la celda con las inscripciones de los pederastas alemanes en las paredes y el viejo que seguía orinando en la oscuridad, no podía ser sino como ahora entre los estucos desconchados del hotel, en el último piso suspendido entre la vida y la muerte, con hombres inclinados sobre el pavimento, enfermos de vértigo.

Cada día clasificaban a algunos: para la vida o para la muerte. Por la mañana el sargento y Piel-de-serpiente subían con un fajo de documentos en la mano: quienes los recibían de vuelta quedaban libres y salían. Se los veía abrazar a sus mujeres y alejarse del brazo, pisando la hierba de los arriates, bajo la lluvia de envidia de sus miradas.

Por la noche en cambio una camioneta gris plomo, con soldados en armas sentados en sus flancos, se detenía delante del hotel; el sargento y Piel-de-serpiente subían a llamar a otros; alguno de ellos salía cada noche en medio de los cascos de aquellos soldados. Al día siguiente sus mujeres vendrían a preguntar al pie de las ventanas y a dar vueltas de un comando a otro suplicando a los intérpretes: nadie sabía adónde los habían llevado. Otras mujeres hablarían de disparos oídos en la noche, hacia los barrios evacuados del puerto.

También para Diego y Michele la alternativa era esa: libertad o muerte; o sus documentos eran reconocidos como buenos, y entonces se la habían jugado a todo el Reich, como para comentarlo por la noche en las chabolas, entre las carcajadas de los compañeros, o bien era la camioneta gris plomo que desaparecía entre las casas derrumbadas del lado del muelle: Piel-de-serpiente había hecho de espía.

Piel-de-serpiente les había pasado revista apenas llegaron, alineados delante del hotel, para ver si reconocía a alguno de sus ex compañeros. Caminaba frotándose las manos que debía tener sudadas, Piel-de-serpiente, grácil muchacho en su atildado uniforme de tela, con una sonrisa húmeda en los labios resecos que se lamía constantemente. Tenía unos bigotes desdibujados de

vello rubio, pálido, y el resfrío le enrojecía la nariz y los párpados. Los ojos le brillaban de emoción al sentirse él, un muchacho delicado, árbitro de la vida de aquellos hombres que contenían la respiración a cada palabra, a cada gesto suyo.

Eran momentos de triunfo embriagador para él, pero siempre acompañado de angustia; cada vez que aparecía por los pasillos del hotel los reclusos se apeñuscaban a su alrededor para hacerle preguntas, recomendaciones, llamándolo por su nombre: "Tulio, Tulio". El miraba a aquellos hombres dóciles que lo rodeaban, pero veía el odio que asomaba afilado detrás de la humildad; a uno de ellos le dijo:

-Hoy me hacéis la corte, mañana me dispararéis por la espalda.

Piel-de-serpiente salvaba una vez, otras mataba; era lunático y ambiguo. Muchos que lo habían conocido antes, cuando era uno de ellos, se creyeron perdidos al ser interrogados en su presencia: él fingió no conocerlos. Otros que esperaban su clemencia por viejos favores o amistades, le vieron mostrar las encías, jugar con ellos como ratones. Piel-de-serpiente parecía unas veces perdido en el camino de la sangre, otras presa de los remordimientos.

Al pasarles revista se detuvo delante de Michele y dijo:

-Nosotros dos nos hemos visto en alguna parte.

Michele contrajo el cuello como si una gota fría le bajara por la espalda y en su cara ausente se dibujó una mueca de extrañeza.

Diego estaba sentado en las baldosas del corredor con las manos en las rodillas. Michele, a su lado, se asomaba a la ventana. Esperaba a su mujer, que había ido a hablar con Luciano, un intérprete de los de las SS que trabajaba para el comité y que estaba empeñado en hacerlo salir. La mujer de Michele era bastante más joven que él, se había casado cuando era una muchacha. Tenía grandes ojos grises nublados, algo severo en la cara enmarcada de pelo lacio y negro, algo alegre en el cuerpo delgado, en el corto vestido lila. Uno lamentaba, viéndola, que la vida fuese lo que es, dolorosa y obscena, y que todo no estuviera resuelto y tranquilo.

A Diego le hubiera gustado, con una mujer como ésa, vagabundear por países soleados y sin injusticias. Dijo:

-Si salimos de ésta, se acabó todo, quiero volver a este hotel durante una semana, cuando se reabra para los turistas.

Michele no contestaba. Diego dijo:

-Me tumbaré en el suelo exactamente como ahora, en medio de todos esos señores dignos que me tomarían por loco.

Michele seguía asomado, sin volverse. Después dio media vuelta y dijo de prisa, como si estuviera por escapársele de la cabeza:

-Diego, si quieres pan, mi mujer ha traído. Se lo ha pasado a un soldado para que nos lo dé.

Diego preguntó:

-¿Ha venido tu mujer? ¿Habló?

Michele no lo miraba a la cara, tenía los ojos clavados en el cielo raso.

-Oye, Diego, para mí no hay nada que hacer. Piel-de-serpiente me ha entregado. Luciano se lo ha dicho a mi mujer. Está allí abajo llorando.

Así dijo Michele; en sus palabras había la sencillez de las cosas largo tiempo temidas, una vez que suceden.

Michele había echado a andar de una punta a la otra del corredor, con las manos en los bolsillos, los ojos enormes entre los párpados abiertos que le pesaban. A veces los otros le dirigían la palabra y él los miraba, perdido, como si tuviera que regresar de desmesuradas lejanías para acercarse de nuevo a los objetos de sus palabras. Tal vez pensaba en el vacío, como para acostumbrarse a no existir.

Diego seguía de lejos los pasos de Michele, casi temiendo que los otros, ignorantes, perturbaran aquella agonía ambivalente: una insinuación de sus comentarios como personas vivas habría bastado para desencadenar en él la desesperación por la vida perdida. Él era el único de todos ellos en saber que aquel hombre en el corredor caminaba hacia la muerte, ahora a una distancia de sólo mil, dos mil pasos. Aquél era su velorio: era un muerto que paseaba por su cámara ardiente, en ese corredor con rosetas de estuco desconchadas en los cielos rasos y las marcas descoloridas de los espejos sobre las chimeneas de mármol.

Diego pensaba en Michele mientras lo velaba: un compañero viejo, Michele, un buen hombre, a pesar de todos sus defectos: no muy valiente, no muy en la línea del partido. Habían discutido a menudo por esa manía de Michele de soltar frases y de querer saber siempre los motivos de todo, con su prosopopeya de autodidacta.

Ahora Michele caminaba por el corredor, con las manos en los bolsillos del abrigo, la gran cabeza calva metida entre los hombros, los grandes ojos bovinos perdidos en el vacío, como espantado de la enormidad de lo que estaban por quitarle. Era un pobre hombre bajo y calvo, con un viejo abrigo, una barba de tres días, pero a Diego le pareció ver en él, en sus ojos bovinos, en su andar lento y absorto, una fuerza amenazadora de la naturaleza, le pareció que Michele seguiría caminando así aun después de muerto, que entraría al día siguiente por la ventana en la sala donde los oficiales alemanes corrían sus juergas, ya enorme, pero siempre con su pobre abrigo, las manos en los bolsillos, la cabeza calva y la mirada bovina perdida en el vacío, y caminaría con su paso lento sobre los manteles manchados de champagne, en silencio, donde se veían los árboles de navidad iluminados, de las cruces de hierro relucientes, del nudo de senos y de nalgas desplegados, entre el terror de los oficiales alemanes y los gritos de las mujeres. Y así seguiría caminando, aun terminada la guerra, y los ricos no tendrían paz en sus palacios ni alegría en sus familias, sin que este hombre bajo y desmesurado entrara por las ventanas para atravesar sus habitaciones; y en las mesas en torno a las cuales se decide la paz y la guerra y en todos los lugares donde se coarta o se despoja o de miente, donde se predica lo falso, donde se adoran a dioses injustos, siempre aparecería por la noche, en el muelle, la sombra del hombre asesinado.

Alguno de los prisioneros habló de hombres ahorcados por los alemanes; Diego vio a

Michele colgado de un farol del puerto, los ojos enormes, las manos apretadas todavía en los bolsillos. Y le pareció que a Michele lo habían matado todos los hombres, todos ellos, una culpa sin límites que quitaría toda alegría a la vida, que habría que expiar por los siglos de los siglos.

Sobre los círculos del agua donde Michele había desaparecido flotaba sólo su abrigo vacío, con los brazos abiertos como una cruz. La campana de la boya roja en mitad del puerto doblaba a muerte por el compañero desaparecido, movida por las olas. Debajo del agua el cable de la boya anclada terminaba en un nudo corredizo, con la cabeza de Michele dentro. Pero la cabeza de Michele salía a la superficie, verde de algas, los ojos muy abiertos; daba un grito. El viejo padre con su traje de cazador se levantaba en la noche y empezaba a orinar gimiendo, enorme sobre todos ellos. Los ríos se desbordaban, todos los hombres buenos y malos quedaban sumergidos. Los órganos del viejo, cansados de haber engendrado a todos los hombres, ahora anegaban el universo. Sólo Piel-de-serpiente huía por la tierra en busca de salvación, acariciándose las manos sudadas, humedecidas por el agua podrida del bidé del hotel. Pero cada ataúd estaba ocupado por un muerto que él había matado, la crecida lo rodeaba por todas partes, lo arrastraba en un remolino.

Esa noche la camioneta se había retrasado y todos decían con alivio que no llegaría. Michele esperaba asomado a la oscuridad. Llegaron en cambio cuatro autobuses de turismo, conducidos por soldados alemanes. Hubo agitación entre los reclusos, preguntas, suposiciones. El coronel subió en seguida con la lista y los llamó uno por uno. A Michele y Diego los llamaron junto con los otros, por los nombres falsos que habían dado; incluso el de Michele el coronel lo pronunció mal, como si nunca lo hubiera oído.

Los prisioneros fueron separados en cuatro grupos que entraron de a uno en los autobuses. Diego y Michele se encontraron juntos, todavía unidos a aquella multitud casi celosa de la injusticia sufrida. Entre las voces ansiosas de los hombres circuló un nombre salido no se sabía de dónde: "Marassi, Marassi. Nos llevan a Marassi". Pero aquel nombre casi tranquilizaba a Michele y Diego, quería decir abandonar la angustia de la muerte próxima, el ambiguo Piel-de-serpiente, los lugares conocidos atestados de insidias.

Diego sentía el abrigo áspero de Michele debajo de sus dedos, la sangre que volvía a ganar sus arterias. Dijo:

-¿No te dije que Luciano es un cuentero? ¿No te lo dije?

-Y Michele repetía:

-¡Vaya cuentero, hostia! -con una sonrisa más suelta, como gustando una broma.

Y los dos comprendieron que a partir de entonces cualquiera que fuese su destino: sangre, gritos, agotamiento, sentirían sin embargo el gusto sanguíneo de estar vivos y de compartir el dolor como el pan. Un áspero sabor de vida los acompañaría en adelante, en las galerías de Marassi llenas de gritos, en los barracones desolados del Norte, hasta el regreso.

Cantar de Roldán

edición de Felipe Teixidor

preliminar

El Cantar de Roldán, el más antiguo de los cantares de gesta franceses, fue escrito entre 1110 y 1125; su autor quizás haya sido el Tuoldus que aparece al final del poema. Se basa en un testimonio histórico.

En 1832 se descubrió la redacción más antigua de El cantar de Roldán, en la Biblioteca Bodleiana de Oxford.

La presente versión se basa en el texto manuscrito número 23 perteneciente al fondo Digby de la Bodleiana Biblioteca, y que fue puesto al francés moderno por Joseph Bédier.

El Cantar de Roldán

...De Roldán, o Rotolando, o Orlando, que con todos estos nombres le nombran las historias, soy de parecer y me afirmo que fue de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño, velloso en el cuerpo y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado. (En: Don Quijote.)

I

Carlos, el rey, nuestro emperador, el grande, siete años cabales ha morado en España. Ha conquistado la alta tierra hasta el mar. No hubo castillo que ante él resistiera ni ciudad ni muralla que él no abatiese. Salvo Zaragoza, que se levanta sobre una montaña, sometida al rey Marsil, que no ama a Dios: es Mahoma a quien sirve y es Apolo a quien invoca. No podrá guardarse de la desgracia que le acecha.

II

Está el rey Marsil en Zaragoza. Allá se fue a un vergel, bajo su sombra se acuesta sobre una grada de mármol azul. Son más de veinte mil los que le rodean. Llama a sus condes y a sus duques:

-Entended, señores, qué plaga nos azota. Carlos, el emperador de la dulce Francia, ha llegado a este país, para confundirnos. No tengo ejército que pueda darle batalla ni mi gente posee la fuerza para quebrantar la suya. ¡Aconsejadme vosotros, mis hombres sabios, y evitadme la muerte y la afrenta!

No hay pagano que responda una sola palabra si no es Blancandrín, del castillo de Maluenda.

III

Era Blancandrín mesurado entre los paganos. Por su arrojo, buen caballero; por su llaneza, buen consejero de su señor. Así dice al rey:

-¡No os espantéis! Mandad a Carlos, el orgulloso y denodado, palabras de fiel servicio y de grande amistad. Le daréis osos, leones y canes, setecientos camellos y mil azores mudados, cuatrocientos mulos cargados de oro y plata y cincuenta carros en caravana. Con ellos podrá pagar largamente a sus soldados. Hacedle saber que ya luchó bastante en esta tierra. Que debe tomar ya a Francia, a Aquisgrán, y que vos le seguiréis allí, en la fiesta de San Miguel, para recibir la ley de los cristianos. Que por vuestro honor y vuestro bien, queréis ser vasallo suyo. Si rehenes quiere, enviadlos presto. Diez o veinte para mejor lograr su confianza. Enviémosle los hijos de nuestras mujeres. Perezca él, yo le enviaría el mío. Mejor es que ellos pierdan sus cabezas y no que nosotros perdamos, nosotros, franquicia y señoría, y que nos veamos llevados a mendigar.

Dice Blancandrín:

-Por mi diestra y por la barba que flota al viento sobre mi pecho, a la hora veréis desbaratarse a los ejércitos de Francia. Los francos se irán a Francia: es su tierra. Y cuando retornen cada uno a su feudo más preferido, y Carlos a Aquisgrán, su capilla, en el día de San Miguel tendrá su alta corte. La fiesta pasará, el plazo cumpliráse, el rey no sabrá de nosotros ni palabra ni nueva. Es orgulloso, y cruel su corazón, y mandará cortar los pies de nuestros rehenes. Más vale que allá pierdan ellos sus cabezas y no perder nosotros la clara España, la hermosa, y que no padezcamos males y angustias.

-¡Tal vez dice verdad! -se dicen los infieles.

El rey Marsil, celebrado su consejo, llama a Clarís de Balaguer, a Tamarite y a Endropín, su par; a Priamón, Guarlán el barbudo, Maquiner y su tío; a Maheu, Joñer y Malbino de Ultramar, y a Blancandrín, para manifestar su pensamiento. Entre los más felones ha escogido a diez.

-Señores barones, iréis a Carlomagno, que ahora cerca la ciudad de Cordres. Llevaréis en vuestras manos ramas de olivo, que significa paz y humildad. Si por vuestra destreza logro un buen acuerdo, yo os regalaré pilas de oro y plata, y las tierras y feudos que queráis.

-¡Colmado nos han! -dicen los infieles.

El rey Marsil, acabado su consejo, dice a los suyos:

-Iréis, caballeros, con ramas de olivo en la mano, a decir a Carlomagno, el rey, que, en nombre de su Dios, me otorgue su merced; que antes de acabado un mes iré a su zaga con mil de mis vasallos; que yo recibiré ley cristiana y me convertiré en su vasallo en todo amor y en toda fe. En verdad, si rehenes quiere, los tendrá.

Dice Blancandrín: -Así obtendréis un buen acuerdo.

VII

Marsil hace traer diez mulas blancas que le envió el rey Cilicia. De oro son los frenos: las sillas, recamadas están de plata. Jinetes en ellas van los mensajeros, llevando en las manos ramas de olivo. Fueron a Carlos, que tiene a Francia en su baillío. Carlos no puede guardarse: le engañarán.

VIII

Se ha puesto jubiloso el emperador y de buen humor. Córdoba ya es suya, las murallas ha destruido. Las piedras de sus catapultas derrumbaron los torreones. Grande es el botín que recogieron allí los caballeros: oro, plata y preciosas armaduras. Ni un infiel ha quedado en la ciudad; todos fueron muertos o hechos cristianos.

En un gran vergel está el emperador. A su vera Roldán y Oliveros, el duque Sansón y el altivo Anseis, Godofredo de Anjou, gonfalonero del rey, y Garín y Gerer, con otros muchos caballeros de la dulce Francia, hasta quince mil. Sentados están sobre blancos tapices de seda, jugando al ajedrez y a las damas los más viejos y graves, mientras esgrimen sus espadas los ágiles donceles. Bajo un pino, cerca de un agapando, han aderezado un trono, todo él de oro puro. Está allí sentado el rey, el dueño de la dulce Francia. Blanca es su barba y florida su cabeza. Hermoso el cuerpo y fiero su talante. A quien le busque, no es preciso mostrarlo. Los mensajeros ponen pie a tierra y le saludan con todo amor y con todo bien.

IX

Blancandrín habla él el primero, y dice al rey:

-¡Salud, en nombre de Dios Glorioso, a quien debemos adorar! escuchad lo que os dice el esforzado rey Marsil. Sabedor de la ley que salva, quiere, de sus riquezas, daros a manos llenas. Osos y leones y lebreles encadenados, setecientos camellos y mil azores mudados. Más cuatrocientos mulos cargados de oro y plata y cincuenta carros en caravana, colmados de tan gran número de besantes de oro fino, que os bastan para pagar largamente a vuestros soldados. Pero ya morasteis mucho tiempo en este país. Os viene bien de regresar a Francia, a Aquisgrán. Allí os seguirá mi señor; él os lo asegura.

El emperador tiende sus manos hacia Dios, inclina la cabeza y comienza a meditar.

Aún está el rey con la cabeza inclinada. Su palabra jamás fue apresurada; tal es su costumbre, no habla más que a su gusto. Cuando se irguió, al fin, su rostro estaba lleno de fiereza. Y dice a los mensajeros:

-Bien hablasteis. Pero el rey Marsil es mi gran enemigo. De semejantes palabras, las que acabáis de decir, ¿cómo podré fiarme?

-Tendréis rehenes -dice el sarraceno-. Diez, quince o veinte. Aunque él perezca, yo os traeré a mi hijo, y con él vendrán otros de más alta alcurnia. Cuando estéis de vuelta en vuestro palacio soberano, celebrando la gran fiesta de San Miguel del Peligro, allí os seguirá mi señor; él os lo asegura. Quiere ser hecho cristiano en vuestros baños que Dios hizo para vos.

Carlos responde: -Así, aún puede ser salvo.

XI

Bello era el crepúsculo y claro el sol. Carlos hace llevar a los establos las diez mulas, y ordena alzar una tienda en medio del ancho vergel, para albergar a los diez mensajeros. Doce sargentos cuidan grandemente de sus servicios, y allí permanecen toda la noche hasta que apunta el claro día. Al alba se levanta el emperador. Oyó misa y maitines; se ha ido bajo un pino; convoca a sus barones a consejo. En todos sus propósitos quiere por guía a los de Francia.

XII

El emperador se va cabe un pino, y para celebrar consejo convoca a sus barones: el duque Ogier y el arzobispo Turpín, Ricardo el Viejo y Enrique, su sobrino; el esforzado Acelino, conde de Gasuña, Tibaldo de Reims y Milón su primo. Vienen también Garín y Gerer, y con ellos, el conde Roldán, y Oliveros el esforzado y noble. De francos de Francia se juntan más de mil. Y entre ellos acude Ganelón, que haría la traición. Entonces comienza aquel consejo que tuvo mal fin.

XIII

-Señores barones -dice el emperador Carlos-. El rey Marsil me ha enviado sus mensajeros. De sus riquezas me quiere dar a manos llenas, osos y leones y lebreles listos para la trailla, setecientos camellos y mil azores ya salidos de muda, cuatrocientos mulos cargados del oro de Arabia, además de cincuenta carros. Pero él me pide que me vaya a Francia. Me seguirá a mi palacio de Aquisgrán y recibirá nuestra ley, que él reconoce ser la más santa. Será hecho cristiano y es de mí que recibirá sus provincias. Pero yo no sé cuál sea el fondo de su corazón.

-¡Desconfiemos! -dicen los franceses.

XIV

El emperador dijo ya su pensamiento. El conde Roldán, que no acuerda con el rey, se yergue y comienza a refutarle, y le dice:

-¡Ay de vos si fiáis de Marsil! He aquí que ha siete años cabales nos vimos en España. Yo os conquisté Napal y Monubles. Yo tomé a Valtierra y las tierras de Pina, Balaguer, Tudela y Sevil. Y entonces el rey Marsil hizo gran traición: De sus infieles mandaba quince, cada uno con su rama de olivo, y todos os decían las mismas palabras. Tomasteis el consejo de vuestros francos. Asaz locamente fuisteis aconsejado. Enviasteis al infiel a dos de vuestros condes, el uno era Basán y el otro Basilio. Cerca de Peraltilla, en la montaña, tomó sus cabezas. ¡Proseguid la guerra según fue comenzada! Llevad a Zaragoza vuestras abanderadas huestes. Poned cerco a la ciudad, aunque esto dure toda vuestra vida, y vengad así a aquellos que el felón hizo matar.

XV

Cabizbajo está el emperador. Se alisa la barba y se atusa el mostacho, sin dar respuesta buena o mala a su sobrino. Los francos callan, fuera de Ganelón, que se yergue sobre sus pies y se acerca a Carlomagno. Muy altivo comienza su razón, diciendo al rey:

-¡En mala hora si hacéis caso al truhán, sea yo o quien fuese, que os hablare por vuestro bien! ¡Cuando el rey Marsil os anuncia que, las manos a Dios, se ha de trocar en siervo vuestro, y conservará a toda España como un don de vuestra gracia y que recibirá la ley que guardamos, a aquel que aconseje rechazar tales promesas, poco le importa, señor, de qué hayamos de morir! Consejo que dicte el orgullo no debe prevalecer. ¡Dejemos a los locos, atengámonos a los sabios!

XVI

Entonces se adelantó Naimón; no había mejor vasallo en la corte. Le dijo al rey:

-Habéis oído bien la respuesta que os dio Ganelón. Es sensata. Sólo falta seguirla. El rey Marsil en su guerra está vencido; habéis tomado todos sus castillos. Vuestras catapultas y sus piedras han roto sus murallas. Quemasteis sus ciudades y vencisteis a sus hombres. Hoy que os pide que lo recibáis en vuestra gracia, sería un pecado ir más lejos. Y puesto que él quiere ofrecer en garantía sus rehenes, esta gran guerra no debe ir más adelante.

-¡Bien habló el duque! -dicen los franceses.

XVII

-Señores barones, ¿a quién mandaremos a ver al rey Marsil en Zaragoza?

El duque Naimón responde: -Yo iré si me dais licencia. Dadme en esta hora el guante y el bastón.

Dice el rey: -Vos sois hombre de gran consejo. Por estas barbas mías, vos no os alejaréis tanto de mí. Volved a sentaros, porque de nadie fuisteis requerido.

XVIII

-Señores barones, ¿a quién podremos enviar al sarraceno que reina en Zaragoza? ®

Y Roldán responde:

-Yo puedo muy bien ir allá.

-Vos no iréis, ciertamente -dice el conde Oliveros- vuestro corazón es áspero y orgulloso. Vendrías a las manos, y de ello tengo miedo. Si el rey quiere, yo puedo bien ir allá.

El rey responde: -Callad los dos. Ni uno ni otro pondréis allí las plantas. Por estas barbas que veis aquí blancas todas, ¡mal haya quien me designe a uno de los doce Pares!

Los francos enmudecen, y quedan confundidos.

XIX

Turpán de Reims se levanta, sale de la fila y dice al rey:

-¡Dejad en paz a vuestros francos! Siete años han morado con vos en esta tierra. Hartas penas han sufrido. Pero dadme, señor, el bastón y el guante, y yo iré a ver el sarraceno de España. Así conoceré cómo es el hombre.

Responde iritado el emperador: -¡Volved a sentaros en esa blanca alfombra! ¡Y no habléis más de ello, si no es con orden mía!

-Caballeros francos -dice el emperador Carlos-. Elegidme un barón de mi marca que pueda llevar a Marsil mi mensaje.

-¡Que vaya mi padrastro Ganelón! -dice Roldán. Y dijeron los franceses:

-En verdad, es hombre para ello. Fuera de él, no hallaréis otro más prudente.

El conde Ganelón se llena de angustia. De su cuello va quitándose las grandes pieles de marta, y se queda con la ajustada túnica de seda. Le brillaban los ojos, el semblante muy fiero. Noble es su cuerpo y ancho su pecho; es tan hermoso que todos sus Pares le contemplan.

-¡Loco! -dice a Roldán-. ¿Por qué tu frenesí? Recuerda bien que yo soy tu padrastro, y he aquí que me señalas para tratar con Marsil. Si Dios me concede que de allá vuelva, he de infligirte tal quebranto que dure mientras vivas.

Roldán responde: -¡Palabras de orgullo y de locura! Todos lo sabéis, no me curo de amenazas. Y si para tal menaje es menester un hombre sesudo, y al rey le place, estoy presto. Yo iré allá en vuestro lugar.

XXI

-Tú no irás en mi lugar -responde Ganelón-. Ni eres tú mi vasallo, ni soy yo señor tuyo. Carlos ordena que yo atienda a su servicio. Yo iré a Zaragoza y veré a Marsil. Pero antes que yo aplaque el gran enojo en que me veis, habré hecho alguna de mis tretas.

Roldán, al oírlo, se pone a reír.

XXII

Cuando advierte Ganelón que Roldán se le ríe, tiene tal pesar que a poco estalla de ira, y está a punto de perder los sentidos.

Y dice al conde:

-No os amo, a vos que habéis hecho recaer en mí elección tan contra justicia. Esclarecido emperador, heme aquí ante vos. Quiero cumplir vuestro mandato.

XXIII

-Marcharé a Zaragoza -añade-, ya que hacerlo es preciso; bien lo sé. Pero quien allí va, no puede retornar. Sobre todas las cosas, acordaos que mi esposa es vuestra hermana. Un hijo me ha dado, el más hermoso que existe; es Balduino -dice- que será un valiente y a quien he legado mis tierras y mis feudos. Tomadlo bajo vuestra guarda, mis ojos no le volverán a ver.

-¡Tierno tenéis el corazón! -responde Carlomagno-. Pues os lo mando, iros ya.

XXIV

-Ganelón -añade el rey: acercaos y tomad el bastón y el guante. Ya lo oísteis bien. Los francos te han elegido.

-Señor -dice Ganelón-. Todo lo ha hecho Roldán. En mi vida podré ya quererle. Ni a Oliveros, porque es su compañero, ni a los Pares, por el gran amor que todos le tienen. ¡Yo le reto ante vuestra presencia!

-Estáis asaz colérico -dice el rey-. Partiréis, puesto que es mi voluntad.

-Así lo haré. Mas sin nadie que me guarde, tal como Basilio y su hermano Basán.

XXV

El emperador le tiende su guante, el de su mano derecha. Pero el conde Ganelón no hubiera querido estar allí. Cuando va a tomarlo, cae el guante al suelo, y los francos exclaman:

-¡Dios! ¿Qué señal es ésta? De este mensaje ha de venirnos gran desgracia.

-Señores -dice Ganelón-, de ello oiréis las nuevas.

XXVI

-Señor -añade Ganelón-, dadme ya vuestra licencia. Pues tengo que partir, no quiero retardarme.

-¡Id con licencia de Jesús, y con la mía! -dice el rey-. Y con la diestra le absuelve, haciendo la señal de la cruz. Y le da el bastón y el breve.

XXVII

El conde Ganelón se retira a su campamento, y se adereza con las mejores armas que posee. A sus pies pone espuelas de oro, y ciñe a su costado la espada Murglés. Monta en su corcel Tachebrún, mientras le sostiene el estribo su tío Guinemaro. Allí hubieseis visto llorar a muchos caballeros. Todos le dicen:

-¡Lástima da ver nuestra proeza! Mucho tiempo morasteis en la corte del rey, y todos os tuvieron por noble vasallo. Al que os señaló para partir ni el mismo Carlos podrá proteger ni salvar. No, el conde Roldán no debió pensar en vos, que descendéis de ilustre linaje.

Y después le dicen:

-Señor, llevadnos con vos.

-No place así a Dios nuestro señor -responde Ganelón-. Mejor es que sólo yo muera y vivan tantos buenos caballeros. A la dulce Francia, señores, habéis de volver. Saludaréis en nombre mío a mi esposa y a Pinabel, mi amigo y Par. Y a Balduino, mi hijo... Dadle vuestra ayuda y tenedle por vuestro señor.

Ya en camino, empieza a andar.

XXVIII

Bajo los altos olivares cabalga Ganelón. Ha alcanzado a los mensajeros sarracenos y a Blancandrín, que se ha rezagado con él. Ambos departen con gran cautela, y dice Blancandrín:

-¡Varón maravilloso es Carlos! Conquistó Apulia y toda la Calabria. Cruzó la mar salada y logró para San Pedro el tributo de la Inglaterra. Mas ¿qué pretende hallar aquí, en nuestra tierra?

-Tal es su placer -responde Ganelón-. No se hallará hombre que le valga.

XXIX

Blancandrín dice:

-Gentes muy nobles son los francos. Pero un gran daño están haciendo a su señor esos condes y esos duques que le aconsejan de tal guisa. Le apremian y le pierde a él y a muchos otros con él.

-Eso -responde Ganelón- no es verdad, que yo sepa, de nadie sino de Roldán, el cual algún día ha de padecer por ello. Una mañana estaba el emperador sentado en la sombra, y se le acercó su sobrino, con la cota puesta, que de los bordes de Carcasona venía con el botín. En la mano traía una manzana bermeja, y dijo a su tío: -Tomad, hermoso señor. De todos los reyes yo os doy en presente las coronas-. Su mismo orgullo ha de perderle, porque cada día se abandona a la muerte. Venga quien le mate, tendremos paz plena.

XXX

-Roldán -dice Blancandrín- es digno de odio; quiere reducir a su merced toda nación y sobre toda tierra tiene pretensiones. Más para tales empresas, ¿con qué cuenta?

-Con los francos -responde Ganelón-. Tanto le quieren, que nunca le han de faltar. Él les da profusamente oro y plata, mulos y corceles, mantos de seda y armaduras. Al mismo emperador le ofrece todo lo que quiere. Y él le conquistará estas tierras hasta Oriente.

XXXI

Tanto cabalgaron Ganelón y Blancandrín, que uno al otro se hicieron, en buena fe, una promesa: buscar cómo hacer que maten a Roldán. Tanto cabalgaron por caminos y veredas, que ya echan pie a tierra en Zaragoza, cabe un tejo.

A la sombra de un pino se ha levantado un trono guarnecido de seda de Alejandría. Allí está el rey que tiene toda España. Veinte mil sarracenos le rodean, ninguno de ellos dice palabra, por las nuevas que podrían escuchar. He aquí que se acercan Ganelón y Blancandrín.

XXXII

Blancandrín se aproxima al rey Marsil, trayendo de la mano al conde Ganelón, y dice así:

-Salud en nombre de Mahoma y de Apolo, cuyas santas leyes guardamos. Hemos llevado a Carlos vuestro mensaje. Alzó sus dos manos al cielo, alabó a su Dios, sin dar otra respuesta. Os envía, helo aquí, un suyo noble barón, que de Francia es y ricohombre. Por él sabréis si tendréis o no paz.

-Que hable -responde Marsil-. Le escuchamos.

XXXIII

Pero el conde Ganelón ya lo había pensado. Comienza a hablar con gran arte, como hombre que sabe hablar bien. Y dice al rey:

-¡Salud en nombre del Dios el Glorioso, a quien debemos adorar! He aquí lo que os manda Carlomagno, el esforzado. Recibid la santa ley cristiana y él os dará en feudo la mitad de España. Si no queréis aceptar este acuerdo, seréis cautivo, y atado de viva fuerza, a la ciudad de Aquisgrán seréis llevado; ahí por juicio, acabará vuestra vida. Moriréis de muerte infamante y vil.

Se estremece el rey Marsil. En su mano tiene un dardo, de oro recubierto; quiere lanzarlo, pero es impedido.

XXXIV

El rey Marsil tiene mudada la calor, blande su jabalina. Cuando Ganelón le ve, pone mano a su espada, sacándola de la vaina, a la largura de dos dedos. Le dice:

-¡Bella y clara sois! ¡Tanto tiempo en corte real os he llevado! ¡Y nunca dirá el rey de Francia que fenecí yo solo contigo en tierra extranjera, sin que los más valientes os hayan comprado por vuestro precio!

-¡Reluyamos la contienda! -se dicen los infieles.

XXXV

Tanto le rogaron los sarracenos, los mejores entre ellos, que sobre su trono se ha vuelto a sentar Marsil. Y dice el califa:

-Nos ponéis en un mal paso al querer abatir al francés. Debéis escucharle y atenderle.

-Señor -dice Ganelón-: cosas son éstas que conviene que yo tolere. Pero por todo el oro que Dios hizo, ni por todas las riquezas que hay en esta tierra, callaría yo, si ha lugar, todo lo que Carlos, el poderoso rey, os manda por mí, como a su mortal enemigo.

Ganelón llevaba un manto de marta cibelina recamado de seda de Alejandría. Se despoja de él y Blancandrín le recibe. Pero su espada bien se guarde de soltarla. La sostiene su puño derecho por el pomo dorado. Y los infieles dicen:

-¡Es un noble barón!

XXXVI

Ganelón avanza hacia el rey, y le dice:

-Os irritáis injustamente porque Carlos, que reina sobre la Francia, mande deciros esto: Recibid la ley de los cristianos, y él os otorgará en feudo la mitad de España. La otra mitad será para Roldán, su sobrino. ¡Lo partiréis con un vecino muy orgulloso! Si vos no queréis aceptar este trato, el rey vendrá a cercaros en Zaragoza. A viva fuerza seréis cautivo y atado, y os llevarán a la ciudad de Aquisgrán sin que para el camino tengáis palafrenero ni caballo de batalla, mulo ni mula, donde podáis cabalgar; sino que os arrojarán sobre una mala bestia de carga. Y entonces, por juicio, os cortarán la cabeza. Nuestro emperador os envía este breve.

Y lo alarga al infiel con la mano derecha.

XXXVII

Palidece de enojo el rey Marsil. Rompe el sello, arroja al suelo la cerca, mira el breve y ve lo que allí está escrito.

-Carlos, que posee la Francia en su bailía me manda acordarme de su dolor y de su cólera por Basán y su hermano Basilio, de quienes tomé las cabezas en los montes de Peraltila. Si quiero rescatar mi vida, ordena que le mande al Califa, mi tío, sin lo cual nunca seré por él amado.

Entonces el hijo de Marsil toma la palabra. Le dice al rey:

-Ganelón ha hablado como un loco. Ha hablado de más; ya no tiene derecho a vivir. Entregádmelo, y haré justicia.

Cuando esto escucha Ganelón, blande su espada, retrocede hacia un pino, sus espaldas contra el tronco.

XXXVIII

Se retiró Marsil a su vergel, se llevó consigo a sus mejores vasallos. Va con ellos Blancandrín, el del pelo encanecido; Jurfaret, su hijo y heredero, y el Califa, su tío y fiel. Blancandrín dice:

-Llamad al francés. El ha de servirnos; me lo ha jurado por su fe.

-Traedle, pues, -dice el rey-. Y Blancandrín toma por la mano derecha a Ganelón y lo conduce por el vergel hasta el rey. Entonces se discute la vil traición.

XXXIX

-Buen caballero Ganelón -le dice Marsil-. Os traté con harta ligereza cuando, llevado por mi cólera, quise heriros. Quiero ofreceros en prenda estas pieles de marta cibelina, las que en oro valen más de quinientas libras. Antes de la noche de mañana os habré pagado con hermoso desagravio.

-No lo rehúso -responde Ganelón-. ¡Que Dios, si a Él place, os lo recompense!

XL

Marsil dice:

-Ganelón, sabed, en verdad, que dispuesto está mi corazón a amaros mucho. Quiero escucharos hablar de Carlomagno. Ya es muy viejo, ya ha gastado su tiempo. A mi parecer que ya tendrá unos doscientos años pasados. Ha llevado su cuerpo por tantas tierras, ha recibido su escudo tantos mandobles, a tantos ricos reyes ha reducido a la mendicidad, ¿cuándo se cansará de guerrear?

-Carlos -responde Ganelón- no es aquel que vos pensáis. No hubo hombre que al verle y conocerle no dijese que el emperador es un valiente. Yo no sabría encarecerle y loarle bastante; hay en él más honor y virtudes que pudieran expresar mis palabras. Su gran valor, ¿quién puede describirlo? ¡Dios hizo resplandecer en él tanta nobleza! Prefiere la muerte a faltar a sus barones.

XLI

Dijo el pagano:

-Me maravillo y hay causa para ello. Este Carlomagno tan viejo y lleno de canas, a mi entender tiene doscientos años, o más. Por tantas tierras ha llevado su cuerpo con fatigas; tantos tajos de lanzas y jabalinas ha recibido; ha reducido a mendigar a tantos reyes ricos, y ¿no está aún harto de hacer sus guerras?

-¡Jamás -dice Ganelón-, en tanto viva su sobrino! nadie tan valeroso como Roldán bajo el manto del cielo. Es tan valiente como su compañero Oliveros. Y los doce Pares, tan queridos por Carlos, forman su vanguardia con veinte mil caballeros. Seguro está Carlos, sin temor a ningún hombre viviente.

XLII

Me maravilla grandemente -dice el sarraceno-. Carlomagno está ya canoso y blanco. Según mi cuenta, ha de tener más de doscientos años. Por tantas tierras ha pasado en sus conquistas, tantas heridas recibió de buenas espadas cortantes, mató y venció en batalla a tantos poderosos reyes, y ¿aún no se harta de guerrear?

-Jamás -dice Ganelón-, mientras viva Roldán. No hay otro tal desde aquí hasta el Oriente. Y tan bravo como él es su compañero Oliveros. Y los doce pares, que Carlos ama tanto, forman su vanguardia, con veinte mil franceses. Carlos está en seguro. El no teme a hombre vivo.

XLIII

-Buen caballero Ganelón -dice el rey Marsil-: tengo un ejército; nunca veréis uno más bello. Puedo juntar cuatrocientos mil caballeros: ¿no podré combatir a Carlos y sus franceses?

-¡No hay tal! -responde Ganelón-. Perderíais allí vuestros infieles en masa. Dejaos de locuras. Sed prudente. Dad al emperador tantos bienes que todos los franceses queden asombrados. Por veinte rehenes que vos le enviéis, el rey se volverá a la dulce Francia. Tras él irá la retaguardia. Creo que su sobrino, el conde Roldán, irá en ella, y Oliveros también, el cortés y el esforzado; ya son muertos los dos Condes, si encuentro quien me escuche. Carlos verá abatido su orgullo, y le pasarán los deseos de seguirlos combatiendo.

XLIV

-Buen caballero Ganelón -dice Marsil-. ¿Cómo podría yo hacer que pereciera Roldán?

-Muy bien lo podré decir -responde Ganelón-. El rey vendrá a los mejores puertos de Cize. Tras él quedará la retaguardia. Allí estará su sobrino Roldán, y el poderoso conde Oliveros, en quien tanto confía, y en su compañía veinte mil franceses. De vuestros infieles enviadles cien mil, y que libren una primera batalla. Las tropas de Francia serán allí maltrechas y las vuestras sufrirán gran matanza. Pero librad asimismo una segunda batalla. Que caiga en la una o en la otra, Roldán no podrá escapar. Habréis así cumplido una hermosa gesta de caballería, y en toda vuestra vida no tendréis guerra.

XLV

-Quién pudiera conseguir que allí mismo fuera muerto Roldán; Carlos perdería el brazo derecho de su cuerpo, y esto sería el fin de esos maravillosos ejércitos. Jamás reunirá Carlos tan grandes levas, y la Tierra de los Mayores quedaría en reposo.

Marsil, al oír esto, besa en el cuello al franco y después empezaron a llegar sus tesoros...

XLVI

-Nada vale un acuerdo -dice el rey Marsil-. Habréis de jurarme traicionar a Roldán.

-Sea así, como os plazca -responde Ganelón-. Y sobre las reliquias de su espada Murgleis jura la traición, y así quedó ajustada la fechoría.

XLVII

Había allí un sitial todo de marfil. Marsil hace traer un libro donde está escrita la ley de Tervagán y de Mahoma. Jura, el sarraceno de España que, si en la retaguardia se encuentra a Roldán, le atacará con toda su gente, y si le es dado hacerlo, allí morirá Roldán.

Ganelón responde: -Pueda vuestra voluntad cumplirse.

XLVIII

Viene entonces un infiel, Valdabron, y se acerca al rey Marsil. Con franca sonrisa, habla a Ganelón:

-Tomad mi espada. No hubo otra mejor. El pomo solamente vale más de mil monedas de oro fino. Por amistad, hermoso caballero, os la doy; vos nos ayudaréis en la empresa de alcanzar la retaguardia del valeroso Roldán.

-Así será -responde el conde Ganelón. Y se besan en el rostro y en la barba.

XLIX

Llega después Climorin, otro infiel, y con clara sonrisa dice a Ganelón:

-Tomad mi yelmo; no sé de otro máspreciado, y ayudadnos contra el marqués Roldán, en tal medida que podamos afrentarlo.

-Así será -responde Ganelón. Y se besan en la boca y en el rostro.

L

Llega después la reina Abraima, y dice a Ganelón:

-Os quiero mucho, señor, porque mi señor y todos sus hombres os quieren grandemente. A vuestra mujer enviaré dos collares. Son todos de oro, con jacintos y amatistas. Más valen que todas las riquezas de Roma. Vuestro emperador jamás los tuvo tan bellos.

Los ha tomado el conde y los guarda en su escarcela.

LI

Llama el rey a Malduit, su tesorero.

-¿Está dispuesto el tesoro para Carlos?

-Lo está, señor, -responde- con lo mejor: setecientos camellos cargados de oro y plata, y veinte rehenes de los más nobles que existen bajo el sol.

LII

Marsil pone la mano sobre el hombro de Ganelón y le dice:

-Sois prudente y esforzado. Por esta ley que vos tenéis por la más santa, no retiréis ya más de nosotros vuestro corazón. Quiero daros en masa mis riquezas: diez mulos cargados de oro, el más fino de Arabia. No pasará año que no os haga don parecido. Aquí están las llaves de esta ancha ciudad. De sus grandes tesoros hago ofrenda al rey Carlos. Más seguid que Roldán quede a la zaga. Si con él logro topar en algún puerto o desfiladero, yo he de entablar con él una batalla a muerte.

-Me parece que ya tardo demasiado -responde Ganelón. Y montando en su corcel va por su camino.

LIII

El emperador retorna a sus cuarteles. Ha llegado a la ciudad de Gulina, que el conde Roldán había tomado y destruido. Cien años estuvo desierta desde ese día. El rey aguarda nueva de Ganelón y el tributo de la España, la grande tierra.

Al alba, cuando el día se levanta, Ganelón, el conde, llega a su campo.

LIV

Mucho madrugó el emperador. Ya escuchó la misa y los maitines, y ante su tienda está erguido sobre la verde hierba; allí están Roldán y Oliveros, el esforzado, Naimón el duque y muchos otros. Llega el felón, el perjuro Ganelón, y comienza a hablar con gran astucia, diciendo al rey:

-Dios os salve. De Zaragoza os traigo las llaves, helas aquí, y he aquí también un gran tesoro que os traigo y veinte rehenes: ponédlos bajo buena guardia; y el rey Marsil, el esforzado, os manda decir que, si no envía al Califa, no debéis culparlo. Yo vi con mis ojos a cuatrocientos mil hombres en armas, vestidos de cota, muchos ya con el yelmo atado y ceñidas las espadas de pomo de oro nielado, que escoltaban al Califa hasta cruzar con él el mar. Hufan de Marsil a causa de la ley cristiana que no querían recibir ni guardar. Pero no habían singlado cuatro leguas al viento cuando la tempestad y el huracán los sorprendieron. Todos se ahogaron; jamás veréis ya de ellos ni uno solo. Si el Califa estuviese con vida, yo lo hubiera traído. En cuanto al rey pagano, señor, tened por cierto que no habrá pasado este primer mes sin que os siga al reino de Francia. Él recibirá la ley que vos guardáis. Con las manos a Dios se volverá vuestro hombre. De vos tendrá el reino de España.

-Que sean dadas gracias a Dios -dice el rey-. Bien me habéis servido, y por ello tendréis gran recompensa.

Entre las filas de los ejércitos resuenan mil clarines. Los francos levantan el campo y cargan las acémilas. Y todos se encaminan hacia la dulce Francia.

LV

Carlomagno asoló España. Tomó los castillos, violó las ciudades. Su guerra -dice- está acabada. Hacia la dulce Francia cabalga el emperador. A la noche, el conde Roldán sujeta a su lanza el gonfalon. En la cima de un otero lo yergue hacia el cielo. A esta señal, los francos acampan por todo el contorno. Entonces, por los anchos valles, vienen cabalgando los infieles. La cota llevan puesta, el escudo al cuello, atado el yelmo, la espada ceñida y la lanza aparejada.

En un bosque, en la cima de los montes, hacen alto. Son cuatrocientos mil los que esperan el alba. ¡Dios, qué dolor que nada sepan los franceses!

LVI

El día se va. La noche se hace negra. Duerme Carlos, el poderoso emperador. Tuvo un sueño: estaba en los grandes puertos de Cize. Entre sus puños tenía su lanza de fresno. El conde Ganelón la arrebató, y tan rudamente la sacude, que hacia el cielo vuelan las astillas. Carlos duerme. Aún no despierta.

LVII

Después de esta visión otra le sucede. Sueña que está ya en Francia, en su capilla de Aquisgrán. Un oso cruel le muerde el brazo derecho. Del rumbo de Ardena ve venir a un leopardo que, osadamente, se arroja a su cuerpo. Del fondo de la sala se precipita un lebrei. Corre hacia Carlos al galope y, brincando, corta al oso la oreja derecha y lucha furiosamente con el leopardo. Dicen los franceses:

-¡He aquí una grande batalla! ¿Cuál de los dos vencerá?

No lo saben. Carlos duerme. No ha despertado.

LVIII

Pasa la noche, el alba se levanta clara. Entre las filas del ejército el emperador cabalga altivamente. -Señores barones -dice el emperador Carlomagno-. Examinad los puertos y los pasos estrechos y escogedme quien haga la retaguardia.

-Será Roldán, mi hijastro -dice Ganelón-. No tenéis barón de tan grande valentía.

El rey le escucha, le mira duramente. Después le dice:

-Sois un demonio. Se os ha entrado en el cuerpo un mortal frenesí. ¿Quién irá, pues, ante mí a la vanguardia?

-Ogier de Dinamarca -responde Ganelón-. No tenéis barón que mejor que él lo haga.

LIX

El conde Roldán se ha oído nombrar; entonces habla como un caballero debe hacerlo:

-Señor padrastro: A fe mía que os quiero. Me habéis elegido para la retaguardia. Carlos, el rey señor de la Francia, no perderá, lo creo, aquí ni palafrenero, ni caballo de batalla, ni mulo ni mula, caballo de silla ni caballo de carga que no haya sido disputado por la espada.

-Verdad decís, bien lo sé -responde Ganelón.

Cuando Roldán escucha que ha de quedarse en la retaguardia, dice irritado a su padrastro:

-¡Ah, truhán! ¡Hombre malo, de mal linaje! ¡Habías tú creído que dejaría yo caer el guante a tierra como tú lo hiciste ante Carlos con el bastón?

-Alto emperador -dice el barón Roldán-, dadme el arco que tenéis en el puño. Nadie podrá reprocharme, así lo creo, el haberlo dejado caer, como hizo Ganelón con el bastón que acababa de recibir su mano derecha.

Cabizbajo está el emperador. Se alisa la barba y se atusa el mostacho. Lloro, no puede contenerse.

Se acerca entonces Naimón. Mejor vasallo no hubo en la corte. Dice al rey:

-Ya lo oís. El conde Roldán está poseído de cólera. Helo aquí elegido para la retaguardia, y no tenéis barón alguno que pueda reemplazarle. Donadle el arco que vos habéis tenido, y buscadle gentes que puedan asistirle.

El rey le ofrece el arco; y Roldán lo ha recibido.

El emperador dice a su sobrino Roldán:

-Sobrino, buen caballero. Bien lo sabéis. La mitad de mis huestes os ofrezco y os dejaré. Retenedlas, es vuestra salvación.

-Nada quiero de ellas -dice el conde-. Dios me confunda si desmiento mi linaje. Me bastan veinte mil francos bien audaces. Vos cruzad tranquilo los puertos. Haríais mal en temer a nadie mientras yo viva.

LXI

El conde Roldán ya cabalga en su caballo de batalla. Hacia él viene sus compañeros Cayeros y Garín, y Gerer, el valeroso conde. Vienen también Atón y Berenguer. Y Astor y el viejo Anseis. Y Gerardo de Rosellón, el altivo, y el rico duque don Gaiferos.

-¡Por mi cabeza -dice el arzobispo-, que yo también voy!

-¡Y yo con vos! -dice el conde Gualterio-. Fiel soy a Roldán, y no debo fallarle.

Y entre todos escogen a veinte mil caballeros.

LXV

El conde Roldán llama a Gualterio de Ulmo, y le dice:

-Tomad mil franceses de Francia, nuestra tierra, y ocupad las cimas y los desfiladeros para que el emperador no pierda uno solo de los hombres que con él están.

-Por vos bien debo hacerlo -responde Gualterio. Y con mil franceses de Francia que es su tierra, Gualterio sale de filas y va por cumbres y gargantas. Nadie se atreverá a bajar, aunque lleguen las peores nuevas, sin que setecientas espadas hayan sido desenvainadas. En este día se libró una dura batalla con el rey Almarís, del país de Balferna.

LXVI

Altos son los montes y tenebrosos los valles. Ásperas las rocas, siniestros los desfiladeros. Este mismo día, los franceses los pasaron con gran quebranto. A quince leguas se escucha su marcha. Cuando llegan a la tierra de sus mayores y divisan la Gascuña, dominio de su señor, se acuerdan de sus feudos, de sus doncellas y de sus nobles mujeres. No hay quien no lllore de ternura. Y sobre todos los demás, Carlos está lleno de angustia: en los puertos de España ha dejado a su sobrino. La piedad le agobia, y no puede contener su llanto.

LXVII

Los doce Pares han quedado en España; en su compañía, veinte mil franceses; todos sin miedo y sin temor a la muerte. El emperador se tornó a Francia. Oculta bajo el manto su angustia. Junto a él cabalga el duque Naimón, que le dice:

-¿Qué os atormenta?

-Quien lo pregunta me ofende -responde Carlomagno-. Es tan honda mi cuita que no puedo callarla. Sé que Francia ha de ser destruida por Ganelón. Una visión tuve esta noche, de parte de un ángel: entre mis puños, Ganelón rompía mi lanza. Ved que fue él quien designó a mi sobrino para mandar la retaguardia. En marca extranjera le he dejado. ¡Dios! Si le pierdo, no tendré quien lo reemplace.

LXVII

Carlomagno llora, sin poder reprimirse. Cien mil franceses se enternecen y temen por Roldán, poseídos de un extraño miedo. Ganelón, el fementido, le traicionó. Ha recibido del monarca infiel grandes dones, oro y plata, mantos y vestidos de seda, mulos y caballos, camellos y leones. Marsil ha enviado desde España a sus barones, condes, vizcondes, duques, emires, generales y a los hijos de los condes. En tres días ha juntado cuatrocientos mil hombres. Redoblan en Zaragoza los tambores. En la torre más alta yerguen a Mahoma, y cada infiel le reza y adora. Después, a marchas forzadas, cabalgan todos por la Cerdeña. Cruzan los valles y los montes, y en fin avizoran los gonfalones de los de Francia. La retaguardia de los doce compañeros no dejará de aceptar la batalla.

El sobrino de Marsil se adelanta montado en un mulo, a quien azuza con un bastón. Y dice a su tío, riendo graciosamente:

-Hermoso rey y señor: largamente os he servido, y por todo salario recibí penas y tormentos. ¡Cuántas batallas he librado y ganado! Otorgadme un feudo: el galardón de asestar contra Roldán el primer golpe. He de matarlo con mi tajante espada. Si Mahoma quiere velar por mí, yo libertaré a todas las comarcas de España, desde los puertos hasta Durestant. A Carlos le rendirá la fatiga. Los franceses se regresarán; no tendréis más guerra en toda vuestra vida.

El rey Marsil en señal le ha dado el guante.

El sobrino de Marsil tiene el guante en el puño, y dice a su tío con palabra fiera:

-Buen rey y señor: gran don me hicisteis. Ahora elegidme doce de vuestros barones. Con ellos combatiré a los doce Pares.

El primero que acepta es Falsarón, que era hermano del rey Marsil, y dice:

-Señor sobrino: vos y yo iremos a esta batalla, y le daremos buen remate. Será atacada la retaguardia de la gran hueste de Carlos. Es cosa juzgada: nosotros los mataremos.

De otra parte llega el rey Corsablín. Es de Berbería y conoce las artes malélicas. Habla como un noble barón; por todo el oro de Dios no quiere cometer una cobardía. Malprimis de Berbegal viene al galope; de correr a pie, sería más veloz que un caballo. Ante Marsil clama con voz muy alta:

Apersonado en Roncesvalles, si allí encuentro a Roldán, yo sabré humillarlo.

LXXII

Un emir hay allí de Balaguer. Es su cuerpo muy gentil, y su rostro arrojado y sereno. Una vez montado en la silla, se hace fiero bajo la armadura. Por su valor es ya muy afamado. Noble varón si fuera cristiano. Ante Marsil, exclama:

-A Roncesvalles iré a jugarle el cuerpo. Si allí encuentro a Roldán, es muerto. Y muerto Oliveros y todos los doce Pares y muertos todos los franceses con gran duelo y gran vileza. Carlos el Grande es ya viejo. Desatina. Tendrá bastante con mantener la guerra. España nos quedará libre.

El rey Marsil bien le da sus gracias.

LXXIII

Allí está un almanzor de Moriana. No hay otro más felón en las tierras de España. Ante Marsil hace gala de sus balandronadas:

-Yo llevaré mi gente a Roncesvalles. Son veinte mil hombres con escudos y con lanzas. Si encuentro a Roldán, es muerto. Juro matarlo por mi fe. No habrá ya día en que Carlos no haya de lamentarse.

LXXIV

He aquí a Turgis de Tórtoles. Es conde, y la ciudad de Tórtoles es suya. Mala muerte desea a los cristianos. Se pone ante Marsil, junto a los otros, y dice al rey:

-¡Nada temáis! Más vale Mahoma que San Pedro de Roma. Si le servís, quedará el honor del campo por nosotros. Buscaré a Roldán en Roncesvalles, y nadie podrá protegerle contra la muerte. Ved mi espada, que es buena y larga. Quiero ensayarla contra Durandarte. ¿Cuál quedará humillada? Habréis de oírlo muy pronto. Fenecerán los franceses si contra nosotros se aventuran. Para Carlos el Viejo esto será duelo y afrenta. Jamás sobre la tierra llevará corona alguna.

LXXV

Viene por otro costado Escremis de Valtierra. Es sarraceno, y Valtierra es su feudo. Ante Marsil exclama, entre la multitud:

-A Roncesvalles voy, para abatir el orgullo. Si encuentro a Roldán, no saldrá con su cabeza, ni Oliveros, aquel que manda en los demás. Todos los doce Pares están emplazados ya para perecer. Los franceses morirán, la Francia se verá vacía de ellos, y Carlos en penuria de buenos vasallos.

LXXVI

Hay en otra parte un pagano, Estercuel, y con él Tamarie, un su compañero, los dos felones y probados traidores. Marsil les dice:

-¡Avanzad, señores! Iréis a Roncesvalles, a cruzar los puertos, y ayudaréis a conducir mi gente.

-¡Señor, bajo vuestro mandato! -responden ambos-. Atacaremos a Roldán y a Oliveros. **Contra la muerte nada pueden los doce Pares. Nuestras espadas son buenas y tajantes. Las haremos rojas de sangre caliente. Morirán los franceses, y Carlos les llorará. Os daremos la tierra de los antepasados. Venid allí, rey; en verdad lo veréis: os daremos al mismo emperador.**

LXXVII

Llega corriendo Margaris de Sevil. Es suya aquella tierra hasta las Cazmarinas. Por su belleza las damas le son amigas, y ninguna hay que, al verlo, no se alegre y sonría. No hay infiel que sea tan buen caballero. Viene entre la multitud y por encima del rumor grita al rey:

-No temáis. A Roncevalles iré a matar a Roldán. Tampoco salvará su vida Oliveros y los doce Pares quedarán para su martirio. Ved mi espada de pomo de oro: el emir de Premirán me la envió. En sangre bermeja, os juro, he de sumergirla. Morirán los franceses. Francia sufrirá por ellos gran afrenta. Carlos el Viejo, el de la barba florida, ha de tener, cada día que viva, duelo y enojo. Antes de un año tendremos a Francia por botín y un lecho en el burgo de San Dionisio.

El rey infiel se inclina ante él, profundamente.

LXXVIII

Por otro lado llega Chernublo de Monegros, cuya cabellera barre la tierra. Puede, como jugando, envanecerse cuando está de humor de llevar un peso mayor que cuatro mulos bien albardados. Se cuenta que en el país donde ha nacido nunca brilla el sol, no crece el trigo, la lluvia no cae y no cuaja el rocío. No hay piedra que no sea toda ella negra. Y muchos dicen que allí mean los diablos. Chernublo dice:

-Me he ceñido mi buena espada; en Roncesvalles la tefiré de rojo. Si en mi camino encuentro a Roldán el esforzado y no le acometo, no lo creáis jamás. Con mi espada conquistaré a Durandarte. Morirán los franceses y Francia quedará desierta.

A estas palabras, los doce Pares se juntan. Con ellos llevan cien mil sarracenos, ansían, arden por combatir. Y bajo un pinar van a armarse.

LXXIX

Los infieles se arman con sus cotas sarracenas, casi todas de tres espesas capas de malla; se atan sus buenos yelmos de Zaragoza, y se ciñen espadas de acero vienés. Poseen ricos escudos, y lanzas valencianas, y gonfalones blancos, azules y bermejos. Abandonan su mulos y palafrenes y montan en corceles, cabalgando en filas cerradas.

Claro es el día y bello es el sol. No hay armadura que toda no centellee. Mil clarines suenan para

que todo sea más bello. Es grande el estruendo. Lo oyen los franceses, y Oliveros dice:

-Señor compañero. Pienso que habremos contienda con los sarracenos.

Responde Roldán: -¡Oh! ¡que Dios nos la conceda! Es deber nuestro sostenernos aquí por nuestro rey. Por el señor debemos soportar toda desgracia y sufrir grandes calores y grandes fríos, y aun perder cuero y pelo. ¡Que cada uno se emplee en asestar recios mandobles, para que no se cante de nosotros un mal cantar! El entuerto es de los infieles; de los cristianos el derecho. ¡De mí no habrá nunca mal ejemplo!.

LXXX

A un altillo ha subido Oliveros. Mira a la derecha, y ve avanzar por un verde valle al ejército de los infieles. Llama a Roldán, su compañero, y le dice:

-¡Del lado de España veo llegar tal rumor, tantas lorigas que brillan, tantos yelmos que flamean! Estos pondrán a nuestros franceses en gran angustia. Ganelón lo sabía, el vil, el felón, el traidor, por quien fuimos elegidos ante el emperador.

-Callad, Oliveros -responde Roldán-. Es mi padrastro. No quiero de él digas palabra.

LXXXI

A un altillo ha subido Oliveros. Desde allí contempla en plenitud el reino de España y a los sarracenos, que se han juntado en tan grande masa. Fulguran los yelmos con gemas engastadas en oro, y las adargas y las cotas brillantes, y las lanzas con los gonfalones sujetos a los hierros. No logra contar los cuerpos de batalla. Son tantos, que no podría llevar la cuenta. Oliveros queda turbado. Apresurándose cuanto puede, baja de la altura y se acerca a los franceses para contarles lo que ha visto.

LXXXII

Dice Oliveros:

-He visto a los infieles. Jamás hombre sobre la tierra vio tantos. Habrá ante nosotros unos cien mil, escudo al brazo, sujeto el yelmo, vestida la blanca loriga. Y brillan sus lanzas negras, con el asta erguida. Tendréis batalla como no la hubo jamás. ¡Señores franceses, que Dios os dé su fortaleza! ¡Resistid firmemente para que no seamos vencidos!.

-¡Maldito sea el que huya! -dicen los franceses-. ¡Nadie os ha de flaquear hasta la muerte!.

LXXXIII

Dice Oliveros:

-Los paganos se muestran fuertes, y nuestros franceses me parecen bien pocos. Roldán, mi compañero, haced sonar el cuerno. Carlos lo oirá y retornarán las huestes.

-Sería obrar como loco -responde Roldán-. En la dulce Francia perdería mi renombre. No tardará Durandarte en asestar grandes golpes. Su hoja se empapará de sangre hasta el oro de la guarda. Los traidores infieles han llegado a los puertos para desdicha suya. Os juro que a todos ha marcado ya la muerte.

LXXXIV

-¡Roldán, mi compañero, tañed el olifante! Carlos lo escuchará y regresarán los ejércitos. Y nos socorrerá con todos sus barones.

Roldán responde:

-¡No quiera Dios que por mí sean mis padres afrentados, y que la dulce Francia caiga en tal menoscabo! He de golpear fuerte con Durandarte, mi buena espada que tengo ceñida al costado. Vais a ver su hoja ensangrentada. Los felones paganos se han juntado para su misma perdición. Yo os lo juro que todos están ya entregados a la muerte.

LXXXV

-¡Roldán, mi compañero, tañed vuestro olifante! Carlos lo oirá, porque pasa ahora los puertos. Yo os lo juro. Regresarán los franceses.

-¡No quiera Dios -responde Roldán-, que jamás hombre alguno diga que por los paganos haya yo hecho tañer el corno! Nunca podrán echarme en cara esto los míos. Cuando entre en la gran batalla, yo asestaré mil golpes, y setecientos, y veréis ensangrentado el acero de Durandarte. Los franceses son audaces y lucharán con valor. Los de España no podrán escaparse de la muerte.

LXXXVI

-¿Porqué habéis de quedar deshonrado? -dice Oliveros-. He visto a los sarracenos de España. Cubren los valles, los montes, las landas y todos los llanos. ¡Grandes son los ejércitos de esta casta extranjera y bien menguadas nuestras fuerzas!

-¡Así crece mi ardor! -responde Roldán-. ¡No quiera Dios Nuestro Señor ni sus ángeles que por mi causa Francia pierda su valor! ¡Prefiero morir que caer en la vergüenza! ¡Cuántos más golpes demos, más nos amará el emperador!

LXXXVII

Roldán es bravo, y Oliveros es prudente. Ambos son de prodigioso valor. Una vez a caballo, y en armas, jamás por miedo a la muerte esquivarán una batalla. Buenos son los dos condes, y altivas sus palabras. Los infieles traidores galopan furiosamente. Oliveros dice:

-¡Mirad, Roldán! ¡Estos andan muy cerca de nosotros; mas Carlos está demasiado lejos! No os habéis dignado tañer el olifante, y si el rey estuviese aquí, no nos amagaría tal peligro. Mirad hacia arriba, hacia

los puertos de España, podréis ver un ejército digno de piedad. Quien hoy formó la retaguardia, jamás la formará otra vez.

-¡No habléis tan locamente! -responde Roldán-. ¡Maldito el corazón que en el pecho se acobarde! Resistiremos con firmeza en nuestro puerto. Seremos nosotros quienes mandemos y justas y refriegas.

LXXXVIII

Al ver Roldán que habrá batalla, se toma más fiero que el leopardo o el león. E interpela a sus francos y a Oliveros:

-¡Señor compañero, amigo, no habléis de esta manera! El emperador que nos dejó franceses, nos ha escogido estos veinte mil!, y sabía que ninguno de ellos era cobarde. Por su señor deben soportar grandes males, sufrir grandes calores y grandes fríos, perder sangre y carne. Golpead con vuestra lanza y yo con Durandarte. Mi buena espada que el rey me ha donado. Si yo muero, el que lo tenga podrá decir:

-Esta fue la espada de un noble vasallo.

LXXXIX

Por otra parte, he aquí al arzobispo Turpín. Monta y espolea a su corcel, y sube a una colina yerma desde donde llama a los franceses y los sermones:

-Señores barones -dice-: Aquí nos dejó Carlos. Por nuestro rey debemos bien morir, ayudad a sostener a la cristiandad. Tendréis batalla, podéis estar seguros, pues con vuestros propios ojos habéis visto a los sarracenos. Pedid a Dios el perdón. Yo os absolveré para sanar vuestras almas. Si morís, seréis santos mártires, y os serán reservados sitios en el más alto paraíso.

Los francos desmontan y se postran en tierra. Y el arzobispo, en nombre de Dios, los ha bendecido. Por penitencia les manda acometer.

XC

Los francos se alzan y se ponen en pie. Bien absueltos quedan, limpios de sus pecados, y el arzobispo, en nombre de Dios, los ha bendecido. Montan de nuevo en sus veloces corceles. Armados están como cumple a caballeros, y bien aderezados para la batalla. El conde Roldán llama a Oliveros, y le dice:

-Señor compañero. Bien dijisteis. Ganelón nos ha traicionado. Por ello recibió su salario en oro, en riquezas y en dineros. ¡Pueda el emperador vengarnos! El rey Marsil nos ha comprado por trato. ¡Pero la mercancía sólo la tendrá por la espada!

XCI

Los puertos de España, Roldán pasa montado en Vigilante, su caballo, buen corredor. Se ha revestido de sus armas, que le sientan muy bien, y se va blandiendo su lanza. Apúntala contra el cielo, y hay

atado al hierro un gonfalon todo blanco. Las franjas le caen hasta las manos. Noble es su cuerpo; su rostro, claro y risueño. Junto a él va su compañero, y los francos le aclaman por su fiador. El mira amenazante hacia los sarracenos, y después, dulce y humilde, hacia los franceses. Y les dice gentilmente estas palabras.

-Señores barones: ¡Al paso! ¡Poco a poco! Los infieles acuden a buscar su martirio. Antes de la noche habremos ganado un bello y rico botín. Ningún rey de Francia conoció otro parecido.

Así hablaba, cuando chocaron los dos ejércitos.

XCII
ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Oliveros dice:

-No tengo el corazón para palabras. No os dignasteis tocar el olifante, y nos falta Carlos. El no sabe palabra de estas cosas, él, tan esforzado, y la culpa no es suya. Y los valientes que aquí se encuentran tampoco merecen vituperio. Ahora, pues, cabalgemos contra esa gente con todo nuestro coraje. ¡Señores barones, tened firmes en batalla! Por Dios os lo suplico. No penséis sino en matar. ¡Golpe dado por golpe recibido! Y no olvidemos el grito de guerra de Carlos.

A estas palabras los franceses dan el grito de guerra:

-¡Montjoie!

Quien los hubiese oído gritar ¡Montjoie!, tendrá memoria de una hermosa bizzaría. Luego cabalgan, ¡Dios!, tan ligeramente, y, por más apresurarse, clavan las espuelas y se hunden en la refriega. ¿Qué otra cosa podrían hacer? Los sarracenos los reciben sin temblar. He aquí que francos e infieles se han juntado.

XCIII

El sobrino de Marsil tiene por nombre Aelrot; cabalga el primero ante las huestes, y va diciendo a nuestros franceses feas palabras:

-¡Felones franceses, hoy vais a medirnos con nosotros! Quien debió ser vuestra guarda, os ha traicionado. ¡Bien loco el rey que os dejó en los puertos! En este día la dulce Francia perderá su renombre, y Carlos el Magno el brazo derecho de su cuerpo.

Cuando Roldán lo ha oído, ¡Dios, qué gran dolor el suyo!, espolea su caballo, le deja galopar a rienda suelta y acomete a Aelrot lo más rudamente que puede. Le parte el escudo y le abre la loriga, le parte el pecho y le rompe los huesos; todo el espinazo le resquebraja. Con su lanza le arroja fuera el alma. Le hunde el hierro fuertemente; se estremece el cuerpo, con gran lanzada lo abate, cae muerto del caballo, y la nuca se le parte en dos mitades. Roldán, entre tanto, no cesa de hablarle:

-No, hijo de siervo, Carlos no está loco, y jamás pensó hacernos traición. Dejamos en los puertos fue obrar como un valiente. En este día la dulce Francia no dejará de ser enaltecida. ¡Golpead, franceses, que el primer golpe es ya nuestro! ¡El derecho está con nosotros, y con estos felones está la injusticia!

XCIV

Aquí está un duque, que tiene por nombre Falsarón; éste era hermano del rey Marsil, que tenía la tierra de Datán y Abirón. No hay peor truhán bajo el cielo. Es tan ancha su frente, que entre los dos ojos puede medirse un buen medio pie. Siente gran dolor cuando ve a su sobrino muerto. Se desprende de la turba, carga a rienda tendida, lanza el grito de guerra de los infieles, y les grita a los franceses una injuria:

-¡En este día la dulce Francia perderá su honor!

Oliveros le escucha y se irrita; clava en su corcel las espuelas doradas y asesta al infiel un golpe de verdadero barón. Le parte el escudo, le desgarró la cota, le hunde en el cuerpo los flecos del gonfalon; a plena lanza lo levanta de los arzones y lo abate, ya muerto. Le mira caído en tierra. Ve yacente al traidor, y entonces le dice con fiereza:

-¡De tus amenazas no me curo, hijo de siervo! ¡A ellos, franceses, que bien los hemos de vencer!

Grita:

-¡Montjoie!, es la contraseña de Carlos.

XCV

Aquí está un rey que tiene por nombre Corsablín. Vino de Berbería, una tierra lejana. El grita a los otros sarracenos:

-Podemos resistir la batalla. Los francos son tan pocos que bien podemos despreciarlos. No será Carlos quien salve aquí uno solo. He aquí el día en que morirán.

El arzobispo Turpín bien lo ha escuchado. No hay bajo el cielo un hombre a quien él odie más. Hince en el corcel las espuelas de oro fino, y gallardamente va a golpearlo. Le parte el escudo, le deshace la cota y le hunde en la carne su lanzón. Empuja con fuerza, la sacude, le zarandea, y a un pleno golpe de asta cae muerto sobre el camino el infiel. Turpín mira a tierra, yacente ve al felón; no dejará de hablarle un tanto:

-Infiel, hijo de siervo. ¡Habéis mentido! Carlos, mi señor, puede siempre salvarnos. No tienen los franceses corazón para huir. A vuestros compañeros haremos volver grupas. Y quiero daros una nueva: ¡Tendréis que enfrentaron con la muerte! ¡Matad, franceses! ¡Que nadie lo olvide! ¡Este primer golpe es ya nuestro, a Dios gracias! -Y grita: ¡Montjoie!, para quedarse dueño del campo.

XCVI

Y Garín ataca a Malprimis de Berbegal. El buen escudo del infiel no vale ya un ochavo. Garín le quiebra la bloca de cristal y la mitad cae por tierra. Le rompe la cota hasta la carne; le hunde en el cuerpo su buena lanza y el moro cae derribado como una mole. Su alma, Satanás se la lleva.

XCVII

Y su camarada Gerer acomete al emir. Le parte el escudo, le desmalla la cota, le hunde en las entrañas su buena lanza, apoya fuertemente, le atraviesa el cuerpo con el hierro, y a plena asta le derriba muerto en el campo. Oliveros grita:

-¡Hermosa es nuestra batalla!

XCVIII

El duque Sansón va a herir al almanzor. Le rompe el escudo guarnecido de oro y ornado de florones. Su espesa cota poco puede guarnecerle. Le atraviesa el corazón, el hígado y los pulmones y, ¡llórelo el que quiera!, le derriba muerto.

-¡El golpe es de valiente! -dice el arzobispo.

XCIX

Y Anseis dejó libre a su corcel, y acomete a Turgis de Tórtolos. Le rompe el escudo bajo el brazal dorado, desgarrá de parte a parte su doble loriga y le hincó en el cuerpo el hierro de su fuerte lanza. Hunde, y sale la punta por la espalda. Al gran empuje le derriba muerto a tierra. Roldán exclama:

-¡Ese golpe es de un valiente!

Y Engleros, el gascón de Burdeos, espolea su caballo, suelta las riendas y se lanza a acometer a Escremis de valtierra. Le parte el escudo, que lleva al cuello, le desjunta las alguazas, le rompe el almófar de la loriga, y le llega al pecho, bajo la garganta. A lanza plena le derriba muerto de su silla, diciéndole:

-¡Héos aquí, pues, en perdición!

CI

Y Atón golpea a un infiel, Estercuel, en el cuero del escudo, por delante, en tal guisa que le desgarró los cuarteles blancos y bermejos. Le rompe los paños de su loriga, y le hunde en su cuerpo su lanza que bien punza, arrojándole muerto de su veloz caballo. Después le dice:

-¡Buscad ahora quien os salve!

CII

Y Berenguer hiere a Tamarite. Le parte el escudo, le deshace la cota, a través del cuerpo le hiende su fuerte lanza. Entre mil sarracenos lo derriba muerto. De los doce Pares, he aquí que diez han sido muertos. Sólo dos están con vida: es Chernublo y es el conde Margaris.

CIII

Margaris es un valiente caballero, hermoso y fuerte, ágil y ligero. Espolea, y va a herir a Oliveros. Le rompe su escudo bajo la bloca de oro puro. Su lanza le roza los costados. Dios guarda a Oliveros. Su cuerpo no ha sido tocado. El asta tiene rota, pero él no ha sido derribado. Margaris sigue adelante, sin tropiezos, y hace sonar la trompa para rehacer a los suyos.

CIV

Maravillosa es la batalla, y se torna en un cuerpo a cuerpo. El conde Roldán no se escatima, y alancea mientras el asta le dura. Después de quince golpes, la ha roto y destruido. Y tira de Durandarte, su buena espada, toda desnuda. Espolea, y va a herir a Chernublo. Le parte el yelmo donde resplandecen carbunclos; le parte el turbante y con ello el cuero del cráneo, le raja la faz, entre los ojos; la cota blanca de menudas mallas, y todo el cuerpo hasta las bragas. A través de la silla, incrustada en oro, la espada alcanza al caballo. Le parte el espinazo sin buscar la juntura, y lo derriba ya muerto en el prado, sobre la hierba espesa. Después le dice:

-¡Hijo de siervo, en la ruta de la desgracia os habéis puesto! De Mahoma no tendrás ayuda. ¡Un truhán como vos no ganará la batalla!

CV

El conde Roldán cabalga por el campo; en la mano Durandarte, que bien raja y parte. De los sarracenos hizo gran carnicería. ¡Quién le hubiese visto echar el muerto sobre el muerto, y la sangre desparramar en charcos! Tiene ensangrentados la cota, sus dos brazos y su buen corcel. La sangre llega desde las crines del caballo hasta los lomos. Y tampoco reposa Oliveros, ni los doce Pares, ni los francos, que redoblan los golpes. Los infieles mueren, otros desfallecen. Y el arzobispo dice:

-Sea bendita nuestra baronía. ¡Montjoie!

Es el grito de armas de Carlos.

CVI

Y Oliveros cabalga a través de la contienda. De su asta rota, no le queda más que un trozo. Va a herir a un infiel, Malón. Le parte el escudo, cubierto de oro y de florones; le hace saltar del cráneo los dos ojos, y se esparcen los sesos hasta los pies. Y le derriba muerto entre otros que yacen sin número. Después mata a Turgis y a Estercuel. Pero el muñón de lanza se le hace astillas entre sus mismos puños. Roldán le dice:

-¿Qué hacéis, compañero? En una tal batalla no me curo de un madero. Sólo valen el hierro y el acero. ¿Dónde está vuestra espada, que llamáis Altaclara? De oro es la guarnición, el pomo de cristal.

-No puedo desenvainarla -responde Oliveros-. ¡Tantos trabajos tenía!

CVII

El conde Garín monta al caballo Sorel, y su compañero Gerer a Paso-de-Ciervo. Dejan libres las riendas, clavan los dos sus espuelas y se lanzan a herir a un infiel, Timocel, el uno sobre el escudo, el otro en la loriga. Las dos lanzas se quiebran en el cuerpo. Cae muerto, hacia atrás, en un barbecho. ¿Quién de los dos fue más ligero? Nunca lo oí decir, ni sé cuál de los dos pudo serlo más.

-Por hermano os reconozco. ¡Si el emperador nos ama, es por asestar estos golpes!

-¡Montjoie! -resuena por todas partes.

El conde Garín monta al caballo Sorel, y su compañero Gerer a Paso-de-Ciervo. Dejan libres las riendas, clavan los dos sus espuelas y se lanzan a herir a un infiel, Timocel, el uno sobre el escudo, el otro en la loriga. Las dos lanzas se quiebran en el cuerpo. Cae muerto, hacia atrás, en un barbecho. ¿Quién de los dos fue más ligero? Nunca lo oí decir, ni sé cuál de los dos pudo serlo más.

El arzobispo les ha matado a Siglorel, el encantador aquel que ya había bajado a los infiernos a donde lo llevara Júpiter, por sortilegio.

-He aquí una presa que se nos tenía reservada -dice Turpín. Y Roldán responde:

-¡Vencido está el hijo de siervo! ¡Hermano Oliveros, he aquí los golpes que me placen!

CIX

La batalla se ha vuelto más encarnizada. Francos e infieles se asestan unos golpes maravillosos. Si el uno ataca, el otro se defiende. ¡Cuántas astas rotas y ensangrentadas! ¡Cuántos gonfalones y enseñas desgarrados! ¡Cuántos buenos franceses que pierden su joven vida! Nunca volverán a ver a sus madres y esposas, ni a los de Francia, que les esperan en los puertos. Carlos el Grande llorará y se lamentará pero ¿de qué servirán sus quejas? De él no tendrán ayuda. Malamente le ha servido Ganelón, el día en que fue a Zaragoza a vender a sus fieles. Por haberlo hecho perdió la vida y los miembros, por juicio, en Aquisgrán, donde fue condenado a ser colgado; y con él treinta de sus parientes, que no esperaban semejante muerte.

CX

La batalla es maravillosa y pesada. Roldán y Oliveros bien combaten en ella. Y el arzobispo ha asestado ya más de mil golpes. Los doce Pares no se quedan atrás, ni los francos, que atacan todos juntos. Mueren por centenas y por millares los infieles. El que no huye, no halla ningún refugio. De buen o mal grado deja allí su vida. Los franceses pierden allí sus mejores sostenes. Nunca verán a sus padres y a sus parientes, ni a Carlomagno, que les aguarda en los puertos. En Francia se levanta una extraña tormenta. Una tempestad cargada de truenos y de vientos, de lluvia y de granizo, desmesuradamente. Los rayos caen tupidos y raudos.

La tierra tiembla. Desde San Miguel del Peligro hasta los Santos, desde Besançon hasta el puerto de Wisant, no hay casa donde no reviente un muro. A pleno mediodía, caen grandes tinieblas. Ninguna claridad, sólo cuando se rasga el cielo. Nadie lo ve que no quede espantado. Muchos dicen:

-¡Llegó la consumación de los tiempos! ¡He aquí que llegó el fin del mundo!

Ellos no lo saben. No dicen verdad. Es el gran dolor por la muerte de Roldán.

CXI

Los francos se han batido con todo el corazón, fuertemente. Los infieles han muerto en multitud, por millares. De los cien mil, apenas dos han logrado salvarse. El arzobispo dice:

-¡Nuestros hombres son muy valientes! ¡Ningún rey tuvo mejor ejército bajo el cielo! En los anales de los francos queda escrito que Carlos tuvo buenos vasallos.

Discurren por el campo, buscando a los suyos. Lloran de dolor y de lástima sobre sus parientes, del fondo de su corazón y en su amor. Viene contra ellos, con su gran ejército, el rey Marsil.

CXII

A lo largo de un valle se acerca el rey Marsil con las huestes que él ha juntado. Ha formado y cuenta veinte cuerpos de batalla. Resplandecen los yelmos, donde hay ricas piedras engastadas en oro. Y fulguran los escudos y las cotas bruñidas. Siete mil clarines anuncian la acometida. Es grande el estruendo por toda la comarca. Roldán dice:

-Compañero Oliveros, mi hermano Ganelón el felón ha jurado nuestra muerte. La traición no puede quedar oculta. Pero el emperador tomará fuerte venganza. Vamos a entallar una batalla áspera y dura. ¡Jamás hombre alguno habrá visto parecido encuentro! Yo combatiré con Durandarte, mi espada, y vos, compañero, con Altaclara. ¡Por cuántas tierras las hemos llevado! ¡En cuántas batallas hemos con ellas vencido! ¡De ellas no debe cantarse un mal cantar!

CXIII

Contempla Marsil el martirio de los suyos. Hace sonar los cuernos y sus bocinas, y galopa con el grueso de su gran ejército. Adelante cabalga el sarraceno Abismo; no hay otro más felón entre sus tropas. Lleno está de vicios y de grandes crímenes. No cree en Dios, el hijo de Santa María. Es tan negro como pez derretida. Más que de todo el oro de Galicia gusta del crimen y de la traición. Nunca le vio nadie reír ni jugar. Pero es muy atrevido y valiente, y por eso es querido del felón, el rey Marsil. Lleva por enseña un dragón, en torno del cual se agrupa la gente sarracena. Mal le quiere el arzobispo, y desde el punto en que lo ve, desea bairlo.

-Este moro me parece harto hereje -se dice en voz muy baja-. Lo mejor es, con mucho, que vaya a darle muerte. Jamás pude resistir cobardía ni cobarde.

CXIV

Comienza la batalla el arzobispo. Monta el caballo que tomó a Gresalle, un rey a quien dio muerte en Dinamarca. El corcel tiene buena rienda, es veloz. Tiene ágiles los cascos, corto el muslo, patas lisas, largos los flancos, ancha la grupa y muy alto el espinazo. Su cola es blanca y amarilla la crin, pequeñas las orejas y la cabeza toda leonada. No hay bruto que le iguale en la carrera. ¡Con qué bizzaría espolea a su corcel el arzobispo! Va a atacar a Abismo; nadie le hará volver grupas. Va a herirle sobre el escudo recamado de pedrería, de topacios, amatistas y carbunclos fulgurantes. En Val Metas fue donado por un diablo al emir Galafe, y el emir a Abismo. Turpín le acomete sin piedad. Después que lo ha herido yo creo que el escudo apenas vale un ochavo. Traspasa al sarraceno de uno a otro costado, y lo derrumba muerto sobre la tierra desnuda. Los franceses dicen:

-¡He aquí una hermosa proeza! ¡En manos del arzobispo el báculo no llevará deshonra!

CXV

Los franceses ven que los infieles son muchos: cubren los campos por todas partes. Son muchas las veces que gritan a Oliveros, a Roldán y a los doce Pares para que los defiendan. El arzobispo les descubre su pensamiento:

-Señores barones. No penséis en nada malo. Por Dios os ruego que huyáis, para que ningún valiente pueda cantar de vosotros un mal cantar. Mejor es que muramos en la contienda. Pronto llegaremos a nuestro fin; de ello tenemos la promesa. No viviremos más allá de ese día; más por una cosa salgo garante: las puertas del santo paraíso se os abrirán de par en par, y os sentaréis junto a los Inocentes.

A estas palabras los francos se sienten tan reconfortados que ninguno de ellos deja de gritar:

-¡Montjoie!

CXVI

Hay allí un sarraceno de Zaragoza -la mitad de la ciudad es suya-, Climorin, que nunca fue hombre prudente. Es aquel que, al recibir el juramento del conde Ganelón, por amistad le besó en la boca y le donó su yelmo y su carbunclo. El afrentará -dice- a la Tierra de sus mayores, y arrancará al emperador su corona. Monta el caballo que él llama Barbamosca, más raudo que gavián o golondrina. Le hinca las espuelas, le suelta el freno y se lanza a acometer a Engleros, de Gascuña. Ni el escudo ni la cota le podrán resguardar. El infiel le hunde en el cuerpo la punta de su lanza, empuja fieramente y le atraviesa de parte a parte. A lanza tendida, le derrumba en tierra gritando:

-¡Fácil es de aplastar esta turba! ¡Golpead, infieles, para romper el cerco!

Dicen los franceses:

-¡Dios! ¡Qué valiente perdemos!

CXVII

El conde Roldán llama a Oliveros:

-Señor compañero, ved muerto a Engleros. No teníamos caballero más valiente.

Responde el conde:

-Que Dios me conceda vengarlo-. Y clava en su corcel las espuelas de oro. Enarbola a Altaclara, el acero ya está ensangrentado, y con toda su fuerza se precipita a matar al infiel. Se ensaña la hoja en la llaga y cae el sarraceno. Los demonios se llevan su alma. Después mata al duque Alfayén, le corta la cabeza a Escabaf y desarzona a siete árabes; ninguno de ellos podrá ya tomar parte en la batalla. Roldán dice:

-¡Mi compañero monta en cólera! A mi lado bien vale su precio. Por estos mandobles Carlos ha de querer más-. Y en voz muy alta grita:

-¡Dad caballeros!

CXVIII

De otro lado surge otro infiel, Valdabron, por quien fue armado caballero el rey Marsil. Es señor de los mares con cuatrocientas galeras, y no hay hombre de mar que no esté bajo su férula. El tomó a Jerusalén por traición, y violó el templo de Salomón y mató al patriarca ante las fuentes bautismales. El es quien recibió el juramento del conde Ganelón y le donó la espada y mil monedas de oro. Monta el caballo Gramimundo; un halcón es menos raudo. Le azuza bien con sus agudas espuelas y acomete a Sansón, el duque, el rico; le parte el escudo, le rompe la cota y le hunde en el cuerpo los flecos del gonfalón. A lanza tendida, le desarzona y le derriba muerto.

-¡Dad golpes, infieles, pues venceremos sobradamente!

-¡Dios! ¡Gran dolor por tal barón! -dicen los franceses.

CXIX

El conde Roldán, al ver muerto a Sansón, bien podéis creer que es arrebatado de gran dolor. Azuza a su caballo y corre en pos del infiel, con toda su fuerza. Empuña a Durandarte, que vale más que oro puro. Allá va el valiente, y asesta al enemigo un golpe desafortado sobre el yelmo, donde hay gemas engastadas en oro. Le hiende la cabeza y la cota y el tronco, la buena silla gemada y el mismo espinazo del corcel. Y -lo alabe o lo maldiga el que quiera- mata a los dos.

-¡Golpe cruel! -dicen los infieles-. Roldán responde:

-No puedo amar a los vuestros. ¡Está con vosotros el orgullo y la sinrazón!

CXX

Había allí un africano llegado de Africa. Es Malquidán, hijo del rey Malquid. Sus armas son todas de oro batido y resplandecen al sol sobre todas las otras. Monta en un corcel llamado Saltoperdido, y no hay bruto que le pueda igualar en la carrera. El se adelanta a herir a Anseis sobre el escudo. Le parte los cuarteles de rojo y azul, les desgarran las telas de la loriga y le hunde en el cuerpo la lanza, hierro y madera. El conde es ya muerto. Su tiempo es acabado.

Dicen los franceses: -¡Barón! ¡Lástima de ti!

CXXI

Por el campo va Turpín, el arzobispo. Jamás tonsurado alguno cantó misa que su persona haya hecho tales proezas. Le dice al infiel:

-¡Que Dios te envíe todos los males! Has matado a quien mi corazón llora.

Y lanza al buen caballo hacia adelante, y hiere al infiel sobre su escudo de Toledo, con tal golpe, que lo derriba muerto sobre la hierba verde.

CXXII

Por otro lado hay un infiel, Grandonio, hijo de Capuel, rey de Capadocia. Monta un corcel llamado Marmorio, más raudo que ningún pájaro que vuele. Suelta las riendas, pica espuelas y acomete a Garín con toda su fuerza. Le rompe su rojo escudo haciéndole caer de su cuello. Después le destroza la loriga y le hunde en el cuerpo el gonfalon azul, derribándole muerto sobre una alta roca.

También mata a Gerer, su compañero, a Berenguer y a Guido de San Antonio. Por fin, se lanza sobre Austorí, un rico duque, que poseía en señoría a Valance y Envers sobre el Ródano. Ya lo derriba muerto. Los infieles se regocijan. Los francos exclaman:

-¡Qué mengua la nuestra!

CXXIII

El conde Roldán empuña su espada ensangrentada. Bien escuchó descorazonarse a los franceses, y tal es su dolor que cree que su corazón va a estallar. Y dice al infiel:

-¡Que te otorgue Dios todos los males! ¡Has matado a uno que espero vendértelo muy caro!

-Y espolea a su corcel. ¿Quién vencerá?

CXXIV

Grandonio era esforzado y valiente, potente y audaz en la lucha. En su vía da con Roldán; jamás le ha visto, empero le reconoce por su fiero rostro, por su cuerpo gentil, por su mirada, por su porte. Tiene miedo: no puede defenderse. Quiere huir, pero en vano. El conde le asesta un golpe tan maravilloso que le parte todo el yelmo, hasta el nasal, le rompe la nariz, la boca y los dientes, y todo el tronco con su cota de buenas mallas, y la cabeza y los barrenes argentados de la silla dorada de su caballo. Hiende profundamente el lomo del caballo. No hubo remedio, ha matado a los dos, y los de España gimen todos bien adoloridos. Los franceses dicen:

-¡Bien ataca nuestro fiador!

CXXV

Maravillosa es la batalla y cada vez más atropellada. Los franceses acometen con vigor y rabia. Cortan puños, costados, dorsos, hienden las vestimentas hasta la carne viva. Y la sangre corre en claros hilos sobre la verde hierba. ¡Tierra de los Mayores, Mahoma te maldiga! ¡Sobre todos los pueblos, tu pueblo es audaz! Y no hay un sarraceno que no grite:

-¡Marsil! ¡Cabalga rey nuestro! ¡Necesitamos tu ayuda!

CXXVI

La batalla es maravillosa y grande. Los franceses hieren con sus lanzas bruñidas. ¡Si hubieseis visto tanto dolor: tantos hombres muertos, heridos, ensangrentados! Yacen el uno sobre el otro, cara al cielo o rostro en tierra. Los sarracenos no pueden por más tiempo sostenerse. Quieran o no, abandonan el campo. Y los franceses, con todo su arrojo, van dándoles caza.

CXXVII

Dice a Oliveros el conde Roldán:

-Señor compañero, confesadlo, el arzobispo es muy buen caballero. No lo haya mejor bajo el cielo: tal sabe combatir con la espada y la lanza-. El conde responde:

-¡Vayamos, pues, en su ayuda!

A estas palabras los francos recomienzan. Duros son los golpes, pesada la contienda. Los cristianos sienten gran angustia. ¡Qué bello es ver a Roldán y a Oliveros cómo acometen y a la espada dar tajos! El arzobispo da golpes con su lanza. De aquellos que han matado, se puede estimar el número; está escrito, dice la gesta, en los cartularios y en los breves: mataron a más de cuatro millares. A los cuatro primeros asaltos bien aguantaron la embestida; el quinto asalto les pesó grandemente. Han muerto casi todos los caballeros franceses, fuera de sesenta, que Dios ha escatimado. Antes que mueran se venderán muy caros.

CXXVIII

El conde Roldán ve la gran matanza de los suyos, y llama a Oliveros, su compañero:

-Gentil señor, amado compañero, ¡por Dios! ¿qué os parece? ¡Ved cuántos valientes yacen en tierra! ¡Buena razón tenemos para apiadarnos de la dulce Francia, la bella! ¡Qué desierta va a quedar, falta de tales barones! ¡Rey, amigo! ¿Por qué no estáis aquí? hermano Oliveros, ¿qué podremos hacer? ¿Cómo enviarle estas nuevas?

Oliveros dice:

-¿Cómo? No lo sé. ¡Podría ponerse en duda nuestro honor, y prefiero morir!

CXXIX

-Yo haré sonar el olifante -dice Roldán-. Carlos lo escuchará, que va pasando los puertos. Yo os lo juro. Regresarán los francos.

-¡Esto -respondió Oliveros- ha de ser para todos vuestros parientes una gran vergüenza, y el oprobio y el deshonor les pesaría toda la vida! Cuando yo os pedí hacerlo, vos no lo hicisteis. Hacedlo ahora, pero ya no será por mi consejo. ¡Tocar el olifante no sería digno de un valiente! ¡Más cómo tenéis ensangrentados vuestros dos brazos!

-¡He dado hermosos golpes! -dice el conde.

CXXX

-Nuestra batalla es dura -dice Roldán-. Tañeré mi cuerno, el rey Carlos ha de oírlo.

-Dice Oliveros:

-Hacer tal no cumple a un valiente. Cuando os dije de hacerlo, compañero, vos no os habéis dignado. Si el rey hubiese estado con nosotros, nada hubiéramos sufrido. Los que aquí yacen ningún reproche han merecido. ¡Por esta mi barba, que si yo vuelvo junto a la gentil Alda, mi hermana, nunca habéis de yacer entre sus brazos!

CXXXI

Dice Roldán:

-¿Por qué esta cólera contra mí?

-Compañero -responde Oliveros-, vuestra es la falta porque valor sensato y locura son dos cosas, y es mejor mesura que jactancia. Si murieron nuestros franceses, fue por vuestra ligereza. Jamás podremos servir a Carlos. Si me hubieseis creído, mi señor hubiera vuelto, y hubiéramos ganado esta batalla. Y el rey Marsil sería ya muerto o prisionero. Vuestra proeza, Roldán, en mala hora vimos. Carlos, el grande, de quien nunca habrá semejante hasta el día del juicio final, jamás tendrá ya nuestra ayuda. Vais a morir y Francia se verá deshonrada. Hoy fina nuestra leal amistad. Antes de la noche nos separaremos, y esto será duro.

CXXXII

Ha escuchado el arzobispo que se querellaban y, espoleando el caballo, con sus espuelas de oro puro, acude a ellos y les reprende a los dos:

-Señor Roldán, y vos, señor Oliveros: ¡Os ruego en nombre de Dios que no disputéis! Tañer el cuerno no podrá ya salvarnos, y, sin embargo, tañerlo será siempre lo mejor. Venga el rey, y podrá vengarnos. No deben los de España volver alegres. Nuestros francos, al poner pie en tierra, nos encontrarán muertos y hechos cuartos; nos conducirán en ataúdes, sobre bestias de carga, y nos llorarán, llenos de dolor y de piedad. Seremos sepultados en los atrios de las iglesias; no seremos pasto de lobos, de puercos ni de perros.

-¡Bien decís, señor! -responde Roldán.

CXXXIII

Roldán se lleva a sus labios el olifante. Lo emboca bien y lo hace sonar con todas sus fuerzas. Altas son las montañas y prolongada la voz del olifante. A treinta grandes leguas se le oye cómo se dilata. Carlos lo oye; y lo oyen todos sus cuerpos de tropa. El rey dice:

-¡Los nuestros libran batalla!

Al punto le responde Ganelón:

-Si otro lo hubiera dicho, ciertamente veríamos en ello una gran mentira.

CXXXIV

El conde Roldán, con pena y congoja, con gran dolor, tañe su olifante. Brota clara sangre por su boca. Tiene rota una sien. El sonido del cuerpo se derrama a lo lejos. Carlos lo escucha al pasar los puertos. El duque Naimón lo escucha, lo escuchan los francos. Y el rey dice:

-¡Es el olifante de Roldán! No lo tañería si en batalla no estuviese empleado.

-¡Nada de batallas -responde Ganelón-. Vos sois anciano, vuestra cabeza es ya blanca y florida, pero vuestras palabras son de niño. Conocéis bien el gran orgullo de Roldán. Maravilla que Dios pueda sufrirla tanto. ¿No fue a tomar Napal sin vuestras órdenes? Los sarracenos hicieron una salida y combatieron al buen vasallo Roldán, que después hizo inundar la pradera ensangrentada para borrar las huellas del combate. Por una sola liebre, hace tafier el olifante todo el día. Ahora debe ser algún juego que hace delante de sus Pares. ¿Quién, bajo el cielo, habrá de atreverse a presentarle batalla? Cabalga, pues. ¿Por qué habéis de deteneros? La Tierra de nuestros mayores es tan aún lejana de nosotros.

CXXXV

El conde Roldán tiene la boca ensangrentada. Tiene rota su sien. Tafie dolorido el olifante, con angustia. Carlos le escucha, y le escuchan los franceses. Dice el rey:

-¡Ese cuerno tiene largo aliento!

-Algún valiente está sufriendo grandes trabajos -responde el duque Naimón-. Seguro estoy de que él está librando batalla. El mismo que lo ha traicionado es el que ahora pide que falléis en vuestra empresa. ¡Armaos; dad al viento vuestro grito de guerra, y socorred a vuestra hermosa mesnada! Bien lo escucháis: es Roldán que desespera.

CXXXVI

El emperador hizo sonar los cuernos. Echan pie a tierra los franceses, y se arman de sus lorigas y yelmos, y de espadas guarnecidas de oro. Llevan escudos bien labrados, grandes y fuertes lanzas, gonfalones blancos, rojos y azules. Todos los barones de sus huestes montan en corceles, que espolean mientras siguen los desfiladeros. No hay uno que no diga al otro:

-¡Si volvemos a ver a Roldán aún vivo, con él daremos grandes golpes!

¿De qué sirven las palabras? Han tardado demasiado.

CXXXVII

Avanza el día. Brilla el atardecer. Las armaduras resplandecen contra el sol; cotas y yelmos flamean, y los escudos pintados de flores, y las lanzas y los gonfalones dorados. Cabalga lleno de cólera el emperador, y los franceses afligidos y enojados. No hay uno que no lllore con dolor, y por Roldán están transidos de angustia. El rey hizo prender al conde Ganelón, y lo entrega a los cocineros de su casa. Llama a Besgón, su cocinero mayor y le dice:

-Besgón, guárdame bien a este bellaco. Ha entregado por traición a mis mesnadas.

Besgón lo recibe bajo su custodia, y lo pone en las manos de cien pinches, unos mejores y otros peores. Le arrancan los pelos de la barba y de los mostachos. Cada uno le asesta cuatro pufietazos. Y luego le apalean con leños y bastones; le echan al cuello una cadena, como a un oso, y lo cruzan afrentosamente sobre una acémila. Así lo guardan hasta el día de devolverlo a Carlos.

CXXXVIII

Altos son los montes y tenebrosos y grandes los valles profundos, las aguas violentas. Atrás y adelante suenan los clarines, y todos a un tiempo responden al tafido del olifante. El emperador cabalga irritado, y los franceses llenos de pesadumbre y enojo. Nadie hay que no lllore y se lamente. Y ruega a Dios preserve a Roldán hasta que lleguen al campo de batalla todos juntos. Entonces, todos con él acometerán. ¿Para qué las oraciones? No les servirán de nada. Han tardado. No pueden llegar a tiempo.

CXXXIX

Cabalga el rey Carlos lleno de coraje. Sobre su cota se expande su barba blanca. Todos los barones de Francia espolean fuertemente a sus corceles; no hay uno que no se lamente de no poder estar ya junto a Roldán, el capitán, cuando combate a los sarracenos de España. En tal infortunio se encuentra, que no creo que pueda sobrevivir. ¡Qué barones, Dios, los sesenta que aún quedan en su compañía! Jamás rey ni capitán pudo tenerlos mejores.

CXL

Roldán escudriña los montes y las landas. Ve derribados y muertos a muchos de los de Francia y los llora, como gentil caballero.

-¡Señores barones, que Dios os perdone! Que conceda a todas vuestras almas el Paraíso. Que les guarde entre las santas flores. Nunca vi vasallos mejores que vosotros. ¡Habéis por tanto tiempo, y sin reposo, estado a mi servicio conquistando para Carlos tan dilatados países! El emperador os sustentó en media hora. ¡Tierra de Francia, sois un dulce país, pero hoy el puer azote os ha desolado! ¡Barones franceses, no he visto morir por mí, sin poder defenderos ni salvaros! ¡Dios, que jamás ha mentido, venga en vuestra ayuda!, Oliveros, hermano, yo no os debo fallar. Moriré de dolor si alguien no me mata. ¡Señor compañero, volvámos a acometer!

CXLI

El conde Roldán ha tornado a la batalla. Esgrime a Durandarte y da tajos con brío. Despedaza a Faldón de Puy, y a otros veinticuatro de los más principales. Jamás hombre alguno anheló tanto vengarse. Como el ciervo huye ante los perros, así ante Roldán huyen los infieles. El arzobispo dice:

-¡Muy bien lo hacéis! Así debe portarse un buen caballero, bien armado, que monta un buen caballo. De otra manera, no vale cuatro ochavos. ¡Que se haga monje en un cenobio para rogar allí cada día por nuestros pecados!

-¡Matad, no perdonéis a nadie! -responde Roldán-. Y a estas voces se rehacen los francos. Pero sufren allí gran quebranto los cristianos.

CXLII

Hombre que sabe que no habrá cuartel, se defiende fuertemente en tal batalla. Por eso los francos se hacen arrojados, como leones. Y he aquí que viene contra ellos Marsil, como verdadero bardo. Monta en

un caballo que él llama Gañún. Le espolea y acomete a Bevón; era éste señor de Dijon y de Beaune. Le rompe el escudo, le rasga la cota, y, sin causarle otro mal, le derriba muerto. Después mata a Ives y a Marfil, y con ellos a Gerardo de Rosellón. El conde Roldán no está muy lejos. Le dice al infiel:

-¡Dios te maldiga! ¡A la mala has matado a mis compañeros! Lo pagarás, antes que nos separemos, y sabrás el nombre de mi espada.

Como verdadero barón le acomete y le parte el puño derecho. Luego corta la cabeza de Jurfaret el Rubio; era hijo del rey Marsil. Y los infieles gritan.

-¡Ayúdanos, Mahoma! ¡Vosotros, dioses nuestros, vengadnos de Carlos! En esta tierra nos ha puesto tales felones, que primero morirán que dejarnos libre el campo. Entonces huyamos -se dicen uno a otro-. Y cien mil se van. Vuelva a llamarlos quien fuere, ellos ya no retornarán.

CXLIII

¿De qué sirve su desbandada? Si huyó Marsil, ha quedado su tío Marganice, que tiene a Cartago y Etiopía, una tierra maldita. Bajo su señorío la casta de los negros; sus narices son grandes, largas sus orejas. Se juntan de ellos más de cincuenta mil. Lanzan sus caballos con intrepidez y furor, y gritan el grito de armas de los infieles.

-Recibiremos el martirio -dice entonces Roldán-. Sé bien que no nos queda mucho tiempo de vida. ¡Pero mal haya aquel que no se venda caro! ¡Acometed, señores, contra espadas bellacas! Y disputad vuestros muertos y vuestras vidas para que la dulce Francia no sea infamada por nosotros. Cuando venga a este campo Carlos, mi señor, y vea qué escarmiento hicimos en los sarracenos y que por uno de los nuestros hallará quince de ellos muertos, no dejará, ciertamente, de bendecirnos.

CXLIV

Cuando Roldán contempla la maldita gente, que es más negra que la pez, y nada tiene blanco sino los dientes, dice:

-Ahora en verdad lo sé. Es hoy el día en que tendremos que morir. ¡A ellos, mis francos, porque yo vuelvo a empezar!

-¡Maldito el que se contenga! -dice Oliveros. Y a estas palabras los francos se lanzan contra las huestes sarracenas.

CXLV

Cuando ven los infieles que los franceses son pocos, se enorgullecen entre ellos y se reconfortan; se dicen el uno al otro:

-¡La situación está con el emperador!

Marganice monta un caballo bayo. Azuza fuertemente a su corcel con sus espuelas doradas y hierre

a Oliveros por detrás en plenas espaldas. La lanza le atraviesa el pecho y asoma por delante. Luego dice:

-¡Rudo golpe habéis recibido! Carlos, el rey Magno, os dejó en los puertos para vuestra desdicha. Si algún mal nos ha hecho, de ello no debe alabarse. Sólo en vos he vengado con creces a todos los nuestros.

CXLVI

Siente Oliveros que está herido de muerte. Blande a Altaclara, la del bruñido acero, y hiere a Marganice sobre el agudo yelmo todo dorado, hace saltar por tierra sus florones y pedrerías, y le parte la cabeza hasta los dientes. Remueve la herida con la hoja de su espada y lo derriba muerto. Le dice después:

-¡Maldito infiel! No digo que Carlos nada haya hoy perdido, pero al menos tú no podrás ir al reino de donde eras a envanecerte ante ninguna mujer, ni ante ninguna dama, de haberme arrebatado un adarme, ni de habernos dañado a mí ni a ningún otro en el mundo.

Después llama a Roldán para que le ayude.

CXLVII

Oliveros siente que está herido de muerte. Jamás podrá vengarse a su placer. En lo más tupido de las huestes pelea como verdadero barón. Hace pedazos astas y broqueles, muñecas y pies, sillas y lomos. Quién le hubiese visto descuartizar infieles, arrojar muerto sobre muerto, recordaría a un buen caballero. Nunca echa en el olvido el grito de guerra de Carlos, y exclama con alta y clara voz:

-¡Montjoie!-. Llama a Roldán, su Par y amigo: -Señor compañero, ¡venid a mí prestamente! ¡Con gran dolor en este día hemos de separarnos!

CXLVIII

Roldán contempla el rostro de Oliveros. Lo ve empañado, lívido, descolorido, pálido. Corre su clara sangre a lo largo de su cuerpo; sobre tierra caen los cuajarones.

-¡Dios! -dice el conde-. Ya no sé qué hacer. ¡Señor compañero, gran lástima de vuestra proeza! Jamás nadie valdrá lo que vos. ¡Ah! ¡Dulce Francia, qué despoblada quedarás sin tus mejores vasallos, humillada y decaída! ¡Gran daño para el emperador!

Después de estas palabras, desfallece sobre el caballo.

CXLIX

He aquí a Roldán desvanecido sobre su caballo, y a Oliveros herido de muerte. Ha sangrado tanto que sus ojos se enturbiaron. Ya no ve con claridad para reconocer, de lejos o de cerca, hombre viviente. Cuando topa con su compañero, le hiere sobre su yelmo cubierto de oro y gemas, y se lo hiende hasta la nariguera, aunque no le llega a la cabeza. A este golpe Roldán le ha mirado, y le pide, dulcemente, por amor:

-Mi señor compañero, ¿hacéis esto adrede? Soy yo, Roldán, aquel que tanto os ama. Nunca me habéis retado.

-Ahora escucho bien vuestra voz -dice Oliveros-. Pero no os veo. ¡Pluguiera a Dios que os viese! Os he herido. Perdonadme.

-Ningún daño he recibido -responde Roldán-. Os perdono aquí y ante Dios.

A estas palabras se hacen reverencia el uno al otro. Y de este modo, con gran amor, se separaron.

Oliveros siente que la muerte le acongoja. En la cabeza se le vuelven los ojos, pierde el oído y acaba por cegar. Echa pie a tierra, y en ella se tiende. En voz alta dice sus culpas, junta las manos, erguidas hacia el cielo, y ruega a Dios que le otorgue el Paraíso y que bendiga a Carlos, a la dulce Francia, y, sobre todos sus hombres, a Roldán su compañero. Le flaquea el corazón, rueda su yelmo; todo su cuerpo se allana contra la tierra. El conde ha muerto. No fue larga su morada. El valeroso Roldán le llora y plañe. Jamás oiréis sobre la tierra un hombre más dolorido.

CLII

Roldán ve que su amigo ha muerto, que yace con la faz contra la tierra, y, muy dulcemente, sobre él le dice el adiós:

-Señor compañero, ¡lástima de vuestro arrojo! Juntos fuimos días y años, y jamás me hiciste mal, jamás os lo hice. Cuando aquí te veo muerto, me es dolor vivir.

A estas palabras, el marqués desfallece sobre su caballo, que él llama Vigilante. Sus estribos de oro fino le mantienen erguido en la silla. No podrá caerse doquier se incline.

CLIII

Antes que Roldán se recobrara, reanimara y repusiera de su desfallecimiento, un gran daño le sobrevino: muertos son ya los franceses. Todos los ha perdido, menos al arzobispo y a Gualterio de Ulmo. Gualterio ha bajado de los montes, y contra los de España ha combatido fuertemente. Quiera o no, huye hacia los valles, invoca a Roldán para que le ayude.

-¡Ah, conde gentil, hombre esforzado! ¿Dónde estás? ¡Nunca tuve miedo cuando tú estabas allí! Soy yo, Gualterio, el que conquistó a Monteagudo; yo, el sobrino de Droón, el viejo y canoso. Por mi proeza, tu me preferías entre tus caballeros. Rota está mi lanza y atravesado mi escudo, y mi cota desgarrada, hecha jirones. Voy a morir, pero me he vendido caro.

Estas últimas palabras Roldán las ha escuchado. Aguija su caballo, y viene hacia Gualterio con gran prisa.

CLIII

Roldán está lleno de dolor y de cólera. En lo más recio del acoso, comienza a pelear. Veinte derribó muertos de la gente de España; seis Gualterio; cinco el arzobispo. Los infieles dicen:

-¡Ah, los felones! ¡Guardad, caballeros, de no dejarlos vivos! ¡Traidor es el que no acuda a atacarlos, y cobarde el que los deje huir!

Y rompen en clamores y alaridos. De todas partes vuelven al asalto.

CLIV

El conde Roldán es un noble guerrero. Gualterio de Ulmo es un muy buen caballero. El arzobispo es un prohombre cabal. Ninguno de los tres quiere fallarle a los demás. En lo más duro del combate se arrojan sobre los infieles. Ponen pie a tierra mil sarracenos; a caballo son cuarenta mil. ¡Vedlos cómo no se atreven a acercarse! De lejos les arrojan lanzas y venablos, picas y flechas, dardos y jabalinas. A los primeros golpes han matado a Gualterio. A Turpín de Reims, le atraviesan el escudo, le rajan el yelmo y le hieren la cabeza. Rompen y destrozan su cota, traspasan su cuerpo con cuatro lanzadas. Matan bajo él, a su caballo. ¡Gran duelo cuando cae el arzobispo!

CLV

Cuando Turpín de Reims, el valiente, se ve derribado del caballo y traspasado el cuerpo por cuatro lanzadas, raudamente se pone en pie. Busca con la mirada a Roldán, corre hacia él y sólo le dice una palabra:

-¡No estoy vencido! ¡Un valiente, mientras vive, no se rinde! Desenvaina a Almaza, su espada de bruñido acero, y en lo más recio de la pelea asesta mil golpes y más. No tardará Carlos en decir que no escatimó a persona alguna, porque hallará en torno al arzobispo a cuatrocientos sarracenos, heridos unos, otros atravesados de parte a parte, y otros con la cabeza tronchada.

Así lo cuenta la gesta. Así lo cuenta aquel que presenció la contienda, el barón Gil, a quien Dios hace milagros, y que antaño hizo la Carta en el monasterio de Laon. El que esto no sepa no lo puede entender.

CLVI

El conde Roldán se bate noblemente, pero su cuerpo está empapado de sudor quemante, y siente en la cabeza un gran dolor. Rotas están sus sienes de haber tañido el cuerno. Pero quiere saber si Carlos vendrá. Toma el olifante, y lo suena, pero débilmente. El emperador se detiene, escucha.

-¡Señores -dice-, la desgracia sobre nuestras cabezas! Roldán, mi sobrino, se nos va en este día. Por el tañido de su cuerno conozco que no vivirá mucho más. ¡Quien quiera juntarse que apresure su caballo! ¡Haced sonar vuestros clarines, todos los que haya en este ejército!

Sesenta mil clarines suenan, tan alto, que retumban los montes y responden los valles. Los infieles los escuchan y se guardarán de reír. Unos a otros se dicen:

-¡Muy pronto Carlos estará sobre nosotros!

CLVII

-¡Vuelve el emperador! -se dicen los infieles-. De los de Francia escuchad los clarines. Si Carlos vuelve, gran pérdida se nos llega. Si Roldán sobrevive, recomienza nuestra guerra; España, nuestra tierra, es perdida.

Cuatrocientos se rejunten -con sus yelmos- de los que se estiman los mejores en batalla. Y emprenden contra Roldán un áspero y duro asalto. El conde tiene, por su parte, hartos trabajos.

CLVIII

El conde Roldán, cuando los ve venir, se hace más fuerte, más fiero, más ardoroso. El no cederá mientras viva. Monta en el caballo, que llaman Vigilante; le azuza con sus espuelas de oro fino, y se lanza en lo más recio de la lucha; va a arremeter contra todos. A su lado el arzobispo Turpín. Los infieles se dicen uno al otro:

-¡Amigo, retirémonos! De los de Francia hemos escuchado los olifantes. Vuelve Carlos, el poderoso rey.

CLIX

El conde Roldán nunca ha amado al cobarde, ni al orgulloso, ni al ruin, ni al caballero que no fuese buen guerrero. Así dice al arzobispo Turpín:

-Señor, estáis a pie, mientras yo estoy a caballo. Por amor vuestro me mantendré firme en este lugar, y juntos aguardaremos aquí lo bueno y lo malo. No os dejaría por horrible alguno hecho de carne. Devolveremos este asalto al infiel. Los golpes más certeros son los de Durandarte.

El arzobispo dice:

-¡Maldición para quien bien no luche! Carlos vuelve: él nos vengará.

CLX

Los infieles dicen:

-¡En mala hora nacimos! ¡Un día doloroso ha amanecido para todos nosotros! Perdimos a nuestros señores y a nuestros Pares. Vuelve Carlos, el esforzado, con su gran ejército. De los de Francia oímos los clarines sonar claro. Es grande el estruendo de su grito ¡Montjoie! El conde Roldán es de tan fiero arrojo, que ningún hombre hecho de carne le vencerá jamás. Lancemos contra él nuestras flechas y dejémosle el campo.

Contra él arrojan dardos y jabalinas sin número. Y lanzas y venablos de puntas emplumadas. Le parten, le agujerean el escudo, le rompen y destrozan la cota, pero a su cuerpo no le han llegado. Sin embargo, le han herido a Vigilante, de treinta heridas, y, bajo el conde, lo derriban muerto. Los infieles huyen; renuncian. El conde Roldán allí se ha quedado, pie a tierra sin caballo.

CLXI

Huyen los infieles con furia, iracundos; hacia España se apresuran, con gran afán. El conde Roldán no logra darles alcance. Ha perdido a Vigilante, su corcel. De grado o por fuerza allí ha quedado desmontado. Se acerca al arzobispo Turpín para prestarle ayuda. Le desata de la cabeza su yelmo exornado de oro, y le desembaraza de su blanca loriga ligera. Le toma el brial y lo corta todo; cubre sus anchas llagas con los paños. Le toma después en sus brazos y le estrecha contra su pecho. Sobre la verde hierba le recuesta suavemente. Y, con mucha dulzura, le ruega:

-¡Ah, gentil señor, dadme licencia! Ved muertos a tantos de nuestros compañeros que nos fueron tan caros. No debemos abandonarlos. Quiero ir a buscarlos y a reconocerlos, a juntarlos y ponerlos en fila ante vos.

-¡Id y volved! -contesta el arzobispo-. El campo queda por vos y por mí. ¡A Dios gracias!

CLXII

Roldán parte. Va a través del campo, solo. Busca por los valles, busca por los montes. Allí encuentra a Ivolin y después encuentra al gascón Engleros. Allí encuentra a Garín y Gerer su compañero, y después encuentra a Berenguer y Atón. Allí encuentra a Sansón y Anseis, y después encuentra a Gerardo el Viejo, de Rosellón. Uno por uno se los lleva, él, valiente, y regresa con ellos, hacia el arzobispo. Ante sus rodillas los ha puesto en fila. El arzobispo llora; no puede contenerse. Levanta su mano y les da su bendición. Después dice:

-¡Lástima de vosotros, señores! ¡Que Dios, el glorioso, reciba todas vuestras almas! ¡En el Paraíso las ponga con las santas flores! A mi vez, cuánto me angustia la muerte. Yo no podré volver a ver al emperador, el potente.

CLXIII

Vase Roldán de nuevo a buscar por el campo. Encuentra a Oliveros, su compañero. Le aprieta contra su pecho, le abraza estrechamente. Como puede, retorna al arzobispo, y recuesta a Oliveros junto a los otros, sobre un escudo. El arzobispo les absuelve y les persigna por la señal de la cruz, y entonces se redobla el dolor y la piedad.

-¡Oliveros, hermoso compañero! -dice Roldán-. Vos que fuisteis hijo del duque Raniero, que dominaba en la marca del Val de Runer. ¡Para romper una lanza y romper escudos, para vencer y abatir a los orgullosos, para sostener y aconsejar a los probos, en ninguna tierra hubo mejor caballero!

CLXIV

El conde Roldán, cuando ve muertos a sus Pares y a Oliveros, que él amaba tanto, se entenece y rompe a llorar. Su rostro ha perdido la color. Tan grande es su duelo que no puede permanecer en pie. Quiera o no, cae en tierra desfallecido.

-Barón, ¡lástima de vos! -exclama el arzobispo.

CLXV

Cuando ve el arzobispo desfallecer a Roldán, sufre una pena, la más grande pena que ha sufrido nunca. Ha extendido la mano; ha tomado el olifante. Hay en Roncesvalles un agua que corre, y quiere ir allí, para darle de ella a Roldán. A pasos lentos se aleja, tambaleándose, pero está tan débil que no puede avanzar. Fuerzas no le quedan, tanta sangre ha perdido. En menos tiempo del que puede cruzarse una fanega de tierra, el corazón le falla, cae de bruces. La muerte le estrecha duramente.

CLXVI

Vuelve en sí de su desmayo el conde Roldán, y se endereza sobre sus pies, pero padece un gran sufrimiento. Mira hacia lo alto y mira hacia lo bajo. Sobre la hierba verde, junto a sus compañeros, ve tendido al noble barón, el arzobispo, de quien Dios hizo su enviado entre los hombres. El arzobispo dice sus culpas, y dirige sus ojos al cielo. Junta sus dos manos y las eleva rogando a Dios que le conceda el Paraíso. Muerto es el guerrero de Carlos. Por sus grandes batallas y por sus bellos sermones fue contra los infieles, toda su vida, su campeón. ¡Que Dios le otorgue su santa bendición!

CLXVII

El conde Roldán ve al arzobispo yacer en tierra. Le vio fuera del cuerpo las entrañas, y gotear el cerebro de su frente. Sobre el pecho, bien en su mitad, le ha cruzado las manos blancas y tan bellas. Sobre él comienza Roldán su plañido, según la ley de su tierra.

-¡Ah, gentil señor, caballero de buena solera, yo te encomiendo en esta hora al Glorioso del cielo! Nadie cumplirá nunca tan de buen grado su servicio. Jamás, después de los apóstoles, hubo tal profeta para sostener la ley y atraer a ella a los hombres. ¡Pueda vuestra alma no padecer privación alguna! ¡Que la puerta del Paraíso le sea abierta!

CLXVIII

Roldán siente que está próxima su muerte. Se le derrama por las orejas su cerebro. Ruega a Dios por sus Pares, para que Él los acoja. Después, por sí mismo, ruega al ángel Gabriel. Toma el olifante, para que nadie le haga un reproche, y con la otra mano empuña a Durandarte, su espada. Avanza algo más lejos que un tiro de ballesta, hacia España, por un barbecho. Sube a un altozano. Allí, bajo un hermoso árbol, hay cuatro gradas de mármol. Sobre la hierba verde se desploma boca arriba. Allí desfallece, porque la muerte se acerca.

CLXIX

Altos son los montes, altos los árboles. Hay allí cuatro gradas de mármol que brillan. Sobre la hierba verde, el conde Roldán ya desfallece. Le espía un moro que se finge muerto y yace entre los otros, mancillado su cuerpo y su rostro de sangre. Se pone en pie, y se acerca. Era bello y fuerte, y de gran valentía. En su orgullo comete la locura por la cual ha de morir. Se apodera de Roldán, de su cuerpo y de sus armas, y dice esta palabra:

-¡Está vencido el sobrino de Carlos! ¡He de llevarme a la Arabia esta espada!

Pero al arrastrarlo, el conde Roldán recobra levemente los sentidos.

CLXX

Siente Roldán que le toman su espada. Abre los ojos y dice estas palabras:

-¡Que yo sepa, tú no eres de los nuestros!

Y mantiene asido el olifante que no quiso perder, y con él hiere al moro sobre el yelmo gemado, guarencido de oro. Le rompe el acero, y el cráneo y los huesos; le hace saltar de la cara los dos ojos, y ante sus pies lo derriba muerto. Después le dice:

-Infel, hijo de siervo, ¿cómo fuiste tan osado para apoderarte de mí, a tuerto o a derecho? ¡Todo el que lo sepa ha de tenerte por un loco! He aquí hendido el pabellón de mi olifante; y caído el oro y el cristal.

CLXXI

Siente Roldán que su vista se enturbia. Se yergue y se esfuerza tanto como puede. Su rostro ha perdido la color. Hay ante él una piedra bruna; diez veces la hiere, lleno de rencor y de dolor. Restalla el acero, pero no se rompe ni se mella.

-¡Ah! -dice el conde-. ¡Ven en mi ayuda, Santa María! ¡Ah, Durandarte, la buena Durandarte, qué pena siento por vos! ¡Cuando yo muera, no podréis ya estar bajo mi guarda! ¡Cuántas batallas he ganado en el campo raso por vos! ¡Anchas tierras he domeñado para Carlos, el de la barba encanecida! ¡No vendréis a manos de hombre que pueda huir delante de otro! Un buen vasallo os poseyó largo tiempo: nunca habrá otra parecida en Francia, la santa.

CLXXII

Roldán golpea las piedras de sardónice. Restalla el acero, pero no se mella ni se rompe. Cuando él ve que no puede romperla, dentro de sí la compecede:

-¡Ah, Durandarte, qué bella eres; qué clara y bruñida! ¡Cómo brillas y fulguras al sol! Estaba Carlos en los valles de Moriana, cuando desde el cielo Dios le ordenó por un ángel que te donase a uno de sus condes capitanes. Entonces el rey gentil, el Magno, me cedió la espada. Por ella le conquisté Anjou y la Bretaña. Por ella le he conquistado Maine y Poitou. Yo le conquisté Normandía, la franca. Yo le conquisté Provenza y Aquitania, Lombardía y toda la Romania. Le conquisté la Baviera y todo Flandes, Borgoña y Polonia enteras. Constantinopla, donde él ya había recibido el homenaje, y Sajonia, donde él hace lo que quiere. Por ella conquisté Escocia y la Inglaterra, su cámara, como él la llamaba. Por ella he conquistado tantas y tantas comarcas como posee Carlos, el de la barba blanca. ¡Por esta espada sufro gran cuita y dolor! ¡Antes morir que dejarla a los infieles! ¡Dios, nuestro Padre, no consintáis que Francia padezca tal afrenta!

CLXXIII

Golpea Roldán contra un negro peñasco, y lo hiende hasta el punto que yo no sé deciros. La espada ni se mella ni se rompe, sino que rebota hacia el cielo. Cuando ve el conde que no la podrá romper, muy dulcemente la compecede dentro de sí.

¡Ah, Durandarte, qué bella y santa eres! Tu pomo de oro está lleno de reliquias. Hay un diente de San Pedro, sangre de San Basilio, cabellos de mi señor San Dionisio y un trozo de túnica de Santa María. No es justo que te posean los infieles: sólo a cristianos debes servir. ¡Ojalá nunca vengas a manos de un cobarde! ¡Por tí, cuántas extensas tierras habré conquistado, que hoy posee Carlos el de la barba florida! El emperador es rico y poderoso.

CLXXIV

Siente Roldán que la muerte lo va tomando todo. De su cabeza le va bajando hasta su corazón. Corre a ponerse bajo un pino; se tiende sobre la verde hierba, su rostro contra la tierra. Bajo él pone su espada y su olifante. Ha vuelto su rostro hacia el lado de la gente infiel: así lo ha hecho porque quiere que Carlos diga, y todos los suyos, que ha muerto vencedor, él, el conde gentil. Con débiles y repetidos golpes de pecho, carga sus culpas. Por sus pecados, tiende hacia Dios el guante.

CLXXV

Siente Roldán que su tiempo es acabado. Está tendido sobre una escarpada colina, vuelto su rostro hacia España. Con una de sus manos se golpea el pecho:

-¡Dios! -dice-. Por tu gracia, *mea culpa*, por mis pecados grandes y pequeños que cometí desde la hora en que nací hasta este día en que me ves aquí abatido.

Y tiende hacia Dios su guante derecho. Los ángeles del cielo descienden hasta él.

CLXXVI

El conde Roldán se acostó bajo un pino. Hacia España tiene vuelto su rostro. De muchas cosas le vienen los recuerdos: de las tierras que ha conquistado él, el valeroso; de la dulce Francia: de los hombres de su linaje; de Carlomagno, su señor, que le ha sustentado. Por todo llora y suspira, sin poder impedirlo. Y, no dejándose en el olvido, reconoce sus culpas y pide a Dios perdón.

-¡Padre verdadero, que jamás has mentido: Tú, que recobraste a Lázaro de entre los muertos; Tú, que salvaste a Daniel de los leones, salva mi alma de todos los peligros, por los pecados que cometí durante mi vida!

Ha ofrecido a Dios su guante derecho. San Gabriel lo ha tomado de su mano. Sobre su brazo ha inclinado, y avanza, juntas las manos, hacia su fin. Dios le envía su ángel Querubín y a San Miguel del Peligro. Con ellos se acerca San Gabriel. Entre todos conducen el alma del conde al Paraíso.

CLXXVII

Roldán ha muerto. Dios tiene su alma en los cielos. El emperador llega a Roncesvalles. No hay allí ruta ni sendero, ni una vara, ni un pie de terreno libre, donde no yazga un francés o un infiel. Carlos exclama:

-¿Dónde estáis, sobrino hermoso? ¿Dónde el arzobispo? ¿Dónde el conde Oliveros? ¿Dónde está

Garín, y Gerer, su compañero? ¿Dónde Atón y el conde Berenguer? ¿Dónde Marfil e Ivolin a quien yo tanto quería? ¿Qué ha sido del gascón Engleros? ¿Y el duque Sansón? ¿Y el esforzado Anseis? ¿Dónde es... Gerardo de Rosellón, el Viejo? ¿Dónde están los doce Pares que aquí había yo dejado?

¿De qué sirve que los llame, si ni uno de ellos puede responder?

-¡Dios! -dice el rey-. ¡Buenas razones tengo para estar desolado! ¿Por qué no estuve aquí al empezar la batalla?

Y se tira de las barbas, como hombre lleno de ira. Lloran sus caballeros barones. Contra la tierra veinte mil desfallecen. Por ellos el duque Naimón siente gran piedad.

CLXXVIII

No hay barón ni caballero que de piedad no lllore dolorosamente. Lloran a sus hijos, a sus hermanos, a sus sobrinos y amigos y a sus señores feudales. Contra la tierra muchos ya desfallecieron. El duque Naimón fue el primero que, como hombre sabio, dijo al emperador:

-Mirad hacia adelante, a dos leguas de nosotros. Veréis por los anchos caminos levantarse gran polvareda; tan ingente es la hueste sarracena. Así, pues, cabalgad. ¡Vengad tanto dolor!

-¡Ah, Dios! -dice Carlos-. ¡Están ya tan lejos! Aconsejadme según el derecho y el honor. ¡Es la flor de la dulce Francia lo que me han arrebatado!

Y llama a Atón y a Gebuino, a Tibaldo de Reims y al conde Milón:

-Guardad el campo de batalla, por montes y valles. Dejad a los muertos como están. ¡Que ni bestia ni león los toque! ¡Que no los toque escudero ni criado! ¡Que nadie los toque, yo os lo mando, hasta que Dios nos conceda volver a este campo!

Y ellos responden dulcemente, en su amor:

-¡Justo emperador, señor amado, así lo haremos!

Y allí quedan con ellos mil de sus soldados.

CLXXIX

El emperador hace sonar los clarines. Después cabalga él, el valeroso, con su gran ejército. Han obligado a los de España a volver las espaldas, y siguen el rastro con un mismo corazón todos juntos. Cuando el emperador ha visto declinar la tarde, desmonta sobre la verde hierba, en un prado. Se prosterna en tierra y ruega al Señor Dios que por él el sol se detenga, que se retarde la noche y que se alargue el día. Se le acerca un ángel -aquel que acostumbra a hablarle-. Presto le da este mandamiento:

-Carlos, cabalga. No te ha de faltar la claridad. Es la flor de Francia lo que tú has perdido, y Dios lo sabe. Podrás vengarte de la turba criminal.

Así dice, y el emperador monta a caballo.

CLXXX

Por Carlomagno hizo Dios un gran milagro; porque el sol se detiene, inmóvil. Huyen los infieles, y los francos, tenaces, les van dando caza. Los acorralan, al fin, en Val de las Tinieblas, y hacia Zaragoza los empujan aprisa, les asestan golpes con todo el corazón. Les cortan las sendas y los caminos más anchos. El Ebro está delante de ellos. El agua es allí profunda, temible, violenta. No hay allí barca, ni armadía, ni chalán. Los infieles suplican a uno de sus dioses, Tervagán, y después se precipitan. Pero nadie les protegerá. Los que llevan yelmo y loriga son los más pesados, y todos se hunden hasta el fondo. Los otros van flotando a la deriva. Los más afortunados beben hasta la hartura. Todos se anegan, al fin, con gran angustia. Los francos exclaman:

-¡Desdicha fue para vosotros haber visto a Roldán!

CLXXXI

Cuando Carlos ve que todos los infieles están muertos -unos alcanzados por el hierro y la mayor parte ahogados- y el gran botín que sus caballeros han hecho, desmonta, el rey gentil, se postra en tierra y da gracias a Dios. Al levantarse, el sol se ha puesto. Y dice el emperador:

-Es hora de acampar. Para volver a Roncesvalles es ya tarde. Cansados y agotados están nuestros caballos; desensillad, quitadles de sus bocas los frenos y por los prados dejadlos que se refresquen.

Decís bien, señor -responden los francos.

CLXXXII

El emperador ha acampado. Los franceses echan pie a tierra en el país desierto, quitan las sillas a los caballos y les quitan los frenos dorados. Los sueltan por los prados. Allí encontrarán mucha hierba tierna. No puede regalárseles mejor. El que está fatigado, duerme acostado en tierra. Esta noche no se pusieron guardias en el campo.

CLXXXIII

El emperador se ha tendido en un prado. Su gran lanza colocó cerca de la cabecera, él, el esforzado. Esta noche no ha querido desarmarse, y conserva su blanca loriga recamada, y lleva atado su yelmo de oro gemado y ceñida su espada Gozosa, que jamás tuvo par, y que muda la color treinta veces al día. Nosotros sabemos bien qué acaeció a la lanza con que fue lacerado Nuestro Señor en la cruz; Carlos, por la gracia de Dios, posee la punta, que hizo incrustar en la empuñadura de oro. Por este honor y esta gracia la espada recibió el nombre de Gozosa. Los barones de Francia no deben olvidarla; de ella tomaron su grito de guerra "Montjoie". Y por esto ningún pueblo puede sostenerse contra ellos.

CLXXXIV

Clara es la noche, y brillante la luna. Acostado está Carlos pero lleno de pesar por Roldán, y en su corazón se duele por Oliveros, y por los doce Pares, y por los franceses. En Roncesvalles los ha dejado muertos, todos ensangrentados. Llorá y se lamenta; no puede contenerse, y ruega a Dios que salve sus almas. Fatigado

está pues es muy grande la pena. Se duerme. No puede más. Por todos los prados los franceses se han dormido. Ni un caballo puede mantenerse en pie; si quieren hierba, la comen tumbados. Mucho aprendió aquel que ha sufrido.

CLXXXV

Carlos duerme como hombre torturado por una pena. Dios le envía a San Gabriel, a quien confía la custodia del emperador. Toda la noche permanece el ángel junto a la cabecera. Por una visión, le anuncia una batalla que le ha de ser librada. Se la muestra por signos funestos. Carlos ha alzado su mirada hacia el cielo, y allí ve los truenos, los vientos y el granizo, y las tormentas, y las tempestades prodigiosas, en medio de gran aparato de llamas y de fuego que, de repente, cae sobre todo su ejército. Arden las lanzas de fresno y de manzano y los escudos hasta sus bloca de oro puro. Crujen las astas de sus lanzas agudas, se tuercen las cotas y los yelmos de acero. Carlos ve a sus caballeros en gran desgracia. Después osos y leopardos quieren devorarlos; serpientes y víboras, demonios y dragones. Y más de treinta mil perros hay allí contra los francos que gritan:

-¡Carlomagno, ven en nuestra ayuda!

El rey está conturbado por el dolor y la lástima. El quisiera ir allá, pero se siente impedido. De un bosque se abalanza contra él un gran león, lleno de rabia, de orgullo y de arrojo. El león le hace su presa y le acomete. Ambos luchan cuerpo cuerpo. Pero Carlos no sabe quién está debajo ni quién está encima. El emperador aún no se ha despertado.

CLXXXVI

Después de esta visión otra le vino:

Él estaba en Francia, en Aquisgrán, sobre un estrado, y tenía a un oso encadenado con dos cadenas. Por el lado de Ardena veía venir a treinta osos, y cada uno hablaba como un hombre; le decían:

-Devolvédnoslo, señor. No es justo que lo retengáis más tiempo. Es nuestro pariente. Le debemos nuestra ayuda.

De su palacio llega corriendo un lebre. Sobre la hierba verde, más allá de los otros, ataca al oso más grande. Allí el rey contempla un maravilloso combate. Pero no sabe quién vence ni quién es el vencido. Ved lo que el ángel de Dios ha mostrado al barón. Carlos duerme hasta la mañana siguiente y ya claro el día.

CLXXXVII

El rey Marsil ha huido a Zaragoza. Puso pie a tierra a la sombra de un olivo, y entrega a sus hombres su espada, su yelmo y su loriga. Sobre la hierba verde se acuesta, miserablemente. Entera ha perdido su mano diestra, y tanta sangre le brota que desfallece de angustia. Ante él, su mujer, Abraima, llora y grita, se lamenta a grandes voces. Con ella más de veinte mil hombres que maldicen a Carlos y a la dulce Francia. Corren hacia Apolo, que adoran en una cripta y se quejan y le ultrajan feamente:

-¡Ah, dios malvado! ¿Por qué nos condujiste a tamaña afrenta? ¿Cómo has tolerado la derrota de nuestro rey? ¡A quien fielmente te ha servido, le pagas con bien menguado salario!

Después le quitan el cetro y la corona. Lo derriban por tierra a sus pies, y lo muelen a palos. Después arrancan su carbunclo a Tervagán. A Mahoma lo arrojan en un foso donde puercos y perros le patean y le muerden.

CLXXXVIII

Marsil ha vuelto de su desmayo. Se hace conducir a su cámara de bóveda, donde hay trazados y pintados emblemas de diversos colores. Y la reina Abraima llora con él, y se arranca los cabellos, llamándose a sí misma ¡desventurada!, y después en alta voz exclama:

-¡Ah! ¡Zaragoza, qué desamparada te ves al perder a tu rey gentil, que te tenía sujeta a su baifal! ¡Felones fueron nuestros dioses que esta mañana le fallaron en batalla! Cometerá una cobardía el emir, si no viene a combatir con esa raza atrevida, con esos esforzados tan fieros que no se cuidan de sus vidas. El emperador de la barba florida es valiente y sobrado de jactancia. Si el emir le ofrece una batalla, no la ha de rehuir. ¡Qué duelo no haber un hombre que lo mate!

CLXXXIX

Siete años cabales ha morado en España, de viva fuerza, el emperador. En ella conquistó castillos y ciudades sin número. El rey Marsil se esfuerza en resistirlo. Ya en el primer año hizo sellar sus breves; de Babilonia ha requerido a Baligán: es el emir; el anciano cargado de días que vivió más que Virgilio y que Homero. Que él venga a Zaragoza a socorrerlo. Si no lo hace, Marsil renegará de sus dioses y de todos los ídolos que adora. Y recibirá la ley cristiana. Hará la paz con Carlomagno.

Más el emir está lejos, y ha tardado demasiado. Llama a sus gentes de cuarenta reinos; manda aprestar sus grandes embarcaciones, esquifes, lanchas, galeras y navíos. Cabe Alejandría hay un puerto, cerca del mar: allí hace reunir toda la flota. Es en mayo, el primer día de verano, cuando lanzan al mar todas sus armadas.

CXC

Grandes son las armadas de esta odiada raza. Singlan los infieles a fuerza de velas; reman y gobiernan. En la punta de los mástiles y sobre las altas proas centellean numerosos carbunclos y linternas. Tal claridad arrojan de lo alto que, a la noche, el mar es allí más bello. Como ya se acercan a la tierra de España, la costa se ilumina toda y resplandece. Hasta Marsil ha llegado la nueva.

CXCI

La gente de los infieles no se cura de hacer escalas. Dejan el mar y penetran en aguas dulces. Detrás queda Menorca y después Mallorca. Remontan el Ebro con todas sus naves. Brillan linternas y carbunclos sin número, y durante toda la noche les prestan una gran claridad. Al amanecer llegan a Zaragoza.

CXCII

Claro es el día y brillante es el sol. El emir ha bajado de su nave. A su derecha avanza Espanelís, y tras ellos marchan diecisiete reyes, y condes y duques, de los cuales no sé el número. Bajo un laurel, en medio de un campo, tienden sobre la hierba verde un tapiz de seda blanca, y levantan allí un trono, todo de marfil. En él se sienta el pagano Baligán, mientras los otros permanecen en pie. Su señor habla el primero:

-Escuchad, valientes caballeros libres: Carlos, el rey, emperador de los franceses, no tiene derecho a comer si yo no lo permito. Por toda España me vino haciendo grande guerra. En la dulce Francia quiero requerirle. No descansaré en toda mi vida mientras él no sea muerto o se confiese vencido.

En rehén de su palabra, golpea la rodilla con el guante derecho.

CXCIII

Puesto que él lo dijo, promete firmemente que, por todo el oro que existe bajo el cielo, no dejará de ir a Aquisgrán, donde tiene Carlos sus consejos. Sus hombres lo alaban y le aconsejan de la misma manera. Entonces llama a dos de sus caballeros, el uno es Clarifán y el otro Clariano:

-Sois -les dice- hijos del rey Maltrayén, que acostumbraba a llevar con buena voluntad los mensajes. Yo os encargo que vayáis a Zaragoza. Anunciad de mi parte al rey Marsil que he venido a ayudarle contra los franceses. Si encuentro ocasión, ha de haber una gran batalla. En prenda, dadle este guante bordado de oro y que se calce con él su mano derecha. Llevadle también este bastoncito de oro puro, y decidle que venga a mí para reconocer su feudo. Yo iré a Francia para guerrear contra Carlos. Si él no implora mi gracia, postrado a mis pies, y no reniega de la ley de los cristianos, yo quitaré de su cabeza la corona.

-Señor, bien habéis hablado -responden los infieles.

CXCIV

Baligán añade:

-¡Barones, a caballo! Que lleve uno el guante y el otro el bastón.

-¡Querido señor -responden ambos-, así lo haremos!

Tanto cabalgan que ya están en Zaragoza. Salvan diez puertas, cruzan cuatro puentes y recorren las calles donde están los burgueses. Cuando se aproximan a lo alto de la ciudad, escuchan un gran rumor que llega del palacio. Allí está reunido un tropel de infieles que lloran, gritan y llevan gran duelo: lamentan el no tener ya a sus dioses Tervagán, Mahoma y Apolo, y se dicen uno al otro:

-¡Desdichados! ¿Qué será de nosotros? ¡Nos ha caído gran azote! Perdimos al rey Marsil: ayer el conde Roldán le tronchó el puño derecho. Tampoco tenemos a Jurfaret el Rubio. ¡Toda España estará en adelante a su merced!

Los dos mensajeros ponen pie a tierra frente al portón.

CXCIV

Dejan sus caballos bajo un olivo; dos sarracenos les han tomado las riendas. Y los mensajeros se recogen los mantos, y luego suben a lo más alto del palacio. Al entrar ambos en la sala abovedada, hacen por amistad un mal saludo:

-¡Que Mahoma, que nos tiene en batalla, y Tervagán y Apolo, nuestro señor, salven al rey y guarden a la reina!

-¡Locas palabras escucho! -dice Abraima-. Estos dioses que nombráis, nuestros dioses, nos han fallado. En Roncesvalles han hecho feos milagros. Han dejado de gollar a nuestros caballeros. Han abandonado a mi señor, que veis aquí, en la batalla. Él ha perdido su mano derecha: Roldán la tronchó, el conde poderoso. ¡Carlos tendrá ya en señoría a toda España! ¿Qué será de mí, dolorida, desventurada? ¡Ay! ¿No habrá aquí quién me mate!

CXCVI

Clariano dice:

-¡Señora, no habléis más en balde! Somos mensajeros de Baligán, el infiel. El defenderá a Marsil, así lo ha prometido. En prenda le envía su guante y su bastón. Tenemos en el Ebro cuatro mil chalanes, esquifes, barcos y veloces galeras; tantos navíos que he perdido de ellos la cuenta. El emir es fuerte y poderoso. Irá a Francia en pos de Carlomagno. Se sabe capaz de matarlo o de reducirlo a su merced.

-¿Por qué va tan lejos? -dice Abraima-. Más cerca de aquí podéis hallar a los francos. Siete años hace que en este país mora el emperador. Él es audaz y buen guerrero. Morirá antes que huir de un campo de batalla. No hay bajo el cielo rey a quien él tema menos que se teme a un niño. Carlos no teme a hombre vivo.

CXCVII

-¡Basta! -dice el rey Marsil. Y a los mensajeros:

-Señores, es conmigo con quien hay que hablar. Ya lo veis, la muerte me estrecha, y yo no tengo ni hijo ni hija ni heredero. Uno tenía y éste ayer noche lo mataron. Decid a mi señor que venga a verme. El emir tiene derechos sobre la tierra de España. Si él la quiere, yo se la entrego en feudo. ¡Pero que él la defienda contra los franceses! Yo le daré un buen consejo en lo que atafe a Carlomagno. De este día en un mes ha de ser prisionero del emir. Vosotros le llevaréis las llaves de Zaragoza. Decidle que no tendrá que irse si él me cree.

-Bueno decís, señor -responden ellos.

CXCVIII

Dice entonces Marsil:

-Carlos, el emperador, ha matado mis hombres, ha devastado mis tierras. Mis ciudades por él han sido forzadas y violadas. Esta noche acampó a orillas del Ebro. De nosotros lo separan siete leguas: yo les he

contado. Decidle al emir que conduzca aquí sus ejércitos. ¡Yo le ruego, por vosotros, que entable allí la batalla!

Les ha entregado las llaves de Zaragoza, y los dos mensajeros, a la vez, hacen reverencia ante Marsil. Y con su venia se regresan.

CXCIX

Los dos mensajeros han montado a caballo. A rienda suelta se alejan de la ciudad, y se dirigen en busca del emir con gran confusión. Le presentan las llaves de Zaragoza y dice Baligán:

-¿Qué habéis sabido? ¿Dónde está Marsil, a quien os envié?

-Herido está de muerte -responde Clariano-. En el paso de los puertos estaba ayer el emperador. Quería retomar hacia la dulce Francia, y había formado una retaguardia muy propia para darle honor; porque allí estaba su sobrino, el conde Roldán, y Oliveros, y todos los doce Pares y veinte mil de los de Francia, todos caballeros. El rey Marsil, el esforzado, le libró batalla. Él y Roldán se enfrentaron, y Roldán le asestó tal golpe con su Durandarte, que le separó del cuerpo el puño derecho. Mató al hijo de Marsil, tan amado de su padre, y a los barones que llevaba éste consigo. Marsil volvió huyendo; ya no podía resistir, y el emperador, con violencia, le persigue. El rey os ruega que le socorráis. Él os cede en franquicia el reino de España.

Baligán comienza a meditar. Tal duelo le acomete que está cerca de volverse loco.

CC

-Señor emir -dice Clariano-, en Roncesvalles se libró ayer una batalla. Muerto fue Roldán y con él el conde Oliveros, y los doce Pares que tanto amaba Carlos. De sus franceses, veinte mil fueron muertos. El rey Marsil perdió allí la mano derecha, y el emperador le persiguió violentamente. En esta tierra no queda ya un caballero que no haya sido muerto por el hierro o ahogado por el Ebro. En la ribera han acampado los franceses. Tan cerca están de nosotros en esta tierra que, si vos queréis, la retirada va a serles muy dura.

La mirada de Baligán se vuelve fiera; su corazón se llena de gozo y de ardor. De su trono se alza, y erguido, grita:

-¡Barones! ¡No tardéis! ¡Salid de los navíos! ¡Ensillad y cabalgad! Si no se escapa el viejo Carlomagno, pronto hemos de vengar al rey Marsil. ¡Por la mano derecha que ha perdido, yo le entregaré la cabeza del emperador!

CCI

De los bajeles han salido los infieles de Arabia. Después montan en sus caballos y en sus mulos. Empiezan a cabalgar, ¿qué podrían hacer mejor? Y el emir, que les puso en movimiento, llama a Gemalfin, uno de sus fieles:

-Yo te confío todos mis ejércitos.

Después, monta en su caballo bayo. Con él van cuatro duques, y tanto cabalga que llega a Zaragoza.

En un vestíbulo de mármol echa pie a tierra, y cuatro condes le sostienen el estribo. Por la escalinata sube hasta el palacio, y Abraima acude a su encuentro, y le dice:

-¡Cuitada de mí! ¡Nacida en mala hora, señor! ¡He perdido a mi señor, y con qué afrenta!

Abraima se deja caer a sus pies; el emir la levanta, y los dos suben hacia la cámara llenos de dolor.

CCII

El rey Marsil, apenas ve a Baligán, llama a dos sarracenos de España y les dice:

Tomadme en vuestros brazos y alzadme.

Con su mano izquierda ha tomado uno de sus guantes, y dice al emir:

-Señor rey, os entrego todas mis tierras, y Zaragoza y el feudo que de ella depende. Estoy perdido y he perdido todo mi pueblo. Y el emir responde:

-Gran pena tengo por ello. Y no puedo departir con voz largamente. Sé que Carlos no me aguarda. Pero recibo vuestro guante.

Lleno de dolor, se aleja llorando. Baja las gradas del palacio, monta en su caballo, y regresa a sus tropas a fuerza de espuelas. Cabalga con tal ímpetu que se adelanta a los demás lanzando a cada instante este grito:

-¡Venid, infieles! ¡Los franceses ya se precipitan en su huida!

CCIII

En la mañana, cuando empezó a apuntar el alba, Carlos, el emperador, despierta. San Gabriel, que le custodia en nombre de Dios, alza la mano y lo persigna. El rey se desciñe sus armas, las depone y, como él, en todo el ejército se desarman los demás. Luego montan en sus corceles, y por los largos caminos y por las sendas largas cabalgan con gran presteza. Van a ver el prodigioso daño en Roncesvalles, allí donde fue la batalla.

CCIV

A Roncesvalles ha llegado Carlomagno. Por los muertos que él encuentra comienza a llorar. Dice a los franceses:

-Señores, id al paso. Debo ir adelante de vosotros, por mi sobrino, que quisiera volver a encontrar. Estaba en Aquisgrán el día de una fiesta solemne, cuando mis valientes caballeros se ufanaron de grandes batallas, de fuertes asaltos que libraron. Yo oí a Roldán una cosa: que si él debía morir en reino extraño, se habría adelantado a sus hombres y a sus Pares, y que se hallaría vuelto su rostro hacia el país enemigo: así, el valiente, terminaría como vencedor.

Un poco más lejos de lo que se puede arrojar un bastón, más allá de los demás, sube el emperador a un altozano.

CCV

Mientras va buscando a su sobrino, halla en el prado tantas hierbas, cuyas flores están bermejas de la sangre de sus barones. Le viene una gran lástima y no puede contener el llanto. Bajo dos árboles ha llegado. Allí reconoce, sobre tres peñas, las huellas de los golpes de Roldán. Sobre la hierba verde ve que yace su sobrino. ¿A quién sorprenderá que él se estremezca de dolor? Baja del caballo, allá va corriendo. Entre sus dos manos (sostiene la cabeza de Roldán). Y es tal su angustia que sobre él desfallece.

CCVI

El emperador vuelve de su desmayo. El duque Naimón y el conde Acelino, Godofredo de Anjou y su hermano Enrique, le sostienen, le alzan bajo un pino. Ve a sus pies yacente a Roldán y, con dulzura, sobre él, le dice el adiós:

-¡Roldán amigo, que Dios te perdone! Ningún hombre vio tal caballero que, como tú, pudiese acometer y ganar tan grandes batallas. Ya mi honor ha comenzado a declinar.

Carlos no puede más y desfallece.

CCVII

El rey Carlos vuelve de su desfallecimiento. Cuatro de sus barones le sostienen con las manos. El mira al suelo y ve yacente a su sobrino. Su cuerpo se conserva hermoso, pero ha perdido la color. Vueltos tiene los ojos, y todos llenos de tinieblas. Sobre él dice Carlos su lamento por el amor y por la fe.

-¡Roldán, amigo! ¡Que entre flores lleve Dios tu alma al Paraíso, entre los glorificados! ¡A qué mal señor has seguido en España! No amanecerá un día en que yo por tí no sufra. ¡Cómo va a decaer mi fortaleza y ardimiento! ¡Ya no tendré quien afianze mi honor: me parece no tener ya un solo amigo bajo el cielo! ¡Parientes me quedan, pero ninguno tan esforzado!

A manos llenas se arranca sus cabellos. Cien mil franceses están traspasados de un dolor muy grande; ni uno deja de deshacerse en lágrimas.

CCVIII

-Roldán amigo, yo me iré a Francia. Cuando esté en Laon, en mi dominio privado, de todos los reinos vendrán vasallos extranjeros. Me preguntarán: "¿Dónde está él, el conde capitán?" Les diré que murió en España, y ya siempre reinaré lleno de dolor, y jamás tendré un día sin llorar y sin gemir.

CCIX

-¡Roldán amigo, valiente, hermosa juventud! Cuando yo esté en Aquisgrán, en mi capilla, acudirán mis vasallos y me pedirán nuevas. Y yo se las diré, extrañas y duras: "¡Ha muerto mi sobrino, aquel que tantas tierras me hizo conquistar!" Contra mí se rebelarán los sajones, los húngaros y los búlgaros, y tantos otros pueblos malditos; los romanos y los de Apulla y todos los de Palerna, los de Africa y los de Califerna. ¿Quién conducirá tan valerosamente mis ejércitos, ahora que él ha muerto, él, que siempre nos guiaba? ¡Ah, Francia, cómo quedas desolada! ¡Es tan grande mi dolor que ya no quisiera vivir más!

Y se mesa su barba blanca. Con ambas manos se arranca de su cabeza los cabellos. Cien mil franceses contra la tierra desfallecen.

CCX

-¡Roldán amigo, que Dios haya merced de ti! ¡Que tu alma esté en el Paraíso! ¡El que te ha muerto, es a Francia a quien sumió en la desgracia! Tanto es mi duelo que quisiera dejar de vivir. ¡Oh, mis caballeros, que por mí habéis muerto! ¡Quiera Dios, el hijo de Santa María, acordar que mi alma, antes de llegar a los grandes puertos de Cize, se separe de mi cuerpo este mismo día, y sea puesta entre vuestras almas, y mi carne enterrada cerca de vosotros!

Llora y se mesa la barba blanca. Y el duque Naimón dice:

-¡Grande es la angustia de Carlos!

CCXI

-Señor emperador -dice Godofredo de Anjou-. ¡No os entreguéis tan por entero a este dolor! Por todo el campo, haced que busquen a los nuestros, que los de España han matado en la batalla. Mandad que los lleven a una misma fosa.

-Tañed vuestro cuerno -dice el rey-, para dar la orden.

CCXII

Godofredo de Anjou ha tañido su cuerno. Los francos descienden del caballo, Carlos lo ha ordenado. A todos sus amigos que hallan muertos, los van llevando luego a una misma fosa. Hay en sus huestes obispos y abades en gran número. Hay monjes y canónigos y clérigos tonsurados. Y en nombre de Dios los absuelven y les dan la bendición. Ellos queman mirra y tomillo. A todos los inciensan gallardamente, y después con gran honor, los entierran. Luego, allí los dejan; ¿qué podrían después hacer por ellos?

CCXIII

El emperador hace aparejar para el entierro a Roldán, a Oliveros y a Turpín el arzobispo. Ante sus ojos a los tres los ha hecho abrir. Manda poner sus corazones en un sudario de seda y encerrarlos en un blanco sarcófago de mármol. Después toman los cuerpos de los tres barones y, bien lavados con esencias y con vino, se les envuelve en pieles de ciervo. El rey llama a Tibaldo y Gebuino, al conde Milón y a Atón, el marqués:

-Conducidlos en tres carros.

Bien los cubren con lienzos de seda de Galacia.

CCXIV

El emperador ya quiere regresar, cuando ante él aparecen las vanguardias de los infieles. De la tropa más cercana vienen dos mensajeros. En nombre del emir, le anuncian la batalla:

-Rey orgulloso. Nada te valdrá para volverte. ¡Mira a Baligán que cabalga tras de ti! Grandes son los ejércitos que él trae de Arabia. ¡Antes de la noche veremos cuán cierta es tu valentía!

Carlos, el rey, se sujeta la barba y recuerda su duelo y lo que ha perdido. Lanza a lo lejos una fiera mirada sobre toda su gente y grita con voz alta y fuerte:

-¡Barones franceses! ¡A caballo y a las armas!

CCXV

El emperador es el primero en armarse. Con presteza se ha endosado la loriga, se ata el yelmo y se ciñe a Gozosa, de quien el mismo sol no logra menguar la claridad. Cuelga de su cuello un escudo de Biterna, y toma y blande la lanza. Después monta en Tencedor, su buen caballo: lo conquistó en los vados de Marsuna, al desarzonar y derribar muerto a Malpalín de Arbona. Suelta las riendas al caballo. Le espolea con ahínco y se lanza al galope. Le contemplan cien mil hombres. Ha invocado a Dios y al apóstol de Roma.

CCXVI

Por todo el campo los de Francia ponen pie a tierra, y más de cien mil se aparejan a la vez. Poseen equipajes a su gusto, son vivos sus caballos, muy bellas son sus armas. Montan con gran destreza. Si es llegada la hora, ellos sabrán sostener la batalla. Penden sus gonfalones hasta rozar los yelmos. Cuando ve Carlos aquella tan gentil apostura, llama a Jocerán de Provenza, al duque Naimón y a Antelmo de Mayenza, y les dice:

-Podemos confiar en tales caballeros. ¡Bien loco será el que se arroje en medio de ellos! Si los árabes no renuncian a venir, creo cobrarme muy cara la muerte de Roldán.

-¡Que Dios nos lo conceda! -responde el duque Naimón.

CCXVII

Llama Carlos a Rabel y a Guinemán. Así habla el rey:

-Señores, yo os lo mando. Ocupad los puestos de Roldán y de Oliveros. Que el uno lleve la espada y el otro el olifante, y cabalgad los primeros, al frente. Con vosotros quince mil de los francos, todos bachilleres, y valientes entre nuestros valientes. Tras ellos avanzarán otros tantos: Gebuino y Guinemán tendrán por jefes. Naimón el duque y Jocerán el conde formarán en bello arreo estos dos cuerpos de batalla.

Si la hora llega, la lucha será grande.

CCXVIII

Los dos primeros cuerpos de batalla se componen de franceses. Después se establece el tercero; en éste están los vasallos de Baviera. Se estima su número en veinte mil caballeros. Por su lado no ha de flaquear ni una línea de batalla. No hay bajo el cielo gente que Carlos quiera tanto, aparte los de Francia, conquistadores de reinos. El conde Ogier, el danés, el buen guerrero, los mandará, pues es esforzada gente.

CCXIX

Tres cuerpos de batalla tiene ya el emperador Carlos. Naimón, el duque, forma el cuarto, de barones llenos de valor. Son de Alemania, y todos los estiman en veinte millares. provistos están de buenos corceles y de buenas armas. Jamás por miedo de la muerte pondrán pies en polvorosa. Germán, el duque de Tracia, los conduce. Morirá antes que cometer cobardía.

CCXX

Naimón el duque y Jocerán el conde han formado con normandos el quinto cuerpo de batalla. Son veinte mil, según estiman los franceses. Poseen bellas armas y veloces caballos. Morirán antes que rendirse. Bajo el cielo no hay pueblo que mejor se comporte en la batalla. Los guiará Ricardo el Viejo. El asestará buenos golpes con su tajante lanza.

CCXXI

El sexto cuerpo de batalla está nutrido por bretones. Hay allí treinta mil caballeros. Todos cabalgan como verdaderos barones; llevan lanzas con el asta pintada, sus gonfalones al viento. Eudes se llama su señor. El llama al conde Nevelón, a Tibaldo de Reims y a Atón el marqués:

-Guiad mi gente. Os confiero este honor.

CCXXII

Seis cuerpos de batalla tiene ya el emperador. El duque Naimón establece entonces el séptimo. Se compone de potevinos y de barones de Auvernia. Pueden ser cuarenta mil caballeros. Buenos caballos poseen, y son sus armas muy bellas. Se forman aparte en una hondonada al pie de un otero, y Carlos los bendice con su mano derecha. Jocerán y Gaucelmo serán quienes les conduzcan.

CCXXIII

Y el octavo cuerpo de batalla lo ha formado Naimón, de flamencos y barones de Frisa. Son más de cuarenta mil caballeros. Allí donde ellos estén no flaqueará jamás la batalla. El rey dice:

-Estos bien me han de servir.

Ellos dos, Reinalte y Aimón de Galacia, los guiarán como buenos caballeros.

CCXXIV

Naimón y el conde Jocerán han formado de valientes el noveno cuerpo de batalla. Son los de Lorena y Borgoña. Tienen cincuenta mil caballeros bien contados, atado el yelmo, endosada la loriga. Llevan fuertes lanzas, de astas cortas. Si los árabes no rehúsan el combate, ellos bien las blandirán cuando carguen contra ellos. Los conducirá Terrín, el duque de Argona.

CCXXV

El décimo cuerpo de batalla lo forman los barones de Francia. Son cien mil de nuestros mejores capitanes. Gallardos son sus cuerpos, fiero su talante, floridas sus cabezas, blancas sus barbas. Van revestidos de cotas y lorigas de doble tejido de mallas, y ciñen espadas de Francia y de España. Sus escudos bien labrados ostentan diversos emblemas. Después montaron a caballo y reclaman la batalla, gritando:

-¡Montjoie!

Carlomagno está con ellos. Godofredo de Anjou lleva el oriflamo. Estuvo en San Pedro, y se llamaba Romano, pero ya cambió su nombre por Montjoie.

CCXXVI

De su caballo desciende el emperador. Sobre la verde hierba se postra, rostro contra tierra. Vuelve la faz hacia el sol levante, y de todo corazón invoca a Dios:

-¡Padre verdadero, guárdame en este día. Tú que salvaste a Jonás y lo sacaste del vientre de la ballena; Tú que perdonaste al rey de Nínive y libraste a Daniel del terrible suplicio de la fosa donde estaba con los leones; Tú que protegiste a los tres niños en el horno ardiente! ¡Que tu amor nos asista en este día! ¡Por tu gracia, si así te place, concédeme que pueda vengar a mi sobrino Roldán!

Acabadas su preces, se yergue, y persigna su frente con la señal todopoderosa. Después sube a su silla sobre el veloz caballo. Naimón y Jocerán le han sostenido el estribo. Toma su escudo y su lanza tajante. Noble es su cuerpo, gallardo y de bella prestancia. Claro y confiado su rostro. Luego cabalga firme sobre los estribos. Delante y detrás suenan los clarines. Más alto que ninguno resuena el olifante. Por piedad de Roldán lloran los franceses.

CCXXVII

Muy noblemente cabalga el emperador. Sobre su pecho, fuera de la loriga, expande su barba. Por amor a él, hacen lo mismo todos los demás: por esto se reconocerán los cien mil franceses. Cruzan, llenos de angustia, los montes y las alturas rocosas, los profundos valles, los desfiladeros. Ya salen de los puertos y de las tierras áridas. Ya entran en España y se quedan en medio de un llano.

Hacia Baligán han vuelto sus vanguardias. Un sirio le dice el mensaje:

-Vimos a Carlos, el rey orgulloso. Fieros son sus hombres: no sabrían flaquear. Armaos. Ahora mismo tendréis batalla.

Hermosa se anuncia -responde Baligán-. Tañed los clarines para que lo sepan mis infieles.

CCXXVIII

Por todo el ejército hacen tañer sus tambores, y sus bocinas, y las trompas, alto y claro. Echan pie a tierra los infieles para revestirse de sus armaduras. El emir no quiere mostrarse el más lento; se viste una loriga en que los paños son azulados, y se sujeta el yelmo, guarnecido de oro y pedrería. Después se ciñe la espada al costado izquierdo; en su orgullo, le han dado un nombre. El oyó hablar de la espada de Carlos, y llama a la suya Preciosa, y ¡Preciosa! es su grito de armas en batalla. Lo hace pregonar a sus caballeros, y se cuelga después, del cuello, un grande y ancho escudo. La bloca es de oro, los bordes de cristal. La correa es de buen paño de seda, con círculos bordados. Toma la lanza, por él llamada Maltet; el asta, del grosor de una maza; su hierro bastaría para cargar un mulo.

Baligán ha montado sobre su corcel. Marcules de Ultramar le sostiene el estribo. Tiene el emir ancha la horcajadura, estrechos los flancos y anchos los costados; grande el pecho y bien conformado; fuertes los hombros, la tez muy clara y el rostro fiero. Su cabellera ondulada, tan blanca como la flor de primavera; y su valentía, cuántas veces bien la ha probado. ¡Dios qué barón, si él fuese cristiano! Pica las espuelas a su corcel; la sangre brota muy clara bajo la espuela. Toma su galope, salta un foso tan ancho que bien puede medir cincuenta pies. Los infieles gritan:

-¡Éste es el que está hecho para defender sus comarcas! ¡No hay un francés que venga a justar contra él que, quiera o no, no pierda su vida! ¡Muy loco está Carlos al no marcharse de aquí!

CCXXIX

El emir parece un verdadero barón. Es blanca su barba, como una flor. En su ley es hombre muy sabio, y en la batalla muy fiero y denodado. Su hijo Malprimis es gran caballero. Es de alta estatura y robusto; se parece a sus antepasados. Dice a su padre:

-Entonces, señor, ¡adelante! Si vemos a Carlos bien será una sorpresa.

-Le veremos -dice Baligán-, porque es muy valeroso. Muchos anales dicen de él grandes loores. Pero no tiene ya a su sobrino Roldán; no tendrá la fuerza de resistirse a nosotros.

CCXXX

-Bello hijo Malprimis -le dice Baligán-, el otro ayer fue muerto Roldán, el buen vasallo, y Oliveros, el valiente y esforzado, y los doce Pares que tanto amaba Carlos. Veinte mil combatientes de los de Francia fueron muertos. Todos los otros no los cambio por el valor de un guante. En verdad, el emperador regresa. El sirio, mi mensajero, así me lo anuncia. Diez grandes cuerpos de batalla se aproximan. Muy valiente es aquel que sopla el olifante. Con el claro sonido de un cuerno le responde su compañero, y ambos cabalgan los primeros al frente; con ellos quince mil franceses, de los donceles que Carlos llama sus hijos. Otros tantos le siguen. Estos combatirán orgullosamente.

-Yo os pido una gracia -dice Malprimis-: que yo dé el primer golpe.

CCXXXI

-Hijo Malprimis -le dice Baligán-, yo os concedo lo que me habéis pedido. Iréis a acometer en esta hora a los franceses. Con vos irá Torleu, el rey persa, y Dapamor, el rey vilticio. Si podéis dar mate a su gran orgullo, yo os donaré un jirón de mis dominios, desde Cherián a Valmarqués.

-¡Gracias os doy, señor! -responde Malprimis. Se adelanta y recibe el don, la tierra que ahora pertenece al rey Florián. Jamás la podrá ver. Nunca será investido de ese feudo, ni será suyo.

CCXXXII

Cabalga el emir en medio de las filas de su tropa. Le sigue su hijo, el de alta estatura. El rey Torleu y el rey Dapamor disponen en la misma hora treinta cuerpos de batalla. Cuentan con caballeros en grandísimo número; el cuerpo menor ha cincuenta mil. El primero está formado de los Bozanta, y el segundo de los de Milcena, de grandes cabezas; sobre sus espaldas, a lo largo de la espalda, tienen cerdas como los puercos. El tercero lo forman los de Nubia y de Blos, y el cuarto los de Brusia y Esclavonia. El quinto los de Sorabia y de Serbia, y el sexto los de Annena y Mauritania. El séptimo los de Jericó, el octavo los de Nigritia, el noveno los kurdos y el décimo los de Balisa la Fuerte. Es una horda que jamás quiso el bien. El emir jura, por cuantos juramentos puede, por los milagros de Mahoma y por su cuerpo.

-¡Bien loco está Carlos de Francia, que cabalga hacia nosotros! Habrá batalla, si él no la esquivo. Ya nunca llevará la corona de oro.

CCXXXIII

Después forman otros diez cuerpos de batalla. El primero, de feos cananeos; han venido de Valfrutas por el atajo. El segundo, turcos; el tercero, persas; y el cuarto petcheres. El quinto, los salunios y los de Avers. El sexto, de ormalandos y egeos. El séptimo, los del pueblo de Samuel, y el octavo, los de Brusa. El noveno, los de Clavers, y el décimo los de Occitania la Desierta, casta que nunca sirvió a Dios. Jamás habréis oído hablar de peores felones. Tienen el cuero tan duro como el hierro; así no tienen que curarse de yelmo ni de cota. En la batalla son recios y tozudos.

CCXXXIV

El emir ordenó otros diez cuerpos de batalla. El primero está formado por gigantes de Malpersa. El segundo, por los hunos, y el tercero por los húngaros. El cuarto, por los de Bagdad la dilatada, y el quinto por los de Valpenosa, y el sexto, por los de Marasca, y el séptimo, por los lituanos y astrimonios, y el octavo, por los de Heraclea, y el noveno, por los de Clarbona, y el décimo por los de Fronda, los de luengas barbas. Es una casta que jamás amó a Dios. Las gestas de los francos cuentan treinta cuerpos de batalla. Grandes son sus ejércitos, donde ya suenan las trompas. Los infieles cabalgan como valientes.

CCXXXV

El emir es muy poderoso señor. Por delante de él hace llevar un dragón, el estandarte de Tervagán y de Mahoma, y una imagen del felón Apolo. Diez cananeos cabalgan en torno, que van sermoneando en voz

muy alta:

¡El que por nuestros dioses quiera ser salvado, que les sirva y les ruegue con toda humildad!

Bajan la cabeza los infieles; sus yelmos resplandecientes se inclinan hacia la tierra. Y los franceses dicen:

-¡Pronto vais a morir, truhanes! ¡Pueda este día confundirnos! ¡Vos, Dios nuestro, defended a Carlos! ¡Que en su nombre esta batalla sea ganada!

El emir es un jefe muy sabio. Llama a sus hijos y a los dos reyes:

-Señores barones, cabalgaréis en la vanguardia. Mis cuerpos de batalla los guiaréis todos; pero de éstos yo quiero retener tres de los mejores: el primero, de turcos; el segundo, de ormalandos, y el tercero de gigantes de Malpersa. Conmigo irán los de Occitana; son ellos los que atacarán a Carlos y a los franceses. Si el emperador me reta, yo he de arrancarle la cabeza de sus hombros. Y no le será dictada, ¡que bien lo sepa! ninguna otra ley.

Grandes son las huestes, bellos los cuerpos de batalla. Entre infieles y francos ya no hay monte, ni valle, ni otero, ni bosque, ni selva, que puedan esconder una tropa. Se miran cara a cara, a campo abierto. Baligán dice:

-Ahora, pues, mis infieles, cabalgad para buscar la batalla! Amborio de Oliberna lleva el pendón.

Al verlo, gritan su nombre los infieles:

-¡Preciosa! -Que es su grito de armas.

Y los franceses gritan:

-¡Que este día vea vuestra pérdida!

Y gritan de nuevo con vigor:

-¡Montjoie!

El emperador hizo sonar los clarines y el olifante, que suena más claro que todos. Los infieles dicen:

-Gentil es la hueste de Carlos. Vamos a trabar una muy áspera y furiosa contienda.

CCXXXVIII

Ancho es el llano y la comarca a los lejos se descubre. Brillan los yelmos con pedrería engarzada en oro, y los escudos, y las lorigas bordadas, y las lanzas, y las insignias sujetas a los hierros. Resuenan los clarines, y sus voces son más claras. El olifante suena muy alto el toque de embestida. El emir llama a su hermano, Canabeu, el rey de Florida, que poseen las tierras que llegan hasta Valservé, y le muestra los cuerpos de batalla de Carlos:

-¡Ved el orgullo de Francia, la muy alabada! El emperador cabalga muy gallardo. Va detrás con esos viejos que dejaron flotar sobre sus lorigas las barbas tan blancas como la nieve sobre el hielo. Éstos bien combatirán con sus espadas y sus lanzas; ruda y encarnizada tendremos la batalla; jamás vio nadie ninguna semejante.

Muy lejos, adelante de su tropa, mucho más lejos de lo que podría lanzarse una vara desnuda, cabalga Baligán. Y grita:

-¡Venid, infieles! ¡Pues yo ire derecho!

Blande su lanza y la vuelve contra Carlos.

CCXXXIX

Carlos el grande, cuando ve el emir y el dragón, el estandarte y la insignia, y cuán grande es la fuerza de los árabes y cómo cubren toda la comarca, fuera del terreno que él posee, el rey de Francia exclama:

-¡Barones franceses! ¡Sois buenos vasallos; grandes batallas habéis sostenido! Mirad los infieles: son felones y cobardes. Toda su ley no les vale un denario. Si es numerosa su ralea, señores, ¿qué puede importarnos? Quien no quiera venir al instante conmigo, ¡que se vaya!

Luego azuza a su corcel con las espuelas. Tencedor salta cuatro veces, y los francos dicen:

-¡Este rey es un valiente! ¡Cabalgad, esforzados! ¡Ninguno de nosotros hemos de fallar!

CCXL

Claro fue el día, esplendente el sol. Bellos son los ejércitos, potentes los cuerpos de batalla. Los de vanguardia se enfrentan. El conde Rabel y el conde Guinemán sueltan las riendas y espolean vivamente a sus veloces corcellos. Entonces los francos se lanzan a la carrera y comienzan a dar con sus jabalinas.

CCXLI

El conde Rabel es caballero atrevido. Hince en su corcel las espuelas de oro fino y acomete a Torleu, el rey persa. Ni loriga ni escudo resisten al golpe. Le hunde en el cuerpo su lanza dorada y lo abate muerto sobre un pequeño matorral. Los franceses dicen:

-¡Que Dios nos asista! El derecho está del lado de Carlos. ¡No debemos fallarle!

CCXLII

Y Guinemán justa contra el rey vilticio. Le rompe toda la adarga, en donde están pintadas unas flores, le desgarró la loriga y le hunde en el cuerpo todo el gonfalon, y, llorando, lo derrumba muerto. A este golpe los de Francia exclaman:

-¡Golpead, barones! ¡No tardéis! ¡El derecho está con Carlos, contra la gente odiada! ¡Dios nos ha escogido para proclamar el verdadero juicio!

Malprimis monta un caballo todo blanco. Se lanza a las filas de los francos, y va de uno al otro dando grandes golpes y derribando el muerto sobre el muerto. El primero entre todos, grita Baligán:

-¡Oh, mis barones, por largo tiempo os he sustentado! ¡A cuántos barones han desafiado con sus armas! ¡Uno más valiente que él yo no lo pido! ¡Socorredle con vuestras lanzas afiladas!

A estas palabras los infieles se lanzan, asestando duros golpes. Grande es la carnicería. La batalla es maravillosa y pesada. Ni antes ni después jamás se vio otra más ruda.

Sin número son las huestes, audaces las tropas. Han chocado todos los cuerpos de batalla. Y los infieles acometen maravillosamente. ¡Dios! ¡Cuántas astas partidas por la mitad, cuántos escudos rotos, cuántas lorigas con su mallas deshechas! Cubren la tierra y la hierba verde y fina del campo. El emir invoca a sus fieles:

-¡Golpead, barones! ¡Sobre la ralea cristiana!

La batalla es dura y obstinada. Ni antes ni después se vio otra más áspera. Durará, sin tregua, hasta la noche.

CCXLV

Requiere a los suyos el emir:

-¡Matad, paganos; sólo habéis venido a matar! Os daré nobles y hermosas mujeres; os daré feudos, tierras, dominios.

-¡Así debemos hacerlo! -responden los infieles.

Tanto vuelan los brazos que se les rompen muchas de sus lanzas. Entonces desenvainan más de cien mil espadas. Ved la pelea horrible y dolorosa; el que esté en medio de ellos sabe lo que es una batalla.

CCXLVI

El emperador invoca a sus franceses:

-Señores barones. Yo os quiero; tengo en vosotros fe. Por mí habéis librado muchas batallas, conquistado reinos, degradado reyes. Bien lo reconozco, y quiero daros, por soldada, mi cuerpo, tierras y dineros. Vengad a vuestros hijos, a vuestros hermanos, y a vuestros herederos, que la otra tarde en Roncesvalles fueron muertos. Bien lo sabéis; combatir a los infieles es un derecho que me pertenece.

-¡Señor, verdad decís! -responden los franceses.

Y en torno al . . . se juntan veinte mil, que a una voz le juran su fe y no fallarle ni por muerte ni por angustia. Ellos sabrán bien emplear la lanza. A la hora herirán con las espadas. La batalla es maravillosamente encarnizada.

CCXLVII

Caburga Malprimis por mitad del campo. En los de Francia está haciendo una gran carnicería. Naimón, el duque, le mira fieramente y, como valiente que es, le ataca. De su escudo, le desgarró el cuero; de su cota, le rompe los dos paños, y le hunde en el cuerpo todo el gonfalon amarillo; lo abate muerto entre otros que yacen sin número.

CCXLVIII

El rey Canabeu, hermano del emir, espolea sin piedad a su caballo. Destruída está su espada: el pomo es de cristal. Hiere a Naimón sobre su yelmo; se lo parte en dos mitades. Con su espada de acero le ha roto cinco lazos; de nada le sirve su almófar a Naimón; le hiende la cofia hasta la carne, y le arroja a tierra un pedazo. Rudo fue el golpe; el duque parece fulminado. Va a caer, pero Dios le ayuda. Con sus dos brazos se ase al cuello de su corcel. Si el infiel repite el golpe, es muerto el noble caballero. Carlos de Francia acude, y le socorrerá.

CCXLIX

En gran desgracia está sumido el duque Naimón. Y el infiel se apresura a herirle de nuevo. Carlos le dice:

-¡Truhán! ¡Es por tu desdicha que te enfrentas con él!

Y en su audacia, le acomete. Le parte el escudo al infiel, se lo aplasta contra el corazón. Le rompe la cota y lo derriba muerto. La silla queda vacía.

CCL

Carlomagno, el rey, está lleno de dolor cuando ve ante sí herido a Naimón y derramada la clara sangre del duque sobre la verde hierba. Inclinado sobre él le dice:

-Hermoso caballero Naimón, cabalgad a mi costado. Muerto es ya el truhán que os puso en tal brete.

Por esta vez le hundí en el cuerpo mi lanza.

-¡Señor -responde el duque-, a vos me confío! Si sobrevivo, nada habéis de perder.

Después, con todo amor y con toda fe, van uno al lado del otro, y con ellos veinte mil franceses. No hay uno que no hiera y no dé tajos.

CCLI

El emir cabalga por el campo. Va a acometer al conde Guinemán. Le aplasta su escudo blanco contra el corazón, le hace trizas los puños de su cota, le abre en dos el pecho y le abate muerto de su veloz corcel. Después ha matado a Gebuino y a Lorant, y a Ricardo el Viejo, el señor de los Normandos. Los infieles gritan:

-¡Preciosa bien vale lo que vale! ¡Golpead, infieles, que tenemos quien fie por nosotros!

CCLII

¡Es hermoso ver a los caballeros de Arabia, a los de Occitana, de Heraclea y de Bascial! ¡Cómo asestan golpes con sus lanzas! Y, por su parte, los francos no piensan en romper sus filas. De los franceses y de los infieles muchos han muerto. Hasta la noche la batalla es enconada. ¡De los barones de Francia caídos murieron! ¡Qué de duelos aún hasta que termine!

CCLIII

Franceses y árabes pelean a voluntad. ¡Cuántas astas son rotas, cuántas lanzas resplandecientes! Quien hubiese visto estos escudos destrozados, quien hubiese oído los crujidos de las bridas rotas y rechinar los escudos contra los yelmos; quién hubiese visto caer a tanto caballero, dar alaridos tantos hombres y morir contra la tierra, tendría el recuerdo de tan gran dolor. Esta batalla es fatigosa de soportar. El emir invoca a Apolo y Tervagán, y también a Mahoma:

-¡Mis señores dioses: largo tiempo os he servido! ¡Todas vuestras imágenes he de labrarlas de oro puro!

Ante él llega un su fiel, Gemalfin. Malas noticias le trae, así habla:

-Baligán, señor. Una gran desgracia ha caído sobre vos. Vuestro hijo, Malprimis, lo habéis perdido. Y Canabeu, vuestro hermano, ha sido muerto. Dos franceses tuvieron el honor de vencerles. Uno de los dos es el emperador, según yo creo. Es un barón de alta estatura, que parece un poderoso señor. Blanca tiene la barba como flor de abril.

El emir inclina la cabeza por el peso del yelmo. Su rostro se ensombrece. Su dolor es tan fuerte que ya piensa en morir. Y llama a Jangleu de Ultramar.

CCLIV

El emir dice:

-Avanzad, Jangleu. Sois hombre de pro, y de gran sabiduría. Siempre tomé vuestro consejo. ¿Qué os parece de los árabes y de los francos? ¿Alcanzaremos la victoria en esta batalla?

Y él responde:

-Sois muerto, Baligán. Vuestros dioses no han de poder salvaros. Carlos es fiero, sus hombres son valientes. Jamás vi raza tan atrevida en el combate. Pero llamad en vuestra ayuda a los barones de Occitania, turcos, árabes y gigantes. Venga lo que viniere, no tardéis.

CCLV

Deja el emir sobre la cota su barba blanca como la flor del espino. Suceda lo que fuere, él no quiere ya esconderse. Emboca una bocina de claro timbre y es tan alto su tañido, que sus infieles lo escuchan. Por todo el campo se juntan sus tropas. Los de Occitana braman y relinchan; los de Heraclea gañen como perros. Con qué temeridad van buscando a los franceses; lanzándose a lo más espeso, los acometen y los separan. De un golpe derriban allí, muertos, siete millares.

CCLVI

El conde Ogier jamás conoció la cobardía. Jamás mejor barón vistió loriga. Al ver romperse los cuerpos de batalla de los franceses, llama a Terrín, el duque de Argona, a Godofredo de Anjou y al conde Jocerán. Muy fieramente exhorta a Carlomagno:

-¡Ved cómo los infieles matan a vuestros hombres! ¡No placera a Dios que vuestra cabeza ciña la corona, si vos no atacáis al punto para vengar vuestra afrenta!

No hay quien responda una sola palabra. Todos espolean fuertemente y lanzan a fondo sus caballos y acometen a los infieles donde los encuentran.

CCLVII

Carlomagno, el rey, acomete maravillosamente. Y Naimón el duque, y Ogier el danés. Y Godofredo de Anjou, que lleva la insignia. Y mi señor Ogier el danés es valiente entre todos. Espolea su corcel, lo lanza con gran fuerza, y va a matar a aquel que lleva el dragón; con tal golpe, que derriba al momento, a sus pies, a Ambrosio, al dragón y la insignia del rey. Baligán ve su gonfalon abatido, y envilecido el estandarte de Mahoma. Entonces, el emir comienza a entrever que con él va la sinrazón y con Carlomagno el derecho. Los infieles de Arabia vuelven grupas. El emperador invoca a sus franceses:

-¡Barones, decid, por Dios, si me habéis de ayudar!

-¿Por qué lo preguntais? -responden los franceses-. ¡Felón será quien no acometa a ultranza!

CCLVIII

Pasa el día, se acercan ya las vísperas. Francos e infieles se acometen con las espadas. Los que enfrentaron a estos ejércitos son tan bravos el uno como el otro. Y no olvidan sus gritos de guerra:

-¡Preciosa! -clama el emir.

Carlos:

-¡Montjoie! -su famoso santo y seña.

A sus voces altas y claras, se han reconocido. En medio del campo se juntan y se requieren. Se reparten grandes golpes de lanza sobre sus adargas omadas de círculos. Uno a otro se las rompen por debajo de las anchas bocas. Los paños de las dos lorigas se desgarran, pero ninguno de ellos se llega a la carne. Las cinchas se rompen, resbalan las monturas. Los dos reyes caen. Pero se incorporan y pronto se ponen de pie. Ambos desenvainan furiosos sus espadas. Esta lucha no se trará de nuevo. Sin muerte de hombre no puede darse por acabada.

CCLIX

Muy valiente es Carlos, el de la dulce Francia, mas el emir no le teme ni tiembla. Los dos levantan sus espadas desnudas, y sobre los escudos se dan recios golpes. Se parten los cueros y las maderas, que son dobles. Caen los clavos; las bocas vuelan en pedazos. Después, a cuerpo descubierto, se acometen sobre las lorigas. Despiden centellas sus claros yelmos. No puede acabar esta lucha sin que uno de los dos reconozca su yerro.

CCLX

Dice el emir:

-¡Carlos, entra en razón! ¡Resuélvete a mostrarme que te arrepientes! En verdad tú me has matado a mi hijo y es muy contra derecho que reivindiques mi país. ¡Conviértete en mi vasallo, vente a Oriente como mi servidor!

Carlos responde:

-A mi entender será una gran villanía. A un infiel no le debo conceder ni paz ni amor. Recibe la ley que Dios nos revela, la ley cristiana. Al pronto te amaré. Sirve y confiesa al Rey Todopoderoso.

-¡He aquí que predicas un mal sermón! -dice Baligán!-. Entonces vuelven a atacarse a golpes de espada.

CCLXI

El emir es de gran vigor. Le da a Carlomagno sobre su yelmo de acero bruñido; se lo parte sobre la cabeza y lo hiende. La hoja baja hasta la cabellera y arranca un palmo entero de carne, o más; el hueso queda desnudo. Carlos vacila y va a caer. Pero Dios no quiere que lo maten ni que lo venzan. San Gabriel está otra vez a su lado, y le pregunta:

-Rey magno, ¿qué haces?

CCLXII

Cuando Carlos oye la santa voz del ángel, ya nada teme. Sabe que no ha de morir, y le vuelven su vigor y sus sentidos. Con la espada de Francia golpea al emir. Le rompe el yelmo, donde centellean las gemas; le abre el cráneo y el cerebro se derrama. Le hiende la cabeza hasta la barba blanca, y sin más recurso, lo abate muerto. Grita, entonces, ¡Montjoie! a fin de que los suyos se le reúnan.

Al grito, el duque Naimón ha venido. El tiene a Tencedor, y el rey magno vuelve a montar en él. Huyen los infieles. Dios no quiere que allí queden. Los franceses han llegado al fin tan deseado.

CCLXIII

Huyen los infieles por la voluntad de Dios. Los franceses, y el emperador con ellos, los persiguen.

Dice el rey:

-Señores, vengad vuestros duelos. Haced vuestra voluntad, y que se iluminen vuestros corazones, porque he visto esta mañana a vuestros ojos llorar.

-¡Señor, así debemos hacerlo! -responden los franceses.

Y cada uno asesta grandes golpes, tantos como puede. De los infieles que allí quedan, bien pocos escaparon.

CCLXIV

El calor es fuerte y el polvo se levanta. Los infieles huyen y los franceses los acosan. Hasta Zaragoza les persiguen. A lo alto de su torre ha subido Abraima, con ella sus clérigos y canónigos de la falsa ley que nunca amó Dios. No están ordenados ni tonsurados. Cuando ella ve a los árabes en tal rota, exclama en voz alta:

-¡Ayúdanos Mahoma! ¡Ah, gentil rey, he aquí vencidos a nuestros hombres! El emir fue muerto, de muerte afrentosa.

Cuando lo oye Marsil, se vuelve hacia el muro; sus ojos derraman lágrimas, inclina su cabeza. Ha muerto de dolor abrumado por el infortunio. Y entrega su alma a los viles demonios.

CCLXV

Muertos (...) son los infieles, y Carlos ha ganado su batalla. De Zaragoza la puerta ha derribado; sabe que ella ya no será defendida. Toma la ciudad. Penetran las tropas. Por derecho de conquista ellas dormirán allí aquella noche. Lleno de orgullo está el rey de la barba encanecida. Y Abraima le ha rendido las torres, las diez grandes y las cincuenta chicas. Quien obtiene la ayuda de Dios, bien acaba sus tareas.

CCLXVI

Pasó el día, cayó la noche. Clara es la luna y las estrellas brillan. El emperador ha tomado Zaragoza. Por mil franceses hace registrar a fondo la ciudad, las sinagogas y las morerías. A golpes de mazo y de hacha destruyen las imágenes y todos los ídolos: allí no ha de quedar ni maleficio ni sortilegio. El rey cree en Dios, quiere servirlo, y sus obispos bendicen las aguas. Se conduce a los infieles hasta el baptisterio, y si alguno se resiste a Carlos, el rey hace que lo cuelguen o lo quemen o lo maten por el hierro. Más de cien mil son bautizados verdaderos cristianos; más no la reina. Ella será llevada cautiva a la dulce Francia. El rey quiere que se convierta por amor.

CCLXVII

La noche pasa, se levanta el día claro. Carlos guarnece las torres de Zaragoza. Deja allí mil caballeros bien probados: ellos guardará la ciudad en nombre del emperador. El rey monta a caballo; lo mismo hacen todos sus hombres. Y Abraima, que es llevada cautiva; pero él nada quiere hacerle, más que el bien. Emprenden la marcha llenos de alegría y arrestos. Ocupan Narbona a viva fuerza, y se van. Carlos llega a Burdeos la famosa. Sobre el altar del barón San Severino deposita el olifante, lleno de oro y de monedas. Los peregrinos que allá van pueden verlo todavía. Pasa el Gironda en los grandes bajeles que allí encuentra.

Hasta Blaye ha conducido a su sobrino, y a Oliveros, su noble compañero, y al arzobispo, que fue sabio y valiente. En blancos féretros hizo colocar a los tres señores, en San Román; es allí que reposan los valientes. Los franceses los confían a Dios y a sus Nombres.

Por valles y por montes cabalga Carlos hasta Aquisgrán sin hacer alto en su jornada. Tanto cabalga que ya desmonta ante las gradas. En cuanto llega a su palacio soberano, ordena venir, por mensajeros, a sus jueces, bávaros y sajones, lorenenses y frisones. Llama a los alemanes, llama a los borgoñones, y a los potevinos, normandos y bretones. Y a los de Francia, que, entre todos, son sabios. Entonces comienza el juicio de Ganelón.

CCLXVIII

El emperador ha vuelto de España. Viene a Aquisgrán, la mejor sede de Francia. Sube a su palacio y entra en la sala. Y he aquí que a su encuentro sale Alda, una hermosa doncella. Y dice al rey:

-¿Dónde está Roldán, el capitán, que juró tomarme por esposa?

Carlos está sumido en gran dolor y pena. Lloro y se mesa la barba blanca:

-¡Hermana, amiga querida! -dice-. ¿Por quién preguntas tú? Por un muerto. Haré por tí el mejor trueque: será Ludovico. No podría encarecerte algo mejor. Es mi hijo. Es quien poseerá mis comarcas.

-Vuestra palabra me es extraña -responde Alda-. ¡A Dios no le place, ni a sus santos, ni a sus ángeles, que, muerto Roldán, pueda yo vivir!

Pierde la color. Cae a los pies de Carlomagno. Y muere al punto. ¡Que Dios tenga piedad de su alma! Los barones franceses lloran y la compadecen.

CCLXIX

Alda, la bella, ha llegado a su fin. Cree el rey verla desmayada, y se apiada de ella, y llora. La toma por las manos, la levanta. Sobre los hombros cae la cabeza. Cuando Carlos la ve muerta, manda luego por cuatro condesas. A un monasterio de monjas la conducen: toda la noche, hasta el alba, la velan. En la anchura de un altar, la entierran con gran pompa. El rey altamente la ha honrado.

CCLXX

El emperador ha regresado a Aquisgrán. Ganelón, el felón, entre cadenas de hierro, está en la ciudad ante el palacio. A un palo le amarraron los siervos. Las muñecas le ataron con correas de piel de ciervo, y le azotan fuertemente con varas y bastones. No merece otra recompensa. Con gran dolor espera allí su juicio.

CCLXXI

Escrito está en la antigua gesta que, de cada país, Carlos manda por sus vasallos. Se han juntado en Aquisgrán, en la capilla, en el gran día de una fiesta solemne; según dicen muchos, en la del barón San Silvestre. Desde entonces comienza el juicio y he aquí la historia de Ganelón, que ha traicionado. El emperador le hace llevar a su presencia.

CCLXXII

-Señores barones -dice Carlomagno el rey-. Juzgadme a Ganelón, según derecho. El vino con el ejército hasta España, junto a mí. El me ha quitado a veinte mil de mis francos. Y a mi sobrino, que ya no veréis jamás, y a Oliveros, el valeroso y cortés, y a los doce Pares; él les ha traicionado por dineros.

-¡Vergüenza sobre mí -dice Ganelón-, si de esto hago misterio! Roldán me hizo perjuicio en mis bienes y en mi oro. Por eso busqué su ruina y su muerte. Pero en que haya aquí traición, no lo concedo.

-Tendremos consejo -responden los franceses.

CCLXXIII

Ante el rey está, de pie, Ganelón. El cuerpo tiene muy gallardo, el rostro arrebolado. Si fuese leal, se creería ver en él un paladín. Mira a los de Francia, ya todos los juzgadores, y a treinta de sus parientes que se hallan junto a él. Después grita con voz alta y fuerte:

-¡Por el amor de Dios, barones, escuchadme! Yo fui, señores, con el ejército junto al emperador. Yo le servía con toda fe y con todo amor. Roldán, su sobrino, me tomó odio y me condenó a la muerte y al dolor. Fui enviado como mensajero al rey Marsil, y, por mi astucia, pude salvarme entonces. Desafié a Roldán, el esforzado, y a Oliveros, y a todos sus compañeros. Carlos y sus nobles barones escucharon mi reto. ¡Me he vengado, pero no fue traición!

-Tendremos consejo -responden los franceses.

CCLXXIV

Ve Ganelón que comienza un gran juicio. De sus parientes treinta están allí. Entre ellos hay uno a quien los demás atienden: es Pinabel, del castillo de Sorence. Sabe hablar bien y decir sus razones como es menester. Buen vasallo para defender sus armas. Ganelón le dice:

-Y vos, amigo, alejad de mí la muerte y la calumnia.

-Pronto seréis salvo -dice Pinabel-. Si se halla un francés que en juicio os condenare a ser colgado, quiero que el emperador, a él y a mí, nos lleve juntos a la justa, cuerpo contra cuerpo. Mi espada de acero le dará el mentís.

Ganelón, el conde, se inclina a sus pies.

CCLXXV

Bávaros y sajones han entrado en consejo, y los potevinos, normandos, franceses, alemanes y tudescos se hallan en multitud. Los de Auvernia son los más corteses. Por causa de Pinabel hablan en voz baja, y se dicen uno al otro:

-Conviene dejarlo como está. Abandonemos el juicio y roguemos al rey que por esta vez proclame que Ganelón es perdonado. Que Ganelón le sirva desde ahora en adelante con toda su fe y todo su amor. Roldán ha muerto. Jamás podréis ya verlo. Ni el oro ni la plata pueden ya devolvérmolo. ¡Muy loco sería quien combatiere a Pinabel!

Ni uno hay que lo apruebe, fuera de Terrín, el hermano de mi señor Godofredo.

CCLXXVI

Hacia Carlomagno retornan sus varones. Y dicen al rey:

-Señor, os lo rogamos. Proclamad libre al conde Ganelón. En adelante os servirá con todo amor y toda fe. Dejadle vivir, porque es un muy grande señor. Ni oro ni plata podrán devolveros a Roldán.

-Sois unos felones- dice el rey.

CCLXXVII

Cuando ve Carlos que todos le han fallado, inclina la cabeza con dolor, y dice:

-¡Desgraciado de mí!

Pero he aquí que viene hacia él un caballero, Terrín, hermano de Godofredo, un duque angevino. Enjuto tiene el cuerpo, feble y esbelto. Negros los cabellos y rostro asaz moreno. No es muy alto ni muy bajo. Cortésmente dice al emperador:

-Hermoso rey y señor, no os apenéis de esta manera. Largo tiempo os he servido, bien lo sabéis. Por mis antepasados, debo yo hablar como vais a oír; aunque Roldán no hubiese agravado a Ganelón, Roldán estaba a vuestro servicio; esto ya debe bastar para guardarle. Ganelón es un felón, en tanto que le ha traicionado. Es contra vos contra quien fue perjuro e hizo fechoría. Por esto yo juzgo que debe ser colgado y que de ello muera y que su cuerpo sea tratado como el de un felón que hizo felonía. Si él tiene un pariente que me quiera desmentir, con esta espada que ciño quiero a la hora sostener mi juicio.

-¡Bien habéis dicho! -dicen los franceses.

CCLXXVIII

Ante el rey se ha presentado Pinabel. Grande es, y esforzado; ágil y valiente. El que reciba un golpe suyo, su tiempo ha terminado.

-Señor -dice al rey-. Éste es vuestro tribunal. Mandad que no promueva tal escándalo. Aquí está Terrín, que ha juzgado ya. Yo impugno su juicio y voy a combatir contra él.

Y alarga el rey, en el puño, un guante de piel se siervo: el guante de su mano derecha.

El emperador dice:

-Buenos rehenes quiero.

Treinta parientes se ofrecen en la leal fianza. Y el rey dice:

-A mi vez yo os la tomaré.

Y los pone bajo buena guardia hasta que el derecho se manifieste.

CCLXXIX

Cuando ve Terrín que habrá batalla, presenta a Carlos su guante derecho. El emperador da por él fianza, y luego hace traer cuatro bancos a la plaza. Allí van a sentarse los que deben combatir. A juicio de todos, se han retado según las leyes. Es Ogier de Dinamarca quien ha concertado el doble desafío. Después ellos piden sus caballos y sus armas.

CCLXXX

Puesto que ya están prestos a enfrentarse en batalla, ambos se confiesan y son absueltos y bendecidos. Oyen sus misas y reciben la Comunión, y dejan a las iglesias grandes ofrendas. Después, los dos vuelven a presencia de Carlos. Se han calzado sus espuelas; se han revestido sus cotas, blancas, fuertes y ligeras, y sujetan, sobre sus cabezas, yelmos bruñidos. Se ciñen espadas guarnecidas de oro puro; cuelgan de sus cuellos el escudo cuartelado; empuñan con la diestra lanzas afiladas, y, por fin, ensillan sobre sus rápidos corceles. Lloran entonces cien mil caballeros, que por amor a Roldán tienen piedad de Terrín. Cuál será el fin, Dios bien lo sabe.

CCLXXXI

Cabe Aquisgrán, la pradera es muy ancha, y allí van a justar los dos barones. Ambos son esforzados y de gran destreza y son veloces y ardorosos sus corceles. Bien los espolean y sueltan del todo las riendas. Con todo su vigor llegan ambos a embestirse. Los escudos se rompen, vuelan hechos pedazos. Las cotas se desgarran y estallan las cinchas. Se resbalan los arzones y caen a tierra las sillas. Cien mil hombres lloran, que los ven.

CCLXXXII

Contra la tierra han caído los dos caballeros. Con presteza se ponen en pie. Pinabel es fuerte, ágil y ligero. Se requieren uno al otro. Ya no tienen sus corceles. Con las espadas de pomo de oro puro golpean y regolpean sobre los yelmos de acero. Los golpes son fuertes, para hendir los yelmos. Grande es la angustia de los caballeros franceses.

-¡Ah, Dios mío! -dice Carlos-. ¡Haced resplandecer el derecho!

CCLXXXIII

Pinabel dice:

-¡Terrín, date! Seré tu vasallo por fidelidad y por amor! ¡A tu placer te daré mis riquezas, pero busca que el rey se avenga con Ganelón!

-No me llevará mucho tiempo tomar consejo -responde Terrín-. ¡Vergüenza sobre mí si consiento en nada de eso! ¡Que en este día Dios haga resplandecer el derecho!

CCLXXXIV

Dice Terrín:

-Pinabel, eres muy valiente; eres grande y fuerte, tus miembros bien modelados, por tu vasallaje te conocen tus Pares. A Carlomagno lo haré avenirse. De Ganelón se hará justicia, y no pasará un día de que de ella no se hable.

-¡No place así al Señor Dios! -responde Pinabel-. Yo quiero defender a todos mis parientes. No retrocederé por ningún hombre mortal. Mejor morir que ser reprochado.

Y vuelven a golpear sus espadas contra sus yelmos incrustados de oro. Contra el cielo vuelan, claras, las chispas. Separarlos nadie podría. Este combate no puede acabar sin que un hombre muera.

CCLXXXV

De grandes hazañas caballero es Pinabel de Sorence. A Terrín le hiere sobre su yelmo provenzal. Brota el fuego, la hierba se enciende. De la hoja de acero presenta a Terrín la punta, que resbala por su frente. La mejilla derecha ha quedado ensangrentada y ensangrentada la cota, de la espalda a lo ancho del pecho. Dios le protege. Pinabel no le ha derribado muerto.

CCLXXXVI

Terrín ve que está herido en el rostro. Su sangre cae clara sobre la hierba del prado. Golpea a Pinabel sobre su yelmo de bruñido acero, lo parte en dos, le hiende hasta la nariguera, y le hace derramar los sesos. Revuelve la hoja en la herida y lo derriba muerto. Con este golpe es ya ganada la batalla.

-¡Dios ha hecho un milagro! -gritan los franceses-. Es de justicia que Ganelón sea colgado, y los parientes que por él respondieron.

CCLXXXVII

Cuando Terrín hubo ganado la batalla, viene hacia él Carlos, el emperador. Cuatro de sus barones le acompañan: el duque Naimón, Ogier de Dinamarca, Godofredo de Anjou y Guillermo de Blaye. El rey ha tomado a Terrín en sus brazos. Con grandes pieles de marta de su manto le seca la faz. Después arroja el manto y lo revisten con otro. Con mucha ternura, desarman al caballero. Se le monta en una mula árabe y se le conduce con alegría y con un bello arreo. Los barones regresan a Aquisgrán y echan pie a tierra en la plaza. Entonces disponen la muerte de los otros.

CCLXXXVIII

Carlos convoca a sus duques y a sus condes, y les dice:

-¿Qué me aconsejáis hacer con éstos que he retenido? Vinieron al juicio por Ganelón, y por Pinabel se han entregado a mí en rehenes.

-¡Ni uno de ellos tiene derecho de vivir! -responden los francos.

El rey llama a Basbrún, y le dice:

-Ve y cuelga a todos al árbol del bosque maldito. Por estas barbas, donde los pelos son canos, si se escapa uno solo, eres muerto y llegado a tu perdición.

-¿Qué otra cosa puedo hacer? -responde.

Con cien sargentos se los lleva a viva fuerza. Son treinta, todos fueron colgados. Quien traiciona pierde a los otros consigo.

CCLXXXIX

Entonces, se vuelven bávaros y alemanes, potevinos, bretones y normandos. Todos se han puesto de acuerdo, y los franceses los primeros, en que Ganelón debe morir en maravillosa angustia. Se traen cuatro corceles, y a ellos se le atan los pies y las manos. Fogosos y veloces son los caballos. Ante ellos cuatro sargentos les azuzan contra una yegua que está en medio del campo. Ganelón ha llegado ya a su perdición. Todos sus nervios se distienden, todos los miembros de su cuerpo se rompen; sobre la hierba verde se derrama su clara sangre. Ganelón ha muerto de la muerte que merece un feiún probado. Cuando un hombre traiciona a otro, no es justo que de ello pueda envanecerse.

CCXC

Cuando el emperador hubo tomado venganza, llamó a sus obispos de Francia, a los de Baviera y a los de Alemania:

-En mi casa tengo a una noble prisionera. Ella ha oído ya tantos sermones y parábolas, que quiere creer en Dios y pide ser hecha cristiana. Bautizada para que Dios posea su alma.

Responden:

-Que le den madrinas.

En los baños de Aquisgrán bautizan a la reina de España. Le han escogido el nombre de Juliana. Cristiana se hizo por verdadero conocimiento de la santa ley.

Cuando el emperador hizo justicia, y aplacada su gran cólera, hizo cristiana a Abraima. El día declina. La noche se tornó oscura. El rey se acostó en su cámara de bóveda. De parte de Dios, San Gabriel viene a decirle:

-¡Carlos, convoca a tus huestes por todo el imperio! A viva fuerza te presentarás en la tierra de Bira; socorrerás al rey Bibiano en su ciudad de Edesa, donde los infieles le han cercado. Allí los cristianos te llaman y te reclaman.

El emperador no hubiera querido ir.

-¡Dios! -dice-. ¡Qué de penas en mi vida!

Derraman lágrimas sus ojos y se mesa su barba blanca.

Y aquí termina la gesta de Turlo.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Lecturas complementarias

La sociedad feudal y la Edad Media

Los cantares de gesta nacen y se desarrollan en un mundo muy peculiar, regido por unas formas de poder características, que suelen englobarse bajo el término de *feudalismo*, que es la estructura política y económica de los siglos X al XIII en Francia, Inglaterra y el occidente alemán. El feudalismo ha sido definido como el conjunto de lazos personales que unen en una jerarquía a los miembros de las clases dominantes. Esta forma de dominio fue evolucionando a lo largo de la época clásica (ss. X-XIII) y tuvo un desarrollo más o menos diferente en cada uno de los territorios señalados; pero, por lo general, se mantuvo una serie de aspectos que serán considerados fundamentales y que muy pronto habrán de adquirir el valor de símbolos.

En efecto, se conserva la vinculación personal entre un *señor* y un *vasallo*: el señor concede una tierra (*feudo*) o beneficio a su vasallo, que se compromete a prestar determinados servicios al señor y le asegura una fidelidad por encima, incluso, de sus propios intereses; entre vasallo y señor existe, así, un contrato de *vasallaje*; este contrato constaba de varios actos que se realizaban por ambas partes para llevar a cabo la *encomienda*. El primero de los actos es el *homenaje*, que consta de dos partes: la *inmixtio manuum* (el señor toma entre sus manos las del vasallo) y el *volo* (declaración verbal de aceptación del contrato); a veces se puede prescindir del *volo*, pero no de la primera parte, que es la más representativa. A continuación se pronunciaba un juramento de fidelidad. Generalmente, tanto el homenaje como el juramento de fidelidad se presentaba en la residencia del señor. En tercer lugar, era muy frecuente que los dos actos anteriores se rubricaron con el *osculum* ('beso').

El contrato de vasallaje tiene dos efectos: el señor pasa a tener dominio sobre la persona del vasallo, a la vez que ambas partes contraen varias obligaciones. El poder del señor implicaba respeto y obediencia, que se expresan en determinados detalles (el vasallo sujeta el estribo al señor, le da escolta en días solemnes, etcétera).

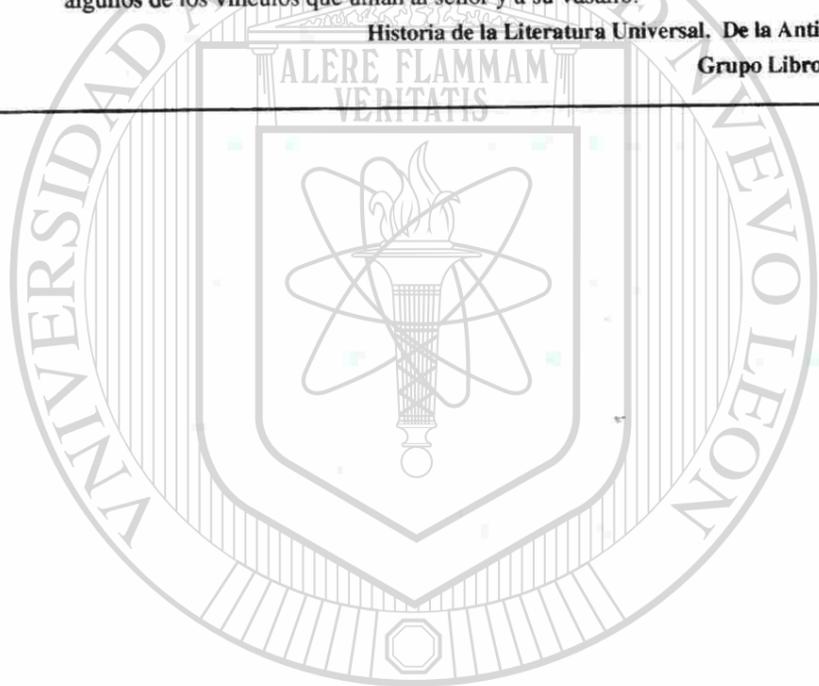
Las obligaciones de vasallo serán: ante todo, fidelidad a su señor; además, debe prestarle consejo y auxilio. Consejo, asistiendo a las cortes (*curia*) y a los juicios especiales. Auxilio, realizando el cumplimiento de un servicio militar a caballo al lado del señor, y puede estar obligado a llevar consigo un número indeterminado de caballeros, según su riqueza. El vasallo está obligado a mantener su castillo abierto al señor y a participar en sus gastos con un tributo o una ayuda pecuniaria; en casos excepcionales, el vasallo estaba obligado al pago del rescate del señor, si se encontraba prisionero; al pago de los gastos de la ceremonia de armar caballero al heredero del señor o del matrimonio de la hija mayor; y a acompañar a su señor si iba a Tierra Santa.

Por su parte, el señor debe al vasallo fidelidad y lealtad, obligándose a no cometer acciones que puedan comprometer la vida, el honor o los bienes del vasallo. A cambio del vasallaje, el señor concede protección y manutención a su vasallo. Protección defendiéndole contra los enemigos, tanto jurídica como militarmente. Manutención, alimentándolo cuando está en la corte o bien concediéndole los medios para que consiga su propia manutención; por lo general, esta obligación se resolvía en la cesión de un feudo, con las riquezas que de él se podían desprender.

El vasallo no tenía derecho a romper unilateralmente el contrato que le unía a su señor, salvo si éste abusaba de su poder hacia él: cualquier tipo de impuestos especiales o de acción que recayera sobre los súbditos del vasallo no bastaban para romper el contrato; pero si el señor, encolerizado, le daba una bofetada, en el acto quedaban rotas las relaciones.

Aunque el feudalismo se suele identificar con la Edad Media, tal idea es inexacta: el período clásico finaliza en el siglo XIII, pero muchos elementos subsistieron hasta la época moderna, y aun después de la Revolución Francesa pervivieron usos feudales, que ya habían perdido su simbolismo y su significado. La disolución de las ideas feudales se produjo de forma paulatina: primero, las relaciones personales dejaron de considerarse importantes y los actos vasalláticos y de fidelidad se convirtieron en meras formas sociales. Después, los burgueses llegaron a poseer feudos, equiparándose así a los caballeros y a los nobles. Las situaciones se hicieron cada vez más complejas; debido a la red de relaciones feudales que podía tener un vasallo; como consecuencia de esto, la legislación al respecto dejó de ser asequible a los profanos, produciéndose abundantes problemas de todo tipo. Por otra parte, y de forma paralela, se institucionalizaron algunos de los vínculos que unían al señor y a su vasallo.

Historia de la Literatura Universal. De la Antigüedad al Renacimiento Tomo I,
Grupo Libro 88, Navarra, 1990, p.p. 146-147.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Crítica de la Historia Pragmática

Una entrevista con Luis González y González por Tania Carreño King y Angélica Vázquez Mercado.

Existen en la historia patria mexicana una serie de mitos y mentiras que han prevalecido a lo largo de generaciones. ¿Cuáles hechos de la historia patria identificaría usted como tales?

- Todo tipo de historia se hace a partir de la realidad del pasado, pero en toda clase de historia existen algunos elementos de ficción. Hay muchas formas de hacer historia y en casi todas, en diversos grados, se cuele la ficción. Por ejemplo, en un tipo de relato histórico como es la biografía predomina de tal modo lo mítico que algunos la consideran más cercana a la literatura que a la ciencia histórica. También la historia narrativa admite ciertos elementos de ficción en calidad de adorno o para llenar lagunas en el relato.

En México la historia que más se consume es la llamada historia pragmática, que tiene como objeto hacer a los mexicanos más patriotas, identificar a cada uno de los vecinos de este territorio de dos millones de kilómetros cuadrados con algo que, de entrada, no tiene ser; con una patria a la que imaginariamente se le dotó de ser biológico que no tiene en la realidad. En la historia pragmático-política el sujeto mismo del acontecer histórico es ficticio y los acontecimientos se modifican para ajustarlos a los fines de acción que se pretenden. La historia edificante supeditó la verdad a la ejemplaridad. La que se enseña en nuestras escuelas aspira sobre todo a imponer un tipo de patriotismo y de conducta social. En este tipo de historia sólo se incluyen personas y sucesos que le favorecen a nuestro país, que lo hacen quedar bien frente a los otros países, que terminan por declarar que como México no hay dos. Este ejercicio histórico, inflamado de patriotismo, suprime verdades y mete como hechos simples deseos de los gobernantes. La historia pragmática, patriótica o edificante, suele apartarse del suceder real amparándose en el proverbio de que el fin justifica los medios.

A lo largo de toda la historia patria nos encontramos elementos de ficción, elementos míticos que tienen el propósito de afianzar el patriotismo. Hay que entender que el momento en que en México se pensó que era necesario difundir esta historia patria, esta historia de "bronce", esta historia hecha para formar buenos ciudadanos, fue después de la derrota que se tuvo frente a los Estados Unidos, la derrota del gobierno mexicano frente al gobierno de aquel país y la pérdida de gran parte del territorio. Entonces se creyó necesario hacer rápidamente historias patrias de México. El problema fue que los que hicieron estas historias muchas veces no eran historiadores profesionales o gente especialmente interesada en la historia, muchas veces fueron novelistas o poetas y se les hizo relativamente fácil inventar también personajes míticos que en alguna forma fueron ejemplos para las siguientes generaciones. Así, con toda facilidad nació de la mente de uno de estos historiadores el Pípila. Ahora, como ustedes saben, se considera al Pípila como un personaje real.

Se pueden distinguir sobre todo dos visiones contrarias de la historia de México que van emparentadas con las ideologías liberal o conservadora.

-En México se dan dos escuelas de historia edificante: la liberal y la conservadora. Los conservadores exaltan a Cortés, Iturbide, Miramón, y los liberales, que normalmente se han impuesto desde la Reforma para acá, proponen como modelos a seguir Cuauhtémoc, enemigo de Cortés, Hidalgo que en algún momento fue enemigo de Iturbide, y Juárez contrario a Miramón.

Se ha hecho en los últimos años mucha historia documental, que si no mal recuerdo Collingwood en algún momento la llamó "historia de tijera y engrudo". Consiste en tomar ciertos testimonios del pasado, recortarlos y agregarlos a otros testimonios del pasado. Con esta mezcla se hacen desde colecciones documentales hasta

historias que son simple repetición de lo que ya dijeron los testimonios originales. Pero ahora los mexicanos del mundo universitario estamos muy orgullosos porque ya practicamos lo que se llama una historiografía científica, una historiografía que va más allá de la simple narración histórica, que va más allá de ser una historia para levantar el espíritu cívico, que aspira precisamente a reflejar el suceder real. Sin embargo, aun en esta historia científica no deja de haber ciertos elementos que son ficciones, pero en mucho menor medida que en las otras historias que hemos visto.

Hay incluso una historia que, como ustedes saben, se llegó a pensar que iba a dejar atrás a todas las otras: la "Cliometría". La "Cliometría" es historia cuantitativa, pero como de los testimonios que tenemos del pasado son muy pocos los de carácter serial, sólo se ha logrado captar a través de los numerosos aspectos muy pequeños de la realidad de otras épocas, algunos aspectos económicos, algunos aspectos de la vida demográfica, pero nada más.

Después de esto vendrán ya otro tipo de historias que abiertamente se dedican a la ficción, al mito. Entre ellas estaría la filosofía de la historia, que actualmente está en bastante descrédito. La última filosofía de la historia con amplia circulación fue el materialismo histórico, que ya no es muy respetado. Sobre este tipo de historia le cuento una anécdota: un profesor de Michoacán, que según él la practicaba, la llamaba historia lógica, es decir, partir de una idea que se tiene de la historia y a partir de esa idea ir deduciendo los acontecimientos concretos. En una ocasión yo le pregunté: "Oiga, usted hace referencia a que Hidalgo pasaba sus vacaciones en la época en que era estudiante del seminario en la Piedad y ahí se dedicaba a piropear a las muchachas. ¿Usted encontró algún documento acerca de esto?" Y él me respondió: "Hombre, si es pura historia lógica. Mire: Hidalgo, como todos los estudiantes, tenía su periodo de vacaciones, ¿cierto? Él era de un pueblito muy insignificante que se llamaba Abasolo, entonces lógicamente no podía aguantar todas las vacaciones en ese pueblito, ¿verdad? Entonces se trasladaba a la población de más importancia cerca de su pueblo que era La Piedad, eso también es lógico. Ahora, en La Piedad usted ha visto que hay muchachas muy bonitas: entonces es lógico que a Hidalgo le hayan despertado sentimientos amorosos y les haya dicho piropos". Esto es, digamos, una forma caricaturesca de hacer historia, pero de hecho todas las llamadas filosofías de la historia son eso, un deducir los sucesos particulares de una idea general que se tiene del hombre.

La conciencia histórica que se tiene en México es por lo general la que se enseña en las escuelas, pragmática, oficial, pero también existe otra que es la historia que en general comparten los universitarios, que va desde una historia científica hasta la historiometría. Por otra parte también existe la filosofía de la historia, que sobre todo manejan ciertos partidos políticos.

Habría que hablar sobre esta otra forma de hacer historia: la novela histórica. Hay probablemente tres niveles en la vida de los seres humanos. Uno es el nivel público, lo que cada gente hace, incluso con el interés de ser conocido por los demás, o por lo menos sin poner trabas de que sea conocido. El segundo nivel es el de la vida privada, que supone que no tiene por qué andar en boca de todo mundo. El tercer nivel es el de la vida secreta, que supone que de ninguna manera deben de saberla los demás. Bueno, la historia pública, que es la que generalmente hacen los historiadores narrativos o los historiadores científicos, cuenta con las fuentes o documentos que ha dejado sin reserva la vida pública pasada. En relación con la historia privada -que últimamente se ha puesto de moda-, en alguna forma se pueden encontrar fuentes que den a conocerla. Pero la vida secreta deja muy pocas huellas, nadie deja recibos de lo que se robó, o de lo que hizo en contra de lo aceptado comúnmente por la sociedad. La vida secreta cunde a través del chisme en el ámbito social, pero sin dejar huellas documentales. A partir de ese chisme se hace esa historia que se llama novela histórica.

En *La guerra de Galio*, de Héctor Aguilar Camín, hay muchas cosas que realmente así fueron; sin embargo, no se pueden probar. Ahora, ese tipo de novela histórica usa muchas ficciones externas, cambia por supuesto

los nombres de las personas, establece diálogos que por supuesto nadie pudo oír o captar literalmente.

Regresando a la historia patria mexicana, ¿qué otras formas de mito encuentra en la idea oficial que existe sobre el pasado mexicano?

-Miren, una de las cosas que se debatieron a propósito del libro de texto de 1992 de Historia de México, fue que para nada se mencionaba a los Niños Héroes. Este es un buen ejemplo. Indudablemente que hubo esa batalla en Chapultepec con miembros del Colegio Militar, pero lo único que se sabe con certeza es el hecho de la muerte de cinco jóvenes. Ahora, que hayan tenido ellos estatura de héroes, es decir, que hayan tenido a la hora de su muerte un sentimiento patriótico intenso en contra de los invasores norteamericanos, de eso no se sabe absolutamente nada. El carácter heroico de estos cinco muchachos es algo que los historiadores han agregado después. Probablemente muchos de los que sobrevivieron tuvieron más esos sentimientos de heroicidad que los cinco fallecidos; sin embargo, esos sobrevivientes en general han pasado a la lista negra de la historia oficial, pues la mayor parte de ellos después fueron generales del partido conservador.

La historia patria mexicana suele dividir de forma muy simplista a los mexicanos: en héroes y villanos, en amigos de la patria y enemigos de la patria. Los que han luchado en las guerras mexicanas muchas veces lo han hecho por necesidad o como simples soldados mercenarios, otras veces lo han hecho porque fueron pescados en leva y tuvieron que combatir del lado del partido que se los llevó a los campos de batalla. Generalmente no existe un sentimiento patriótico o antipatriótico entre los actores de la historia, ese carácter lo define después el historiador. Lo mismo pasa con los grandes héroes en general: no es que tuvieran como finalidad principal el mejorar la figura de México o de su patria frente a los demás países, sino quizá tenían como finalidad alcanzar el poder por encima de todo y para alcanzar el poder se necesita justificarlo con ciertas ideas, con ciertas doctrinas. Aceptar esto no es tan grave, después de todo el ansia de poder, el ansia de fama, son sentimientos muy humanos.

Son muy comunes los mitos que se forman alrededor de las personalidades históricas; sin embargo, también hay ciertos procesos de la historia de México que se han mitificado, ¿cuáles serían los casos más comunes?

-Se ha mitificado sobre todo el aspecto político, porque la historia pragmática se ocupa poco de la vida material, de la vida económica y se ocupa mucho menos de los valores que le dan sentido a la sociedad, los valores culturales. Entonces, naturalmente lo que más se ha falsificado es el aspecto de la vida política en la historia.

Hay muchos procesos en la historia patria que se rodean de un aura mítica. Por ejemplo, se ha hecho creer que todos los que lucharon en la Independencia con las armas en la mano, lucharon o bien para conseguir la independencia de México de la administración española o bien para defender la supeditación de México a España. De hecho hubo intereses de otro carácter, hubo muchos levantamientos pequeños en distintas partes del país por motivos mucho más concretos. Les voy a poner un caso: el nombre del municipio donde yo nací es Marcos Castellanos. Marcos Castellanos era un sacerdote, cura de Sahuayo, que tenía unas propiedades en la orilla del lago de Chapala. Varios pequeños propietarios de esa zona sufrieron el ensanchamiento de una hacienda grande que se llamaba la Hacienda de Guaracha. Entonces, cuando surgió el movimiento de Hidalgo y las demás gentes, todos éstos le dijeron al señor cura "pues ahora es cuando debemos levantarnos para recuperar nuestras tierras". Este alzamiento -como muchos otros de este tipo- se sumó al conjunto de levantamientos bélicos que hubo en el país; pero en este caso, como en muchos otros, no existía una concepción de la lucha por la independencia del país, ni mucho menos.

Lo mismo pasa con la Revolución Mexicana, en donde se dieron distintos movimientos al mismo tiempo, incluso contradictorios. John Womack dio a conocer claramente que Zapata luchó no por imponer esos nuevos principios que se supone fueron la Revolución Mexicana, sino por devolver a su tierra las formas de vida que habían tenido en la época colonial. Es decir, dentro de lo que se llama Revolución Mexicana se luchó por razones distintas, hubo móviles distintos y también distintos movimientos y no fueron todos los que

supuestamente ganaron la revolución.

Son varios los procesos que han sido mitificados o falseados por la historia patria oficial, pragmática como hemos dicho. La construcción de esta historia ha estado en manos generalmente de los grupos liberales y por esos existe, digamos, una visión parcial. Por ejemplo, si tomamos en cuenta que la sociedad mexicana del siglo XIX era en su mayoría conservadora, podemos entender que la figura de Maximiliano era muy popular, la idea de monarquía era la que prevalecía en la concepción de gobierno que tenía la sociedad mexicana. Lo extraño, lo ajeno era la idea de formar una república. Sin embargo con el triunfo de los liberales, las concepciones conservadoras quedaron marginadas.

Habría que decir que un elemento importante de la historia patria es la construcción de símbolos. La historia mexicana está llena de símbolos que son utilizados para fortalecer el sentimiento patriótico. Lo paradójico en este caso sería que muchos de estos símbolos podríamos identificarlos con una concepción conservadora, mientras que están enarbolados por la historia liberal. Es el caso, por ejemplo, de la Virgen de Guadalupe.

¿A qué se debe que cada época histórica construya mitos sobre su pasado?

-Se debe básicamente a la idea que se tiene de que hay que convencer a todos los miembros de un Estado-nación de que son parte de un todo y de que por ese todo deben de pelear hasta el final, convencerlos de que son soldados de la patria dispuestos a derramar su sangre por ella. Los orígenes míticos de la historia patria que conocemos hay que buscarlos sobre todo en el siglo pasado, en donde el sentimiento nacionalista creció mucho en todas partes y naturalmente se formó este tipo de historia nacional. Ahora que los nuevos medios de comunicación y de transporte han puesto tan cerca a las gentes de unos lugares con otros, como que el sentimiento nacional ya no es tan fuerte, ya se acepta vivir, convivir dentro de un Estado-nación sin necesidad de tener que despotricar contra otras naciones. Antes una de las obligaciones de uno como mexicano era hablar mal de Estados Unidos, de Cuba, de Guatemala; ahora pues ya sabemos que vivimos dentro de una administración diferente a la de otras partes pero no por eso somos seres humanos diferentes. Tenemos una lengua y esto nos diferencia sólo en la forma de comunicación. Pero nada más. Seguimos siendo seres humanos con las mismas características de los que habitan en Suecia, en el centro de África, de Asia, etc. Es decir, ahora van imponiéndose poco a poco dos cosas: por una parte, el sentimiento de universalidad, es decir, el saberse perteneciente a esto que se llama la raza humana. Esto se ha fortalecido más últimamente. Pero también, y es curioso, se ha fortalecido lo opuesto: el saberse pertenecientes a una pequeña comunidad, a un grupo de personas que se conocen entre sí, que incluso tienen parentescos entre sí, de tal modo que ahora los factores dominantes en el sentimiento de las personas son el del humanismo y el de lo que alguna vez he llamado el "matriotismo". En este momento, estando en la Ciudad de México, nosotros nos sentiríamos más identificados, por ejemplo, no con toda la ciudad sino con el barrio en el que vivimos, por un lado, y con el mundo por el otro lado. Esto no quiere decir, por supuesto, que vayan a desaparecer los sentimientos nacionales en corto plazo, pero yo creo que sí hay una tendencia en este sentido.

¿Cuál sería su propuesta para hacer una historia patria mexicana menos mítica, más cercana a la realidad, más humana?

-En buena medida algo que sirve para desmitificar la historia patria es hacer más estudios de historia local, porque ahí se ven los fenómenos de otra manera. La historia local sirve para deshacer muchos mitos de la historia nacional. Viendo la vida a través de pequeñas comunidades ve uno que además de estos elementos que supuestamente forman la vida nacional, existen muchos otros que de alguna forma se oponen a esos movimientos generales. Por ejemplo, yo al hacer la historia particular de mi pueblo cuando me di cuenta de que el movimiento de independencia no tenía estas intenciones de independizar a una nación de otra sino que obedecía a factores de carácter local. Yo creo que es muy importante darse cuenta de que se distorsiona mucho

la vida de un país cuando se supone que todos sus miembros se comportan como si fueran un solo hombre. En una nueva historia patria deberían de incluirse bastantes elementos de historia regional dentro de la historia general del país. Por ejemplo, cuando se haga referencia, vamos suponiendo, a la guerra de Independencia, decir, bueno, los jefes más conocidos de este movimiento creían tales cosas y para realizarlas ejecutaron tales acciones, pero muchos de los que se llaman sus seguidores creían de manera diferente y la resolución de sus problemas fue de manera distinta. Hay que hacer notar las diferencias que existen en la vida histórica de México. Este país es después de todo un conjunto de sierras y valles y en cada valle se ha hecho una historia particular diferente a la del valle contiguo. Una nueva historia nacional tendría que insistir en la pluralidad del país.

Por otra parte yo pienso que los elementos más valiosos de la vida social, de la vida de los seres humanos en comunidad, son precisamente su cultura, es decir sus formas de ver el mundo, sus formas de interpretar los fenómenos naturales y sociales. Yo sí creo que se debe de tender cada vez más a una historia de carácter cultural.

Pero una desmitificación total de la historia no se puede hacer. Todos vivimos de mitos en mayor o menor grado. Se puede llegar a hacer una historia más cercana al suceder real que la que viene utilizándose en las escuelas. Es decir, se puede avanzar en esta línea de la objetividad histórica sin llegar nunca, por supuesto, a la conquista total de la verdad. Yo creo que los pasos que se están dando ahora van en el sentido de ver al ser humano en su dimensión real, no en sus proyecciones míticas hacia la grandeza o hacia la maldad absoluta. Se ha avanzado bastante al hacer, por ejemplo, historia de la vida privada; una historia no sólo de los gestos públicos, de los héroes, de los gobernantes, los sabios o los santos. Este tipo de historia ha servido mucho para tener una idea más cabal de la vida que vivimos.

González y González, Luis. "Crítica de la historia pragmática"
(Entrevista) en Nexos 191, noviembre de 1993, pp 35-39.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Bibliografía

Unidad 1

- AMBROGIO, Ignazio:
Ideologías y Técnicas Literarias
Trad. Antonio Sánchez Trigueros, Madrid, Akal editor, 1975.
- BARTHES, Roland, et al:
Literatura y Sociedad
Trad. R. de la Iglesia, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1977.
- CHINOY, Ely:
La sociedad
Trad. Francisco López Cámara, México, FCE, 1987.
- ENGELS, F:
El origen de la familia
México, FCE, 1970.
- ENCICLOPEDIA BARSA, Tomos 9 y 14. México, 1986.
- ENCICLOPEDIA CULTURAL, Tomos 7 y 8, México, Unión Tipográfica Editorial Hispanoamericana, 1978.
- ESCARPIT, Robert:
Sociología de la literatura
Trad. Francesc Garriga, Barcelona, Oikos-Tau, Ediciones, 1971.
- GARCIA PELAYO, Ramón:
Diccionario usual enciclopédico
México, 7a. reimp., Larousse, 1985.
- HELL, Víctor:
La idea de cultura
Trad. de Víctor Martínez Moctezuma, México, FCE, 1986.
- KLINKOWITZ, Jerome:
La literatura del futuro, (La novela norteamericana postcontemporánea y las rupturas literarias),
Trad. Anibal Leal, Argentina, Edisar, 1978.
- LANDOWSKI, Eric:
La sociedad figurada
México, FCE, México, 1989.
- LUGAN, Jean-Claude:
Elementos para el análisis de los sistemas sociales
Trad. José Barrales Valladares, México, FCE, 1990.
- MORAN, Fernando:
Nación y alienación en la literatura negroafricana
Madrid, Cuadernos Taurus No. 61, 1961.

- MORENO Y KALBTK, Salvador et al:
Dinámica de las sociedades de la antigüedad
México, Ediciones Pedagógicas, 3a. ed., 1986.
- NORA, Simón y Alain Minc:
La informatización de la sociedad
Trad. de P.G. de Pruneda y Rodrigo Ruza, México, FCE, 1992.
- SENIOR, Alberto F.:
Compendio de un curso de Sociología
México, Editor Méndez Cteo.
- THOREENS, Leon:
Historia universal de la literatura, (Inglaterra y América del Norte)
Trad. de L. Rodríguez, México, Ed. Daimon, 1977.
- (Italia y Alemania) Trad. de L. Rodríguez y J.A. Fontanilla, México, Ed. Daimon, 1977.
- TOMACHEVSKI, B.:
Temática en Teoría de la literatura de los formalistas rusos
México, Siglo XXI, Editores, 3a. ed.
- WELFORD, A.T. et. al:
Sociedad (Problemas y métodos de estudio)
Trad. José Toro Trallero, Barcelona, Ed. Martínez Roca, 1962.
- WILSON, Edward O.:
Sociobiology
U.S.A., Belknap Harvard University Press, 1975.

Unidad 2

- BROM, Juan:
Esbozo de Historia Universal
México, Ed. Grijalbo, 1973.
- Para comprender la Historia*
México, 8a. ed., Ed. Nuestro tiempo, 1974.
- CAILLOIS, Roger:
La cuesta de la guerra
México, F.C.E. (Col. Breviarios # 227) 1975.
- CARR, Edward Hallett:
¿Qué es la Historia?
Barcelona, 6a. Ed. Seix Barral, 1976.
- ENCICLOPEDIA BARSA.
México, Encyclopaedia Británica Publishers. Inc. 1981. Tomo 8.
- ENCICLOPEDIA CULTURAL.
México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana. 1980.

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis:
 "Crítica de la Historia pragmática",
 (Entrevista) en Nexos 191, noviembre de 1993, pp 35-39.

"El liberalismo triunfante" en *Historia General de México*,
 El Colegio de México, 1987, Tomo 2.

Invitación a la Microhistoria,
 México, 2da. ed. F.C.E., 1986.

"La lección del estilo"
 (Entrevista) en Nexos 174, junio de 1992, pp 85-90.

GOYA, Madrid, Ed. Debate, (Col. Protagonistas de la Civilización # 1), 1983.

Historia de la Literatura Universal.
 "De la antigüedad al Renacimiento",
 Navarra, Grupo Libro 88, 1990, Tomo 1.

LÓPEZ REYES, Amalia y José Manuel Lozano Fuentes
Historia General de México
 Compañía Editorial Continental, 1986.

Historia Universal
 México, 22a. impresión, Compañía Editorial Continental, 1972.

MÁRQUEZ RODRÍGUEZ, Alexis:
Historia y ficción en la novela venezolana,
 Venezuela, Monte Avila Editores, 1991.

MENTON, Seymour:
La nueva novela histórica de la América Latina (1979-1992)
 México, F.C.E., 1993.

PEREYRA, Carlos, Luis Villoro, Luis González et al:
Historia ¿para qué?
 México, 14a. ed. Siglo Veintiuno editores, 1993.

PIRENNE, Jacques:
Historia Universal. "Las grandes corrientes de la historia"
 México, 12a. ed. Cumbre, 1976, Vols. II, V y VIII.

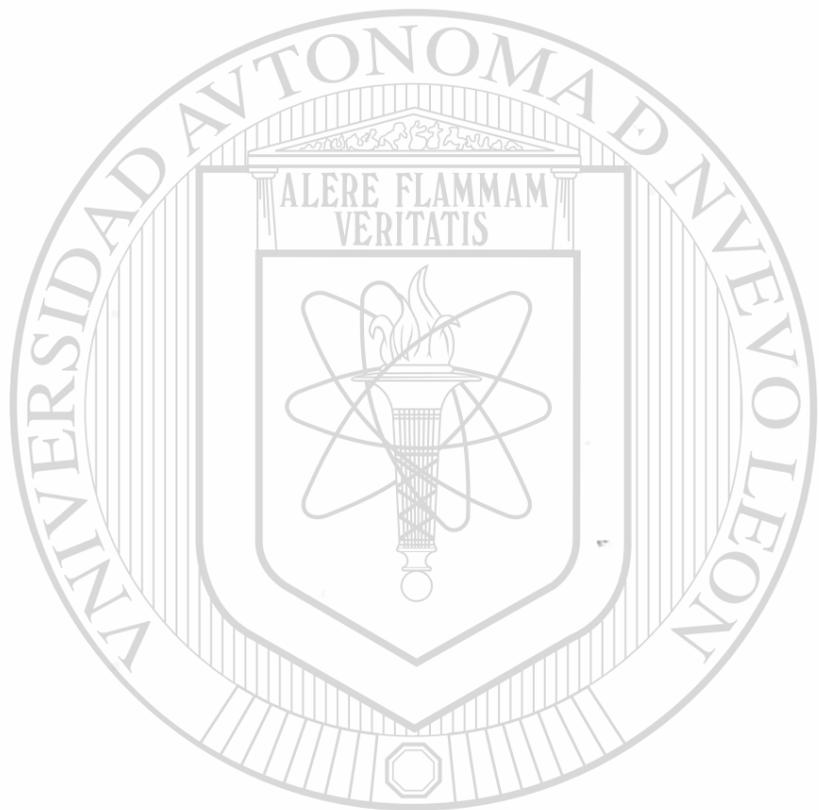
Teoría de la Historia
 Antología de Lecturas, Guadalajara, México, 1985.

WHITE, Hayden:
El texto histórico como artefacto literario (Artículo)
 Trad. por Maricela Gómez Elizondo, Monterrey, N.L. 1993, (Mecanograma).

Metahistoria "La imaginación histórica e la Europa del siglo XIX"
 México, F.C.E. 1992.

II INDICE

	pag.
Unidad 3	
La variable economía en el texto literario	3
Objetivos	4
Introducción	5
La economía a través del tiempo: Los griegos, la economía en la Edad Media. El Mercantilismo. Escuela clásica. Escuela socialista. Escuela capitalista. Comunismo. Corporativismo	5
La variable economía en el texto literario	13
Tema: El poder	17
Estrategia de lectoescritura para "El Caballero y la Muerte", de Leonardo Sciascia	18
Estrategia de lectoescritura para "El Príncipe", de Nicolás Maquiavelo	20
Estrategia de comparación:	23
"El Caballero y la Muerte"	25
"El Príncipe"	59
Unidad 4	
La variable religión en el texto literario	100
Objetivos	101
La religión. Noción y origen	102
La magia. Una forma primitiva de religión	102
Politeísmo	103
Panteísmo	109
Budismo	109
La variable religión en el texto literario	111
Religiones monoteístas	118
Judaísmo	118
Cristianismo	119
Islamismo	124
Cómo identificar la variable religión en el texto literario	125
Estrategia de lectoescritura para "San Manuel Bueno, mártir", de Miguel de Unamuno	126
Estrategia de lectoescritura para "Los ojos del hermano eterno", de Stefan Sweig	130
Estrategia de comparación:	133
"San Manuel Bueno, mártir"	134
"Los ojos del hermano eterno"	157
 Bibliografía	 183

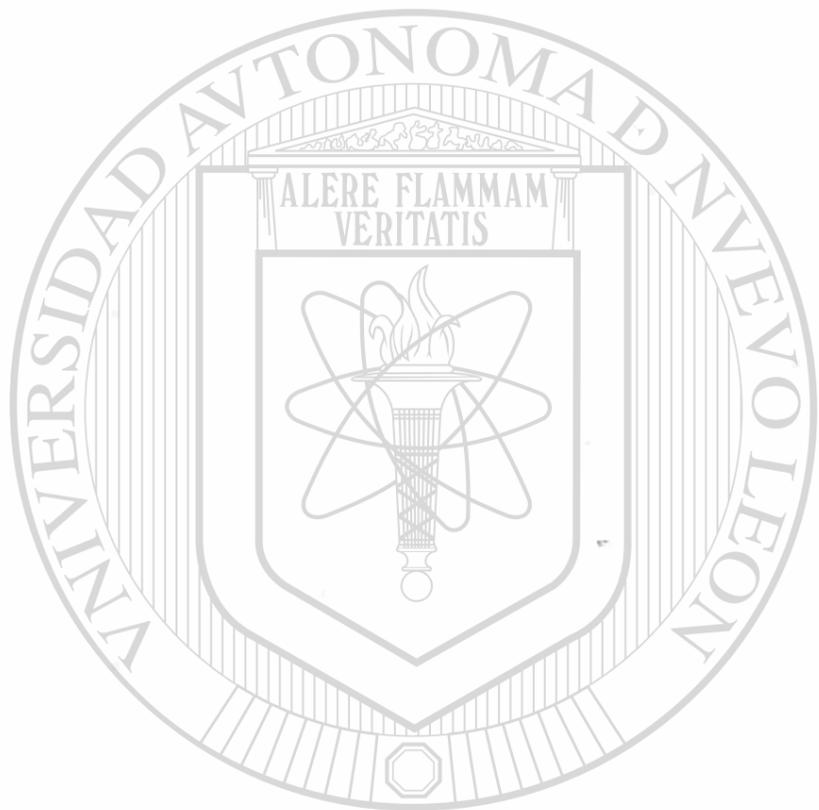


U A N L

Unidad 3
La variable economía en el texto literario

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANL

Unidad 3
La variable economía en el texto literario

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA VARIABLE ECONOMÍA EN EL TEXTO LITERARIO

OBJETIVOS

Que el alumno :

- Comprenda el concepto economía como variable para analizar el texto literario.
- Identifique en textos literarios las características que les confiere la variable economía.
- Aplique el concepto de variable para buscar semejanzas y diferencias en textos de diferentes épocas.
- Establezca relaciones entre los textos analizados tomando en cuenta la variable economía.
- Investigue en textos especializados la información necesaria para ubicar adecuadamente las características económicas en el texto literario.
- Establezca relaciones entre las variables sociedad, historia, economía, y religión dentro de los textos analizados.
- Analice las diferentes formas en que se ha tratado el tema del poder en los textos literarios a través del tiempo.
- Organice sus ideas en un breve comentario personal.

LA VARIABLE ECONOMÍA EN EL TEXTO LITERARIO

Introducción

Un tema de reflexión obligado en la actualidad es el de la economía por las múltiples implicaciones que ésta tiene en nuestra vida diaria, los medios masivos de comunicación dan cuenta a cada instante de noticias relacionadas con problemas económicos tanto de índole nacional como internacional, trataremos de explicar el significado del término y su relación con el texto literario.

A la Economía se le ha definido de diversos modos: Administración recta y prudente de los bienes, Buena distribución del tiempo y otras cosas inmateriales, Riqueza pública, por su origen etimológico significa: Ley o administración de la casa, ya que proviene de los términos griegos: *oikos*, casa y *nomos*, ley; pero su acepción más generalizada actualmente es la de: Ciencia que estudia el proceso de la actividad humana que consiste en la producción y distribución de los bienes necesarios para satisfacer las necesidades humanas tales como: alimentación, vestido, alojamiento, educación y diversión, entre otras, este proceso se repite a través del tiempo.

Bienes, son los objetos que satisfacen las necesidades: pan, ropa, casa, libros, filmes, entre otros, y deben ser obtenidos de la naturaleza por el hombre mediante el proceso de **producción**, actividad que consiste en adaptar las fuerzas y las reservas naturales a sus necesidades a través de lo que se denomina **trabajo**, para hacerlo, el hombre utiliza **medios de producción**. Los bienes son, pues, fruto del trabajo y como sirven no sólo para satisfacer necesidades individuales sino colectivas, la producción tiene carácter social, por lo que se hace necesaria la **distribución** de esos bienes producidos.

Este proceso de producción y distribución de bienes ha variado a través del tiempo ya que las circunstancias económicas de cualquier país siempre se ven influenciadas por las condiciones sociales, culturales, políticas y religiosas de la época, así como por el grado de desarrollo alcanzado en su sistema de producción.

Los primeros temas económicos se conocen a través de costumbres y leyes de la época o bien expresados en forma accidental en obras diversas ya que no fueron elaborados en forma científica. Las ideas económicas que estos temas llevaban implícitas se referían a la propiedad, al cultivo de la tierra, la reglamentación del trabajo y salarios, etc.

Como en la antigüedad muy a menudo el hombre estuvo sometido al clero o al orden de un estado absoluto, las ideas económicas estaban ligadas a la filosofía, ética, religión y derecho.

La Economía a través del tiempo.

Los griegos: Un lugar primordial en el pensamiento económico antiguo lo ocupan los griegos, ya que describen los fenómenos económicos a través de sus obras, bajo principios políticos y morales. Identifican a la economía (*oikos*, casa y *nomos*, ley) como la administración del hogar, y ese concepto es suficiente para su análisis, así como para estudiar la naturaleza y las necesidades económicas, ya que la sociedad típica de aquel tiempo estaba formada por unidades familiares que eran a la vez productoras y consumidoras.

Platón, Aristóteles y Jenofonte dejaron constancia de su pensamiento en relación a la economía. Jenofonte, escribió varios tratados sobre la administración de las haciendas y el hogar, en su ensayo *Oeconomicus*, elogia a la agricultura, alabando a la naturaleza como fuente de toda producción y al trabajo agrícola como una ocupación saludable. Se muestra partidario de la esclavitud

pero *practicada humanamente*. Define la riqueza como el exceso de bienes sobre las necesidades. Sus ideas sobre la división del trabajo, de la hacienda pública y su teoría de que los precios son determinados por la oferta y la demanda las expone en otro de sus ensayos titulado *Procedimientos y medios para aumentar la riqueza de Atenas*.

Platón plasma algunas ideas económicas en su libro: *La República*, en él manifiesta su preocupación por desarrollar los principios que deben regir una sociedad ideal y defiende la importancia del estado colectivo frente al individual, aduciendo que las ciudades-estado surgen de las necesidades de cooperación que deben establecerse entre los individuos para subsistir y satisfacer sus necesidades. Idealiza la justicia como la organización armoniosa de las partes en un todo. Expone que las bases adecuadas de la organización social deben ser la división del trabajo y la especialización en cada oficio.

Habla de la producción al referirse a que cada familia y ciudad-estado deben de producir los bienes que necesitan y además un excedente, para intercambiar con el excedente de otras ciudades y así obtener una mayor variedad de bienes en cada una de ellas. Clasifica la población en tres grupos y especifica cual es la actividad de cada uno: **artesanos**, miembros de la sociedad encargados de la producción de los bienes requeridos; **guerreros**, encargados de la defensa y **gobernantes**, encargados de impartir justicia y conducir acertadamente a la sociedad, considerados por esto como hombres sabios. Además aseguraba que no se debía confiar en las masas porque por lo general carecían de educación. Le concedía poca importancia al capital y no consideraba sana la acumulación del mismo. Enseguida presentamos un fragmento de dicha obra:

"Es, pues cosa reconocida entre nosotros, mi querido Glaucón, que en un Estado bien regido todo debe hallarse en común, la educación, las mujeres, los hijos, los ejercicios que se refieren a la paz y a la guerra, así como que es preciso dar a ese Estado por jefes a hombres consumados en la filosofía y en la ciencia militar.—Sí— Asimismo convinimos en que, una vez instituidos, los jefes irán, con los guerreros en quienes mandan a morar en casas tales como ya dijimos, comunes a todos, y en las que nadie poseerá nada en propiedad.

Aparte del alojamiento, acaso recuerdes lo que habíamos dispuesto tocante a los ingresos de los guerreros.—Sí recuerdo que nos había parecido conveniente que ninguno de ellos tuviese en propiedad cosa alguna, como los guerreros de hoy, sino que, considerándose como atletas destinados a combatir y a velar por el bien público, debían atender a su seguridad y a la de sus conciudadanos, y a recibir de los demás como premio a sus servicios lo que cada año necesitasen para su sustento.

Pues oye, a ver si no tengo razón. Lo que al principio establecimos, cuando fundábamos nuestro Estado, es la misma justicia, o por lo menos algo que se le asemeja. Ahora bien, decíamos y hemos repetido varias veces, si bien recuerdas, que cada ciudadano debe tener un solo empleo, aquel para el cual trae, al nacer, más disposición.—Eso es lo que decíamos.—Pero hemos oído decir a otros, y nosotros mismos lo hemos dicho, que la justicia consiste en ocuparse únicamente de los propios asuntos, sin intervenir para nada en los ajenos.—Eso dijimos.—Avancemos un paso, amigo mío... cuando cada orden del Estado: artesanos (o mercenarios), guerreros y magistrados, permanece dentro de los límites de su empleo, eso debe ser la justicia".

Platón, Diálogos: *La República* Ed. Porrúa.

Aristóteles, discípulo de Platón, reunió en varias obras el conocimiento económico de su época aún cuando no escribió una obra específica sobre el tema, cambió la interpretación de economía doméstica por el de economía política por considerar que el término denominaba las operaciones y reglamentos de la ciudad estado más que las del hogar. Igual que Jenofonte era partidario de la esclavitud pues consideraba que en una sociedad debe haber dirigentes y dirigidos, consideraba la riqueza como un medio para lograr una vida mejor más que como un fin en sí misma, y decía que ésta podía adquirirse de dos maneras: la natural, que proviene de la explotación de los recursos naturales, y la otra que proviene del comercio, la que enriquece a unos a expensas de otros y con la cual no estaba de acuerdo por la influencia de los principios morales de la época.

Le concedía gran importancia al dinero como medio de intercambio, pero según decía éste no debía generar más dinero por sí mismo, por lo que no debía existir la tasa de interés; coincidía con Platón en que la población debía estar en proporción a la extensión territorial y en que debía haber una división en las ocupaciones, pero al contrario de su maestro él pugnaba por la propiedad privada. Formuló principios generales para guiar a los individuos en sus transacciones diarias y los llamó principios de justicia conmutativa.

La Economía en la Edad media: Durante la edad media, Europa estuvo influenciada por el cristianismo. Según la ética cristiana, toda relación humana debía estar encaminada a la salvación del alma, por lo que no le concedían mucha importancia al aspecto económico, y como toda transacción de este tipo: comercio, industria, ventas, préstamos, tenía que ser juzgada por la moral de la iglesia, se consideraba a la economía como una rama de la ética.

En esta época se inicia el sistema social propio de la edad media: el **Feudalismo**, que dio lugar al sistema de producción que funcionó en Europa durante varios siglos llamado **sistema feudal**. Durante este tiempo, el campo se encontraba dividido en feudos o señoríos gobernados por el señor feudal, cada uno tenía su sistema autosuficiente en el que predominaba la explotación agrícola de los campesinos que previamente habían sido despojados de sus tierras y a los cuales se les concedía seguirlos trabajando a cambio de una remuneración que estaba en función del nivel de subsistencia, es decir sólo lo que les permitiera seguir viviendo. Predominaba un tipo de economía localista y cada feudo contribuía con tributos al ingreso de los reyes.

En el primer periodo feudal, la medida de la riqueza de un hombre era la posesión de la tierra. Posteriormente, con la expansión del comercio, el dinero que había sido pasivo e inactivo se hizo activo, por lo que la parte baja de la edad media se caracteriza por la aparición de una poderosa clase de mercaderes que contribuye a la creación de las comunas ciudadanas: organizaciones de comerciantes y artesanos que pretendían protegerse de la nobleza. Las ciudades empiezan la explotación de las áreas rurales al establecer contratos para adquirir los productos a precios más bajos de los que pretendían cobrar los campesinos. Así, en las comunidades que habían sido económicamente autosuficientes, se creó una situación en la que se le concedió más importancia a la venta, trueque o cambio de bienes y servicios. En cada ciudad había reglamentos que permitían el tráfico comercial con otras ciudades durante determinados días de la semana.

Como hemos visto, los cambios históricos y sociales repercuten en la concepción del aspecto económico en las diferentes épocas, así en la edad media, los acontecimientos mencionados permitieron que se empezara a conceder importancia al trabajo como justificación de los beneficios que permitía obtener. También marca el inicio del comercio y la industria y por consecuencia rompe con la unidad de producción y consumo que caracterizó a las sociedades primitivas para convertirlas en dependientes del mercado. Según el autor Alvin Toffler, la industrialización trajo como consecuencia que la mayoría

de las personas fueron absorbidas en el sistema del dinero, los valores comerciales se convirtieron en centrales, el desarrollo económico, medido por las dimensiones del mercado, se transformó en el objetivo fundamental de los gobiernos.

Los escolásticos expusieron sus teorías con relación al interés llamándolo *usura* pues lo consideraban una violación al precio justo. Santo Tomás de Aquino en su obra *Summa Teológica*, comparte con Aristóteles la idea de la propiedad privada y establece las bases para la existencia de un precio justo que debe estar determinado por la oferta y la demanda prevalecientes en el mercado.

El Mercantilismo: Hacia el siglo XVI se da la caída del feudalismo al observarse las desventajas del sistema localista y concederse más importancia al nacionalismo, se inicia así el estado fuerte y descentralizado, ya que el crecimiento de la agricultura y manufactura necesitaba de un campo de acción más grande, lo que da origen al **mercantilismo**: conjunto de ideas políticas y económicas puestas en práctica por comerciantes y gobernantes de los países de Europa occidental durante los siglos XVII y XVIII.

Los primeros países que adoptaron esta política nacional fueron España, Portugal, Holanda, Inglaterra y Francia que estaban gobernados por monarquías absolutas. Estos países no se concretaron a ampliar sus posesiones en Europa sino que se lanzaron al descubrimiento del nuevo mundo en busca de nuevas fuentes de explotación: metales preciosos y materias primas, lo que traería consigo un incremento en el comercio; gracias a los adelantos en la navegación que poseían estos países, pudieron llevar a cabo esa expansión geográfica y comercial.

El mercantilismo cifraba la riqueza y el poderío de las naciones en la acumulación de los metales preciosos y el control del comercio internacional. Surge el término de **balanza comercial** para designar la balanza de pagos de un país que registra el movimiento de importaciones y exportaciones de bienes. Cada país trata de vender a otro lo más posible y comprarle sólo lo necesario para tener saldo a favor, el cual se pagaba en oro, por eso el término mercantilista se deriva de la interpretación que se dio en esa época al intercambio de mercancías.

La concepción ética y filosófica en que se tuvo a la economía en las épocas anteriores, se modifica a partir de la contribución de los mercantilistas, ahora pasa a formar parte de la cultura de los gobernantes y estadistas que la enfocan hacia el enriquecimiento nacional. Se desarrollan programas de fomento a las industrias locales que producen bienes de exportación, se reducen los impuestos, se subsidia la navegación y la construcción de flotas; pierde importancia la actividad agrícola por considerarse menos productiva y se le concede al comercio al que anteriormente se había considerado una actividad denigrante, se hacen necesarios métodos más eficientes en la distribución lo que trae consigo la construcción de carreteras, canales y la aparición del ferrocarril que sustituyó los rudimentarios medios de transporte, surgen también redes de intermediarios, comisionistas y los primeros grandes almacenes.

Presentamos un fragmento de *El médico de la Aldea*, escrito por el autor francés Honorato de Balzac en 1850, en el que narra el proceso de desarrollo por el que atraviesa una aldea, muestra claramente la importancia que el comercio adquiere para la economía de las personas y para el desarrollo de los pueblos, esta obra fue escrita en plena época del mercantilismo, además se advierte claramente el poder que otorga a las personas la posesión de bienes.

"Pasaba yo por aquí al volver de la gran Cartuja. Al no encontrar albergue tuve que alojarme en casa del vicario, que habitaba provisionalmente este edificio a la sazón en venta. A fuerza de hacer preguntas, me formé una idea superficial de la deplorable situación de este país, cuya buena temperatura, excelente sol y productos naturales me habían maravillado. Señor, yo trataba entonces de procurarme una vida distinta que me sacara del decaimiento en que me habían confinado mis penas. Mi mente se iluminó con uno de esos pensamientos que Dios nos envía para ayudarnos a sobrellevar nuestras desgracias. Decidí educar a este país como un preceptor educa a un niño. No me supongais un filántropo, encontré gran interés en ello por la necesidad de distracción que sentí. Por entonces deseaba emplear el resto de mis días en cualquier empresa ardua. Los cambios que debían introducirse en este cantón, tan rico por la naturaleza y tan pobre por la decidia del hombre ocuparían toda la vida; me tentó la misma dificultad de llevarlos a cabo. Desde que me aseguré de que podía comprar la casa parroquial y muchas de las tierras baldías y desocupadas a bajo precio, me dediqué religiosamente al trabajo de cirujano de la aldea, el último que pensaría realizar un hombre en su país. Quise hacerme amigo de los pobres sin esperar de ellos la menor recompensa. ¡Oh! no me hice ilusiones ni sobre el carácter de las gentes del campo, ni sobre los obstáculos que encuentra todo el que trata de mejorar a los hombres o a las cosas. No imaginé nada idílico sobre mis pobres gentes, las acepté por lo que son, pobres campesinos, ni buenos ni malos, cuyo constante trabajo no les permite demostrar sus sentimientos y que, sin embargo, pueden sentir a veces vivamente. Al final comprendí sobre todo que sólo podría influir sobre ellos por cálculos de interés y de bienestar inmediato. Todos los campesinos son hijos de Santo Tomás, el apóstol incrédulo: siempre exigen hechos que apoyen palabras.

Tal vez mis comienzos os causen risa, señor —prosiguió el médico tras una pausa—. Inicié esta difícil obra con una fábrica de cestos. Estos infelices compraban en Grenoble sus encellas para hacer quesos y toda la cestería indispensable para su pobre comercio. Yo dí a un joven inteligente la idea de tomar en arriendo una gran porción de terreno, situada a lo largo del torrente, enriquecida anualmente por los aluviones y muy propicia para el crecimiento del mimbre. Después de calcular la cantidad de cestos que se usaban en el cantón, fui a Grenoble para contratar algún joven obrero sin recursos y hábil en su trabajo. Cuando lo encontré, le convencí fácilmente para que se estableciera aquí prometiéndole un adelanto sobre el precio del mimbre necesario para sus fabricaciones hasta que mi plantador estuviera en condiciones de suministrárselo. Le persuadí para que vendiera los cestos a un precio más bajo que los de Grenoble, pero fabricándolos mejor. Me comprendió en seguida. Las mimbreras y la cestería constituían una especulación cuyos resultados no se podían apreciar hasta después de cuatro años. Vos sabéis sin duda, que el mimbre está dispuesto para la poda a los tres años de su plantación. Mi cestero venció en su primera campaña y logró algún beneficio.

Pronto se casó con una mujer de Saint-Laurent-du-Pont, que poseía algún dinero. Entonces se construyó una casa sana, bien aireada, situada y distribuida según mis consejos. ¡Qué triunfo, señor! Había creado una industria en esta aldea, había traído un productor y algunos trabajadores. Acaso considerareis infantil mi alegría... Durante los primeros días que sucedieron al establecimiento del cestero, no podía pasar por delante de su tienda sin que se acelerasen los latidos de mi corazón. Cuando vi en aquella casa nueva de postigos pintados de verde y a cuya puerta había un banco, una viña y manojos de mimbre, una mujer aseada, bien vestida, amamantando a un rollizo niño rosado y blanco entre obreros alegres, que cantaban y daban forma a sus cestos con actividad, bajo las órdenes de un hombre que, poco antes pobre y esmirriado, respiraba entonces felicidad, os aseguro, señor, que no podía resistir la tentación de convertirme en cestero por un momento entrando en la tienda para informarme de sus asuntos, y me dejaba llevar por un júbilo que no sabría explicar.

Gozaba con la alegría de estas gentes y la mía. La casa de aquel hombre, el primero que creyó firmemente en mí, era toda mi esperanza. ¿Acaso no era el porvenir de este pobre pueblo el que yo llevaba en mi corazón, como la mujer del cesterero llevaba junto al suyo a su primera criatura?

Tenía que ocuparme de muchas cosas a un tiempo y tropezaba con muchas ideas. Encontré una violenta oposición fomentada por el alcalde ignorante cuyo puesto ostentaba yo ahora, y que veía desvanecerse su influencia por la mía, quise hacerle mi teniente alcalde y cómplice de mi obra bienhechora. En el caso de obtener del consejo municipal, la autorización para construir un buen camino de aquí a la carretera de Grenoble, mi teniente alcalde sería el primer beneficiado, porque en vez de arrastrar penosamente sus árboles a través de malos senderos podría transportarlos fácilmente por una buena carretera cantonal, emprender un gran comercio de madera de todas clases y ganar no ya seiscientos tristes francos al año, sino bonitas sumas que podrían crearle una cierta fortuna. Convencido por fin, se hizo mi prosélito. Durante todo un invierno mi antiguo alcalde fue a beber a la taberna con sus amigos y supo demostrar a nuestros administrados que un buen camino para el transporte constituiría una fuente de ingresos para el país por permitir a todos el comercio con Grenoble. Cuando el consejo municipal hubo votado por el camino, conseguí del prefecto algún dinero de los fondos de caridad de la provincia, destinado a pagar los transportes que el municipio no podía efectuar por falta de carretas. Finalmente, para terminar cuanto antes aquella gran obra y poner inmediatamente de manifiesto los resultados a los ignorantes, que murmuraban contra mí diciendo que quería restablecer la prestación personal, todos los domingos del primer año de mi administración arrastraba, de grado o por la fuerza, a la población de la villa: mujeres, niños y hasta viejos, a lo alto de la montaña donde yo mismo había trazado sobre un excelente fondo el gran camino que lleva de nuestro pueblo a la carretera de Grenoble. Felizmente había materiales abundantes bordeando el emplazamiento del camino. Para aquella larga empresa necesité mucha paciencia. Unas veces algunos, por ignorancia de las leyes, se negaban a prestar ayuda; y otras veces, los que carecían de pan no podían realmente perder una jornada; por lo tanto, había que distribuir trigo entre éstos y después ir a calmar a aquéllos con palabras amables. No obstante, cuando terminamos los dos tercios de este camino, que atraviesa alrededor de dos leguas de país, los habitantes habían reconocido de tal manera sus ventajas que el último tercio se acabó con un ardor que me sorprendió. Enriquecí el futuro del municipio plantando una doble fila de chopos a lo largo de cada foso lateral. Actualmente, estos árboles constituyen casi una fortuna y dan el aspecto de una carretera real a nuestro camino, siempre seco por la naturaleza de su situación y, por otra parte, tan bien construido que apenas cuesta doscientos francos al año su conservación: os lo enseñaré, porque no habéis podido verlo: habréis utilizado sin duda para venir el bonito camino de abajo, otra carretera que los habitantes quisieron hacer por su cuenta, hace tres años, a fin de abrir comunicaciones entre los establecimientos que se iban formando entonces en el valle. Así pues, señor, hace tres años, el buen sentido público de esta villa, recientemente adquirido, dio paso a las ideas que cinco años antes tal vez habría desesperado de inculcarles cualquier viajero".

Honorato De Balzac. El médico de la aldea.

Fisiocracia: La economía sufre cambios muy importantes hacia mediados del siglo XVIII, los estados nacionales y el crecimiento del comercio propiciaron grandes progresos en la ciencia y en el pensamiento, es la época denominada: Edad de la Razón, los pensadores de ese tiempo aceptaban la idea de que el hombre con el uso de la razón puede ampliar indefinidamente su radio de acción, utilizando el método de la observación para la búsqueda de la verdad y reconocieron la inutilidad de las monarquías que no favorecían el desarrollo y práctica de la razón y en cambio contribuían a la ruina de Europa.

El descuido en que se tenía a la agricultura la mantuvo estancada en su desarrollo y esto dio lugar a que se formularan teorías que beneficiaran su desenvolvimiento, así surge la escuela denominada **fisiocracia** que proviene del vocablo griego *physis*, naturaleza. Esta escuela se origina en Francia por ser el país donde se presentó con mayor intensidad el problema, y sostiene que la riqueza se deriva de la tierra porque es la que suministra al hombre los artículos alimenticios y a la industria la materia prima, el medio físico y los bienes indispensables para vivir; por lo tanto argumentaron que la agricultura era la única actividad capaz de crear excedentes netos de producción; que era la naturaleza y no el trabajo lo que proporcionaba el producto.

Para los fisiócratas la posición más alta en la escala económica correspondía a los propietarios y cultivadores de la tierra, rehusaban la intervención del gobierno en la vida económica. Estas ideas empiezan a decaer a finales del siglo XVIII después de la publicación de: *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith, en 1776.

Escuela Clásica: Esta escuela se denomina también individualista, se funda en los principios de la libre concurrencia y la división del trabajo, sostiene que los costos de producción dominan lo mismo el valor de cambio que el precio, mientras estén influidos por la libre competencia. Establece que el trabajo y el capital son los más importantes gastos en la producción. Entre los representantes de esta corriente se pueden citar a: Adam Smith, David Ricardo, Thomas Robert Malthus y John Stewart Mill.

Smith, en su obra ya citada, expone las bases de esta escuela respecto a las ventajas de la división y organización del trabajo, al valor en uso y cambio de los bienes, justifica el pago de impuestos al Estado, ya que se encarga de proteger a la sociedad y ejerce poder para que se respeten los derechos ciudadanos y establece reglas sobre la forma en que deben cobrarse, reconoce la importancia del consumidor como figura esencial dentro de la comunidad económica, defiende la libertad individual ya que al satisfacerse el egoísmo de un individuo éste contribuye al bienestar de la sociedad. Dividía a la sociedad en tres clases de individuos: terratenientes, asalariados y capitalistas.

Malthus y Ricardo, junto con otros pensadores de la época, declararon que el principal problema de la economía era el de formular leyes adecuadas de distribución de la riqueza entre el trabajo, la tierra y el capital, correspondientes a las tres clases sociales de la época.

John Stewart Mill, fue el economista clásico que por primera vez defendió las ideas socialistas e inclinó a considerarlas como un sistema económico preferible al que entonces operaba. Defendió la tesis de la oferta y la demanda contribuyendo con esto al desarrollo del comercio internacional.

El auge de la escuela clásica coincidió con el aumento de la producción y del intercambio internacional de bienes a consecuencia del maquinismo de la revolución industrial. Su crisis se debió a hechos importantes: primero, la limitación del área geográfica entre algunos países europeos que no se ponían de acuerdo en materia económica (Inglaterra, Francia); segundo, la situación de inferioridad en que se sentían algunos países jóvenes con respecto a la competencia mundial, principalmente Alemania y Estados Unidos, y tercero, a que no se cumplían las teorías de que el interés particular conducía al mejoramiento de la sociedad.

Escuela socialista: En el siglo XIX y como consecuencia de las fallas de la escuela clásica, surge la escuela socialista, la cual considera que la organización mundial económica es injusta, especialmente en cuanto a la distribución de la propiedad, aboga por la socialización de los servicios públicos y de ciertas industrias, aspira a que no exista la división de clases, ni riqueza ni pobreza.

En 1867, Karl Marx publica el libro: *El Capital*, en donde hace una buena crítica de las doctrinas capitalistas de la época, respaldado por las ideas de Friederick Engels. Expone su teoría del valor-trabajo, explicando que la clase poseedora de los medios de producción se beneficia a expensas de la clase trabajadora. Hace alusión a que la concentración de capitales se debe a la plusvalía que es la diferencia que existe entre el valor del trabajo efectuado y la remuneración que se recibe por él.

Aboga por la reducción de la jornada de trabajo, por el derecho a la educación, por la libertad de religión y por la igualdad entre los individuos de uno y otro sexo, predijo una lucha de clases que según él daría fin al sistema capitalista.

Escuela capitalista: El capitalismo es un sistema social y económico basado en la propiedad privada de los medios de producción y el cumplimiento de las funciones productivas por parte de entidades privadas que actúan buscando obtener ganancias. Históricamente surge como sistema social posterior al feudalismo cuando algunos mercaderes, pequeños capitalistas se enfrentan a los señores feudales.

Aunque las características de este sistema han variado en las diferentes épocas y en cada país, podemos decir, que en términos generales se caracteriza por el predominio del capital en todas las actividades, el control de la producción y de los mercados, la formación de fideicomisos y monopolios, aumento notable en la producción lo que permitió mejorar el nivel de vida.

Desde su expansión, el capitalismo ha sufrido severas críticas como las que ya mencionamos de Karl Marx y sus seguidores. Otras objeciones que se han hecho son las siguientes: a períodos de gran prosperidad han seguido períodos de depresión en los que se ha generado gran desempleo con sus consecuentes problemas sociales, como la Gran Depresión de los Años Treinta y las dos guerras mundiales (1914-18), (1939-45), se le vincula además con las grandes desigualdades económicas y sociales y con la desigualdad en las oportunidades ya que la posesión de capital otorga poder y la facilidad de acceder a posiciones privilegiadas en todos los ámbitos sociales, a quien lo posee.

Según Alvin Toffler, hay seis principios interrelacionados que programan a los millones de individuos que viven bajo estos dos últimos sistemas, y que afectan todos los aspectos de la vida, desde el trabajo y las diversiones hasta las guerras; estos seis principios son: la **uniformización:** producción en serie; la **especialización:** monopolización de las actividades; la **sincronización:** el tiempo equivale a dinero; la **concentración:** centros urbanos gigantescos; la **maximización:** aparición de las Corporaciones en los países desarrollados con el fin de aumentar el PNB (producto nacional bruto); y por último la **centralización:** la concentración del poder y de la información en organismos donde el Gobierno y la Banca Central o Nacional van de la mano.

Comunismo: Esta escuela económica surge como sistema social que proclama la comunidad de bienes y la abolición de la propiedad privada. El origen de estas ideas se remonta a la antigüedad y así vemos que las ideas de Platón expuestas en su famosa: República, son parecidas a las teorías comunistas, estas ideas van madurando a través del tiempo y durante todas las épocas han sido defendidas por diversos pensadores, en el Renacimiento por: Tomás Moro en *Utopía* y por Campanella en *La ciudad del Sol*.

A partir del siglo XVIII ampliaron las formulaciones de tipo comunista: Meslier, Moreli, Graco Babeuf, Owen, Fourier, entre otros; estas formulaciones se consolidan con las ideas socialistas de Marx y Engels, se afianzan en el movimiento obrero europeo de la tercera década del S XIX y triunfan cuando los bocheviques rusos alcanzan el poder en 1917.

En 1918 el partido bolchevique cambió su nombre por el de Partido Comunista y desde entonces los simpatizantes de las ideas marxistas-leninistas fueron denominados comunistas, el ideal de éstos era que en el orden mundial se instaurara el comunismo como sistema social y económico, aunque eso sólo se logró en algunos países.

Corporativismo: Este sistema económico político surge como alternativa para superar las crisis del capitalismo en lo referente a las desigualdades sociales, considera que el estado puede armonizar tales desigualdades regulando la vida social, política y económica a través de la formación de corporaciones profesionales que engloben tanto a los patrones como a los trabajadores de las diversas ramas económicas. Estas corporaciones controlan los recursos inmensos de las compañías, dan empleo a miles de trabajadores, ejercen una profunda influencia no sólo en la economía sino también en los asuntos políticos, basta ver cómo cualquier acontecimiento de corte político se refleja en el comportamiento de esas organizaciones, generando inflación, desempleo y en algunos países esta recesión.

En la realidad no se ha visto reflejado el objetivo por el cual fueron creadas, pues la desigualdad social sigue vigente, los obreros perciben bajos salarios, las tasas de interés son demasiado altas, los precios de los bienes son en algunas ocasiones inalcanzables para la mayoría de las personas a menos que se endeuden para adquirirlos, además la rapidez con que suceden los acontecimientos en esta época hace que las decisiones que toman los altos ejecutivos no sean siempre más acertadas para la sociedad.

LA VARIABLE ECONOMÍA EN EL TEXTO LITERARIO

Entre las diversas ramas del conocimiento humano, existen múltiples relaciones por lo que es posible establecer fronteras precisas entre ellas, ni en el grupo de las ciencias exactas ya que algunas tienen gran afinidad entre sí, tal es el caso de la Física y la Química, ni en el caso de las ciencias sociales o humanas como la Historia, la Religión, la Política, la Demografía, la Literatura, entre otras, que proporcionan información de gran importancia para el análisis económico de un país y época.

La Historia da idea de la evolución económica, la Religión influye en el aspecto moral del comportamiento económico del hombre, la Política establece formas de gobierno acordes al sistema económico vigente, la Demografía estudia los problemas económicos que se derivan del aumento de población y la Literatura, como fruto del pensamiento de un miembro integrante de la sociedad, refleja características de todas las facetas de la estructura social, incluyendo los valores vigentes, la cultura, la religión, la política y naturalmente también la economía de la época y lugar en que se desarrollan los hechos.

Para encontrar las características de tipo económico dentro de la obra literaria, analizaremos algunos fragmentos de obras de diferentes épocas y buscaremos información e indicios que hagan referencia a aspectos económicos, éstos pueden estar a veces expresados directamente por el autor o por personajes pero en otras ocasiones debemos inferirlos de las reacciones y opiniones que van surgiendo en la lectura a través de descripciones, tipo de lenguaje, acontecimientos, entre otros aspectos. Algunos indicios que nos darán información de este tipo serán:

- Alusiones a la valoración que se le da al dinero.
- Tipo de vestimenta de los personajes.
- Alusiones a riqueza, pobreza, avaricia, ruina, codicia.
- Mención de transacciones comerciales de diferente tipo: ventas, compras, intercambios, embargos, fianzas.
- Mención de la forma de gobierno.
- Alabanzas al poder que otorga el dinero.
- Descripciones de las ciudades.
- Alusión al nivel socioeconómico de personajes o lugares.
- Alusión a la posesión o distribución de bienes.
- Descripción de las clases de bienes.
- Medios de producción.
- Tipo de propiedad.

Una vez hecha esta investigación de tipo inductivo dentro de la obra, habremos obtenido datos que nos permitirán situarla en una época y país determinados y entonces se hará necesario corroborar los datos mediante un procedimiento deductivo recurriendo a fuentes bibliográficas de tipo económico o histórico que nos den un panorama más amplio sobre los mismos y nos permitan comprender mejor la obra.

Tomaremos ejemplos de textos de diferentes épocas y países y buscaremos las características que le correspondan de acuerdo a la escuela económica vigente en el momento en que se sitúan los hechos de la obra.

El siguiente fragmento de Tucídides, gran historiador griego, nos muestra a través de hechos de tipo económico un aspecto de la organización política y social de los griegos, así como la participación que tenía en ella la masa, hecho que como ya mencionamos era criticado por Platón.

"Nuestra constitución política no sigue las leyes de las otras ciudades, sino que da leyes y ejemplo a los demás. Nuestro gobierno se llama democracia, porque la administración sirve a los intereses de la masa y no de una minoría. De acuerdo con nuestras leyes, todos somos iguales en lo que se refiere a nuestras diferencias particulares. Pero en lo relativo a la participación en la vida pública, cada cual obtiene la consideración de acuerdo a sus méritos y es más importante el valor personal que la clase a la que pertenece, es decir nadie siente el obstáculo de su pobreza o inferior condición social, cuando su valía le capacita para prestar servicios a la ciudad... En lo que se refiere a generosidad también somos muy distintos a los demás, porque procuramos adquirir amigos dispensándoles beneficios antes que recibiendo de ellos, pues el que hace un favor a otro está en mejor condición que quien lo recibe para conservar su amistad y benevolencia, mientras que el favorecido sabe que debe devolver el favor no como si hiciera un beneficio sino como pago de una deuda".

Tucídides, Discurso de Pericles en honor de los muertos.

El fragmento que sigue fue escrito en Inglaterra durante la baja edad media y en él podemos observar cómo se refleja la situación socioeconómica de los personajes, así como la influencia del cristianismo propio de la época ya que la acción se desarrolla durante una peregrinación a la tumba de Santo Tomás Becket y la importancia que ya tenía el dinero como remuneración por el trabajo. (1360)

"Cierta día de esta estación en que me alojaba en el Tabardo dispuesto a emprender mi peregrinación con ánimo devoto, llegó allí al amanecer un grupo de unas veintinueve personas gente de clases sociales diversas reunidas por el azar: todos eran peregrinos que cabalgaban hacia Canterbury, desde todos los condados de Inglaterra, en busca del santo y bienaventurado mártir que los auxilió cuando estaban enfermos. Había allí un caballero, hombre digno, que desde que cabalgó la primera vez amó la caballería, la lealtad y el honor, la generosidad y la cortesía, no había dicho villanía contra nadie, en toda su vida, iba ataviado con un jubón de fustán todo manchado por la cota de malla pues acababa de llegar de viaje. Con él iba su hijo, un joven escudero, alegre; aspirante a la caballería, era de mediana estatura y extraordinariamente activo y fuerte, iba adornado como una pradera llena de flores blancas y rojas, llevaba una túnica corta, de mangas largas y amplias. Los acompañaba sólo un criado, un arquero vestido con casaca y capucha verdes, y bajo el cinturón llevaba un haz de flechas brillantes y agudas. Había además un mayordomo, hombre delgado y colérico, con la barba afeitada al rape, llevaba el pelo cortado en redondo y por delante cortado al rape como un clérigo, era capaz de guardar un granero y una bodega, administraba las ovejas de su señor, las cabras, las vacas, los cerdos, los caballos y las provisiones, no había contador que le aventajara, a cambio recibía un jornal y de vez en cuando un traje y una capucha, aunque él buscaba la oportunidad de obtener ganancias a costa de su amo sin que éste se diese cuenta..."

Geoffrey Chaucer, Prólogo a los cuentos de Canterbury:

En este fragmento observamos claramente la influencia del cristianismo para justificar las acciones tanto bélicas como económicas, pertenece también a la edad media y en él se refleja claramente el poder que otorga el dinero a quien lo posee.

"Todo el botín entró en Valencia en medio de la alegría del Cid y los suyos. Cada uno ha ganado no menos de seiscientos marcos de plata y cuando los yernos del Campeador se vieron con tanto dinero en las manos se regocijaban pensando que ya nunca pasarían penas. Los de Valencia se ataviaron lujosamente para lucir sus mantos y sus ricas pieles en alegres festines.

Enorme fue la alegría del Cid Campeador y sus vasallos y un día de gloria para la corte por la muerte del rey Búcar y la victoria sobre los moros. Y el Cid dijo acariciando su barba:

—Alabado sea Cristo Nuestro Señor que me permite ver lo que más ansiaba y es que mis yernos me acompañen a la lid en campo abierto. Ya pueden ir buenas noticias tuyas a Carrión: se hablará de sus hazañas y ganaremos en honor.

Enorme es la ganancia para todos y, aunque ya tenían bastante, guardan cuidadosamente lo recién ganado. Mandó el Cid Campeador que cada uno tomara su parte de lo cobrado en esa victoria y que no fuera olvidado su quinto. Hecha la participación, tocáronle seiscientos caballos además de abundantes acémilas y camellos incontables.

Tan importante fueron el botín y la victoria que el Cid Campeador daba rienda a su entusiasmo:

—¡Alabado sea Dios, Señor del mundo! Antes padecí estrecheces y ahora soy rico: tengo tierras, riquezas y honor: Los infantes de Carrión son mis yernos: triunfo en las batallas como lo quiere el Altísimo y tiemblan ante mí Moros y Cristianos. Y aún quizá hasta en Marruecos, donde están las mezquitas, temen que los sorprenda alguna noche. Pero yo pienso de otro modo: no los iré a buscar sino que me quedaré aquí en Valencia; mas con la ayuda del creador, todavía han de pagarme las parias. Me las darán a mí o a quien yo quiera.

Grande es el júbilo en Valencia por la victoria en una batalla en que todos los hombres del Cid lidiaron de corazón. Grande es la alegría de sus yernos, los infantes de Carrión que ganaron entre los dos hasta cinco mil marcos y se tienen con razón por ricos".

Cantar Tercero del Cantar de Mio Cid:

Este fragmento, muestra que el autor considera que el individuo valora más la gloria personal que las riquezas, fue escrito durante la época de transición entre el sistema económico feudal y el mercantilismo:

"De todos los ensueños de este mundo, ninguno hay más universalmente aceptado que la ceguedad del renombre y la gloria, la cual nos domina con tal imperio, que a ella sacrificamos las riquezas, el sosiego y la salud, que son bienes efectivos y tangibles, para ir en pos de una imagen engañadora, que es voz sin cuerpo ni figura. Como afirma Cicerón, hasta los mismos que la combaten quieren que los libros que escriben con tal designio lleven su nombre y pretenden conquistarla por haberla desdeñado. Todas las demás cosas de la vida se comunican de buen grado: mas de la gloria nos mostramos avaros. Prestamos nuestros bienes, sacrificamos nuestra vida a las necesidades de nuestros amigos; pero hacer jamás presente a otro de nuestro propio honor y gloria es caso peregrino e inaudito".

Montaigne, Ensayo: De la codicia de la gloria:

En este fragmento del escritor ruso vemos claramente la influencia de las ideas socialistas de su época:

"La causa del Mal, es la posesión egoísta de la propiedad. La propiedad no es más que un medio de aprovecharse del trabajo de los demás. Debemos abandonar nuestro orgullo y dedicarnos a trabajos manuales, abolir los placeres que embrutecen: el alcohol y el tabaco, y los que causan la muerte: comer carne, cazar y guerrear".

León Tolstói. ¿Qué debemos hacer?

En este ensayo, se observa el papel importante que se le ha dado a las corporaciones en el desarrollo económico de un país latinoamericano, que como ya habíamos mencionado es un esquema que se ha adoptado en la actualidad a nivel internacional como vía de solución a los problemas financieros, aunque la realidad nos demuestre lo contrario.

"Dentro del espectro de las Ets (Empresas Transnacionales) que desarrollan su actividad en el sector industrial, se han podido identificar tres tipos de firmas, de acuerdo con su estrategia de inserción:

-Empresas que basan su actividad manufacturera en la producción de bienes que hacen uso intensivo de recursos naturales y que cuentan con las ventajas competitivas que les otorgan estos bienes para competir internacionalmente.

-Empresas, que aprovechando la experiencia industrial adquirida durante la etapa de sustitución de importaciones, se insertan en los esquemas de globalización de la producción que tienen en marcha sus corporaciones.

-Y por último, empresas que evolucionan hacia esquemas en que el ensamblaje y la importación van adquiriendo importancia creciente frente a la producción local, en su estrategia de ocupación del mercado doméstico.

Estos tres tipos de estrategia definen un perfil que, si bien no ha consolidado aún su forma definitiva, difiere sustancialmente del que presentaban estas empresas en el período de sustitución de importaciones".

Bernardo Kosakof,

Nuevas Estrategias de las Empresas Transnacionales en Argentina.

Tema: El Poder.

En el aspecto temático, en esta unidad se escogió el tema del poder, por considerar que este se relaciona directamente con la economía, ya que las personas o naciones más poderosas, son por lo general, también las más fuertes económicamente.

El poder se define como: Dominio, facultad y jurisdicción que alguien tiene para mandar o ejecutar cualquier cosa. En política se aplica a la capacidad de ejercer control imperativo sobre la población de un territorio determinado y que presupone la existencia en manos de los detentadores del poder de una fuerza física o coacción.

En la literatura este tema se ha abordado de diferentes maneras, de acuerdo con la forma en que lo han percibido los autores, la cual depende de las características de la época; por razones didácticas en esta unidad, nos circunscribiremos a las de tipo económico, sin dejar de mencionar que las correspondientes a las otras variables son igualmente valiosas.

Aplicaremos la metodología propuesta, en dos obras: *El Caballero y la Muerte*, del autor italiano Leonardo Sciascia (1921), y en *El Príncipe*, del autor Nicolás Maquiavelo (1469-1527).

Estrategia de lectura y escritura de: "El caballero y la muerte", de Leonardo Sciascia.

I. Lee atentamente el texto completo.

II. Subraya o señala con llaves o corchetes lo siguiente :

- 1) Indicios de tipo económico, recuerda que pueden ser palabras o expresiones.
- 2) Nombre de personas, lugares o instituciones.
- 3) Palabras o expresiones que hagan alusión a la manera en que ejerzan el poder, los personajes o instituciones mencionados en el texto.

III. Presenta por escrito, en fichas de resumen o transcripción la investigación bibliográfica de los siguientes datos :

- | | |
|-------------------------|---|
| 1) Alberto Durero | 2) Fidel Castro |
| 3) Nikita Jruschou | 4) Henry Kisinger |
| 5) Mao Tse Tung | 6) Sicilia |
| 7) Zurich | 8) París |
| 9) Fascista | 10) Clepsidra |
| 11) Palimpsesto | 12) Chamarilero |
| 13) Revolución Francesa | 14) Situación socioeconómica de Italia en la actualidad |

IV. En forma oral, comenta con tu grupo la manera en que se percibe el ejercicio del poder de los siguientes personajes o instituciones :

- 1) Presidente de las Industrias Reunidas.
- 2) Sandoz.
- 3) Vice.
- 4) La policía.
- 5) Registro civil.
- 6) Estado.

V. Reflexiona sobre las siguientes preguntas y contéstalas por escrito en tu cuaderno.

- 1) La desigualdad social que se manifiesta en el texto, ¿tiene relación con el poder? Justifica tu respuesta.
- 2) Esta desigualdad social se atribuye a un sistema económico, ¿a cuál? ¿Corresponde al momento en que se escribió el relato? Justifica tu respuesta.
- 3) En el siguiente fragmento explica a qué se refiere la expresión subrayada.

" El vice había seguido frecuentando al Dr. Rieti, pero con más cautela, evitando los aperitivos en el bar y las cenas en el restaurante, porque de su actividad sacreta podía sospecharse, por la poca energía que dedicaba a la agencia y lo muy bien informado que estaba sobre los chanchulleros económicos y financieros, las pugnas en el interior de los partidos, la integración y desintegración de las alianzas, los asuntos de la iglesia y las actividades terroristas "

Leonardo Sciascia, El caballero y la muerte.

4) Por el tratamiento a que se sometía el Vice, ¿puedes deducir la enfermedad que tenía?

5) Observa el cuadro de Durero: "El caballero, la muerte y el diablo", e infiere la relación del título de la novela, la actuación del Vice, el cuadro y el tema del poder. (Relee las páginas 59 y 60).

Interpreta las siguientes expresiones utilizadas en la novela :

- 1) "Ahorros de alegría".
- 2) "Devaluación de la moneda de la vida".
- 3) "Despilfarro del oro de los sentimientos".
- 4) "Precio inasequible de las cosas verdaderas".
- 5) "Infancia flaca y hambrienta de los que ahora eran viejos".

Discusión grupal o por equipo sobre las respuestas, bajo la guía del maestro.

Escribe un comentario personal en el que organices tus conclusiones en forma lógica. Sigue el criterio que has utilizado en las unidades anteriores :

- 1) Presentación formal del mismo.
- 2) Estructurado en : Introducción, desarrollo y conclusión.
 - Introducción : Visión general del tema del poder y su relación con la economía, tal como lo percibiste al leer la novela y resolver tu ejercicio.
 - Desarrollo : Argumentación lógica y juicios críticos sobre lo que **expusiste** en la introducción, complementada con los datos que obtuviste en la **investigación**.
 - Conclusión : Opinión personal sobre lo expuesto por el autor y lo que tú observas en la realidad de la manera en que se ejerce el poder por ciertas personas o instituciones ya sea en tu país o a nivel mundial.
- 3) Recuerda que si usas citas textuales debes entrecorillarlas y nombrar la fuente bibliográfica.

Estrategia de lectura y escritura de "El Príncipe", de Nicolás Maquiavelo.

- I. Lee con atención el texto completo.
- II. Subraya o señala con llaves o corchetes lo siguiente:
- 1) Indicios de tipo económico, recuerda que pueden ser palabras o frases.
 - 2) Palabras o expresiones alusivas a la manera de adquirir, ejercer o conservar el poder.
 - 3) Nombres de personas, lugares o instituciones.
- III. Para complementar tus respuestas, es necesario que realices la siguiente investigación bibliográfica. Escríbela en fichas de resumen o transcripción, citando la fuente.
- 1) Nicolás Maquiavelo (datos biográficos).
 - 2) Lorenzo de Médicis II (nieta de Lorenzo El Magnífico).
 - 3) César Borgia.
 - 4) Situación sociopolítica y económica de Italia en la época del relato (1513).
 - 5) Godos.
 - 6) Maquiavélico.
- IV. Por escrito, presenta la información siguiente :
- 1) De los capítulos I al XI :
 - Clasifica los principados en orden de importancia según el autor.
 - Menciona las características de cada uno :
 - a) Cómo se obtiene el poder.
 - b) Cómo se debe ejercer.
 - c) Cómo se debe conservar.
 - d) Cómo debe ser la relación del príncipe con sus súbditos.
 - e) El papel de la suerte en la adquisición de los principados.
 - f) Cuándo y porqué se justifica la crueldad.
 - Escribe la expresión con que describe el autor el poder de la iglesia. (cap.XI)
 - 2) Del capítulo X :
 - Saca una conclusión de la importancia del dinero en la conservación del poder.
 - 3) Del capítulo XII :
 - Explicación sobre la ruina de Italia.
 - 4) De los capítulos XII a XIV :
 - Clasificación de los ejércitos.
 - Relación del príncipe con sus ejércitos.
 - Ejemplos de tipos de relaciones que menciona el autor.

5) De los capítulos XV y XVI :

- Explica en qué sentido están usados en el texto los siguientes términos :

a) Pródigo.

b) Tacaño.

c) Avaro.

d) Dadivoso.

e) Rapaz.

6) Del capítulo XVII :

- Reflexiona sobre la frase: "*Es más seguro ser temido que ser amado*", ¿Es lo mismo ser temido que odiado? Justifica tu respuesta.

7) Del capítulo XVIII :

- Diferencia entre leyes y fuerza, y la importancia que éstas tienen para un príncipe.

- Características del león y del zorro que pondera el autor.

- Importancia que le confiere el autor a la fidelidad y al engaño.

8) Del capítulo XIX :

- Cualidades que pueden hacer despreciable a un príncipe.

- Causas económicas de la derrota de los príncipes de la época del relato y los de la época de los emperadores romanos.

- Emperador romano muerto por sus propios soldados.

- Cualidades que deben distinguir al príncipe para evitar las conspiraciones.

- ¿Cuál fue la intención con la que se creó el Parlamento en Francia?

9) Del capítulo XX :

- Señala la utilidad de las fortalezas para que el príncipe conserve el poder. Investiga si es necesario más datos sobre las fortalezas.

10) Del Capítulo XXI :

- Del último párrafo saca una conclusión sobre las ideas del autor en el aspecto económico.

- Después de analizar esta respuesta y de acuerdo con el marco teórico de la unidad, ¿en qué escuela económica ubicarías la obra? Justifica tu respuesta. (1513)

11) De los capítulos XXII a XXVI:

- Características de los ayudantes del príncipe.
- Características de los príncipes para conservar el poder.
- Papel de la suerte en las acciones de los hombres.
- Importancia de las leyes que dicte un príncipe.
- Consejos para liberar a Italia de los bárbaros.

V. Con la guía del maestro realizar la siguiente actividad oral:

1) Comentario grupal sobre las respuestas:

- Mejor manera de obtener, ejercer y conservar el poder.
- Comparación con situaciones de la vida real en donde tú consideres que se apliquen algunos de los principios expuestos en el texto.
- Reflexión sobre los términos: "Maquiavélico", "El fin justifica los medios" y "Divide y vencerás".
- Relación entre la política y la economía:
 - a) En la época del relato
 - b) En la época actual.

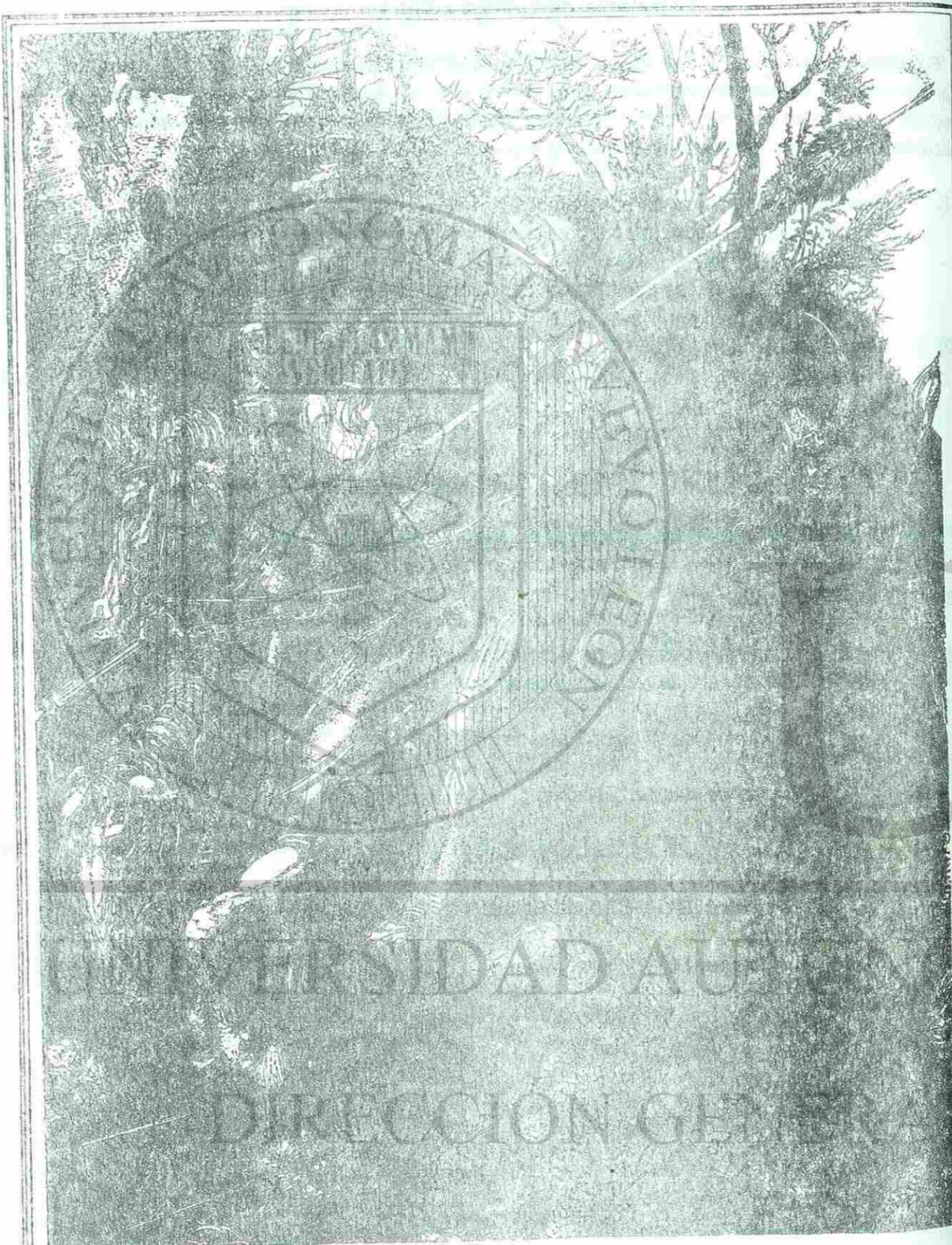
VI. Comentario por escrito: Organización lógica de tus ideas personales.

- 1) Presentación formal.
- 2) Introducción, desarrollo y conclusión.
- 3) Relación entre economía y poder tal como la percibiste en tu lectura y tal como la percibes en tu entorno.

Estrategia de comparación

"El caballero y la muerte" y "El Príncipe", son dos obras de autores italianos escritos en diferente época, al identificar la variable economía en cada uno de ellos la ubicamos en tiempo y espacio y la relacionamos con el tema del poder; con base en las respuestas y los comentarios de las estrategias que realizaste, redacta un comentario haciendo la siguiente comparación:

- 1) Compara las semejanzas entre ambos textos:
 - Importancia del aspecto económico en el ejercicio del poder.
 - Características de las personas o instituciones que ejercen el poder.
- 2) Contrasta las diferencias:
 - Características socioeconómicas de Italia y de los personajes en cada texto.
 - Hechos históricos mencionados.
 - Percepción sobre el tema del poder en ambos textos.
 - Escuela económica que se refleja en cada uno de ellos.
- 3) Entrégalo a tu maestro.
- 4) Puede aplicarse la estrategia de lectoescritura para identificar la variable economía o el tema del poder en las siguientes obras:
 - "Macbeth", de William Shakespeare.
 - "Cantar de Mio Cid", Anónimo.
 - "Casa de muñecas", Enrique Ibsen.
 - "El médico de la aldea", de Balzac.
 - "La Tercera Ola", de Alvin Toffler.
 - "El Avaro", de Molière.



ALBERTO DURERO (Albrecht Dürer, 1471-1528)
El caballero de la Muerte (el caballero, la Muerte y el diablo)
Grabado en cobre
Gabinete Edmond de Rothschild

Este gran grabado de 1513, reproducido tan frecuentemente y que inspiró a partir del romanticismo una literatura tan abundante, es a la vez una representación precisa y una alegoría poderosa. El gran versátil de Dürer encuentra en la escultura, el dibujo y el grabado, como en la pintura, la ocasión de conjugar la precisión y la poesía.

El caballero y la muerte

Recuerdo que cierta vez un viejo obispo danés me dijo que hay muchos caminos para llegar a la verdad, y que el borgoña es uno de ellos.

Karen Blixen, *Siete cuentos góticos*

Cuando alzaba la vista de los papeles, y sobre todo cuando apoyaba la cabeza contra el borde del alto y duro respaldo, lo veía con nitidez, en todos los detalles, en todos los signos, como si su mirada se hubiera vuelto sutil y puntiaguda y el dibujo renaciese con la misma precisión y meticulosidad con que, en el año 1513, lo grabara Alberto Durero. Lo había comprado, hacía muchos años, en una subasta, por ese repentino e irreflexivo deseo de posesión que a veces lo asaltaba frente a un cuadro, un grabado o un libro. Lo había disputado a los otros interesados, y casi había llegado a odiar al más porfiado, que acabó cediéndoselo por un precio que, por equivaler a dos meses de su sueldo, le había inquietado un poco en el momento de pagar. Enorme no sólo con respecto a sus medios, aunque ahora, por el aumento vertiginoso de la inflación y por la multiplicación del valor de las obras de Durero y de cualquiera de los grandes grabadores, se hubiera vuelto irrisorio. Lo había llevado consigo cada vez que había cambiado de destino, de despacho, y siempre lo había colgado en la pared situada frente al escritorio. Pero de todos los que a lo largo de los años habían entrado en su despacho sólo uno (un ingenioso estafador que aceptaba alegremente el destino que de aquel despacho lo enviaría a hospedarse por unos años en una inhóspita cárcel) se había detenido a mirarlo y valorarlo: eso, a valorarlo según los últimos catálogos de los marchantes de grabados de Zúrich y París.

Aquella valoración lo había alarmado un poco: en un arranque de mezquindad, de avaricia, había decidido llevárselo a casa; pero en seguida lo había olvidado. Ya estaba acostumbrado a tenerlo delante en las muchas horas que pasaba en el despacho. *El caballero, la muerte y el diablo*. Detrás, en el cartón que servía de protección, estaban los títulos, escritos con lápiz, en alemán y francés: *Ritter, Tod und Teufel; Le chevalier, la mort et le diable*. Y, misteriosamente: *Christ? Savonarole?* ¿Acaso el coleccionista o el marchante que se había interrogado sobre esos nombres, pensaba que el pintor había querido simbolizar a uno o a otro en el caballero?

Era lo que a veces se preguntaba al contemplar el grabado. Pero ahora, con la cabeza apoyada contra el borde del respaldo por la fatiga y el dolor, lo miraba meditando sobre el hecho de haberlo comprado años atrás. La muerte; y aquel castillo allá arriba, inalcanzable.

Tras los muchos cigarrillos fumados durante la noche, el dolor de siempre había perdido consistencia, pesadez, hasta decolorarse en un tormento más difuso. Sí, los colores podían usarse para nombrar las diversas cualidades del dolor, su mutación. Ahora había pasado del violeta al rojo: un rojo llama cuyas lenguas lamían repentinamente cualquier parte de su cuerpo, para estrecharla o extinguirse.

Con gesto automático encendió otro cigarrillo. Pero lo habría dejado consumirse en el cenicero si el Jefe, al entrar, no le hubiese reprochado, como siempre, lo mucho que fumaba y el daño que le hacía. Vicio estúpido, vicio mortal. Él, el Jefe, había dejado de fumar hacia apenas seis meses. Estaba muy orgulloso: tan grande como el sufrimiento que aún sentía era la especie de envidia, de rencor, que lo invadía cuando veía fumar a los otros; un sentimiento que avivaba el hecho de que ahora realmente el olor a tabaco le molestaba hasta darle náuseas, mientras que el recuerdo de sus épocas de fumador le evocaba una suerte de paraíso perdido.

-¿Acaso no siente que se ahoga? -Dijo el Jefe.

El Vice cogió el cigarrillo del cenicero y aspiró voluptuosamente. Sí: se ahogaba. El cuarto estaba lleno de humo, más denso alrededor de las lámparas aún encendidas, y que como una diáfana cortina velaba los cristales de la ventana por donde se filtraba, cada vez más intensa, la claridad matinal. Volvió a aspirar.

-Comprendo -dijo el Jefe con tolerante tono de superioridad- que no tenga suficiente fuerza de voluntad para dejar de fumar del todo, pero buscarse con tanta terquedad y exceso una muerte como ésta... Mi cuñado... -Lo del cuñado, fumador empedernido que había muerto hacía unos meses, sólo era una fachada delicada para no referirse directamente a la enfermedad que estaba conduciendo al Vice hacia una muerte inexorable.

-Lo sé, éramos amigos... Supongo que usted ya habrá escogido su forma de morir. Un día de estos le pediré que me hable de ella: quizás hasta me convenza.

-No la he escogido, no se puede escoger; pero como he dejado de fumar confío en que moriré de otra manera.

-Sin duda, sabrá usted que fueron los judíos conversos quienes inventaron la inquisición católica en España.

No lo sabía. Así que dijo:

-Entre nosotros, nunca he sentido demasiada simpatía por los judíos.

-Lo sé. Pero al menos esperaba que tuviera algún interés por los conversos. -Eran casi colegas, se conocían desde hacía muchos años: por eso se permitía, sin maldad, ciertas impertinencias, ironías, frases no exentas de mordacidad. Y el Jefe no les hacía caso por el respeto que le infundía la incomprensible lealtad del Vice para con él. Nunca había conocido a un Vice tal leal: al principio se había devanado los sesos tratando de descubrir a qué podía deberse; pero ahora sabía que no había ninguna causa oculta.

-Pues, conversos o no, no me inspiran ninguna simpatía. Usted, en cambio...

-Yo, en cambio, judíos o no, los que no me inspiran simpatía son los conversos: el que se convierte siempre se convierte a lo peor, aunque parezca lo mejor. Lo peor, en quien es capaz de convertirse, siempre acaba siendo lo peor de lo peor.

-Pero esto no tiene nada que ver con convertirse a no fumador, suponiendo que convertirse sea en general una ignominia.

-Sí que tiene que ver, puesto que el se convierte empieza a perseguir a los que siguen fumando.

-¿Cómo que perseguir! Si yo estuviese en eso, estas oficinas estarían llenas de letreros de *prohibido fumar*; y no sé si no debería hacerlo, aunque le cargue, por su bien. Porque si digo estas cosas es por su bien: mi cuñado...

-Lo sé

-Pues entonces no insistiré. En cuanto a su filosofía de la conversión, tengo argumentos que me permitirían destruirla así -y para mostrar lo fulmineo de la destrucción hizo un chasquido con el índice y el pulgar. Era un gesto frecuente en él, porque había muchas cosas que se proponía destruir: el Vice, que a veces trataba de imitarlo sin lograr nunca ese chasquido, se lo envidiaba puerilmente-. Pero nos espera algo muy distinto. Acompáñeme.

-¿Adonde?

-Creo que ya lo sabe. Vamos.

-¿No es un poco temprano?

-No, ya son las siete: he perdido tiempo adrede con su filosofía.

«Temprano, siempre temprano» Detestaba la costumbre policial de ejecutar las órdenes de captura, los registros domiciliarios e incluso los reconocimientos o las inspecciones de rutina, a primeras horas de la mañana y, muchas veces, en plena noche; pero para sus colegas y subordinados aquello era un placer que no estaban dispuestos a perderse por mínima que fuese la ocasión, por difícil que resultara justificarlo. Aquel golpear con fuerza una puerta al otro lado de la cual desprevenidas familias estaban entregadas al reposo, al sueño; y en la hora en que el sueño, liberado ya del peso de la fatiga, se volvía menos opaco, más transparente al mundo onírico, más placentero: la alarmada pregunta *¿quién es?* y la solemne y estentórea respuesta: *policía*; aquel entreabrirse de la puerta, aquellos ojos soñolientos que acechaban con desconfianza; el violento empujón contra la puerta, la irrupción; y ya dentro el agitado despertar de toda la familia, las voces de miedo y estupor, el llanto de los niños... Por un placer como ése nadie, por alta o baja que fuese su graduación, lamentaba haber tenido que renunciar al propio sueño; pero al Vice, amén de que le gustaba dormir -después de haber leído al menos una hora- entre medianoche y las siete, aquello le producía una sensación de vergüenza lindante con la angustia, por sí mismo, cuando raramente le tocaba participar en este tipo de operaciones, y siempre por el cuerpo al que pertenecía.

-Son las siete -dijo el Jefe- y se tarda casi media hora para llegar a Villaserena. Además, dadas las circunstancias, no puedo permitirme ninguna delicadeza especial, ni siquiera por tratarse de él,

-Ya nos la hemos permitido -dijo irónicamente el Vice-, si no se tratase de él ya haría tres horas que estaríamos allí y le habríamos revuelto toda la casa.

-Seguro -dijo el Jefe, con un cinismo que sabía a resentimiento.

En el patio -un bello patio barroco enmarcado por armoniosos soportales- los esperaba el coche negro. Al agente que conducía no tuvieron que decirle adónde iban: todos lo sabían, en aquel edificio que se estaba despertando y zumbaba como una colmena. ¿Cuántos telefonazos -se preguntó el Vice- habían salido ya de aquel edificio para anunciar al Presidente la visita que estaba por recibir? El Presidente: no era necesario añadir de las Industrias Reunidas, porque en aquella ciudad el presidente por antonomasia era él; sólo para el resto de los presidentes era necesario especificar, incluso en el caso del de la República.

Durante la media hora del trayecto no hablaron: una auténtica carrera, por entre el tráfico que empezaba a animarse. El Jefe desenrollaba y arrollaba y no paraba de enrollar lo que pensaba

decirle al Presidente: la preocupación se le leía en la cara como un dolor de muelas. Y el Vice lo conocía tan bien que podía descifrar minuciosamente esa preocupación: casi palabra por palabra: con todas las tachaduras, las correcciones y las sustituciones que se imponían. Un verdadero palimpsesto.

Llegaron a la mansión. El agente que conducía (de pronto no me atrevo a utilizar la palabra chófer, y lamento haberla utilizado otras veces; pero ¿se puede volver a decir, como se decía en mi infancia, mecánico?) bajó y oprimió, larga e imperiosamente, el timbre de la portería. El dolor de muelas se volvió lancinante: ¡así no, por Dios! Hay maneras y maneras. Pero no dijo nada, por respeto a la costumbre.

Cuando apareció el portero, el Jefe se limitó a decir su nombre. Pensó que no pronunciar la palabra policía era de elemental delicadeza tratándose del Presidente: pero el portero tenía ojo clínico y bastante experiencia como para comprender que debía anunciar a dos señores de la policía, aunque como buen meridional le costara un poco pronunciar, por cierto con un deje de desprecio, la palabra señores. Regresó sin decir nada: abrió la verja y con un gesto les indicó que podían avanzar por la alameda, hasta la mansión que, al final de la arbolada perspectiva, destacaba con todo su encanto, su canto («cuando un edificio canta, es arquitectura»).

Todo era de un rococó frágil, musical, «cantado»: amplio vestíbulo, escalinata, pasillos, bibliotecas, estudio del Presidente.

No tuvieron que esperar mucho: el Presidente apareció silenciosamente desde detrás de una cortina. Llevaba un cómodo batín pero ya estaba afeitado y listo para vestirse con esa severa y segura elegancia que las revistas de moda -una moda que a fuerza de variar ya casi ha dejado de ser tal- le reconocían. Y a su alrededor aleteaba el fastidio por haber tenido que demorar la habitual, puntual, casi legendaria salida matinal en dirección al rascacielos de las Industrias Reunidas, desde cuyo piso más alto, que casi limitaba con el cielo, adoptaba las cotidianas y siempre justas decisiones por las que todo el país se mantenía en el filo de la riqueza: aunque eso sí, con el precipicio de la miseria por un lado, y el de la peste por el otro.

-¿A qué debo el placer de esta insólita visita? -Preguntó el Presidente al tiempo que estrechaba largamente la mano del Jefe y fugazmente la del Vice; y pronunció la palabra insólita como si estuviera materializándola en enfática cursiva.

El Jefe gesticuló, y de su mente -como escapa el hidrógeno de un globo pinchado- escapó todo el discurso que tenía preparado. Dijo: -Usted conocía bien al abogado Sandoz, y...

-Somos amigos -dijo el Presidente-, pero en cuanto a conocerlo bien... Ni siquiera a los propios hijos se los conoce bien, mejor dicho, siempre se los conoce mal, muy mal... En suma, el abogado Sandoz es amigo mío, nos vemos a menudo, tenemos intereses, si no en común, al menos contiguos. Pero me parece que usted ha dicho *conocía*: o sea que...

El Jefe y el Vice cruzaron una rápida mirada de inteligencia. En sus mentes habituadas a desconfiar, a sospechar, a tender celadas de palabras o atrapar algunas que podían convertirse en trampas, pasó rauda la certeza de que el Presidente ya estaba enterado -como era obvio, porque sin duda no le faltaban devotos en la policía- de la muerte de Sandoz: lo raro era que tratase de mostrar que lo ignoraba. Pero el Jefe desechó en seguida esa idea pensando que el Presidente, por su parte, tenía una mente habituada a no comprometer a sus informadores. Dijo:

-Lamentablemente, el abogado Sandoz ya no existe: lo mataron esta noche, al parecer después de las doce.

-¿Lo han matado?.

-Lo han matado.

-¡Increíble!... Lo dejé poco antes de medianoche, nos despedimos a la salida del restaurante. La cocina tradicional... ¡Lo han matado! Pero, ¿por qué? ¿quién?

-Si lo supiésemos no estaríamos aquí fastidiándolo.

-¡Increíble! -volvió a decir el Presidente. Pero se corrigió: -Lo de increíble es un decir: en este país nuestro ya todo es creíble, todo es posible... Yo...-el Vice pensó que estaba dudando entre fingir que se disponía a despedirlos y demostrarles que había comprendido que aquello no era todo, que había otras preguntas a las que debería responder. Decidió fingir, apoyando las manos en los brazos de la butaca, como para ponerse de pie y despedirlos pero con tanta torpeza que el Jefe lo captó instintivamente y, sin darse cuenta, se libró del empacho en que había estado sumido hasta ese momento. Como siempre que iba a iniciar un interrogatorio, se arrellanó en la butaca como si fuera a embutirse en ella, y su voz adquirió la habitual vibración que significaba *digas lo que digas has de saber que no estoy aquí para creerte*. La introducción que tenía preparada («Hemos venido a importunarlo, a estas horas inconvenientes, para preguntarle algo que quizá no signifique nada, pero que también puede ser un punto de partida para la investigación; investigación que, claro está, de todas formas no lo afectaría a usted, a su persona...») quedó eliminada y dijo: En un bolsillo de la chaqueta de Sandoz hemos encontrado esta nota -y la extrajo del suyo: un rectángulo de color marfil-. De un lado, escrito a máquina, está su nombre: *Ingeniero Cesare Aurispa, Presidente I.R.*; al dorso, escrito a mano, *Te mataré*... Está claro que se trata de una tarjeta para indicar la ubicación de la mesa; pero, ¿qué significa ese *Te mataré*?

-Habrá pensado que se trata de una amenaza ejecutada de inmediato. Por mí mismo, desde luego -el Presidente se echó a reír: con ironía, amargura, indulgencia.

La rudeza profesional del Jefe desapareció al instante. Protestó azorado:

-Pero qué dice... ¡Por favor!... Jamás me permitiría pensar...

-No, no -dijo generosamente el Presidente-, puede permitírsele. Sólo que sería un error: **un hombre que desempeña sus funciones puede enamorarse incluso de los errores, puede cultivarlos como flores y ponerse alguno en el ojal. Me parece normal. Muy normal. Y así es como a veces las cosas más simples se vuelven endiabladamente complicadas...** Ha entendido bien: esa tarjeta indicaba mi ubicación en la cena de anoche, organizada por la asociación cultural que lleva el nombre del conde de Borch; y el *Te mataré* lo escribí yo. Era una broma entre Sandoz y yo, que le explicaré en seguida... Entregué la nota a un camarero para que se la llevase al pobre Sandoz, que estaba al otro lado de la mesa, a unas cinco o seis sillas de la mía... La broma era ésta: ambos fingíamos cortejar a la señora De Matis; y como a la señora, tal como había sucedido en otras cenas de ese tipo, la habían sentado junto a él...

-Así que fingían cortejarla -dijo el Jefe con una pizca de desconfianza: inopinada intromisión del oficio. De hecho, el Presidente se picó.

-Puede usted creerme; por lo demás, basta con mirar a la señora... -acotó, casi con disgusto.

-No me atrevería a dudarlo -dijo el Jefe.

Pero el Vice pensó: has dudado, aún dudas; honras a tu oficio, al nuestro. Y faltando a su decisión de no hablar, se permitió hacer una pregunta policial, en forma de comprobación, de afirmación:

-Y el abogado Sandoz respondió escribiendo en la tarjeta que tenía sobre la mesa...

El Jefe le echó una mirada de reprobación: otro tanto hizo el Presidente, que justo entonces pareció percibir su presencia.

-Sí, siguiendo con el juego, me respondió, que aceptaba el riesgo, o algo por el estilo.

-Pero usted no ha conservado la notita.

-La dejé sobre la mesa, quizá metida en el pequeño soporte de metal que tenía forma de flor, si mal no recuerdo.

-El pobre abogado Sandoz, en cambio, se metió en el bolsillo la que le había enviado usted: sin darse cuenta, en un gesto automático -dijo el Jefe, sin que la frase servil lograra disimular cierta incredulidad, cierta sospecha.

-Eso: sin darse cuenta, con gesto automático -aprobó el Presidente.

-¿Qué problema! -dijo el Jefe.

-¿Y usted ha venido a verme creyendo que yo era la solución? -Preguntó el Presidente: con ironía, con enfado, casi colérico.

-Pero no, de ninguna manera: sólo he venido porque era necesario aclarar en seguida este detalle, descartarlo: para seguir otra línea de investigación, de búsqueda....

-¿Entonces tienen otro punto del que partir?

-De momento, ninguno.

-Cualquiera que sea su valor, y creo que no es mucho, quizá yo pueda proporcionarle uno.

-Guardó un largo silencio, sumiendo al Jefe en un ansiedad que al Vice le pareció demasiado expresiva para ser verdadera: también el rostro del Presidente se volvió demasiado expresivo: de promesa por lo que se disponía a revelar, y de pesar por lo exiguo de la revelación. Y de hecho, dijo:

-No es que me parezca un punto de partida sólido, incluso me parece que es una broma: así lo calificó el pobre Sandoz cuando me lo mencionó...-(otra broma, pensó el Vice: esta gente se pasa la vida bromeando)-. Anoche mismo, al salir del restaurante, me dijo que lo habían amenazado por teléfono, quizás una vez, o varias, no recuerdo bien, de parte de...Déjeme que recuerde de parte de quién, porque no puede haber sido, como me parece recordar en este momento, de parte de los muchachos del noventa y nueve...No, no puede ser: los muchachos del noventa y nueve eran los llamados a filas después de Caporetto, en 1917. El Piave murmuraba, etcétera.. Los que aún estén

vivos de aquellos muchachos deben de andar por los noventa; además sería una referencia a un hecho ya tan indeciblemente patriótico... No es posible.. Déjeme pensar...-lo dejaron pensar. Hasta que vieron cómo el recuerdo atrapado iluminaba al fin su rostro-. Ya está: los muchachos del ochenta y nueve, creo...Sí, del ochenta y nueve...Pero ahora que lo pienso, no los muchachos, sino los hijos, quizá...

-Los hijos del ochenta y nueve -repitió el Jefe saboreando las palabras, pero sintió la amargura de lo incomprensible-. El ochenta y nueve, pues; o sea los hijos de este mismo año: 1989.

El Vice, que ante el producto de los esfuerzos memorísticos del Presidente había pensado que hubiera tenido que resultarle más fácil recordar el 89, cuya fiesta de Año Nuevo se había celebrado hacía apenas unos días, que el 99 del Piave, se oyó decir:

-De 1789, más bien. Una buena idea.

Ni el Jefe ni el Presidente apreciaron la intrusión.

-Usted siempre piensa en la historia -dijo el Jefe.

Y el Presidente:

-¿Que idea?

-La de 1789. ¿De dónde se puede extraer a estas alturas la idea de la revolución, sino de aquella? Ya falta muy poco para afirmar que, como en otros tiempos se decía de cierta bebida, fue la primera y sigue siendo la mejor...Si, una buena idea.

-Yo no diría que tan buena -dijo el Presidente, e hizo como que espantaba una mosca molesta.

-Ya se trate de 1989 o de 1789 -dijo el Jefe-, eso lo veremos después, incluso puedo decir que lo sabremos pronto...Lo que importa aquí y ahora, también para no seguir haciéndole perder su precioso tiempo, sólo es esto: saber qué fue exactamente lo que, con respecto a estos hijos del ochenta y nueve, a sus amenazas, le confió anoche el pobre abogado Sandoz.

-Por favor, no hablemos de confidencia: me lo comentó con cierta despreocupación, con cierto desenfado. Como ya le he dicho, creía que se trataba de una broma.

-Pues no lo era -dijo el Jefe, agarrándose de pronto, aunque ya se veía que no los soltaría fácilmente, de Los hijos del ochenta y nueve. Como un mastín.

-Eso es todo lo que puedo decirle -dijo el Presidente al tiempo que se ponía de pie-. Pruebe con los otros amigos del pobre Sandoz, con sus colaboradores inmediatos.

-Y así -dijo el Vice-, nuestro Presidente sale de escena.

-¿Usted querría retenerlo?

-No: sólo que hay algunas cosas que despiertan mi curiosidad.

-Pues guárdelas -dijo el Jefe con tono tajante e irritado; y remató: -Conozco bien su curiosidad: se fija en cosas tan sutiles que ni siquiera se ven.

-Razón de más para satisfacerla.

-¡De ninguna manera! No las veo yo, y no las ve ningún hombre con sentido práctico, pero el objeto de su curiosidad siempre acaba por darse cuenta. Y eso complica bastante las cosas. Para los curiosos.

-Ya entiendo -dijo el Vice-. Estaba distrayéndose un poco. Ahora que el dolor se había instalado en él y le sugería colores, imágenes y sobre todo pensamientos (aunque no durante las horas de la noche), en las que parecía ilimitado y llegaba hasta cualquier punto de la mente y del universo), lo sentía y lo veía como una lenta ola que avanzaba y se retiraba; gris, plomiza. Pero la conversión con el Presidente, que lo había hecho salir de aquel estado obligándolo a tamizar cada detalle, había sido una verdadera distracción, que ahora prolongaba en su diálogo con el Jefe. Trató de halagarlo: Estoy seguro de que también usted tiene una curiosidad.

-Por una vez hagamos una excepción: dígame cuál es esa curiosidad que, según usted, compartimos.

-La de saber qué decía exactamente la nota que Sandoz envió a Aurispa.

-Si, quizá sienta esa curiosidad; pero es algo personal, un capricho que no tiene nada que ver con la investigación que debemos iniciar.

-Pero, ¿siente o no siente esa curiosidad?

-Reconozco que la siento, pero al Presidente le caería mal que investigásemos por ese lado.

-Ha estado tan vago, tan indiferente con respecto a la respuesta de Sandoz que, por jocosa que haya sido, para nosotros es lo último que escribió un hombre que poco después fue asesinado... Yo diría que estamos obligados a hacer una verificación: mera rutina. En suma, para poder archivar el asunto.

-Vale, lo dejaré delante del restaurante y le enviaré dos hombres para que lo ayuden a buscar. Pero le recuerdo, una vez más, que esa nota no tiene nada que ver con nuestra línea de investigación.

-¿Así que ya tiene una línea?

-La tendré, digamos que dentro de dos o tres horas.

-¡Dios mío! -invocó el Vice-

Al Jefe se le leía la furia en la cara, pero prefirió encerrarse en un silencio hostil. Después, cuando ya estaban frente al restaurante la Nueva Cocina y el Vice se disponía a bajar, preguntó:

-¿Qué es lo que no lo convence?

-Los hijos del ochenta y nueve. Si usted empieza a mencionarlos a diestro y siniestro, ya verá qué éxito: surgirán a puñados, desde Pachino hasta Domodóssola.

-Pero no los mencionaré, salvo que los amigos y los colaboradores de la víctima me confirmen la historia y añadan más detalles importantes.

-Creo que tendrá la confirmación y también todos los detalles.

-He de decirle que nunca lo he visto tan optimista como ahora.

-Sin embargo, permítame informarle que nunca he sido tan pesimista.

-Por favor -rogó el Jefe, pero sonó como una orden-, no me caliente tanto la cabeza.

El Vice hizo un gesto de sumisión, de obediencia. Y se dirigió prestamente al café de al lado para telefonar al propietario del restaurante y decirle que fuera a abrirlo, y entretanto tomar algo.

La claridad de la mañana era vítrea, gélida; y gélidos eran los agujones que se clavaban en los huesos, en las articulaciones. Pero esos dolores excéntricos, periféricos, tenían la virtud de atenuar el dolor central, y atroz, o al menos se lo hacían creer.

Se bebió, una tras otra, dos tazas de espeso café. Decían que el café agudizaba los dolores, pero a él le daba la lucidez necesaria para poder soportarlos. Entretanto, pensaba en la basura que dentro de poco exhibirían ante él. La ciencia de la basura, la *garbage science*. Una parábola, una metáfora: ya vamos por la basura: la buscamos, la manipulamos, la interpretamos; esperamos que nos proporcione algún vestigio de verdad. Las inmundicias. Un periodista buscó los secretos de la política más secreta entre las inmundicias de Henry Kissinger; la policía norteamericana había buscado los secretos de la mafia de origen siciliano entre las de Joseph Bonanno. «La basura nunca miente»: ya se había convertido en un precepto sociológico. Sin embargo, la de Bonanno había mentido al policía Ehmann: *Call Titone work and pay scannatore*. Nada más claro, según Ehmann: si en italiano *scannare* significa degollar, *scannatore* es el que se ocupa de degollar. Al menos había que conocer *L'aria del continente*, comedia de Martoglio basada en una idea de Pirandello, para entender el complejo de inferioridad que el siciliano siente ante su dialecto, que intenta disfrazar de italiano: por eso en casa de Bonanno habían italianizado *scnaturi* transformándola en *scannatore*.

En suma, se trataba de una anotación, de un apunte para acordarse de pagar a un carpintero de origen siciliano, llamado Titone, una de esas mesas macizas, de madera dura, bien lisas, en las que las mujeres -antes en Sicilia, ahora en Estados Unidos- amasan el pan, hacen tallarines y lasaña, pasteles y pizzas. *Scnaturi*: «instrumento para amasar la pasta», como lo definía el jesuita Michele del Bono en 1754. Pero, ¿era una ingenua italianización de Bonanno, o una broma que había querido pagarle a Ehmann, una broma rentable?

Era curioso, pensó el Jefe, que la palabra broma apareciera tantas veces, desde hacía unas horas. Y también era una broma la que le estaba gastando al Jefe. Estaba seguro de que entre la basura de la cena de la noche anterior no encontrarían la nota de Sandoz. Y en efecto, al cabo de más de dos horas de búsqueda no la habían encontrado. *La basura nunca miente*: en aquel caso por ausencia. Pero había otro pensamiento inquietante: que entre la basura el hombre se encaminase hacia la muerte.

Para no calentarle la cabeza al Jefe, asistió en silencio a los interrogatorios de los amigos y colaboradores del pobre Sandoz (al que en vida nadie hubiera pensado en calificar de pobre, habida cuenta de lo rico que era en talento, bienes, poder y mujeres, e incluso cabía dudar de que unas horas antes hubiese sido elevado al cielo de los pobres). Amigos y colaboradores que confirmaron y proporcionaron detalles. Sí, el pobre Sandoz había hablado de las llamadas de Los hijos del 89; pero las había mencionado como una broma, entre otras cosas porque la última vez le había parecido reconocer una voz de niño: una voz débil, vacilante, como un balbuceo. Y se había puesto a reflexionar todo lo que está del otro lado sobre las otras llamadas, cuatro o cinco, que al recordarlas le pareció que habían sido de voces diferentes, de edades diferentes. Todas falsas, desde luego; y quizá siempre había telefoneado la misma persona: primero había fingido voz de viejo y luego había ido disminuyendo hasta imitar la última voz infantil «La próxima vez», había dicho el pobre Sandoz a su secretaria, «me llamará un bebé». Hacían bromas al respecto, e incluso llegó a decir a la secretaria que había descubierto quién podía estar gastándole una broma semejante. Los hijos del 89: ¡vaya ocurrencia! Y todos, empezando por Sandoz, habían pensado en 1989: se trataba de unos revolucionarios recién nacidos, de ahí la edad cada vez menor de las voces.

-Como ve -dijo el Jefe-, su 1789 se ha ido al demonio.

-Quizá.

-No niego que a veces su tozudez ha sido de cierta utilidad; pero créame que ahora es mejor que se la guarde para ocasiones más propicias.

-No creo que puedan existir ocasiones más propicias que ésta. Pero tampoco quiero calentarle la cabeza, no quiero agobiarlo.

-Agóbieme.

-Pues bien: creo que la broma, si vamos llamándola broma, fue calculada para que sugiriese dos hipótesis sucesivas. La primera, en vida de Sandoz y sobre todo para él que se trataba de una broma propiamente dicha, una broma inofensiva, ridícula. La segunda, después del asesinato de Sandoz: no se había tratado de una broma. En la primera hipótesis funcionaba el año 1989, el juego divertido de presentarse como recién nacidos de cualquier revolución: de palabra, sólo de palabra. En la segunda funciona la amenaza, que empieza a realizarse con el asesinato de Sandoz, de proseguir y coronar la obra de la revolución de 1789, reanudando sus fastos y su terror.

-Estoy de acuerdo en que las dos bromas, como le gusta llamarlas, están relacionadas.

-Pero hay algo en lo que no estamos ni estaremos de acuerdo, y es que, sin que nos diésemos cuenta, al amparo de los festejos del aniversario de esa revolución, haya nacido un grupo

subversivo totalmente imbuido de sus principios y dispuesto y decidido a delinquir para restaurar sus aspectos relegados, porque eso es lo que debería significar el nombre de Los hijos del ochenta y nueve. Ese grupo no existe, pero quieren que exista: para usarlo como pantalla, y como medio de intimidación al servicio de quienes abrigan intenciones muy distintas.

-¿Y en su opinión a quién se le ha ocurrido esta buena idea? Idea que a usted en seguida le encantó: un caso de amor a primera vista, un *coup de foudre* -dijo con ironía casi histérica el Jefe.

-No sé a quién se le ha ocurrido la idea, y creo que nunca lo sabremos. Pero, a juzgar por los efectos que muy probablemente tendrá, seguro que es buena. Vea usted: ¿qué bandera revolucionaria, ahora que ha desaparecido la roja, puede agitarse hoy para seducir a las mentes débiles, a la gente aburrída de la vida, a los que están dispuestos a sacrificarse por las causas perdidas, a los violentos que tratan de ennoblecer sus instintos? Para no mencionar el hecho de que usted está realmente convencido de que Los hijos del ochenta y nueve existen tal como dicen que existen, lo que de por sí ya es un apuro de la bondad, de la gran bondad de la idea.

El Jefe se puso serio, solemne, adoptó un tono de autoridad:

-Escúcheme: lo he dejado actuar en lo de la basura del restaurante. Como podría imaginarse, una pérdida de tiempo: el suyo y el de dos hombres, y Dios es testigo de la falta que me hacían aquí...- suspiró con su habitual suspiro de dolor por la falta de hombres, de medios.

-Yo no diría que ha sido una pérdida de tiempo: sirvió para confirmar mi sospecha de que la nota no existía.

-Peor aún: hemos perdido el tiempo sabiendo que lo perderíamos...Ahora escúcheme: no soy estúpido, adivino sus sospechas, sus intenciones, entreveo adónde quiere llegar, es decir adónde quiere llevarme, y le digo claramente que no. No sólo porque no tengo la intención de suicidarme, sino también porque su línea de investigación es novelesca, de novela policíaca digamos clásica, de ésas que los lectores, que se las saben todas, adivinan cómo terminará al cabo de las primeras veinte páginas...O sea que nada de novelas. Procedamos con calma, con mesura, sin caprichos ni arrebatos, y sobre todo sin prejuicios, sin tesis preconcebidas...Por lo demás, ahora el caso pasa a manos de un juez: si resulta que le gustan las novelas como a usted, podrán especular juntos, y yo me lavare las manos...Entretanto, quisiera señalarle que en su elucubración ha pasado por alto una hipótesis que yo calificaría de prometedora: que alguien que estaba presente en el banquete haya percibido el juego que se traían esos dos, haya visto cómo Sandoz se metía en el bolsillo la nota que decía *Te mataré*, y se le haya ocurrido aprovechar la ocasión.

-Una hipótesis técnicamente justa, pero creo que no es pertinente dadas las características del caso.

-Nunca se sabe. Verifíquela. Dígale a esa asociación cultural que le proporcione la lista de los invitados, y vea qué comensales, de los que estaban cerca de Sandoz y el Presidente, pudieron percibir el juego. Y después, desde luego, averigüe quién de ellos tenía algún motivo especial para odiar a Sandoz. Y por favor, nada de arrebatos, no dé un solo paso sin antes informarme. ¿De acuerdo?

Un actor que había sido amigo de Sandoz un subordinado recordó haberlo visto fotografiado con éste y se lo señaló al Jefe como posible autor de la broma telefónica. Puesto que Sandoz sugirió que había descubierto quién era el autor de la broma, ¿cómo no pensar en un profesional? Este tenía cierta fama en el teatro y en el cine; el Jefe recordó que le había oído imitar muchas voces: desde el catanés gutural de Musco hasta el tono áulico y melodioso de Ruggero Ruggeri. Sin convencimiento, puesto que se había encariñado con la idea de Los hijos del 89, hizo que lo buscaran por toda Italia; al fin lo encontraron donde lo habrían encontrado enseguida si hubieran mirado en la página de espectáculos de los periódicos de la mañana.

Por teléfono, después de que le hubieron explicado sucintamente por qué lo buscaban, el actor admitió que había conocido a Sandoz (lo admitió a desgana, como siempre que se responde a una pregunta de la policía), pero que no tenía tanta confianza con él como para gastarle una broma; y una broma tan estúpida, además. Eso sirvió para confirmarle a la policía, y al juez que ahora se encargaba de dirigir la investigación, que existía una estrecha relación entre las llamadas de Los hijos del 89 y el homicidio. Entretanto, como sucedía siempre que una investigación pasaba de mano, la noticia de Los hijos del 89 había saltado a los periódicos. Y desde luego, puesto que corría el año 1989, casi todos los periódicos lo tomaron como el nombre de un grupo subversivo recién nacido, nuevo, diferente a todos los conocidos. Pero una llamada anónima, que se recibió en el periódico de mayor difusión, tachó de ignorantes a la policía, a la magistratura y a los cronistas, y abonó la hipótesis de 1789.

-Volveremos a sembrar el terror -dijo el comunicante anónimo; añadió que el ajusticiamiento de Sandoz, lamentablemente no con la guillotina, era el primer ensayo. Otra llamada proporcionó el título completo: *Hijos del 89, comando Saint-Just*.

-Tenía razón usted -dijo el Jefe. Su orgullo salía perdiendo, pero creía ganar en generosidad: la generosidad de un Jefe que da la razón a su Vice.

-Pero no es eso lo que importa. Lo que importa es que Los hijos del ochenta y nueve están naciendo ahora: por mitomanía, por aburrimiento, quizá por vocación para conspirar y delinquir; pero no existían un minuto antes de que la radio, la televisión y los periódicos diesen la noticia. Son producto del cálculo del que ha matado o hecho matar a Sandoz, quien precisamente calculó que así al menos lograría confundirnos, pero quizá también que, con un poco de suerte, algún imbécil podía responder a la llamada y declararse hijo del ochenta y nueve.

-Ya no lo sigo, no puedo seguirlo en esta especie de novela.

-Entiendo. Por lo demás, aunque estuviese de acuerdo conmigo sólo seríamos dos- se había decretado duelo nacional por la muerte del abogado Sandoz, quien, recibiría honras fúnebres oficiales: ¿ahora quién se atrevería a colocar en una sepultura más humilde a aquella víctima de la delincuencia política, de la furia antidemocrática, de la locura subversiva?

-Me agrada que lo reconozca: sólo seríamos dos, suponiendo que su novela me mereciese algún atisbo de fe.

-Pero siguiendo con la novela...Estamos ante un problema grave, un dilema considerable: ¿Los hijos del ochenta y nueve han sido creados para matar a Sandoz o a Sandoz lo han matado para crear a Los hijos del ochenta y nueve?

-Dejaré que lo resuelva usted. En cuanto a mí, y en cuanto a este departamento, prefiero basarme en los hechos: Sandoz recibió llamadas amenazadoras de Los hijos del ochenta y nueve; Sandoz fue asesinado; Los hijos del ochenta y nueve se declararon autores del homicidio. Nuestra tarea consiste en encontrarlos, y consignarlos, como suele decirse, a la justicia.

-Los hijos del ochenta y nueve.

-Eso, Los hijos del ochenta y nueve. Y mire usted: de su dilema, abstractamente, por juego, por mero placer literario, yo me quedaría con la primera posibilidad que ya habíamos considerado: que Los hijos del ochenta y nueve hayan sido creados para matar más fácilmente a Sandoz, para obstaculizar o incluso impedir nuestra tarea de dar con el culpable o los culpables. En cuanto a la otra posibilidad, la de que Sandoz habría sido asesinado para crear a Los hijos del ochenta y nueve, la dejo para usted. Que se divierta.

-En más de medio siglo la policía y los carabineros hemos tragado tanta quina que ya tendríamos derecho a divertirnos un poco; además de la que yo personalmente llevo tragada en los casi treinta años de servicio aquí.

-Trago más, trago menos... Bueno, si le parece que también este asunto se presenta como otra cucharada de quina que se tiene que tragar, pues prepárese a tragarla.

Desobedecía, estaba desobedeciendo. En una salita, en casa de los De Matis, con la señora a su lado. Se había sentado a su lado quizá porque su curiosidad era tal que la cercanía física le había parecido instintivamente más propicia para la confianza.

-Tan pronto como el portero me dijo que un funcionario de la policía quería hablar conmigo, comprendí: seguro que quiere informarse sobre las notas que se cruzaron Sandoz y Aurispa en la cena del otro día.

Tenía un rostro inteligente y unos ojos bellísimos, en los que parecía aletear una luz irónica y divertida. No era nada fea: Aurispa, que había dicho que bastaba con mirarla para darse cuenta de que el deseo de estar junto a ella sólo podía obedecer a una broma, a una ficción, tenía sin duda una idea poco sutil de la belleza femenina, un gusto de comprador que no quiere que lo engañen en el peso. La señora era flaca, pero la suya no era una delgadez desagradable; podía decirse que era ligera, por que en su manera de moverse, en sus ademanes, había un aire de vibrátil ligereza.

-Ante todo debo decirle que, si bien soy un funcionario de la policía, he venido a título personal y con extrema reserva.

-Dígame la verdad: ¿sospechan de él?

-¿De quién?

-Pues de él, de Aurispa -la luz irónica y divertida parecía haberse dilatado, y acentuaba el esplendor de sus ojos, que eran de un azul indefinible, de un violeta indefinible.

-No, no sospechamos de él.

-Me encantaría saber que al menos se sospecha de él...

-¿En serio?

-¡Oh, sí! Y espero que alguna vez suceda: ¡está metido en tantas cosas, y tan turbias!

-¿Y por qué le encantaría?

-Podría responderle que por una cuestión de justicia, pero no es del todo cierto. Lo que sucede es que no me gusta, me resulta antipático. Es un hombre tan frío que tengo la impresión de que sólo existe de perfil, como en una moneda, como en las monedas.

-¿No hay ningún detalle que le haya llamado la atención?

-No, ninguno. Mejor dicho: algo. Algo vago e indefinible, pero yo siempre me guío por impresiones vagas e indefinibles. Y le aseguro que nunca me equivoco... Pero me he dado cuenta de que no me dirá nada. Veamos pues si logro adivinar algo por sus preguntas.

Inteligente, muy inteligente, pensó el Vice, y casi sintió miedo. Para ganar tiempo, para desinfectar las preguntas de la sospecha que la señora se disponía a detectar en ellas, dijo:

-Las mías ni siquiera son preguntas.

-Adelante, pues -lo incitó la señora con aire cada vez más divertido.

-Se trata de algo normal, muy normal, que estamos obligados a hacer incluso cuando, como en este caso, nos parece de antemano inútil: reconstruir las últimas horas de vida del abogado Sandoz.

-Algo normal, muy normal, e inútil -repetió como un eco la señora. Seguía el juego con una actitud de comprensión irónica e indulgente, pero parecía estar conteniendo la risa-. pasemos a la pregunta.

-Como le he dicho, ni siquiera se trata de una pregunta...Supongo que sabe que ambos se traían un juego, digamos de galantería, cuyo objeto era usted. El ingeniero Aurispa se quejaba de que no estuviese junto a él y fingía estar rabioso de celos por el hecho de que, con pocos días de diferencia, en dos ocasiones, el abogado Sandoz hubiese tenido la suerte de que lo sentaran a su lado...

-Había sucedido más de dos veces. No comprendo por qué en esos odiosos banquetes oficiales o de asociaciones casi siempre me ubicaban junto a ese Sandoz, que me aburría. Y le diría que también me aburría, e incluso me irritaba, aquel juego, como usted lo llama, de galantería. Era como si dijese entre sí: pobrecilla, es tan vieja, tan fea, que al menos hay que brindarle este consueño. Porque sé que no soy bella, y más aún que soy vieja: pero no me parecía una razón válida para que esos dos seres anodinos se dedicaran toda la noche a recordármelo.

-No, no diga eso -objetó hipócritamente el Vice, porque por lo que había dicho Aurispa le constaba que la señora estaba en lo cierto.

-No se ponga también usted galante,

-No se trata de galantería. Usted, permítame decírselo, es la primera vez que la veo y creo que no volveré a tener ocasión de encontrarla...usted es tan luminosa...-la palabra le había surgido espontáneamente, como en una especie de enamoramiento instantáneo. Pero de pronto el dolor se hizo más intenso: como para recordarle el otro y único enamoramiento que podía sentir a esas alturas.

-Luminosa. Es bonito. Lo recordaré. No son muchas las cosas agradables que pueden suceder a esta altura de la vida. ¿Sabe que tengo casi cincuenta años?... Pero volvamos a la pregunta.

-Pues bien: el ingeniero envió la nota al abogado; en ella decía...

-Te mataré.

-¿El abogado escribió su respuesta en la misma tarjeta?

-No, no: se metió la nota de Aurispa en el bolsillo, después de habérmela mostrado, con la alegría, me pareció, de un coleccionista de autógrafos que al fin ha logrado conseguir un espécimen raro. Su respuesta la escribió en la tarjeta suya, que estaba metida en una especie de iris demasiado plateado para ser de plata.

-¿Y qué escribió en su tarjeta?

-Lo extraño es que no me la mostró. Tampoco yo tuve la menor curiosidad por espiar lo que escribía. Me aburría él, me aburría ese juego tan estúpido...

-¿Recuerda quiénes estaban sentados junto a Aurispa? Supongo que dos señoras.

-Sí, estaba entre dos señoras: la señora Zorni y la señora Siragusa. Pero como tenía a la señora Zorni a su derecha...una bella mujer: un poco tonta, creo, pero con ese toque de tontería que para la mayoría de los hombres realza aún más la belleza femenina...conversaba más con ella que con la otra.

-¿Usted vio que la nota llegaba al destinatario?

-No precisamente: observaba a Sandoz, que miraba hacia Aurispa con atención, casi diría con ansiedad...En suma, me pareció que espiaba el efecto de su nota con demasiado interés, tratándose de un juego tan frívolo...Después vi que sonreía. Me volví hacia Aurispa: también él sonreía, pero ambos lo hacían con una sonrisa, ¿cómo le diría?, tensa, hostil...Aquella manera de sonreírse me llamó la atención; por eso, puesto que unas horas después asesinaron a Sandoz, le he preguntado si sospechaban de Aurispa.

-No, no sospechamos de él.

-Pues deberían hacerlo. Por una tendencia infantil, quizá desde la primera vez que la oí, asocié la palabra policía con la idea de limpieza*. ¿Hay limpieza en su policía?

*En italiano pulizia significa «limpieza». (N. del T.)

-Hasta donde se puede.

-De modo que, hasta donde se pueda, sospecharán de Abrispa, pero no se puede mucho, ¿verdad?

-No mucho.

-Si me responde que no se puede mucho, creo que hay que deducir que no se puede nada. Y me parece que eso lo hace sufrir.

Son tantas las cosas que uno ha sufrido a esas alturas.

-Me gustaría mucho saber por qué se hizo policía.

-Nunca he encontrado la respuesta precisa, porque a veces yo también me lo pregunto. A veces encuentro una respuesta elevada, noble, de tener que alcanzar el do de pecho; más a menudo las respuestas son otras, más modestas: las necesidades de la vida, la casualidad, la inercia...

-¿Usted es siciliano?

-Sí, pero de la Sicilia fría; soy de un pueblecito del interior, situado entre montañas, donde la nieve dura mucho en invierno, o si menos duraba, cuando era niño. Una Sicilia que nadie logra imaginar. Nunca en mi vida he sentido tanto frío como en aquel pueblo.

-También yo recuerdo esa Sicilia fría. Solíamos ir en verano, pero a veces también por Navidad. Mi madre era siciliana y sus padres siempre habían vivido en el pueblo, en su gran casa, fresca en verano y gélida en invierno. Allí murieron, y allí también murió, antes que ellos, mi madre. Yo ya no volví. Cada año, después del dos de noviembre, un pariente me escribe para contarme su visita a las sepulturas, me habla de las flores y lámparas con que las ha adornado; es como un reproche que me hace, porque el hecho de que mi madre haya querido ir a morir allí debería significar algo para mí, sentimentalmente. Pero lo cierto es que incluso ese deseo de mi madre, cuando pienso en él, me provoca una sensación de inquietud, no es posible querer tanto a un pueblo, a una gente; además, un sitio en el que se ha sufrido, y una gente con la que no se ha congeniado en absoluto. Aquella vida había sido muy dolorosa para mi madre; se había rebelado, había huido. Pero la amaba más allá de la muerte... ¿Y sabe por qué me inquieto tanto al pensar en eso? Porque a veces sorprende en mí un eco de aquel amor suyo, aquel recuerdo, aquel deseo... Pero quizá sólo sea un poco de ese remordimiento que mi pariente intenta provocarme.

-No sé si conoce lo que escribió Lawrence sobre *Maestro don Gesualdo*, de Verga. En determinado momento dice: «Pero Gesualdo es siciliano, y ahí surge la dificultad...»

-La dificultad... Sí, quizá de allí proceda mi dificultad para vivir -y como para cambiar de tema, cuando con desenfado- ¿Usted lee mucho verdad?... Yo no tanto, y ahora me gusta más releer: una descubre cosas que en la primera lectura no estaban... Quiero decir que no estaban para mí. ¿Sabe qué estoy releendo? *Las aguas oscuras*; aparecen muchas cosas que antes no estaban, y quien sabe cuántas otras descubrirá si volviese a leerlo dentro de veinte años... Pero dejemos los libros, estabamos hablando de las razones por las que se hizo policía.

-Quizá porque el delito está en nosotros y quise conocerlo un poco.

-Sí, es cierto, el delito está en nosotros; pero algunos están en el delito.

La señora Zorni. Realmente bella, hasta la insípida perfección, y de una locuacidad que hacía juego con esa perfección: insustancial, divagante, capaz de perderse en los más celestes e inalcanzables cielos de la estupidez, que puede ser celeste e incluso profunda, como saben las personas inteligentes, que sienten su seducción y por eso la temen. Daba la impresión de no entender nunca lo que le preguntaban; pero en alguna parte de su bella cabeza debía de quedar impreso el sentido de la pregunta, porque en determinado momento armaba una respuesta, como si en un montón de piedrecitas de distintos colores fuera escogiendo las que entonaban mejor: un mosaico. Como el que estaba componiendo el Vice, y ahora nosotros, en detrimento del retrato pero quizá para bien de la historia.

Sí, estaba al corriente del juego, entre compasivo y burlón, que ambos se traían con respecto a la señora De matis: el Presidente le había contado. Había visto cómo el Presidente escribía *Te mataré*, se había reído; aunque quiso aclarar que la señora De Matis no le parecía tan fea, incluso le parecía interesante. También había leído la respuesta del abogado Sandoz.

-¿La recuerda?

-Claro que la recuerdo; también tengo buena memoria -aquello revelaba, asimismo, hasta qué punto era consciente de su belleza-. Eran dos versos.

-¿Versos?

-Eran dos frases breves, escritas como versos, y rimaban. Parecían de una canción, casi tuve ganas de cantarlas -las cantó, con la melodía de una canción crepuscular que había estado de moda hacía muchos años-: «Sé que lo intentarás. Pero, ¿lo lograrás»

El Vice casi se estremeció de júbilo, pero dijo con tono tranquilo:

-El Presidente leyó la nota, se la mostró a usted...

-No, no me la mostró: la leyó mientras él la leía. Después se la guardó en el bolsillo.

-¿Está segura de que el Presidente se guardó la nota en el bolsillo?

-Segurísima -pero un gesto de preocupación se dibujó en su rostro-: ¿Él dice que no se la guardó en el bolsillo?

-Si así fuera, ¿seguiría usted estando segura de que se la guardó? -Lo dijo para provocarle un momento de ansiedad, para arañar aquella perfección de estatua desenterrada intacta.

-Es un caballero tan intachable que, sin duda, empezaría a dudar.

-No es necesario que lo haga: el Presidente ha dicho que se la guardó mecánicamente en el bolsillo; sólo que luego, también mecánicamente, la tiró.

La señora suspiró aliviada. la simulación neutralizó aquel momento de vida. El Vice pensó que no era realmente estúpida. tal como en Italia la mayoría estima que alguien no es estúpido tomando en cuenta tanto lo que dice como lo que deja de decir.

Se marchó de la casa de los Zorni con una sensación de aturdimiento. El esfuerzo que le había costado extraer respuestas precisas de un parloteo que podía compararse con la fuente de Trevi -cascadas, cascadillas, velos de agua, chorros-, había supuesto mucha tensión y luego fatiga, aturdimiento. También el dolor estaba como aturdido, menos agudo pero más sordo y difuso. Es curioso que el dolor físico, aunque obedezca a una causa estable y, quizá peor aún, inmutable, pueda atenuarse o aumentar, cambiar de intensidad y calidad según las ocasiones y los encuentros.

Paseó por los soportales de la plaza pasando en aquella nota, en aquellas frases que parecían versos de una canción: en la señora Zorni, bellísima, joven, en la armoniosa ondulación de su cuerpo: pero cuánto más bella, más deseable -durante aquellos relámpagos de deseo que de pronto atravesaban el dolor-, era la señora de Matis, con sus cincuenta años.

Le gustaban los soportales, deambular por ellos. En la isla en que había nacido los había en todas las ciudades. Los arcos realzan la belleza del cielo, como dice el poeta. ¿Los soportales realzan la civilización de las ciudades? Y no era que no amase la tierra en que había nacido, pero todas las noticias, dolorosas, trágicas, que se publicaban cada día sobre ella, le provocaban una especie de rencor. Como hacía años que no había vuelto, no la buscaba en esos sucesos, sino más allá, en la memoria, en el sentimiento de algo que ya había dejado de existir. Ilusión, mistificación: la del emigrante, la del expatriado.

Tenía que desobedecer hasta el final. Se había arriesgado con la señora Zorni, y tarde o temprano se notarían los efectos. Al evitar la recomendación de que guardara el secreto, recomendación que siempre provoca la necesidad incontenible de no guardarlo, y sobre todo en alguien como ella, había hecho todo lo posible para hacerle creer que se trataba de una investigación puramente formal, superflua e incluso fastidiosa para quien tenía que realizarla. Pero era imposible que la memoria de esa mujer fuese tan débil como para olvidarlo y que, no habiéndolo olvidado, resistiese al placer de comentarlo con una, dos o tres amigas; y que, de amiga en amiga, la noticia llegara al Presidente, y del Presidente al Jefe o al que estaba por encima, muy por encima, del Jefe. Con la señora De Matis no, no había ningún peligro: entre ellos hubo una simpatía inmediata, casi una complicidad.

Lo que había oído acerca del intercambio de notas lo había conducido a una pregunta. Que tenía que hacerle a alguien capaz de proporcionar una respuesta segura.

Agencia de viajes Kublai: del doctor Giovanni Rieti; nunca había sabido en qué era doctor. Un viejo conocido, quizás hasta podía hablarse de amistad, por la historia tan humana que la había originado. Empezaba con sus padres, en 1939: el padre del Vice era funcionario del Registro Civil en el pueblecito siciliano en el que el padre del doctor Rieti, judío, había nacido por casualidad. El señor Rieti había llegado a toda prisa desde Roma, desesperado, para ver si en el ayuntamiento, en su acta de nacimiento, había algún dato que pudiera utilizarse para probar que realmente no era judío. Y como ese dato no existía, lo crearon: el funcionario del Registro Civil, el alcalde, el arcipreste, los guardias municipales. Todos ellos fascistas con carnet en el bolsillo y distintivo en el ojal; y el arcipreste, que no tenía carnet ni distintivo, lo era de alma. Pero todos pensaron que no podía

abandonarse al señor Rieti, a su familia, a sus hijos, frente a esa ley que buscaba su destrucción. De modo que fabricaron, literalmente, documentos falsos porque para ellos que un hombre fuera judío no significaba nada, si corría peligro, si estaba desesperado, si se encontraba frente a un riesgo grave. ¡Qué gran país había sido, y quizás aún lo fuese, Italia en esas cosas!

En su familia no había vuelto a saberse nada de la familia Rieti, y aunque recordase el episodio entre los que, por haberse producido durante los diez primeros años de su vida, habían dejado una impronta en ella, el nombre en cambio no había quedado en su memoria. Pero una noche, en la ciudad en la que desde hacía años residía, en una fiesta que daban en la prefectura, le habían presentado a un doctor Rieti quien, al oír su nombre, le había preguntado si era siciliano, y si era de aquel pueblo, y si era pariente de aquel funcionario del Registro Civil. Había sido una especie de reencuentro.

Se habían encontrado otras veces, y con cierta frecuencia. Pero en determinado momento el Jefe, con mucho tacto y a medias palabras, le había aconsejado que no se exhibiese demasiado en compañía del doctor Rieti. Y, siempre con medias palabras, le había dado a entender que ese consejo se lo daba por consejo del servicio que, en otro país y en otra época, llamaban de inteligencia, y que, quizás, aquí y ahora no podía calificársele de inteligente, pero en fin, había ciertas cosas que conocía y al menos -aquél había sido el punto importante de todo el discurso del Jefe- «se conocían entre sí», que era la actividad principal de esas inteligencias de los distintos países. Y como se conocían entre sí, conocían al doctor Rieti: con el que podían tratar con confianza, ellos, pero no los otros funcionarios del Estado, y menos aún si pertenecían a la policía.

El Vice había seguido frecuentando al doctor Rieti, pero con más cautela, evitando los aperitivos en el bar y las cenas en el restaurante, porque de su actividad secreta podía sospecharse, por la poca energía que dedicaba a la agencia y lo muy bien informado que estaba sobre los chanchullos económicos y financieros, las pugnas en el interior de los partidos, la integración y desintegración de las alianzas, los asuntos de la Iglesia y las actividades terroristas.

Por causa de su enfermedad, y del trabajo, que debido a la enfermedad se le hacía cada vez más largo y pesado, el Vice llevaba al menos un par de meses sin verlo. El doctor Rieti lo acogió con grandes muestras de cordialidad, diciéndole que se alegraba de verlo bien de salud.

-He sabido que estaba mal: me dijo alguien de su oficina hace unos días. Veo que ya está repuesto. Un poco más delgado, sí, pero dicen que está muy bien adelgazar.

-Aunque usted no se lo cree.

-Lo reconozco. Más aún, cuando veo lo que algunos de mis familiares y conocidos hacen para adelgazar, y los desequilibrios que produce, pienso que los inventores de dietas, los científicos que elaboran dietas, deberían recibir el mismo trato que los vendedores de droga... Pero, ¿qué enfermedad ha tenido, concretamente?

-Concretamente, una enfermedad por la que debería someterme a un tratamiento de cobalto, o algo similar.

-No pensaba que fuese para tanto.

-E incluso para más: me estoy muriendo -lo dijo con tal serenidad que al otro se le helaron las palabras hipócritas que estaba por pronunciar.

Se limitó a decir, en tono muy bajo:

-Dios mío. Después, al cabo de un largo silencio, añadió: Pero un tratamiento...

-No quiero morir con los religiosos consuelos de la ciencia, que no sólo son tan religiosos como los otros, sino que además resultan atroces. Si acaso necesitase algún consuelo, recurriría al más antiguo. Hasta me gustaría sentir esa necesidad, pero no la siento. -Y, con ligereza, casi con alegría, añadió: ¿Ha visto? En este país uno nunca se aburre: ahora tenemos a Los hijos del ochenta y nueve.

-Sí: Los hijos del ochenta y nueve. Con ironía, con malicia.

-¿Qué piensa de todo esto?

-Me parece que es un montaje, una invención. ¿Y usted qué opina?

-Lo mismo.

-Me agrada que piense como yo. Pero por lo que dicen los periódicos, en su servicio creen que va en serio.

-Pues sí: ¿o piensa que se van a perder una invención tan buena?

-Ya veo. Creo que la inventaron con lápiz y papel: como un juego, un cálculo... ¿A dónde van a refugiarse esos pobres infelices, esos pobres desheredados que aún quieren creer en algo después de Jruschov, después de Mao, después de Fidel Castro y ahora Gorbachov? Algún pastel hay que arrojarles: uno que ha vuelto al horno después de doscientos años, blando, fragante de celebraciones, exhumaciones, revaluaciones; y dentro, la piedra de siempre, para que se partan los dientes.

Con Rieti siempre pasaba lo mismo: estaban de acuerdo en la evaluación de los hechos, en su interpretación, en la determinación de su origen y su finalidad. Y la mayoría de las veces con un lenguaje divertido, alusivo, lleno de parábolas y metáforas. Era como si sus respectivas mentes tuvieran los mismos circuitos, los mismos procesos lógicos. Un ordenador especializado en la desconfianza, la sospecha, el pesimismo. Los judíos, los sicilianos: la condición de unos y otros vinculada por una afinidad atávica. Una condición hecha de fuerza, de capacidad defensiva, de dolor. Un toscano del siglo XVI había dicho que los sicilianos eran de intelecto seco. Como los judíos. Pero ahora la guerra había entrado en ellos: una guerra especial, pero guerra al fin.

-Quiero hacerle, por primera vez desde que nos conocemos -y con ello dio a entender que conocía muy bien cuál era la verdadera, oculta actividad del doctor Rieti-, una pregunta precisa: ¿cómo era la relación entre Sandoz y Aurispa?

-Se detestaban.

-¿Por qué?

-No sé de dónde arrancaba la aversión del uno por el otro, y tampoco creo que sea fácil descubrirlo porque, según he oído decir, habían sido compañeros de escuela. Pero sé que se

dedicaban sistemáticamente, y siempre manteniendo relaciones de aparente amistad, Aurispa a perjudicar los asuntos de Sandoz y Sandoz, con resultados menos contundentes, y a perjudicar los asuntos de Aurispa; de modo que Sandoz, que no se resignaba a la derrota, había recurrido al chantaje, aunque tampoco con resultados demasiado brillantes. El sueño de su vida era lograr un orden de detención contra Aurispa, quizá de esas que al cabo de un par de meses concluyen con una absolución por falta de pruebas. Pero no era más que un sueño.

-¿Y cuáles eran los argumentos del chantaje?

-Creo que el menos endebles era el de la enorme corrupción, con la consiguiente estafa, perpetrada por Aurispa en perjuicio del Estado, y que Sandoz estaba, o creía estar, en condiciones de probar. Aunque pienso que nunca se hubiese decidido a denunciarla, porque el caso habría tenido repercusiones también perjudiciales para él y del mismo tipo. Lo único que podía temer Aurispa era que Sandoz se volviera loco, porque mientras conservase la sensatez nunca se atrevería a sacudir esa columna, con peligro de que también cayese encima el templo, ese templo de ambos, y de tantos italianos influyentes... Otros argumentos de chantaje eran de carácter privado, y llevaban un retraso de al menos treinta años. Mujeres, cocaína: ¿qué efectos pueden tener ahora ese tipo de acusaciones?

-Pero ¿a qué negocios se dedicaban?

-A la guerra, a todo tipo de guerra, ¡Hay tantas en el mundo: de armas, de venenos... ¡Y permiten hacer tantos negocios!

-Creo entender que usted no piensa que la decisión de matar a Sandoz haya partido de Aurispa. O, mejor dicho, que las amenazas de Sandoz, su chantaje, pudieran ser un motivo suficiente para eliminarlo.

-Exacto.

-De modo que debe de haber habido otra razón.

-Usted ha utilizado la palabra justa: suficiente. Las amenazas de Sandoz no constituían un motivo suficiente para que Aurispa decidiese quitarlo de en medio. Pero en determinado momento, al surgir otra exigencia, al calcular fríamente los detalles de un proyecto que quizá no previera la necesidad de eliminar a Sandoz, pudo haberse presentado la ocasión, como suele decirse, de matar dos pájaros de un tiro.

-Está diciendo que la víctima no tenía por qué ser Sandoz, sino algún otro que reuniera, por decirlo así, los mismos requisitos; pero como Sandoz incordió un poco más que las otras víctimas posibles, la elección recayó en él.

-Exacto.

-Opino lo mismo. Después de haber escuchado a Aurispa, le planteé a mi Jefe, que desde luego lo acogió con total desinterés, el siguiente dilema: o bien Los hijos del ochenta y nueve han sido creados para matar a Sandoz, o a Sandoz lo mataron para crear a Los hijos del ochenta y nueve. Y ahora me inclino por creer que, como usted dice, se ha querido matar dos pájaros de un tiro: el más importante, crear a Los hijos del ochenta y nueve... Pero, ¿por qué?

-Yo diría, por antigua premonición y no tan antigua admonición, que el porqué lo sabemos

sin saber que lo sabemos... En nuestra infancia experimentamos, sin haber conocido realmente, un poder que ahora podemos calificar de criminalidad integral, un poder que, paradójicamente, hasta puede decirse que estaba sano, que gozaba de buena salud: desde luego, siempre con respecto al delito, y comparándolo con este poder esquizofrénico de ahora. La criminalidad de aquel poder se basaba sobre todo en no admitir ninguna otra fuera de la propia, glorificada y condecorada con todos los adornos... Ni que decir tiene que entre la esquizofrenia y la buena salud me quedo con la primera, y creo que usted también. Pero hay que tener en cuenta esa esquizofrenia si se quieren explicar algunas cosas que, si no, resultan inexplicables. Como también hay que tener en cuenta la estupidez, la pura estupidez, que a veces se introduce en ella y la domina. Hay un poder visible, nombrable, enumerable; y hay otro, no enumerable, sin nombre, sin nombres, que nada por debajo de la superficie... El poder visible lucha contra el sumergido, y sobre todo cuando éste se atreve a emerger valientemente, es decir en forma violenta y sanguinaria, pero de hecho lo necesita. Espero que sabrá perdonarme esta modesta filosofía, pero es la única que tengo, en lo que al poder se refiere.

-De modo que cabe sospechar que existe una constitución no escrita cuyo primer artículo rezaría: *la seguridad del poder se basa en la inseguridad de los ciudadanos.*

-De todos los ciudadanos: incluidos los que, al difundir la inseguridad, se creen seguros... Y ahí está la estupidez de que le hablaba.

-Así que estamos atrapados en una *sotie*... * Pero volviendo a los hechos que nos ocupan: aunque los periódicos no las hayan mencionado, supongo que sabe que en aquel banquete Aurispa y Sandoz intercambiaron, como por juego, unas notas... ¿Qué piensa de eso?

-Creo que es un hecho que tiene su importancia pero que, de momento, no puede interpretarse adecuadamente. Porque es ambiguo, y su ambigüedad sólo puede eliminarse si se sabe qué papel desempeñó Aurispa en esta historia... Si actuó como protagonista, en el nivel decisivo, habrá calculado que lo de las notas le permitiría salir en seguida de la escena, que es lo que ha ocurrido: si en cambio actuó como auxiliar, hasta cabe la posibilidad de que no estuviese informado del momento en que sucederían las cosas, y por tanto de que ese juego fuese casual, de que se haya tratado de una coincidencia fortuita y, al fin y al cabo, afortunada.

-Yo me inclinaría por la hipótesis de que actuó en el nivel decisivo.

-Puede ser, puede ser... -dijo Rieti, pero sonó a cortesía. Era evidente que sabía algo más: o creía saberlo. Pero no convenía insistir en ello, de modo que el Vice se limitó a decir:

-Una última pregunta, quizá la más indiscreta que pueda hacerle: en sus funciones, en sus digamos, tareas -ya no se trataba de alusiones: había llegado la hora de la verdad incluso para la relación, de conocimiento o de amistad, que existía entre ellos-, ¿qué asuntos le interesan más? ¿Los que manejaba Sandoz hasta ayer, o los que maneja Aurispa?

-Lamentablemente, los de ambos; aunque más los que hasta ayer, como usted dice, manejaba Sandoz -dijo Rieti con una expresión en la que el asco que sentía por esos asuntos se mezclaba, quizá con el asco que sentía por sí mismo.

* En francés en el original. *Sotie* es el género dramático francés de frase, o sátira, de los siglos XIX y XV (N. del T.).

Cuando regresó, el edificio zumbaba como una colmena enloquecida. habían cogido a un hijo del 89 mientras estaba telefoneando. Uno de esos casos que rayan en lo inverosímil. Un sordomudo que estaba sentado en un banco de una plazuela suburbana frente al cual, a unos tres o cuatro metros, había una cabina telefónica; dentro había un joven que, con evidente nerviosismo y dándose la vuelta a cada momento, hablaba. Para una persona cualquiera habría sido como contemplar a un pez en un acuario, pero no para un sordomudo habituado a captar la muda aparición de las palabras en los labios. En los del joven que estaba telefoneando leyó una docena de veces *hijos del ochenta y nueve* y a menudo las palabras *revolución* y *virtud*. El sordomudo tenía en sus manos un periódico que precisamente hablaba de Los hijos del 89, y en el bolsillo una de esas plumas que escriben grueso, de tinta roja. Escribió en el periódico «hijo del 89, cabina telefónica» y salió en busca de un guardia. Encontró a uno de la guardia urbana que aunque llevaba una pistola colgada del cinturón, era el menos idóneo para encargarse de aquella operación. En efecto, al leer el mensaje el guardia se asustó; trató de no tomarla en serio, de bromear, de despedirse del sordomudo dándole un palmadita en la mejilla, pero como éste insistió con gestos excitados y dramáticos, el guardia se dejó guiar hasta la cabina.

El joven permanecía allí, y seguía hablando: estaba resumiéndole al encargado de la centralita de un periódico -quien tenía instrucciones de alargar la conversación cuando recibía de ese tipo de llamadas -un capítulo de *La Revolución Francesa* de Mathiez, que acababa de leer. Como no recordaba que, por larga que fuese la llamada, la policía hubiera logrado detener jamás a un comunicante implicado en delitos de terrorismo o de secuestro de persona, se sentía, pese a los nervios, seguro. El guardia esperó, oculto detrás del tronco de una magnolia, a que colgase; después se situó silenciosamente a sus espaldas y con fuerza, para que pudiera reconocerla de inmediato, apoyó la pistola justo encima de la cintura: por suerte para el hijo del 89 y para él mismo, se le había olvidado quitar el seguro. Y así, seguido por el sordomudo, lo condujo hasta la comisaría más cercana, que tampoco estaba tan cerca, por lo que se fue juntando gente que empezó a seguirlos -antes de llegar a su destino ya eran una manifestación- y a la que en varias ocasiones el guardia se vio obligado a explicar que se trataba de un presunto hijo del 89; sin olvidar nunca, conforme a la ley, lo de presunto, que como sabe todo el mundo, en el lenguaje periodístico usual es sinónimo, en cambio de culpabilidad probada. En determinado momento, incluso, al oír los gritos de la multitud a sus espaldas, llegó a sudar frío por miedo a que optaran por la justicia expeditiva frente a la justicia lenta, y quizá también a salir maltrecho, por verse obligado a defender la justicia lenta.

Llegaron a la comisaría sin novedades: allí metieron a los tres -al hijo del 89, al guardia y al sordomudo- en un coche celular y se les llevaron a la jefatura.

Ahora el joven estaba en el despacho del Jefe. Había tratado de negar el contenido de la llamada, pero allí estaba el sordomudo, dispuesto implacablemente a escribir su texto, aunque con algunas lagunas. Al final el joven lo admitió, pero dijo que se trataba de una broma. No era todavía la verdad, porque con esa llamada había intentado introducirse entre Los hijos del 89, o presentar su candidatura; pero ya se tratase de una broma o de un gesto maniático de autoafirmación, bastaba con mirarlo para darse cuenta de que no había tenido nada que ver con el asesinato del abogado Sandoz. Eso pensó el Vice tan pronto como entreabrió la puerta del despacho del jefe. El chaval estaba hecho polvo; pero el Jefe, como si una aureola rodease su maciza cabeza, irradiaba esa felicidad mezclada con fatiga que exhibe el corredor cuando ha logrado llegar primero a la meta.

Cautelosamente, volvió a cerrar la puerta, a cuya rendija se habían prescrito las miradas ansiosas y frenéticas de los cronistas que abarrotaban el pasillo. Entre ellos, en zambullido y echando espuma como un puro sangre que hubiese ido a parar a la cuadra de los reos, estaba el Gran

Periodista. Sus artículos, que alimentaban semanalmente a los moralistas exentos de toda moral, le habían valido fama de duro, de implacable, fama que contribuía mucho a aumentar su precio para quienes se veían en la necesidad de comprar desinterés y silencio.

Cuando el Vice se dirigía a su despacho, el Gran Periodista lo detuvo para pedirle una entrevista: breve, muy breve, insistió en precisar. El Vice hizo un gesto más de resignación que de asentimiento; de la turba que los rodeaba se alzó un murmullo de protesta.

-En un asunto privado -dijo el Gran Periodista; de la turba brotaron los incrédulos e irónicos: «¿cómo no?» «desde luego», «si está claro».

En el despacho, sentados frente a frente -entre ambos el escritorio abarrotado de papeles, libros y cajetillas-, se estudiaron en silencio con aire desconfiado, como para ver quién era capaz de estarse callado más tiempo: el Gran Periodista extrajo una libreta de un bolsillo, y un lápiz de oro.

El Vice levantó el índice de la mano derecha y trazó un lento y definitivo no.

-Era sólo un gesto, un tic profesional... Sólo quiero hacerle una pregunta, y no espero que la responda.

-¿Entonces para qué hacérmela?

-Porque ni usted ni yo somos imbéciles.

-Gracias... Pasemos a la pregunta

-Esta historia de Los hijos del ochenta y nueve, ¿la habéis inventado vosotros o la habéis recibido ya empaquetada?

-Pues se la responderé: no la hemos inventado nosotros.

-¿O sea que os la han entregado llave en mano?

-Quizás... Es lo que sospecho, pero no pasa de ser una sospecha.

-¿También su Jefe?

-Creo que no; pero no estaría de más que se lo preguntase.

Ahora el Gran Periodista tenía una expresión de desconfianza, de perplejidad. Dijo:

-Esperaba que no respondiera a mi pregunta, pero la ha respondido; que negase mi sospecha, pero le ha añadido la suya. ¿Qué está pasando? -Su mente, se le leía en la cara, era un complejo mecanismo de exclusiones, correcciones, retrocesos y atascos-. ¿Qué está sucediendo? -repitió angustiosamente.

-Yo diría que nada -y para ofenderlo, añadió-: ¿Ha oído hablar alguna vez del amor a la verdad?

-Vagamente -lo dijo con una ironía desdeñosa, como si aceptar cínicamente la ofensa fuese la única reacción posible: desde arriba, ante su interlocutor de tan bajo nivel.

El Vice corroboró con un «ya veo, ya veo», Y agregó:

-De todas formas espero leer mañana un artículo suyo con todas las sospechas y dudas que, a título de opinión personal, acabo de confirmarle.

El Gran Periodista estaba rojo de ira. Dijo:

-Sabe muy bien que no lo escribiré.

-¿Por qué tendría que saberlo? ¡Aún tengo tanta fe en la especie humana!

-Estamos en la misma barca -un relámpago de renuncia, de fatiga, atravesó su ira.

-No lo crea: yo ya he desembarcado en una isla desierta.

Aquella conversación lo había puesto nervioso, pero el dolor se había alejado: estaba agazapado como un animal -pequeño, feroz, inmundo- en un solo punto de su cuerpo, de su ser. Por tanto, a partir de la última frase de aquella conversación, podía soñar con la isla desierta, como si la estuviese buscando en un mapa impulsado por una antigua fantasía, una antigua memoria, en la medida en que se le habían vuelto antiguas algunas cosas de la infancia, de la adolescencia. *La Isla del Tesoro*: una lectura, como había dicho alguien, que era lo más parecido a la felicidad que cabía encontrar. Pensó: esta noche lo reeleré. Pero lo recordaba con precisión, puesto que lo había releído muchas veces en aquella edición vieja y fea que le habían regalado hacía tanto tiempo. En sus traslados de una ciudad a otra, de una casa a otra, había perdido muchos libros, pero no ése. Editorial Aurora: papel amarillento, que al cabo de tantos años parecía haber absorbido y decolorado la letra impresa: en la cubierta, burdamente coloreado, un fotograma de la película; que era en blanco y negro, con un Jim Hawkins más bien melindroso y anodino, y un Wallace Beery inolvidable. Inolvidable también Pancho Villa: después de haber visto esas películas ya era imposible leer el libro de Stevenson o el de Guzmán sobre la revolución mexicana sin que los personajes se presentasen con el físico, los gestos y la voz de Wallace Beery. Pensó en lo que había significado el cine para su generación: se preguntó si podía compararse con sus efectos en la nueva generación, o si la televisión, ese cine empequeñecido, y para él insoportable, podía tener efectos similares.

Regresó a la isla. Y apareció otro personaje: Ben Gunn. Su mente se movía con la misma libertad que si estuviese de vacaciones, dedicada sólo a vagar, y de Ben Gunn, por un detalle que recordó de pronto, pasó a reflexionar sobre la ciencia de la publicidad que inundaba el mundo. También los productos de queso parmesano debían de pagar la ciencia de la publicidad: pero a esa ciencia nunca se le había ocurrido pensar en la tabaquera del doctor Livesey. Imaginó el anuncio que hubiera podido insertarse a toda página: el doctor Livesey ofreciendo su tabaquera abierta: dentro, un trozo de parmesano: ofreciéndosela a los consumidores, como en el relato a Ben Gunn, que se volvía loco por los quesos. «Un queso nutritivo que se fabrica en Italia», decía el doctor, o algo por el estilo.

Entretanto contemplaba *El caballero, la muerte y el diablo*. Quizá Ben Gunn, a juzgar por la forma en que lo describía Stevenson, se pareciese un poco a la muerte de Durero; y hasta le pareció que la muerte de Durero adquiría un reflejo grotesco. Siempre lo había inquietado un poco el aspecto cansado de la muerte, como si quisiese indicar el cansancio, la lentitud con que llegaba cuando ya se estaba cansado de la vida. Cansada la muerte, cansado su caballo: nada que ver con el caballo de *El triunfo de la muerte* o del *Guernica*. Y la muerte, a pesar de los amenazadores oropes de las serpientes y la clesidra, daba más una imagen de mendicidad que de triunfo. «La muerte se va pagando con la vida». Una muerte mendicante, que se mendiga. En cuanto al diablo, también cansado, era un diablo demasiado horrible para resultar convincente. Valiente coartada en la vida de los hombres: hasta tal punto, que en aquel momento estaban tratando de devolverle la fuerza perdida: terapias de choque teológicas, reanimaciones filosóficas, prácticas parapsicológicas y metapsíquicas. Pero el diablo estaba tan cansado que prefería dejarlo todo en manos de los hombres, más eficaces que él. Y el caballero: ¿adónde iba con aquella armadura, aquella firmeza, arrastrando al diablo cansado y negándose a pagar su óbolo a la muerte? ¿Lograría llegar hasta la inexpugnable fortaleza de allá arriba, la fortaleza de la verdad suprema, de la mentira suprema?

¿Cristo? ¿Savonarola? No, no. Quizá dentro de la armadura Durero sólo había metido a la verdadera muerte, al verdadero diablo, que era la vida convencida de que estaba a salvo: por aquella armadura, por aquellas armas.

En medio de esos pensamientos, aunque atravesados por una vena de incandescencia, de delirio, casi se había adormecido: de modo que el Jefe, al entrar dictaminó:

-Usted está realmente mal -desde que había percibido su decadencia, su sufrimiento, cuando tenía que hablarle no lo mandaba llamar: el Vice apreciaba esa delicadeza, aunque no sin una pizca de irritación.

-No tanto como quisiera -dijo el Vice: ya estaba despierto, pero también su dolor se había despertado.

-Pero, ¿qué dice? -Dijo fingiendo escándalo el Jefe, aunque hubiese comprendido perfectamente que el otro quería llegar al punto en que el malestar fuese tan intenso que no sintiera dolor alguno. Pero estaba demasiado contento como para dejarse abatir por otros pensamientos, así que dijo: -¿Ha visto? ¿Qué le parece?

-Pues sí- dijo el Vice saboreando lentamente la maldad-, algún castigo se merece: además de acusarlo de calumnia contra sí mismo, quizás habría que acusarlo de propagar noticias falsas con objeto de perturbar el orden público...

-Pero, ¿qué dice? -Y esa vez no se trataba de una pregunta retórica, sino de un grito salido de las entrañas.

-Digo lo que he dicho desde el primer momento: si nos prestamos al juego de Los hijos del ochenta y nueve, si de alguna manera contribuimos a crearlos, esta historia no acabará jamás. se cobrará otras víctimas, y otras más, y no sólo en forma de personas asesinadas, sino también de personajes como el que acaba de caer en sus manos.

-Pero, ¿qué dice? -repetió, ahora con tono lastimero y casi implorante: lo que ha caído en nuestras manos es un eslabón de la cadena, y usted quiere que lo abandonemos como si careciese de valor.

-Tiene razón: el eslabón de una cadena. Sólo que se trata de una cadena de estupidez y de dolor, todo lo contrario de lo que usted supone... Tenga la paciencia de escucharme un momento... Este chaval seguirá negando hoy, y quizá también mañana, y durante una semana, o un mes: pero en determinado momento admitirá que formaba parte de una organización llamada Los hijos del ochenta y nueve, una organización revolucionaria, subversiva. Se declarará arrepentido, arrepentidísimo y, con nuestra ayuda, mencionará uno, dos, tres nombres de compañeros, de cómplices... No sé si los escogerá entre sus conocidos más simpáticos o más antipáticos: se trata de un mecanismo psicológico que habría que estudiar... Como quiera que sea, tendremos oros eslabones de la cadena... En estos momentos, como es fácil de imaginar, nuestros agentes están interrogando a profesores, bedeles, dueños de bares y gerentes de discotecas y sandwicherías, neologismo éste que me da repeluznos: una mezcla de «bocadillo» y «porquería». Los interrogan, por supuesto para obtener la mayor cantidad posible de nombres de personas con las que solía verse este joven... En caso de que, toquemos madera, se empeñase en no hablar, en no dar nombres, en no decir absolutamente nada, los interrogatorios nos proporcionarán tantos que nos bastará con elegir algunos al azar...

-Usted está realmente mal -dijo el Jefe, y luego, con tono afectuoso, compasivo, añadió: Tómese unas vacaciones; uno o dos meses de excedencia. Tiene derecho; se las concedo enseguida, si quiere.

-Gracias. Lo pensaré.

-La morfina es agradable; hay que tomarla cuando ya no se puede más- le había advertido su amigo médico al entregarle la caja. Agradables los efectos de la morfina, sobre todo después del sufrimiento extremo. Cuanto más fuerte es la tormenta, más grata resulta la calma que sigue. *La calma después de la tormenta, El sábado de la aldea, El gorrión solitario, El infinito*: qué sentimientos grandes y profundos había revelado aquel poeta de feliz infelicidad, con absoluta sencillez, y quizá con imágenes triviales; qué huella indeleble en la memoria de los italianos que ahora podían considerarse viejos: desde los lejanos años de la escuela, y para el resto de la vida. ¿Aún lo leían en la escuela? Quizá sí; pero seguro que ningún chaval sabía sus versos de memoria. *Par coeur*, como decía la profesora de francés cuando distribuía las poesías de Victor Hugo, casi siempre de Victor Hugo. Aún las recordaba: «*Devant la blanche ferme où parfois vers midi Un vieillard vient s'asseoir sur le seuil attiédi*», «*Oh; combien de marins, combien de capitaines Qui sont parti joyeux pour des courses lointaines, Dans ce morne horizon se sont évanouis...*»; y ésta ahora, más *par coeur* que nunca. ¡Qué expresión tan bella! Y la traducía «en el corazón, desde el corazón, para el corazón». De pronto descubría que era sentimental hasta las lágrimas. Pero con aquella frase sibilina, contradictoria, de gran sensibilidad, el médico solamente había querido sugerirle que evitara toda posibilidad de acostumbamiento.

Pero, ¿cuál es el punto en que no se puede más? Siempre lo desplazaba hacia adelante, como una meta: una meta de la voluntad que rivalizaba con el dolor. Y no por miedo al acostumbamiento, sino por un sentido de la dignidad al que contribuía el hecho de que durante gran parte de su vida se hubiera dedicado a defender la ley, sus impedimentos, sus prohibiciones. Sabía que era la morfina en la farmacia, en un hospital, en el maletín de un médico, en la cabecera de alguien que ha llegado al punto en que ya no se puede más, pero no lograba verla del todo en la luz de lo lícito, después de haberla visto durante tantos años en la sombra de la transgresión y del delito. La ley. Una ley, pensaba, aunque sea inicua, siempre es una forma de la razón: para lograr el fin de

extrema y definitiva iniquidad, los mismos que la han querido y que la han hecho están obligados a infringirla, a violarla. El fascismo también era eso: conculcar incluso sus propias leyes. Y el comunismo de Stalin también, o más aún.

¿Y la pena de muerte? Pero la pena de muerte no tiene nada que ver con la ley: supone consagrarse al delito, consagrarlo. Una colectividad siempre dirá, por mayoría, que es necesaria, precisamente porque se trata de una consagración. Lo sagrado, cualquier cosa que guardase relación con lo sagrado... El oscuro fondo del ser, de la existencia.

Pues sí, la morfina. Y se le ocurrió una idea curiosa, justamente una curiosidad: saber si en el año en que Tolstoi relataba la muerte de Ivan Ilich ya se conocía la morfina, ese uso de la morfina. ¿1885. 1886? Cabía pensar que ya se le conocía. Pero, ¿se reflejaba en el relato? Le parecía que no. Y eso le produjo una especie de consuelo: quizá Tolstoi había alejado la morfina de su personaje porque sentía lo mismo que él. Y pensando en el relato empezó a cotejarlo con su propia experiencia. La muerte como un quid, un quantum, que vagaba con la sangre, entre huesos, músculos y glándulas, hasta descubrir una pequeña explosión, un punto de fuego, una brasa, primero intermitente, después de dolor continuo y penetrante; y crecía, crecía hasta el punto en que el cuerpo parecía incapaz de contenerlo, hasta desbordarse y cubrir todo lo que había alrededor. Sólo el pensamiento era su enemigo, que lograba pequeñas, momentáneas victorias. Pero había momentos, largos, interminables, en que caía, sí, sobre todas las cosas, deformándolas y oscureciéndolas. Caía sobre todos los placeres que aún le quedaban, sobre el amor, sobre las páginas que amaba, sobre los recuerdos agradables. Porque se apoderaba incluso del pasado: como si hubiese existido siempre, como si nunca hubiera habido una época en que no existiese, una época de salud y juventud en que el cuerpo seguía el impulso de la alegría, la impulsaba. Sucedió algo parecido a la inflación, pero consistía en un atroz encogimiento: aquel mal iba devorándose despiadadamente los pocos ahorros de alegría que había podido reunir a lo largo de toda una vida. Pero quizá todo en el mundo estaba sucediendo como una inflación: la moneda de la vida se devaluaba diariamente; la vida entera era un especie de hueca euforia monetaria que había llegado a perder todo poder adquisitivo. La cobertura en oro- del sentimiento, del pensamiento -había sido despilfarrada; las cosas verdaderas ya tenían un precio del todo inasequible, en realidad desconocido.

Involuntariamente, se había puesto a ver si de sus pequeños ahorros quedaba algo. Caminaba por la calle que bordeaba el río, deteniéndose de vez en cuando para contemplar cómo fluía el agua fangosa, el tiempo, la vida.

Llegó a la casa de ella muy cansado; sólo tenía que subir un tramo de escalera, vieja escalera de peldaños bajos y gastados; pero ahora cualquier subida lo dejaba jadeante. Lo curioso, sin embargo era que el jadeo alejaba el dolor. Pensó que tendría que contárselo a algún médico; quizás existiese una terapia de jadeo: ¡descubren tantas...! Pero luego las desmienten, y vuelven a descubrir, y a desmentir. El hecho es que, así como la naturaleza es capaz de componer, a partir de unos pocos elementos, miles de millones de rostros distintos, en una variedad inagotable, lo mismo sucede oscuramente con las vísceras. ¿Qué puede saber de eso un médico? Aunque quisiéramos comunicarle lo poco que sentimos cada uno -sobre el corazón, los pulmones, el estómago, los huesos-, él sólo podría referirlo a las abstracciones, a los universales, aunque lográsemos describirlo con la máxima precisión, como Proust en la sala de espera de un dentista describió su dolor de muelas a Roditi, procurándole el consuelo de descubrir que coincidía con el suyo.

Tocó el timbre: notas de carillón, lejanas; siempre lo irritaban, y más ahora. Al cabo de unos minutos salió a abrirle ella, en bata: sabía que acababa de ponérsela para abrir la puerta. *No vayas desnuda por ahí.* Recordó, hacía muchos años, en un pequeño teatro de Roma (en la vía Santo Stefano del Cacco, donde también estaba su oficina y la del comisario Ingravallo, don Ciccio Ingravallo; las páginas de Godda le parecían tan veraces que el comisario Ingravallo era como si lo hubiese conocido en aquellas oficinas y no en aquellas páginas). Recordó a Franca Rame que se paseaba por el escenario, no desnuda, sino en camisa de dormir: no transparente, porque en aquel entonces incluso la transparencia, para no hablar de la desnudez, podía dar pie a que alguno de sus colegas se pusiera la banda tricolor y obligase a bajar el telón. Ahora ya no: ahora se desnudan sin problemas, tanto en el teatro como en la realidad; en su infancia desnudarse era considerado el colmo de la locura. -«Se desnudó»: motivo suficiente, si llegaba a exhibirse desnudo, para ponerle la camisa de fuerza, meterlo en la ambulancia y encerrarlo en el manicomio.

Ella andaba desnuda por la casa. Algo que, desde luego, como en la obrera de Feydeau, hacía las delicias de los vecinos de enfrente, pero que a él le había provocado arrebatos de celos. Ahora se reía de ello para sus adentros, y por eso se acordó de un *sketch* (de nuevo el teatro) de los hermanos *De Rege*. Aparecía uno con la cabeza vendada, un brazo escayolado y cojeando, todo por culpa de la *gelosia**. Y a continuación se desarrollaba un diálogo basado en el equívoco de los celos (gelosia) de su mujer, hasta que se descubría que aquellas lesiones no se debían a un sentimiento sino a la caída de una celosía (gelosia): elemento concebido quizá para aliviar ese sentimiento homónimo y angustiante, pero que no guardaba relación alguna con él. Un sentimiento que parecía haber desaparecido últimamente, aunque quizás estuviese renaciendo. Sin connotaciones trágicas, al parecer, sino más bien por razones de asepsia.

En medio de esos pensamientos, que no cabía llamar pensamientos pues eran como relámpagos casi simultáneos, en el instante de vacilación que tardó ella en reconocerlo, en su estupor, el Vice se vio como en un espejo. Inexplicablemente, aquello le molestó mucho: como si ella lo hubiese hecho a propósito, uno de sus habituales -antes adorables- desplantes. Duró, junto con el arrepentimiento de haber regresado, sólo un momento.

-Al fin -dijo ella. Pero ¿de dónde sales? ¿Qué has estado haciendo todos estos meses?

-Primero estuve en Suiza: te escribí...

-Una postal -aclaró ella con tono avinagrado.

-Sí, una postal... Y últimamente en la oficina, con demasiado trabajo.

-¿Los hijos del ochenta y nueve?

-Los hijos del ochenta y nueve y otras cosas.

-¿Y en Suiza..?

-Un control médico. Muy cansador.

En italiano gelosia significa «celosía» y «celos». (N. del T.)

-¿Y qué...?

-Nada.

Se le leía en los ojos que no la había convencido; pero tuvo la inteligencia, la delicadeza, el amor quizá, de no insistir. Se puso a hablar de cualquier cosa, aunque siempre en relación con lo que le había sucedido desde que se vieran por última vez, y omitiendo todo reproche por su ausencia, por su silencio.

El la miraba adivinando bajo la bata ligera aquel cuerpo conocido, que había deseado y amado durante años, y quizá más cuando ella había empezado a sentir que la juventud la abandonaba, que su cuerpo se marchitaba: cuando había empezado a sentirse amenazada y ofendida, como si se tratara de una injusticia, de un vejamen. En él aquello hizo brotar un sentimiento de ternura que nutría su deseo y le confería una suerte de transparencia. Deseo y ternura: la serenidad después de la pasión de los primeros años, cuando sus encuentros tropezaban con toda clase de dificultades y daban lugar a malentendidos y caprichos que desencadenaban verdaderos huracanes de sufrimiento y desesperación. Después acabaron las dificultades, y con ellas la pasión. Desaparecieron aquellas reacciones tortuosas y obsesivas que quizás a ella le producían placer, pero que para él eran como esas enfermedades en que las oscilaciones de la fiebre, la alternancia de delirio y lucidez, van marcando las horas y los días. Sus encuentros siempre eran alegres: la alegría de los cuerpos, la única de la que ambos podían estar seguros: y no necesitaban pedir más: hacían viajes, a veces sin detenerse a fijar plazos e itinerarios, pero cada vez menos en los últimos años. Todo se alejaba, ahora todo era lejano. Le quedaba un sentimiento de ternura, que casi se había convertido en piedad. Era curioso que ahora todo lo que en él había sido sentimiento de amor o de aversión se estuviese transformando en piedad. Y aún más curioso que la memoria transfigurase en belleza aquellos remotos sufrimientos y desesperaciones. Todo mentía, incluso la memoria.

-Pero, ¿esos hijos del ochenta y nueve...?

-Estaban haciendo falta -pensó en el diablo del grabado de Durero-. Es necesario que el diablo exista para que el agua bendita sea bendita.

-Me parece que está más sereno -dijo el Jefe.

-¡Ch, si de serenidad se trata...! Yo diría más bien que casi he llegado, en cuanto a lo que sucede aquí dentro, a la indiferencia... Y perdone que le hable así, con una sinceridad de igual a igual: usted es mi superior inmediato y...

-No diga eso; siempre lo he tratado como un amigo, y comprendo lo que le sucede, sus sufrimientos... Y como amigo deseo hacerle una pregunta franca y clara: ¿que quiere? De mí, de nosotros, de todos los que estamos metidos en este caso.

-No quiero nada. A estas alturas, nada. Veo claramente que las cosas no pueden marchar de otra manera, que es imposible no sólo dar marcha atrás, sino incluso detenerse.

-Dígame la verdad: usted quería una orden de captura contra Aurispa -El hecho de que lo llamara Aurispa, y ya no el Presidente, revelaba en cambio que el deseo, el devaneo era suyo: una orden de captura contra Aurispa.

-Mire usted: cuando en otros destinos, por suerte ya no es éste, he tenido que ejecutar órdenes de captura, siempre me he sentido como uno de esos siniestros personajes que, en los vía crucis de las iglesias de campo, se acercan a Cristo para capturarlo. Por innoble que fuese la persona que debía detener, mi estado de ánimo siempre ha sido ése... La orden debía ejecutarse; a menudo, aunque no siempre, era justa: pero nunca he logrado sentir que aquello no me concernía.

-Ese sentimiento lo honra; pero nuestra profesión... Disculpe: ¿por qué no eligió ser abogado en lugar de policía?

-Quizá porque me hice ilusiones de que se podía ser abogado precisamente como policía... Pero no me tome en serio. No es cierto. Mentimos siempre, no hacemos más que mentir, sobre todo a nosotros mismos... De todas maneras, no: no quería una orden de captura contra Aurispa; quería que nos concentráramos un poco más en él, en su vida, en sus intereses. Y sobre todo hubiese querido que se dejara en libertad a ese hijo putativo del ochenta y nueve... ¿Dónde está ahora? Supongo que incomunicado, en una celda de dos por tres.

-¿Dónde quiere que esté?

-Así, entre amigos; si usted permite, y con sinceridad: ¿realmente cree que ese chaval forma parte de una organización subversiva que se ha estrenado asesinando al abogado Sandoz?

-No lo juraría, pero tal como las cosas están ordenadas...

-Desordenadas - corrigió el Vice, Y, para acabar con aquella conversación inútil, añadió: He seguido su consejo: le he traído una petición de excedencia. Por dos meses. Creo que bastarán.

-¿Para qué? -preguntó el Jefe, dispuesto a prodigar consuelo.

-Para sentirme mejor, claro está.

Fue a su despacho, abrió los cajones del escritorio: cogió unas cartas, el librito de Gide sobre Montaigne, que se sabía de memoria, una cajetilla. Dejó otros cigarrillos, otros libros. Después se detuvo frente al grabado de Durero, dudó entre llevárselo o dejarlo. Decidió dejarlo: se divirtió pensando en lo que sucedería con él; sus sucesores creerían que formaba parte del despacho, como el plano topográfico de la ciudad y el retrato del presidente de la República; después alguien se daría cuenta que era una *renullius*, se lo llevaría a su casa o lo vendería a un chamarilero, en cuyo local alguien lo descubriría, y así se repetiría el itinerario por el cual las cosas llegan a las subastas más o menos encubiertas, a los aficionados, y después al aficionado. Que quizá sería alguien como él: un aficionado improvisado, inexperto.

Deambuló por la ciudad con una sensación de libertad que le pareció no haber sentido jamás. La vida seguía siendo hermosa, pero para quienes aún eran dignos de ella. Sintió que no era indigno de ella, y fue como si lo hubieran premiado. Era como para gritar: «Dios os ha dado un rostro y vosotras lo habéis transformado en otro», aunque no como Hamlet a las mujeres, a sus afeites, cremas y esmaltes, sino a todos los seres indignos, a la masa indigna que estaba invadiendo el mundo; como para gritarlo al mundo, que se estaba transformando en eso: en algo indigno de la vida. ¿Pero acaso el mundo, el mundo humano, no había aspirado siempre, oscuramente, a ser indigno de la vida? Ingenioso y feroz enemigo de la vida, de sí mismo; pero al mismo tiempo había inventado muchas cosas amigas: el derecho, las reglas del juego, las proporciones, las simetrías, las ficciones,

la buena educación... «Ingenioso enemigo de mí mismo»: Alfieri, de él mismo, de él como hombre; pero también había sido ingenioso amigo, hasta ayer. Sin embargo, como siempre que llegaba al desaliento del hoy, a la desesperación del mañana, se preguntó si aquella amargura por la indignidad en que el mundo se estaba hundiendo no encerraría un rencor por la cercanía de la muerte y una envidia hacia los que se quedaban. Quizá sí, pese a la profusa piedad que sentía por todos los que los que se quedaban; hasta el punto de que en determinados momentos, en un raptó de maldad, llegaba a repetirse mentalmente, a la manera de los presentadores de los espectáculos que, cuando era adolescente se representaban en los cines antes de proyectar las películas: «Señoras y señores, que se diviertan»; eran como una frase burlona de despedida. Pero la conciencia de que no habría diversión siempre entrañaba, hoscamente, una piedad.

Ahora caminaba por el parque. Allí estaban los niños: tan graciosos, tanto mejor alimentados que en otras épocas (la infancia flaca y hambrienta de los que ahora eran viejos), quizá más inteligentes, y seguro que mucho más informados acerca de todo; sin embargo, le producían una gran aprensión y compasión. Existirán, pensaba, en 1999, en 2009, en el 2019: ¿y qué les depararía el sucederse de aquellas décadas? En medio de esos pensamientos se dio cuenta de que había llegado casi ante la verja de la plegaria, a la que veía como un jardín desolado y desierto.

Se detenía para observar sus juegos, para escuchar lo que decían. Aún eran capaces de alegría, de fantasía: pero les esperaba una escuela sin alegría ni fantasía, la televisión, el ordenador, el coche de la casa a la escuela y de la escuela a la casa, la comida sustanciosa pero siempre con el mismo gusto a papel secante. Ya no tendrían que aprenderse de memoria la tabla de Pitágoras, *La doncellita viene del campo...*, *Bajaba del umbral...*, *Los cipreses que en Bolgheri...*: torturas del pasado. Había que abolir la memoria, la Memoria; y por tanto también aquellos ejercicios que la volvían dúctil, sutil, prensil.

En los pueblos pequeños los niños aún gozaban de la libertad de antes; pero en las ciudades, necesaria y científicamente, todo estaba organizado como un gallinero. Y había quien se disponía a producirlos como monstruos, prodigiosos quizá, para un mundo monstruoso. «Lo que hacemos nosotros», le había dicho cierta vez un famoso físico, «es cultivar rosas y flores, comparado con lo que hacen los biólogos». Se perdió un poco reflexionando sobre la expresión «rosas y flores», como si la rosa, en virtud de la literatura, se separase del linaje de las flores. Las rosas que no cogí, pensó. Pero no es cierto, no es cierto que la vida esté hecha de ocasiones perdidas. No lamentaba nada.

Un perro, un perro lobo de aspecto pacífico y cansado, se había aproximado al cochecito en que un bebé rubio dormía plácidamente. La muchacha encargada de cuidarlo estaba distraída, hablando con un soldado. Instintivamente, se interpuso entre el cochecito y el perro. La muchacha dejó de hablar con el soldado, le sonrió para tranquilizarlo y mirando con ternura el perro dijo que era bueno, viejo y cariñoso. Se alejó y se dedicó a mirar los numerosos perros que andaban por el parque, se le ocurrió contarlos. Había muchos perros, quizá más que niños, que no eran pocos. ¿Y si se contasen los esclavos?, se había preguntado Séneca. ¿Y si se contasen los perros? Entre sus papeles había aparecido un día el horror de un niño despedazado por un alano. El perro de la casa: quizá bueno, viejo y cariñoso como el perro lobo de la muchacha. Con todos aquellos niños corriendo por el parque, y todos aquellos perros que parecían sumarse a sus juegos o vigilarlos, el recuerdo de aquel suceso le produjo una visión apocalíptica. La sintió en la cara como una viscosa, inmunda telaraña de imágenes: movió la mano como para borrarla, augurándose una muerte mejor.

Pero los perros estaban allí, demasiados: no eran como los que, por la afición cinegética de su padre, había conocido de niño. Aquellos eran perros pequeños, bastardos de podenco; siempre alegres, meneando el rabo, más excitados por el campo que por la caza. Estos, en cambio, eran altos, graves, como si soñaran con bosques espesos y oscuros, con pedregales inaccesibles. O con campos de concentración nazis. Y, ahora que lo pensaba, cada vez había más por todas partes. Y también gatos. Y ratas ¿Y si se los contase?

De pensamiento en pensamiento, al irse disipando esa obsesión, pasó a recordar los perros de su infancia, sus nombres, el valor de unos, la pereza de otros, como decía su padre cuando hablaba con otros cazadores. De pronto se le ocurrió algo que hasta entonces nunca había pensado: ninguno había muerto en la casa, no habían visto morir a ninguno, ni a ninguno habían encontrado muerto en su camita de paja y mantas viejas. A determinada altura de su edad o de su bronquitis se los veía cansados, ya sin ganas de comer ni retozar, y desaparecían. El pudor de la propia muerte. Como en Montaigne. Y le pareció sublime, con la misma fuerza afirmativa del imperativo kantiano, como una modalidad de ese imperativo, el hecho de que una de las más altas inteligencias de la humanidad, deseando que la muerte lo alcanzase lejos de las personas que lo habían rodeado en vida, y mejor en soledad, hubiese meditado y razonado lo mismo que el perro sentía por instinto. Y eso bastó, a través de la gran sombra de Montaigne, para reconciliarlo con los perros.

Al día siguiente, después de una noche más tranquila que las otras, con el dolor que lo despertaba al final de cada sueño en el que algo o alguien lo golpeaba en el costado, en el hombro o en la nuca, pasó la mañana entre periódicos, revistas y libros. El Gran Periodista había escrito un artículo en el que acusaba con dureza a los servicios de seguridad y a la policía de haber dejado que volviese a crecer la mala hierba del terrorismo y de que sólo en la cámara mortuoria, ante el cadáver del pobre abogado Sandoz, hubieran caído en la cuenta; la revista católica *Il Pellegrino* publicaba un largo artículo sobre el maldito 89 y estos benditos hijos que acababan de nacerle. No muy benditos, en realidad, según podía leerse en el artículo: pero desde el momento en que disparaban era preciso concederles alguna comprensión e indulgencia, a cuenta del perdón.

El dolor parecía haberse empañado, podía compararse con algo lechoso, de un blanco sucio. Acabó de releer *La Isla del Tesoro*: todavía seguía siendo algo que se parecía a la felicidad. Estaba por volver a colocarlo en la librería cuando llegó la mujer que iba por las mañanas a acomodar lo poco que había que acomodar. No esperaba encontrarlo en casa: preguntó si se sentía mal o estaba de vacaciones.

-De vacaciones de vacaciones.

-Pues tiene suerte -dijo la mujer: de madrugada había habido un asesinato; parecía algo grave, ya podía suponer cómo estaba la policía.

Le pidió más detalles, mientras se precipitaba a encender la radio. La mujer dijo que habían matado a un amigo del que habían asesinado la semana anterior, pero no recordaba el nombre.

En el abanico de músicas y voces que desplegaba la radio no había ninguna voz a que diese noticias. Apagó.

Para compensar el silencio sobre el homicidio, la mujer se esforzó en recordar el nombre.

-Es el mismo nombre- dijo- que el de un pueblo de la baja Italia.

-Rieti

-Eso, Rieti -confirmó radiante la mujer. Y pensó: esta gente sabe las cosas antes de que sucedan. También ella, que no era de la baja sino de la alta Italia, juzgaba con dureza a la policía.

Un amigo del que habían matado la semana anterior, el nombre de un pueblo de la baja Italia: enseguida había pensado en Rieti. De pronto lo agitó un sentimiento, más que de pena, de derrota. Tenía la impresión de estar metido en una de esas novelas policíacas en las que el autor se comporta, con respecto a lector, con una deslealtad excesiva, burda, sin un mínimo de astucia. Sólo que en este caso la deslealtad era un error, un error suyo. Pero, ¿había sido también un error de Rieti? ¿O éste le había ocultado la parte de los hechos que le concernían más directamente?

Pasó horas pensándolo, como si estuviese jugando un solitario interminable en el que siempre fallaba algo: una carta que no cabía en ninguna parte, un espacio en el que no podía caber la última carta.

Cuando salió, caía la noche, empapada de niebla. Sin haberlo decidido, como va el mulo a la cuadra -pensó al darse cuenta-, se dirigió hacia la oficina.

Oyó los disparos mucho antes de sentirlos: una separación que le pareció inmensurable. Mientras caía, pensó: se cae por precaución, por convención. Creyó que podía volver a ponerse en pie, pero no lo consiguió. Se incorporó un poco apoyándose en el codo. La vida se marchaba fluida, ligera: el dolor había desaparecido. Al diablo la morfina, pensó. Ahora todo estaba claro: a Rieti lo habían matado porque había hablado con él, ¿Cuándo habían empezado a seguirlo?

El codo ya no pudo sostenerlo, volvió a caer. Vio el rostro bello y sereno de la señora Zorni, que sonreía malicioso; después vio cómo se disolvía, al final del tiempo cuyo umbral estaba atravesando, en los titulares de los periódicos del día siguiente: *Los hijos del ochenta y nueve vuelven a atacar. Asesinado el sagaz policía que les seguía la pista.* Pensó: ¡qué confusión! Pero ya era, eterno e inefable, el pensamiento de la mente en que se había diluido la suya.

El Príncipe

Nicolás Maquiavelo

CAPÍTULO I

DE LAS DISTINTAS CLASES DE PRINCIPADOS Y DE LA FORMA EN QUE SE ADQUIEREN

Todos los Estados, todas las dominaciones que han ejercido y ejercen soberanía sobre los hombres han sido y son repúblicas o principados.

Los principados son, o hereditarios, cuando una misma familia ha reinado en ellos largo tiempo, o nuevos. Los nuevos, o lo son del todo, como lo fue Milán bajo Francisco Sforza, o son como miembros agregados al Estado hereditario del príncipe que los adquiere, como es el reino de Nápoles para el rey de España. Los dominios así adquiridos están acostumbrados a vivir bajo un príncipe o a ser libres; y se adquieren por las armas propias o por las ajenas, por la suerte o por la virtud.

CAPÍTULO II

DE LOS PRINCIPADOS HEREDITARIOS

Dejaré a un lado el discurrir sobre las repúblicas porque ya en otra ocasión lo he hecho extensamente. Me dedicaré sólo a los principados, para ir tejiendo la urdimbre de mis opiniones y establecer cómo pueden gobernarse y conservarse tales principados.

En primer lugar, me parece que es más fácil conservar un Estado hereditario, acostumbrado a una dinastía, que uno nuevo, ya que basta con no alterar el orden establecido por los príncipes anteriores, y contemporizar después con los cambios que puedan producirse. De tal modo que, si el príncipe es de mediana inteligencia, se mantendrá siempre en su Estado, a menos que una fuerza arrolladora lo arroje de él; y aunque así sucediese, sólo tendría que esperar, para reconquistarlo, a que el usurpador sufriera el primer tropiezo.

Tenemos en Italia, por ejemplo al duque de Ferrara, que no resistió los asaltos de los venecianos en el 84 (1484) ni los del papa Julio en el 10 (1510), por motivos distintos de la antigüedad de su soberanía en el dominio. Porque el príncipe natural tiene menos razones y menos necesidad de ofender: de donde es lógico que sea más amado; y a menos que vicios excesivos le atraigan el odio, es razonable que le quieran con naturalidad los suyos. Y en la antigüedad y continuidad de la dinastía se borran los recuerdos y los motivos que la trajeron, pues un cambio deja siempre la piedra angular para la edificación de otro.

CAPÍTULO III DE LOS PRINCIPADOS MIXTOS

Pero las dificultades existen en los principados nuevos. Y si no es nuevo del todo, sino como miembro agregado de un conjunto anterior, que puede llamarse así mixto, sus incertidumbres nacen en primer lugar de una natural dificultad que se encuentra en todos los principados nuevos. Dificultad que estriba en que los hombres cambian con gusto de Señor, creyendo mejorar; y esta creencia los impulsa a tomar las armas contra él; en lo cual se engañan, pues luego la experiencia les enseña que han empeorado. Esto resulta de otra necesidad natural y común que hace que el

príncipe se vea obligado a ofender a sus nuevos súbditos, con tropas o con mil vejaciones que el acto de la conquista lleva consigo. De modo que tienes por enemigos a todos los que has ofendido al ocupar el principado, y no puedes conservar como amigos a los que te han ayudado a conquistarlo, porque no puedes satisfacerlos como ellos esperaban, y puesto que les estás obligado, tampoco puedes emplear medicinas fuertes contra ellos; porque siempre, aunque se descansen en ejércitos poderosísimos, se tiene necesidad de la colaboración de los "provincianos" para entrar en una provincia. Por estas razones, Luis XII, rey de Francia, ocupó rápidamente a Milán, y rápidamente lo perdió; y bastaron la primera vez para arrebatarlo las mismas fuerzas de Ludovico Sforza; porque los pueblos que le habían abierto las puertas, al verse defraudados en las esperanzas que sobre el bien futuro habían abrigado, no podían soportar con resignación las imposiciones del nuevo príncipe.

Bien es cierto que los territorios rebelados se pierden con más dificultad cuando se conquistan por segunda vez, porque el señor, aprovechándose de la rebelión, vacila menos en asegurar su poder castigando a los delincuentes, vigilando a los sospechosos y reforzando las partes más débiles. De modo que, si para hacer perder Milán a Francia bastó la primera vez un duque Ludovico que hiciese un poco de ruido en las fronteras, para hacérselo perder la segunda se necesitó que todo el mundo se concertase en su contra, y que sus ejércitos fuesen aniquilados y arrojados de Italia, lo cual se explica por las razones antedichas.

Desde luego, Francia perdió a Milán tanto la primera como la segunda vez. Las razones generales de la primera ya han sido discursadas; quedan ahora las de la segunda, y queda el ver los medios de que disponía o de que hubiese podido disponer alguien que se encontrara en el lugar de Luis XII para conservar la conquista mejor que él.

Estos Estados, que al adquirirse se agregan a uno más antiguo, o son de la misma provincia y de la misma lengua, o no lo son. Cuando los son, es muy fácil conservarlos, sobre todo cuando no están acostumbrados a vivir libres, y para afianzarse en el poder, basta con haber borrado la línea del príncipe que los gobernaba, porque, por lo demás, y siempre que se respeten sus costumbres y las ventajas de que gozaban, los hombres permanecen sosegados, como se ha visto en el caso de Borgoña, Bretaña, Gascuña y Normandía, que están sujetas a Francia desde hace tanto tiempo; y aun cuando hay alguna diferencia de idiomas, sus costumbres son parecidas y pueden convivir en buena armonía. Y quien los adquiera, si desea conservarlos, debe tener dos cuidados: primero, que la descendencia del anterior príncipe desaparezca; después, que ni sus leyes ni sus tributos sean alterados. Y se verá que en brevísimo tiempo el principado adquirido pasa a constituir un solo y mismo cuerpo con el principado conquistador.

Pero cuando se adquieren Estados en una provincia con idioma, costumbres y organización diferentes, surgen entonces las dificultades y se hace precisa mucha suerte y mucha habilidad para conservarlos; y uno de los mejores y más eficaces remedios sería que la persona que los adquiriera fuese a vivir en ellos.

Esto haría más segura y más duradera la posesión. Como ha hecho el Turco con Grecia; ya que a despecho de todas las disposiciones tomadas para conservar aquel Estado, no habría conseguido retenerlo si hubiese ido a establecerse allí. Porque, de esta manera, se ven nacer los desórdenes y se los puede reprimir con prontitud; pero, residiendo en otra parte, se entera uno cuando ya son grandes y no tienen remedio. Además, los representantes del príncipe no pueden saquear la provincia, y los súbditos están más satisfechos porque pueden recurrir a él fácilmente y tienen más oportunidades para amarlo, si quieren ser buenos, y para temerlo, si quieren proceder

de otra manera. Los extranjeros que desearan apoderarse del Estado tendrían más respeto; de modo que, habitando en él, sólo con muchísima dificultad podrá perderlo.

Otro buen remedio es mandar colonias a uno o dos lugares que sean como llaves de aquel Estado; porque es preciso hacer esto o mantener numerosas tropas. En las colonias no se gasta mucho, y con esos pocos gastos se las gobierna y conserva, y sólo se perjudica a aquellos a quienes se arrebatan los campos y las casas para darlos a los nuevos habitantes, que forman una mínima parte de aquel Estado. Y como los damnificados son pobres y andan dispersos, jamás pueden significar peligro; y en cuanto a los demás, como por una parte no tienen motivación para considerarse perjudicados, y por la otra temen incurrir en falta y exponerse a que les suceda lo que a los despojados, se quedan tranquilos. Concluyo que las colonias no cuestan, que son más fieles y entrañan menos peligro; y que los damnificados no pueden causar molestias, porque son pobres y están aislados, como ya he dicho.

Ha de notarse, pues, que a los hombres hay que conquistarlos o eliminarlos, porque si se vengan de las ofensas leves, de las graves no pueden; así que la ofensa que se haga al hombre debe ser tal, que le resulte imposible vengarse.

Si en vez de las colonias se emplea la ocupación militar, el gasto es mucho mayor, porque el mantenimiento de la guardia absorbe las rentas del Estado y la adquisición se convierte en pérdida, y, además, se perjudica e incomoda a todos con el frecuente cambio del alojamiento de las tropas. Incomodidad y perjuicio que todos sufren, y por los cuales todos se vuelven enemigos; y son enemigos que deben temerse, aun cuando permanezcan encerrados en sus casas. La ocupación militar es, pues, desde cualquier punto de vista, tan inútil como útiles son las colonias.

El príncipe que anexe una provincia de costumbres, lengua y organización distintas a las de la suya, debe también convertirse en paladín y defensor de los vecinos menos poderosos, ingeniarse para debilitar a los de mayor poderío y cuidarse de que, bajo ningún pretexto, entre en su Estado un extranjero tan poderoso como él. Porque siempre sucede que el recién llegado se pone de parte de aquellos que, por ambición o por miedo, están descontentos de su gobierno, como ya se vio cuando los etolios llamaron a los romanos a Grecia: los invasores entraron en las demás provincias llamados por sus propios habitantes. Lo que ocurre comúnmente es que, no bien un extranjero poderoso entra en una provincia, se le adhieren todos los que sienten envidia del que es más fuerte entre ellos, de modo que el extranjero no necesita gran fatiga para ganarlos a su causa, ya que en seguida y de buena gana forman un bloque con el Estado invasor. Sólo tiene que preocuparse de que después sus aliados no adquieran demasiada fuerza y autoridad, cosa que puede hacer fácilmente con sus tropas, que abatirán a los poderosos y lo dejarán árbitro único de la provincia. El que, en lo que a esta parte se refiere, no gobierne bien perderá muy pronto lo que hubiere conquistado, y aun cuando lo conserve, tropezará con infinitas dificultades y obstáculos.

Los romanos, en las provincias de las cuales se hicieron dueños, observaron perfectamente estas reglas. Establecieron colonias, respetaron a los menos poderosos sin aumentar su poder, avasallaron a los poderosos y no permitieron adquirir influencia en el país a los extranjeros poderosos. Y quiero que me baste lo sucedido en la provincia de Grecia como ejemplo. Fueron respetados acayos y etolios, fue cometido el reino de los macedonios, fue expulsado Antíoco, y nunca los méritos que hicieron acayos o etolios los llevaron a permitirles expansión alguna, ni las palabras de Filipo los indujeron a tenerlo como amigo sin someterlo, ni el poder de Antíoco pudo hacer que consintiesen en darle ningún Estado en la provincia. Los romanos hicieron en estos casos lo que todo príncipe prudente debe hacer, lo cual no consiste simplemente en preocuparse de los

desórdenes presentes, sino también de los futuros, y de evitar los primeros a cualquier precio. Porque previniéndolos a tiempo se pueden remediar con facilidad; pero si se espera que progresen, la medicina llega a deshora, pues la enfermedad se ha vuelto incurable. Sucede lo que los médicos dicen del tísico: que al principio su mal es difícil de conocer, pero fácil de curar, mientras que, con el transcurso del tiempo, al no haber sido conocido ni atajado, se vuelve fácil de conocer, pero difícil de curar. Así pasa en las cosas del Estado: los males que nacen en él, cuando se los descubre a tiempo, lo que sólo es dado al hombre sagaz, se los cura pronto; pero ya no tienen remedio cuando, por no haberlos advertido, se los deja crecer hasta el punto de que todo mundo los ve.

Pero como los romanos vieron con tiempo los inconvenientes, los remediaron siempre, y jamás, les dejaron seguir su curso por evitar una guerra, porque sabían que una guerra no se evita, sino que se difiere para provecho ajeno. La declaración, pues, a Filipo y a Antíoco en Grecia, para no verse obligados a sostenerla en Italia; y aunque entonces podían evitarla tanto en una como en otra parte, no lo quisieron. Nunca fueron partidarios de ese consejo, que está en boca de todos los sabios de nuestra época: "hay que esperarlo todo el tiempo"; prefirieron confiar en su prudencia y en su valor, no ignorando que el tiempo puede traer cualquier cosa consigo, y que puede engendrar tanto el bien como el mal, y tanto el mal como el bien.

Pero volvamos a Francia y examinemos si se ha hecho algo de lo dicho. Hablaré, no de Carlos, sino de Luis, es decir, de aquel que, por haber dominado más tiempo en Italia, nos ha permitido apreciar mejor su conducta. Y se verá cómo ha hecho lo contrario de lo que debe hacerse para conservar un Estado de distinta nacionalidad.

El rey Luis fue llevado a Italia por la ambición de los venecianos, que querían, gracias a su intervención, conquistar la mitad de Lombardía. Yo no pretendo censurar la decisión tomada por el rey, porque si tenía el propósito de empezar a introducirse en Italia, y carecía de amigos, y todas las puertas se le cerraban a causa de los desmanes del rey Carlos, no podía menos que aceptar las amistades que se le ofrecían. Y habría triunfado en su designio si no hubiese cometido error alguno en su medidas posteriores. Conquistada, pues, la Lombardía, el rey pronto recobró para Francia la reputación que Carlos le había hecho perder. Génova cedió; los florentinos le brindaron su amistad; el marqués de Mantua, el duque de Ferrara, los Bentivoglio, la señora de Furli, los señores de Faenza de Pésaro, de Rímíni, de Camerino y de Pimbino, los luqueses, los paisanos y los sieneses, todos trataron de convertirse en sus amigos. Y entonces pudieron comprender los venecianos la temeridad de su ocurrencia: para apoderarse de dos ciudades de Lombardía, hicieron al rey dueño de las dos terceras partes de Italia.

Considérese ahora con qué facilidad el rey podía conservar su influencia en Italia, con tal de haber observado las reglas enunciadas y defendido a sus amigos, que, por ser numerosos y débiles, y temer unos a los venecianos y otros a la Iglesia, estaban siempre necesitados de su apoyo; y por medio de ellos contener sin dificultad a los pocos enemigos grandes que quedaban. Pero pronto obró al revés en Milán, al ayudar al papa Alejandro para que ocupase la Romaña. No advirtió de que con esta medida perdía a sus amigos y a los que se habían puesto bajo su protección, y al par que debilitaba sus propias fuerzas, engrandecía a la Iglesia, añadiendo tanto poder temporal al espiritual, que ya bastante autoridad le daba. Y cometido un primer error, hubo que seguir por el mismo camino; y para poner fin a la ambición de Alejandro e impedir que se convirtiese en señor de Toscana, se vio obligado a volver a Italia. No le bastó haber engrandecido a la Iglesia y perdido a sus amigos, sino que, para gozar tranquilo del reino de Nápoles, lo compartió con el rey de España; y donde él era antes árbitro único, puso un compañero para que los ambiciosos y descontentos de la provincia tuviesen a quien recurrir; y donde podía haber dejado a un rey tributario, llamó a alguien que podía echarlo a él.

El ansia de conquista es, sin duda, un sentimiento muy natural y común, y siempre que lo hagan los que pueden, antes serán alabados que censurados; pero cuando intentan hacerlo a toda costa los que no pueden, la censura es lícita. Si Francia podía, pues, con sus fuerzas apoderarse de Nápoles, debía hacerlo; y si no podía, no debía dividirlo. Si el reparto que quiso de Lombardía con los venecianos era excusable porque le permitía entrar en Italia, lo otro, que no estaba justificado por ninguna necesidad, es reprobable.

Luis cometió, pues, cinco faltas: aniquiló a los débiles, aumentó el poder de un poderoso de Italia, introdujo en ella a un extranjero más poderosos aún, no se estableció en el territorio conquistado y no fundó colonias. Y, sin embargo, estas faltas, por lo menos en vida de él, podían no haber traído consecuencias desastrosas si no hubiese cometido la sexta, la de despojar de su Estado a los venecianos. Porque, en vez de hacer fuerte a la Iglesia y de poner a España en Italia, era muy razonable y hasta necesario que las sometiese; pero cometido el error, nunca debió consentir en la ruina de los venecianos, pues poderosos como eran, habrían mantenido a los otros siempre distantes de toda acción contra Lombardía, ya porque no lo hubiesen permitido sino para ser ellos mismos los dueños, ya porque los otros no hubiesen querido arrebatarla a Francia para dársela a los venecianos, y para atacar a ambos a la vez les hubiera faltado audacia. Y si alguien dijese que el rey Luis cedió la Romaña a Alejandro y Nápoles a España para evitar la guerra, contestaría con las razones arriba enunciadas: que para evitar una guerra nunca se debe dejar que un desorden siga su curso, porque no se la evita, sino se la posterga en perjuicio propio; y si otros alegasen que el rey había prometido al papa ejecutar la empresa en su favor para obtener la disolución de su matrimonio y el capelo de Ruán, respondería con lo que más adelante se dirá acerca de la fe de los príncipes y del modo de observarla.

El rey Luis ha perdido, pues, la Lombardía por no haber seguido ninguna de las normas que siguieron los que conquistaron provincias y quisieron conservarlas. No se trata de milagro alguno, sino de un hecho muy natural y lógico. Así se lo dije en Nantes al cardenal de Ruán mientras que "el Valentino" como era llamado por el pueblo César Borgia, hijo del papa Alejandro, ocupaba la Romaña. Como me dijera el cardenal de Ruán que los italianos no entendían nada de las cosas de la guerra, yo tuve que contestarle que los franceses entendían menos de las que se refieren al Estado, porque de lo contrario no hubiesen dejado que la Iglesia adquiriese tanta influencia. Y ya se ha visto cómo, después de haber contribuido a crear la grandeza de la Iglesia y de España en Italia, Francia fue arruinada por ellas. De lo cual se infiere una regla general que rara vez o nunca falla: que el que ayuda a otro a hacerse poderoso causa su propia ruina. Porque es natural que el que se ha vuelto poderoso recele de la misma astucia o de la misma fuerza gracias a las cuales se lo ha ayudado.

CAPÍTULO IV

POR QUÉ EL REINO DE DARÍO OCUPADO POR ALEJANDRO, NO SE SUBLEVÓ CONTRA LOS SUCESORES DE ÉSTE DESPUÉS DE SU MUERTE

Consideradas las dificultades que encierra el conservar un Estado recientemente adquirido, alguien podría preguntarse con asombro a qué se debe que, hecho Alejandro Magno dueño de Asia en pocos años, y muerto apenas ocupada, sus sucesores, en circunstancias en que hubiese sido muy natural que el Estado se rebelase, lo retuvieron en sus manos, sin otros obstáculos que los que por ambición surgieron entre ellos. Contestó que todos los principados de que se guarda memoria han sido gobernados de dos modos distintos: o por un príncipe que elige de entre sus siervos, que lo son todos, los ministros que lo ayudarán a gobernar, o por un príncipe asistido por nobles que, no a la gracia del señor, sino a la antigüedad de su linaje, deben la posición que ocupan. Estos nobles tienen

Estados y súbditos propios, que los reconocen por señores y les tienen natural afección. Mientras que en los Estados gobernados por un príncipe asistido por siervos, el príncipe goza de mayor autoridad: porque en toda la provincia no se reconoce soberano sino a él, y si se obedece a otro, a quien además no se tiene particular amor, sólo se lo hace por tratarse de un ministro y magistrado del príncipe.

Los ejemplos de estas dos clases de gobierno se hallan hoy en el Gran Turco y en el rey de Francia. Toda Turquía está gobernada por un solo señor, del cual los demás habitantes son siervos: un señor que divide su reino en sanjacados, nombra sus administradores y los cambia y reemplaza a su antojo. En cambio, el rey de Francia está rodeado por una multitud de antiguos nobles que tienen sus prerrogativas, que son reconocidos y amados por sus súbditos y que son dueños de un Estado que el rey no puede arrebatárles sin exponerse. Así, si examina uno y otro gobierno, se verá que hay, en efecto, dificultad para conquistar el estado del Turco, pero que, una vez conquistado, es muy fácil conservarlo. Las razones de la dificultad para apoderarse del reino del Turco residen en que no se puede esperar ser llamado por los príncipes del Estado, ni confiar en que su rebelión facilitará la empresa. Porque, siendo esclavos y deudores del príncipe, no es nada fácil sobornarlos; y aunque se le consiguiese, de poca utilidad sería, ya que, por las razones enumeradas, los traidores no podrían arrastrar consigo al pueblo. De donde quien piense en atacar al Turco reflexione antes en que hallará el Estado unido, y confíe más en sus propias fuerzas que en las intrigas ajenas. Pero una vez vencido y derrotado en campo abierto de manera que no pueda rehacer sus ejércitos, ya no hay que temer sino a la familia del príncipe; y extinguida ésta, no queda nadie que signifique peligro, pues nadie goza de crédito en el pueblo; y como antes de la victoria el vencedor no podía esperar nada de los ministros del príncipe, nada debe temer después de ella.

Lo contrario sucede en los reinos organizados como el de Francia, donde, si te atraes a alguno de los nobles, que siempre existen descontentos y amigos de las mudanzas, fácil te será entrar. Estos, por las razones ya dichas, pueden abrirte el camino y facilitarte la conquista; pero si quieres mantenerla, tropezarás después con infinitas dificultades y tendrás que luchar contra los que te han ayudado y contra los que has oprimido. No bastará que extermines la raza del príncipe: quedarán los nobles, que se harán cabecillas de los nuevos movimientos, y como no podrás conformarlos ni matarlos a todos, perderás el Estado en la primera oportunidad que se les presente.

Ahora, si se medita sobre la naturaleza del gobierno de Darío, se advertirá que se parecía mucho al del Turco. Por eso fue preciso que Alejandro fuera a su encuentro y le derribara en campaña. Después de la victoria, y muerto Darío, Alejandro quedó dueño tranquilo del Estado, por las razones discurridas. Y si los sucesores hubiesen permanecido unidos, habrían podido gozar en paz de la conquista, porque no hubo en el reino otros tumultos que los que ellos mismos suscitaron. Pero es imposible gozar con tanta seguridad de un Estado organizado como el de Francia. Por ejemplo, los numerosos principados que había en España, Italia y Grecia explican las frecuentes revueltas contra los romanos: y mientras perduró el recuerdo de su existencia, los romanos nunca estuvieron seguros de su conquista; pero una vez el recuerdo borrado, se convirtieron, gracias a la duración y al poder de su Imperio, en sus seguros dominadores. Y así después pudieron, peleándose entre sí, sacar la parte que les fue posible en aquellas provincias, de acuerdo con la autoridad que tenían en ellas; porque, habiéndose extinguido la familia de sus antiguos señores, no se reconocían otros dueños que los romanos. Considerando, pues, estas cosas, no se asombrará nadie de la facilidad con que Alejandro conservó el Imperio de Asia, y de la dificultad con que los otros conservaron lo adquirido, como Pirro y muchos otros. Lo que no depende de la poca o mucha virtud del conquistador, sino de la naturaleza de lo conquistado.

CAPÍTULO V

DE QUÉ MODO HAY QUE GOBERNAR LAS CIUDADES O PRINCIPADOS QUE, ANTES DE SER OCUPADOS, SE REGLAN POR SUS PROPIAS LEYES.

Hay tres modos de conservar un Estado que, antes de ser adquirido, estaba acostumbrado a regirse por sus propias leyes y a vivir en libertad: primero, destruirlo; después, radicarse en él; por último, dejarlo regir por su leyes, obligarlo a pagar un tributo y establecer un gobierno compuesto por un corto número de personas, para que se encargue de velar por la conquista. Como ese gobierno sabe que nada puede sin la amistad y poder del príncipe, no ha de reparar en medios para conservarle el Estado. Por que nada hay mejor para conservar -si se la quiere conservar- una ciudad acostumbrada a vivir libre que hacerla gobernar por sus propios ciudadanos.

Ahí están los espartanos y romanos como ejemplo de ello. Los espartanos ocuparon a Atenas y Tebas, dejaron en ambas ciudades un gobierno oligárquico, y, sin embargo, las perdieron. Los romanos, para conservar Capua, Cartago y Numancia, las arrasaron, y no las perdieron. Quisieron conservar a Grecia como lo habían hecho los espartanos, dejándole sus leyes y su libertad, y no tuvieron éxito: de modo que se vieron obligados a destruir muchas ciudades de aquella provincia para no perderla. Porque, en verdad, el único medio seguro de dominar una ciudad acostumbrada a vivir libre es destruirla. Quien se haga dueño de una ciudad así no la aplaste, espere a ser aplastado por ella. Sus rebeliones siempre tendrán por baluarte el nombre de libertad y sus antiguos estatutos, cuyo hábito nunca podrá hacerle perder el tiempo ni los beneficios. Por mucho que se haga y se prevea, si los habitantes no se separan ni se dispersan, nadie se olvida de aquel nombre ni de aquellos estatutos, y a ellos inmediatamente recurren en cualquier contingencia, como hizo Pisa luego de estar un siglo bajo el yugo florentino. Pero cuando las ciudades o provincias están acostumbradas a vivir bajo un príncipe, y por la extinción de éste y su linaje queda vacante el gobierno, como por un lado los habitantes están habituados a obedecer y por otro no tienen a quién, y no se ponen de acuerdo para elegir a uno de entre ellos, ni saben vivir en libertad, y por último tampoco se deciden a tomar las armas contra el invasor, un príncipe puede fácilmente conquistarlas y retenerlas. En las repúblicas, en cambio, hay más vida, más odio, más ansias de venganza. El recuerdo de su antigua libertad no les concede, no puede concederles un solo momento de reposo. Hasta tal punto que el mejor camino es destruirlas o radicarse en ellas.

CAPÍTULO VI

DE LOS PRINCIPADOS NUEVOS QUE SE ADQUIEREN CON LAS ARMAS PROPIAS Y EL TALENTO PERSONAL

Nadie se asombre de que, al hablar de los principados de nueva creación y de aquellos en los que sólo es nuevo el príncipe, traiga yo a colación ejemplos ilustres. Los hombres siguen casi siempre el camino abierto por otros y se empeñan en imitar las acciones de los demás. Y aunque no es posible seguir exactamente el mismo camino ni alcanzar la perfección del modelo, todo hombre prudente debe entrar en el camino seguido por los grandes e imitar a los que han sido excelsos, para que, si no los iguala en virtud, por lo menos se les acerque; y hacer como los arqueros experimentados, que, cuando tienen que dar en blanco muy lejano, y dado que conocen el alcance de su arma, apuntan por sobre él, no para llegar a tanta altura, sino para acertar donde se lo proponían con la ayuda de mira tan elevada.

Los principados de nueva creación, donde hay un príncipe nuevo, son más o menos difíciles de conservar según que sea más o menos hábil el príncipe que los adquiere. Y dado que el

hecho de que un hombre se convierta de la nada en príncipe presupone necesariamente talento o suerte. es de creer que una u otra de estas dos cosas allana, en parte, muchas dificultades. Sin embargo, el que menos ha confiado en el azar es siempre el que más tiempo se ha conservado en su conquista. También facilita enormemente las cosas el que un príncipe, al no poseer otros Estados, se vea obligado a establecerse en el que ha adquirido. Pero quiero referirme a aquellos que no se convirtieron en príncipes por el azar, sino por sus virtudes. Y digo entonces que, entre ellos, los más ilustres han sido Moisés, Ciro, Rómulo, Teseo y otros no menos grandes. Y aunque Moisés sólo fue un simple agente de la voluntad de Dios, merece, sin embargo, nuestra admiración, siquiera sea por la gracia que lo hacía digno de hablar con Dios. Pero también son admirables Ciro y todos los demás que han adquirido o fundado reinos; y si juzgamos sus hechos y su gobierno, hallaremos que no deslucen ante los de Moisés, que tuvo tan gran preceptor. Y si nos detenemos a estudiar su vida y sus obras, descubriremos que no deben a la fortuna sino el haberles proporcionado la ocasión propicia, que fue el material al que ellos dieron la forma conveniente. Verdad es que, sin esa ocasión, sus méritos de nada hubieran valido; pero también es cierto que, sin sus méritos, era inútil que la ocasión se presentara. Fue, pues, necesario que Moisés hallara al pueblo de Israel esclavo y oprimido por los egipcios para que ese pueblo, ansioso de salir de su sojuzgamiento se dispusiera a seguirlo. Se hizo menester que Rómulo no pudiese vivir en Alba y estuviera expuesto desde su nacimiento, para que llegase a ser rey de Roma y fundador de su patria. Ciro tuvo que ver a los persas descontentos de la dominación de los medas, y a los medas flojos e indolentes como consecuencia de una larga paz. No habría podido Teseo poner de manifiesto sus virtudes si no hubiese sido testigo de la dispersión de los atenienses. Por lo tanto, estas ocasiones permitieron que estos hombres realizaran felizmente sus designios, y, por otro lado, sus méritos permitieron que las ocasiones rindieran provecho, con lo cual llenaron de gloria y de dicha a sus patrias.

Los que, por caminos semejantes a los de aquéllos, se convierten en príncipes adquieren el principado con dificultades, pero lo conservan sin sobresaltos. Las dificultades nacen en parte de las nuevas leyes y costumbres que se ven obligados a implantar para fundar el Estado y proveer a su seguridad. Pues debe considerarse que no hay nada más difícil de emprender, ni más dudoso de hacer triunfar, ni más peligroso de manejar, que el introducir nuevas leyes. Se explica: el innovador se transforma en enemigo de todos los que se beneficiaban con las leyes antiguas, y no se granjea sino la amistad tibia de los que se beneficiarán con las nuevas. Tibieza en éstos, cuyo origen es, por un lado, el temor a los que tiene de su parte a la legislación antigua, y por otro, la incredulidad de los hombres, que nunca fían en las cosas nuevas hasta que ven sus frutos. De donde resulta que, cada vez que los que son enemigos tienen oportunidad para atacar, lo hacen enérgicamente, y aquellos otros asumen la defensa con tibieza, de modo que se expone uno a caer con ellos. Por consiguiente, si se quiere analizar bien esta parte, es preciso ver si esos innovadores lo son por sí mismos, o si dependen de otros; es decir, si necesitan recurrir a la súplica para realizar su obra, o si pueden imponerla por la fuerza. En el primer caso, fracasan siempre y nada queda de sus intenciones; pero cuando sólo dependen de sí mismos y pueden actuar con la ayuda de la fuerza, entonces rara vez dejan de conseguir sus propósitos. De donde se explica que todos los profetas armados hayan triunfado, y fracasado todos los que no tenían armas. Hay que agregar, además, que los pueblos son tomadizos; y que, si es fácil convencerlos de algo, es difícil mantenerlos fieles a esa convicción, por lo cual conviene estar preparados de tal manera, que, cuando ya no crean, se les pueda hacer creer por la fuerza. Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo no habrían podido hacer respetar sus estatutos durante mucho tiempo si hubiesen estado desarmados. Como sucedió en nuestros tiempos a fray Jerónimo Savonarola, que fracasó en sus innovaciones en cuanto la gente empezó a no creer en ellas, pues se encontró con que carecía de medios tanto para mantener fieles en su creencia a los que habían creído como para hacer creer a los incrédulos. Hay que reconocer que estos revolucionarios tropiezan con serias dificultades, que todos los peligros surgen en su camino y que sólo con gran valor pueden

superarlos; pero vencidos los obstáculos, y una vez que han hecho desaparecer a los que tenían envidia de sus virtudes, viven poderosos, seguros, honrados y felices.

A tan excelsos ejemplos hay que agregar otro de menor jerarquía, pero que guarda cierta proporción con aquéllos y que servirá para todos los de igual clase. Es el de Hierón de Siracusa, que de simple ciudadano llegó a ser príncipe sin tener otra deuda con el azar que la ocasión; pues los siracusanos, oprimidos, lo nombraron su capitán, y fue entonces cuando hizo méritos suficientes para que lo eligieran príncipe. Y a pesar de no ser noble, dio pruebas de tantas virtudes, que quien ha escrito de él ha dicho: "Quod nihil illi deerat ad regnandum praeter regnum". Licenció el antiguo ejército y creó uno nuevo; dejó las amistades viejas y se hizo de otras; y así rodeado por soldados y amigos adictos, pudo construir sobre tales cimientos cuanto edificio quiso; y lo que tanto le había costado adquirir, poco le costó conservar.

CAPÍTULO VII

DE LOS PRINCIPADOS NUEVOS QUE SE ADQUIEREN CON ARMAS Y FORTUNA DE OTROS.

Los que sólo por la suerte se convierten en príncipes poco esfuerzo necesitan para llegar a serlo, pero no se mantienen sino con muchísimo. Las dificultades no surgen en su camino, porque tales hombres vuelan, pero se presentan una vez instalados. Me refiero a los que compran un Estado o a los que lo obtienen como regalo, tal cual sucedió a muchos en Grecia, en las ciudades de Jonia y del Helesponto, donde fueron hechos príncipes por Darío a fin de que le conservasen dichas ciudades para su seguridad y gloria; y como sucedió a muchos emperadores que llegaban al trono corrompiendo los soldados. Estos príncipes no se sostienen sino por la voluntad y la fortuna -cosas ambas mudables e inseguras- de quienes los elevaron; y no saben ni pueden conservar aquella dignidad. No saben porque, si no son hombres de talento y virtudes superiores, no es presumible que conozcan el arte del mando, ya que han vivido siempre como simples ciudadanos; no pueden porque carecen de fuerzas que puedan serles adictas y fieles. Por otra parte, los Estados que nacen de pronto, como todas las cosas de la naturaleza que brotan y crecen precozmente, no pueden tener raíces ni sostenes que los defiendan del tiempo adverso; salvo que quienes se han convertido en forma tan súbita en príncipes se pongan a la altura de lo que la fortuna ha depositado en sus manos, y sepan prepararse inmediatamente para conservarlo, y echen los cimientos que cualquier otro echa antes de llegar al principado.

Acerca de estos dos modos de llegar a ser príncipe -por méritos o por suerte-, quiero citar dos ejemplos que perduran en nuestra memoria: el de Francisco Sforza y el de César Borgia. Francisco, con los medios que correspondían y con un gran talento, de la nada se convirtió en duque de Milán, y conservó con poca fatiga lo que con mil afanes había conquistado. En el campo opuesto, César Borgia, llamado duque Valentino por el vulgo, adquirió el Estado con la fortuna de su padre, y con la de éste lo perdió, a pesar de haber empleado todos los medios imaginables y de haber hecho todo lo que un hombre prudente y hábil debe hacer para arraigar en un Estado que se ha obtenido con armas y apoyo ajenos. Porque como ya he dicho, el que no coloca los cimientos con anticipación podría colocarlos luego si tiene talento, aun con riesgo de disgustar al arquitecto y de hacer peligrar el edificio. Si se examinan los progresos del duque, se verá que ya había echado las bases para su futura grandeza; y creo que no es superfluo hablar de ello, porque no sabría qué mejores consejos dar a un príncipe nuevo que el ejemplo de las medidas tomadas por él. Que si no le dieron el resultado apetecido, no fue culpa suya, sino producto de un extraordinario y extremado rigor de la suerte.

Para hacer poderoso al duque, su hijo, tenía Alejandro VI que luchar contra grandes dificultades presentes y futuras. En primer lugar, no veía manera de hacerlo señor de algún Estado que no fuese de la Iglesia; y sabía, por otra parte, que ni el duque de Milán ni los venecianos le consentirían que desmembrase los territorios de la Iglesia, porque ya Faenza y Rímini estaban bajo la protección de los venecianos. Y después veía que los ejércitos de Italia, y especialmente aquellos de los que hubiera podido servirse, estaban en manos de quienes debían temer el engrandecimiento del papa; y mal podía fiarse de tropas mandadas por los Orsini, los Colonna y sus aliados. Era, pues, necesario remover aquel estado de cosas y desorganizar aquellos territorios para apoderarse sin riesgos de una parte de ellos. Lo que le fue fácil, porque los venecianos, movidos por otras razones, habían invitado a los franceses a volver a Italia; lo cual no sólo no impidió, sino facilitó con la disolución del primer matrimonio del rey Luis. De suerte que el rey entró en Italia con la ayuda de los venecianos y el consentimiento de Alejandro. Y no había llegado aún a Milán cuando el papa obtuvo tropas de aquél para la empresa de la Romaña, a la que nadie se opuso gracias a la autoridad de rey. Adquirida, pues, la Romaña por el duque, y derrotados los Colonna, se presentaban dos obstáculos que impedían conservarla y seguir adelante: uno, sus tropas, que no le parecían adictas; el otro la voluntad de Francia. Temía que las tropas de los Orsini, de las cuales se había valido, le faltasen en el momento preciso, y no sólo le impidiesen conquistar más, sino que le arrebatasen lo conquistado; y otro tanto temía del rey. Tuvo una prueba de lo que sospechaba de los Orsini cuando, después de la toma de Faenza, asaltó a Bolonia, en cuyas circunstancias los vio batirse con frialdad. En lo que respecta al rey, descubrió sus intenciones cuando, ya dueño del ducado de Urbino, se vio obligado a renunciar a la conquista de Toscana por su intervención. Y entonces decidió no depender más de la fortuna y las armas ajenas. Lo primero que hizo fue debilitar a los Orsini y a los Colonna de Roma, ganándose a su causa a cuantos nobles les eran adictos, a los cuales señaló crecidos sueldos y honró de acuerdo con sus méritos con mandos y administraciones, de modo que en pocos meses el afecto que tenían por aquéllos se volvió por entero hacia el duque. Después de lo cual, y dispersado que hubo de Colonna, esperó la ocasión de terminar con los Orsini. Oportunidad que se presentó bien y que él aprovechó mejor. Los Orsini, que muy tarde habían comprendido que la grandeza del duque y de la Iglesia generaba su ruina, celebraron una reunión en Magione, en el territorio de Perusa, de la que nacieron la rebelión de Urbino, los tumultos de Romaña y los infinitos peligros por los cuales atravesó el duque; pero éste supo conjurar todo con la ayuda de los franceses. Y restaurada su autoridad, el duque, que no podía fiarse de los franceses ni de las demás fuerzas extranjeras, y que no se atrevía a desafiarlas, recurrió a la astucia; y supo disimular tan bien sus propósitos, que los Orsini, por intermedio del señor Paulo -a quien el duque colmó de favores para conquistarlo, sin escatimarle dinero, trajes ni caballos-, se reconciliaron inmediatamente, hasta tal punto, que su candidez los llevó a caer en sus manos en Sinigaglia. Exterminados, pues, estos jefes y convertidos los partidarios de ellos en amigos suyos, el duque tenía contruidos sólidos cimientos para su poder futuro, máxime cuando poseía toda la Romaña y el ducado de Urbino y cuando se había ganado la buena voluntad de esos pueblos, a los cuales empezaba a gustar el bienestar de su gobierno.

Y porque esta parte es digna de mención y de ser imitada por otros, conviene no pasarla por alto. Cuando el duque se encontró con que la Romaña conquistada estaba bajo el mando de señores ineptos que antes despojaban a sus súbditos que los gobernaban, y que más les daban motivos de desunión que de unión, por lo cual se sucedían continuamente los robos, las riñas y toda clase de desórdenes, juzgó necesario, si se quería pacificarla y volverla dócil a la voluntad del príncipe, dotarla de un gobierno severo. Eligió para esta misión a Ramiro de Orco, hombre cruel y expeditivo, a quien dio plenos poderes. En poco tiempo impuso éste su autoridad, restableciendo la paz y la unión. Juzgó entonces el duque innecesaria tan excesiva autoridad, que podía hacerse odiosa, y creó en el centro de la provincia, bajo la presidencia de un hombre virtuosísimo, un tribunal civil en el cual cada ciudadano tenía su abogado. Y como sabía que los rigores pasados habían

engendrado algún odio contra su persona, quiso demostrar, para aplacar la animosidad de sus súbditos y atraérselos, que, si algún acto de crueldad se había cometido, no se debía a él, sino a la salvaje naturaleza del ministro. Y llegada la ocasión, una mañana lo hizo exponer en la plaza de Cesena, dividido en dos pedazos clavados en un palo y con un cuchillo cubierto de sangre al lado. La ferocidad de semejante espectáculo dejó al pueblo a la vez satisfecho y estupefacto.

Pero volvamos al punto de partida. Encontrábase el duque bastante poderoso y a cubierto en parte de todo peligro presente, luego de haberse armado en la necesaria medida y de haber aniquilado los ejércitos que encerraban peligro inmediato, pero le faltaba, si quería continuar sus conquistas, obtener el respeto del rey de Francia, pues sabía que el rey, aunque advertido tarde de su error, trataría de subsanarlo. Empezó por ello a buscarse amistades nuevas, y a mostrarse indeciso con los franceses cuando éstos se dirigieron al reino de Nápoles para luchar contra los españoles que sitiaban a Gaeta. Y si Alejandro hubiese vivido aún, su propósito de verse libre de ellos no habría tardado en cumplirse.

Este fue su comportamiento en lo que se refiere a los hechos presentes. En cuanto a los futuros, tenía sobre todo que evitar que el nuevo sucesor en el Papado fuese enemigo suyo y le quitase lo que Alejandro le había dado. Y pensó hacerlo por cuatro medios distintos: primero, exterminando a todos los descendientes de los señores a quienes había despojado, para que el papa no tuviera oportunidad de restablecerlos. Segundo, atrayéndose a todos los nobles de Roma, para oponerse, con su ayuda, a los designios del papa. Tercero, reduciendo el Colegio a su voluntad, hasta donde pudiese. Cuarto, adquiriendo tanto poder, antes que el papa muriese, que pudiera por sí mismo resistir un primer ataque. De estas cuatro cosas, ya había realizado tres a la muerte de Alejandro, la cuarta estaba por concluir. Porque señores despojados mató a cuantos pudo alcanzar, y muy pocos se salvaron; y contaba con nobles romanos ganados a su causa; y en el Colegio gozaba de gran influencia. Y por lo que toca a las nuevas conquistas, tramaba apoderarse de Toscana, de la cual ya poseía a Perusa y Piombino, aparte de Pisa, que se había puesto bajo su protección. Y en cuanto no tuviese que guardar más miramientos con los franceses (que de hecho no tenía por qué guardárselos, puesto que ya los franceses habían sido despojados del Reino por los españoles, y que unos y otros necesitaban comprar su amistad), se echaría sobre Pisa. Después de lo cual Luca y Siena no tardarían en ceder, primero por odio contra los florentinos, y después por miedo al duque; y los florentinos nada podrían hacer. Si hubiese logrado esto (aunque fuera el mismo año de la muerte de Alejandro), habría adquirido tanto poder y tanta autoridad que se hubiera sostenido por sí solo, y no habría dependido más de la fortuna ni de las fuerzas ajenas, sino de su poder y de sus méritos.

Pero Alejandro murió cinco años después de que el hijo empezara a desenvainar la espada. Lo dejaban con tan sólo un Estado afianzado: el de Romaña, y con todos los demás en el aire, entre los poderosos ejércitos enemigos, y enfermo de muerte. Pero había en el duque tanto vigor de alma y de cuerpo, tan bien sabía cómo se gana y se pierde a los hombres, y los cimientos que echara en tan poco tiempo eran tan sólidos, que, a no haber tenido dos ejércitos que lo rodeaban, o simplemente haber estado sano, se hubiese sostenido contra todas las dificultades. Y si los cimientos de su poder eran seguros o no, se vio en seguida, pues la Romaña lo esperó más de un mes; y, aunque estaba medio muerto, nada se intentó contra él, a pesar de que los Baglioni, los Vitelli y los Orsini habían ido allí con ese propósito; y si no hizo papa a quien quería, obtuvo por lo menos que no lo fuera quien él no quería que lo fuese. Pero todo le hubiese sido fácil a no haber estado enfermo a la muerte de Alejandro. Él mismo me dijo, el día en que fue elegido Julio II, que había previsto todo lo que podía suceder a la muerte de su padre, y para todo preparado remedio; pero que nunca había pensado que en semejante circunstancia él mismo podía hallarse moribundo.

No puedo, pues, censurar ninguno de los actos del duque; por el contrario, me parece que deben imitarlos todos aquellos que llegan al trono mediante la fortuna y las armas ajenas. Porque no es posible conducirse de otro modo cuando se tienen tanto valor y tanta ambición. Y si sus propósitos no se realizaron, tan sólo fue por su enfermedad y por la brevedad de la vida de Alejandro. El príncipe nuevo que crea necesario defenderse de enemigos, conquistar amigos, vencer por la fuerza o por el fraude, hacerse amar o temer de los habitantes, respetar y obedecer por los soldados, matar a los que puedan perjudicarlo, reemplazar con nuevas las leyes antiguas, ser severo y amable, magnánimo y liberal, disolver las milicias infieles, crear nuevas, conservar la amistad de reyes y príncipes de modo que lo favorezcan de buen grado o lo ataquen con recelos; el que juzgue indispensable hacer todo esto, digo, no puede hallar ejemplos más recientes que los actos del duque. Sólo se lo puede criticar en lo que respecta a la elección del nuevo pontífice, porque, si bien no podía hacer nombrar a un papa adicto, podía impedir que lo fuese éste o aquel de los cardenales, y nunca debió consentir en que fuera elevado al Pontificado alguno de los cardenales a quienes había ofendido o de aquellos que, una vez papas, tuviesen que temerle. Pues los hombres ofenden por miedo o por odio. Aquellos a quienes había ofendido eran, entre otros, el cardenal de San Pedro Advíncula, Colonna, San Jorge y Ascanio; todos los demás, si llegados al solio, debían temerle, salvo el cardenal de Amboise dado su poder, que nacía del de Francia, y los españoles ligados a él por alianza y obligaciones recíprocas. Por consiguiente, el duque debía tratar ante todo de ungir papa a un español, y, a no serle posible, aceptar al cardenal de Amboise antes que el de San Pedro Advíncula. Pues se engaña quien cree que entre personas eminentes los beneficios nuevos hacen olvidar las ofensas antiguas. Se equivocó el duque en esta elección, causa última de su definitiva ruina.

CAPÍTULO VIII

DE LOS QUE LLEGARON AL PRINCIPADO MEDIANTE CRÍMENES

Pero puesto que hay otros dos modos de llegar a príncipe que no se pueden atribuir enteramente a la fortuna o a la virtud, corresponde no pasarlos por alto, aunque sobre ellos se discurra con más detenimiento donde se trata de las repúblicas. Me refiero, primero, al caso en que se asciende al principado por un camino de perversidades y delitos; y después, al caso en que se llega a ser príncipe por el favor de los conciudadanos. Con dos ejemplos, uno antiguo y otro contemporáneo, ilustraré el primero de estos modos, sin entrar a profundizar demasiado en la cuestión, porque creo que bastan para los que se hallan en la necesidad de imitarlos.

El siciliano Agatócles, hombre no sólo de condición oscura, sino baja y abyecta, se convirtió en rey de Siracusa. Hijo de un alfarero, llevó una conducta reprochable en todos los períodos de su vida: sin embargo, acompañó siempre sus maldades con tanto ánimo y tanto vigor físico, que entrado en la milicia llegó a ser, ascendiendo grado por grado, pretor de Siracusa. Una vez elevado a esta dignidad, quiso ser príncipe y obtener por la violencia, sin debérselo a nadie, lo que de buen grado le hubiera sido concedido. Se puso de acuerdo con el cartaginés Amílcar, que se hallaba con sus ejércitos en Sicilia, y una mañana reunió al pueblo y al Senado, como si tuviese que deliberar sobre cosas relacionadas con la república, y a una señal convenida sus soldados mataron a todos los senadores y a los ciudadanos más ricos de Siracusa. Ocupó entonces y supo conservar como príncipe aquella ciudad, sin que se encendiera ninguna guerra civil por su causa. Y aunque los cartagineses lo sitiaron dos veces y lo derrotaron por último, no sólo pudo defender la ciudad, sino que, dejando parte de sus tropas para que contuvieran a los sitiadores, con el resto invadió el África: y en poco tiempo levantó el sitio de Siracusa y puso a los cartagineses en tales aprietos, que se vieron obligados a pactar con él, a conformarse con sus posesiones del África y a dejarle la Sicilia. Quien estudie, pues, las acciones de Agatócles y juzgue sus méritos muy poco o nada encontrará que

pueda atribuir a la suerte; no adquirió la soberanía por el favor de nadie, como he dicho más arriba, sino merced a sus grados militares, que se había ganado a costa de mil sacrificios y peligros; y se mantuvo en mérito a sus enérgicas y temerarias medidas. Verdad que no se puede llamar virtud el matar a los conciudadanos, el traicionar a los amigos y el carecer de fe, de piedad y de religión, con cuyos medios se puede adquirir poder, pero no gloria. Pero si se examinan el valor de Agatócles al arrostrar y salir triunfante de los peligros y su grandeza de alma para soportar y vencer los acontecimientos adversos, no se explica uno por qué tiene que ser considerado inferior a los capitanes más famosos. Sin embargo, su falta de humanidad, sus crueldades y maldades sin número, no consienten que se lo coloque entre los hombres ilustres. No se puede, pues, atribuir a la fortuna o a la virtud lo que consiguió sin la ayuda de una ni de la otra.

En nuestro tiempos, bajo el papa Alejandro VI, Oliverotto da Fermo, huérfano desde corta edad, fue educado por uno de sus tíos maternos, llamado Juan Fogliani, y confiado después, en su primera juventud, a Pablo Vitelli, a fin de que llegase, gracias a sus enseñanzas, a ocupar un grado elevado en las armas. Muerto Pablo, pasó a militar bajo Vitellozzo, su hermano; y en poco tiempo, como era inteligente y de espíritu y cuerpo gallardos, se convirtió en el primer hombre de su ejército. Pero como le pareció indigno servir a los demás, pensó apoderarse de Fermo con el consentimiento de Vitellozzo y la ayuda de algunos habitantes de la ciudad a quienes era más cara la esclavitud que la libertad de su patria. Escribió a Juan Fogliani diciéndole que, luego de tantos años de ausencia, deseaba ver de nuevo a su patria y a él, y, en parte, también conocer el estado de su patrimonio; y que, como no se había fatigado sino por conquistar gloria, quería, para demostrar a sus compatriotas que no había perdido el tiempo, entrar con todos los honores y acompañado por cien caballeros, amigos y servidores suyos. Rogábale, pues, que tratase de que los ciudadanos de Fermo lo acogiesen de un modo honroso, que con ello no sólo lo honraba a él, sino que se honraba a sí mismo, ya que había sido su maestro. No olvidó Juan ninguno de los honores debidos a su sobrino, y lo hizo recibir dignamente por los ciudadanos de Fermo, en cuyas casas se alojó con su comitiva. Transcurridos algunos días, y preparado todo cuanto era necesario para su premeditado crimen, Oliverotto dio un banquete solemne al que invitó a Juan Fogliani y a los principales hombres de Fermo. Después de consumir los manjares y de concluir con los entretenimientos que son de uso en tales ocasiones, Oliverotto, deliberadamente, hizo recaer la conversación, dando ciertos peligrosos argumentos, sobre la grandeza y los actos del papa Alejandro y de César, su hijo; y como a esos argumentos contestaron Juan y los otros, se levantó de pronto diciendo que convenía hablar de semejantes temas en lugar más seguro, y se retiró a una habitación a la cual lo siguieron Juan y los demás ciudadanos. Y aún éstos no habían tomado asiento cuando de algunos escondrijos salieron soldados que dieron muerte a Juan y a todos los demás. Consumado el crimen, montó Oliverotto a caballo, atravesó la ciudad y sitió en su palacio al magistrado supremo. Los ciudadanos no tuvieron entonces más remedio que someterse y constituir un gobierno del cual Oliverotto se hizo nombrar jefe. Muertos todos los que hubieran podido significar un peligro para él, se preocupó por reforzar su poder con nuevas leyes civiles y militares, de manera que durante el año que gobernó, no sólo estuvo seguro en Fermo, sino que se hizo temer por todos los vecinos. Y habría sido tan difícil de derrocar como Agatócles si no se hubiese dejado engañar por César Borgia y prender, junto con los Orsini y los Vitelli, en Sinigaglia, donde, un año después de su parricidio, fue estrangulado en compañía de Vitellozzo, su maestro en hazañas y crímenes.

Podría alguien preguntarse a qué se debe que, mientras Agatócles y otros de su calaña, a pesar de sus traiciones y rigores sin número, pudieron vivir durante mucho tiempo y a cubierto de su patria, sin temer conspiraciones, y pudieron a la vez defenderse de los enemigos de afuera, otros, en cambio, no sólo mediante medidas tan extremas no lograron conservar su Estado en épocas dudosas de guerra, sino tampoco en tiempos de paz. Creo que que depende del *bueno o maluso que*

se hace de la crueldad. Llamaria bien empleadas a las crueldades (si a lo malo se le puede llamar bueno) cuando se aplican de una sola vez por absoluta necesidad de asegurarse, y cuando no se insiste en ellas, sino, por el contrario, se trata de que las primeras se vuelvan todo lo beneficiosas posible para los súbditos. Mal empleadas son las que, aunque poco graves al principio, con el tiempo antes crecen que se extinguen. Los que observan el primero de estos procedimientos pueden, como Agátocles, con la ayuda de Dios y de los hombres, poner algún remedio a su situación: los otros es imposible que se conserven en sus Estados. De donde se concluye que, al apoderarse de un Estado, todo usurpador debe reflexionar sobre los crímenes que le es preciso cometer, y ejecutarlos todos a la vez, para que no tenga que renovarlos día a día y, al no verse en esa necesidad, pueda conquistar a los hombres a fuerza de beneficios. Quien procede de otra manera, por timidez o por haber sido mal aconsejado, se ve siempre obligado a estar con el cuchillo en la mano, y mal puede contar con súbditos a quienes sus ofensas continuas y todavía recientes llenan de desconfianza. Porque las ofensas deben inferirse de una sola vez para que, durando menos, hieran menos; mientras que los beneficios deben proporcionarse poco a poco, a fin de que se saboreen mejor. Y, sobre todas las cosas, un príncipe vivirá con sus súbditos de manera tal, que ningún acontecimiento, favorable o adverso, lo haga variar; pues la necesidad que se presenta en los tiempos difíciles y que no se ha previsto, tú no puedes remediarla; y el bien que tú hagas ahora de nada sirve ni nadie te lo agradece, porque se considera hecho a la fuerza.

CAPÍTULO IX DEL PRINCIPADO CIVIL

Trataremos ahora del segundo caso: aquel en que un ciudadano, no por crímenes ni violencia, sino gracias al favor de sus compatriotas, se convierte en príncipe. El Estado así constituido puede llamarse *principado civil*. El llegar a él no depende por completo de los méritos o de la suerte: depende, más bien, de una cierta habilidad propiciada por la fortuna, y que necesita, o bien del apoyo del pueblo, o bien del de los nobles. Porque en toda ciudad se encuentran estas dos fuerzas contrarias, una de las cuales lucha por mandar y oprimir a la otra, que no quiere ser mandada ni oprimida. Y del choque de las dos corrientes surge uno de estos tres efectos: o principado, o libertad, o licencia.

El principado pueden implantarlo tanto el pueblo como los nobles, según que la ocasión se presente a uno o a otros. Los nobles, cuando comprueban que no pueden resistir al pueblo, concentran toda la autoridad en uno de ellos y lo hacen príncipe, para poder, a su sombra, dar rienda suelta a sus apetitos. El pueblo, cuando a su vez comprueba que no puede hacer frente a los grandes, cede su autoridad a uno y lo hace príncipe para que lo defienda. Pero el que llega al principado con la ayuda de los nobles se mantiene con más dificultad que el que ha llegado mediante el apoyo del pueblo, porque los que lo rodean se consideran sus iguales, y en tal caso se le hace difícil mandarlos y manejarlos como quisiera. Mientras que el que llega por el favor popular es única autoridad, y no tiene en derredor a nadie o casi nadie que no esté dispuesto a obedecer. Por otra parte, no puede honradamente satisfacer a los grandes sin lesionar a los demás; pero, en cambio, puede satisfacer al pueblo, porque la finalidad del pueblo es más honesta que la de los grandes queriendo éstos oprimir, y aquél no ser oprimido.

Agréguese a esto que un príncipe jamás podrá dominar a un pueblo cuando lo tenga por enemigo, porque son muchos los que lo forman; a los nobles, como se trata de pocos, le será fácil. Lo peor que un príncipe puede esperar de un pueblo que no lo ame es el ser abandonado por él: de los nobles, si los tiene por enemigos, no sólo debe temer que lo abandonen, sino que se rebelen contra él: pues, más astutos y clarividentes, siempre están a tiempo para ponerse en salvo, a la vez que no

dejan nunca de congratularse con el que esperan resultará vencedor. Por último, es una necesidad para el príncipe vivir siempre con el mismo pueblo, pero no con los mismos nobles, supuesto que puede crear nuevos o deshacerse de los que tenía, y quitarles o concederles autoridad a capricho.

Para aclarar mejor esta parte en lo que se refiere a los grandes, digo que se deben considerar en dos aspectos principales: o proceden de tal manera que se unen por completo a su suerte, o no. A aquellos que se unen y no son rapaces, se les debe honrar y amar; a aquellos que no se unen, se les tiene que considerar de dos maneras: si hacen esto por pusilanimidad y defecto natural del ánimo, entonces tú debes servirte en especial de aquellos que son de buen criterio, porque en la prosperidad te honrarán y en la adversidad no son de temer, pero cuando no se unen sino por cálculo y por ambición, es señal de que piensan más en sí mismos que en ti, y de ellos se debe cuidar el príncipe y temerles como si se tratase de enemigos declarados, porque esperarán la adversidad para contribuir a su ruina.

El que llegue a príncipe mediante el favor del pueblo debe esforzarse en conservar su afecto, cosa fácil, pues el pueblo sólo pide no ser oprimido. Pero el que se convierta en príncipe por el favor de los nobles y contra el pueblo procederá bien si se empeña ante todo en conquistarlo, lo que sólo le será fácil si lo toma bajo su protección. Y dado que los hombres se sienten más agradecidos cuando reciben bien de quien sólo esperaban mal, se somete el pueblo más a su bienhechor que si lo hubiese conducido al principado por su voluntad. El príncipe puede ganarse a su pueblo de muchas maneras, que no mencionaré porque es imposible dar reglas fijas sobre algo que varía tanto según las circunstancias. Insistiré tan sólo en que un príncipe necesita contar con la amistad del pueblo, pues de lo contrario no tiene remedio en la adversidad.

Nabis, príncipe de los espartanos resistió el ataque de toda Grecia y de un ejército romano invicto, y le bastó, surgido el peligro, asegurarse de muy pocos para defender contra aquéllos su patria y su Estado, que si hubiese tenido por enemigo al pueblo, no le bastara. Y que no se pretenda desmentir mi opinión con el gastado proverbio de que *quien confía en el pueblo edifica sobre arena*; porque el proverbio sólo es verdadero cuando se trata de un simple ciudadano que confía en el pueblo como si el pueblo tuviese el deber de liberarlo cuando los enemigos o las autoridades lo oprimen. Quien así lo interpretara se engañaría a menudo, como los Gracos en Roma y Jorge Scali en Florencia. Pero si es un príncipe quien confía en él, y un príncipe valiente que sabe mandar, que no se acobarda en la adversidad y mantiene con su ánimo y sus medidas el ánimo de todo su pueblo, no sólo no se verá nunca defraudado, sino que se felicitará de haber depositado en él su confianza.

Estos principados peligran, por lo general, cuando quieren pasar de principado civil a principado absoluto; pues estos príncipes gobiernan por sí mismos o por intermedio de magistrados. En el último caso, su permanencia es más insegura y peligrosa, porque depende de la voluntad de los ciudadanos que ocupan el cargo de magistrados, los cuales, y sobre todo en épocas adversas, pueden arrebatárle muy fácilmente el poder, ya dejando de obedecerle, ya sublevando al pueblo contra ellos. Y el príncipe, rodeado de peligros, no tiene tiempo para asumir la autoridad absoluta, ya que los ciudadanos y los súbditos, acostumbrados a recibir órdenes nada más que de los magistrados, no están en semejantes trances dispuestos a obedecer las suyas. Y no encontrará nunca, en los tiempos dudosos, gentes en quien poder confiar, puesto que tales príncipes no pueden tomar como ejemplo lo que sucede en tiempos normales, cuando los ciudadanos tienen necesidad del Estado, y corren y prometen y quieren morir por él, porque la muerte está lejana; pero en los tiempos adversos, cuando el Estado tiene necesidad de los ciudadanos, hay pocos que quieran acudir en su ayuda. Y esta experiencia es tanto más peligrosa cuanto que no puede intentarse sino una vez. Por ello, un príncipe hábil debe hallar una manera por la cual sus ciudadanos siempre y en toda ocasión tengan necesidad del Estado y de él. Y así le serán siempre fieles.

CAPÍTULO X

CÓMO DEBEN MEDIRSE LAS FUERZAS DE TODOS LOS PRINCIPADOS

Conviene, al examinar la naturaleza de estos principados, hacer una consideración más, a saber: si un príncipe posee un Estado tal que pueda, en caso necesario, sostenerse por sí mismo, o si tiene, en tal caso, que recurrir a la ayuda de otros. Y para aclarar mejor este punto, digo que considero capaces de poder sostenerse por sí mismos a los que, o por abundancia de hombres o de dinero, pueden levantar un ejército respetable y presentar batalla a quien quiera que se atreva a atacarlos; y considero que tienen siempre necesidad de otros a los que no pueden presentar batalla al enemigo en campo abierto, sino que se ven obligados a refugiarse dentro de sus muros para defenderlos. Del primer caso ya se ha hablado, y se agregará más adelante lo que sea oportuno. Del segundo caso no se puede decir nada, salvo aconsejar a los príncipes que fortifiquen y abastezcan la ciudad en que residen y que se despreocupen de la campaña. Quien tenga bien fortificada su ciudad, y con respecto a sus súbditos se haya conducido de acuerdo con lo ya expuesto y con lo que expondré más adelante, difícilmente será asaltado; porque los hombres son enemigos de las empresas demasiado arriesgadas, y no puede reputarse por fácil el asalto a alguien que tiene su ciudad bien fortificada y no es odiado por el pueblo. Las ciudades de Alemania son libérrimas; tienen poca campaña, y obedecen al emperador cuando les place, pues no le temen, así como no temen a ninguno de los poderosos que las rodean. La razón es simple: están tan bien fortificadas que no puede menos de pensarse que el asedio sería arduo y prolongado. Tienen muros y fosos adecuados, tanta artillería como necesitan, y guardan en sus almacenes lo necesario para beber, comer y encender fuego durante un año; aparte de lo cual, y para poder mantener a los obreros sin que ello sea una carga para el erario público, disponen siempre de trabajo para un año en esas obras que son el nervio y la vida de la ciudad. Por último, tienen en alta estima los ejercicios militares, que reglamentan con infinidad de ordenanzas.

Un príncipe, pues, que gobierne una plaza fuerte, y a quien el pueblo no odie, no puede ser atacado; pero si lo fuese, el atacante se vería obligado a retirarse sin gloria, porque son tan variables las cosas de este mundo que es imposible que alguien permanezca con sus ejércitos un año sitiando ociosamente una ciudad. Y al que me pregunte si el pueblo tendrá paciencia, y el largo asedio y su propio interés no le harán olvidar al príncipe, contesto que un príncipe poderoso y valiente superará siempre estas dificultades, ya dando esperanzas a sus súbditos de que el mal no durará mucho, ya infundiéndoles terror con la amenaza de las vejaciones del enemigo, o ya asegurándose diestramente de los que le parezcan demasiado osados. Añadiremos a esto que es muy probable que el enemigo devaste y saquee la comarca a su llegada, que es cuando los ánimos están más caldeados y más dispuestos a la defensa; momento propicio para imponerse, porque, pasados algunos días, cuando los ánimos se hayan enfriado, los daños estarán hechos, las desgracias se habrán sufrido y no quedará ya remedio alguno. Los súbditos se unen por ello más estrechamente a su príncipe, como si el haber sido incendiadas sus casas y devastadas sus posesiones en defensa del señor obligara a éste a protegerlos. Está en la naturaleza de los hombres el quedar reconocidos lo mismo por los beneficios que hacen que por los que reciben. De donde, si se considera bien todo, no será difícil a un príncipe sabio mantener firme el ánimo de sus ciudadanos durante el asedio, siempre y cuando no carezcan de víveres ni de medios de defensa.

CAPÍTULO XI

DE LOS PRINCIPADOS ECLESIASTICOS

Sólo nos resta discurrir sobre los principados eclesiásticos, respecto a los cuales todas las dificultades existen antes de poseerlos, pues se adquieren o por valor o por suerte, y se conservan sin el uno ni la otra, dado que se apoyan en antiguas instituciones religiosas que son tan potentes y

de tal calidad, que mantienen a sus príncipes en el poder sea cual fuere el modo en que éstos procedan y vivan.

Estos son los únicos que tienen Estados y no los defienden; súbditos, y no los gobiernan. Y los Estados, a pesar de hallarse indefensos, no les son arrebatados, y los súbditos, a pesar de carecer de gobierno, no se preocupan, ni piensan, ni podrían sustraerse a su soberanía. Son, por consiguiente, los únicos principados seguros y felices. Pero como están regidos por leyes superiores, inasequibles a la mente humana, y como han sido inspirados por el Señor, sería oficio de hombre presuntuoso y temerario el pretender hablar de ellos. Sin embargo, si alguien me preguntase a qué se debe que la Iglesia haya llegado a adquirir tanto poder temporal, ya que antes de Alejandro, no sólo las potencias italianas, sino hasta los nobles y señores de menor importancia respetaban muy poco su fuerza temporal, mientras que ahora ha hecho temblar a un rey de Francia, y aun pudo arrojarlo de Italia, y ha arruinado a los venecianos, no consideraría inútil recordar las circunstancias, aunque sean bastante conocidas.

Antes que Carlos, rey de Francia, entrase en Italia, esta provincia estaba bajo la dominación del papa, de los venecianos, del rey de Nápoles, del duque de Milán y de los florentinos. Estas potencias debían tener dos cuidados principales: evitar que un ejército extranjero invadiese a Italia y procurar que ninguna de ellas preponderara. Los que despertaban más recelos eran los venecianos y el papa. Para contener a aquéllos era necesaria una coalición de todas las demás potencias, como se hizo para la defensa de Ferrara. Para contener al papa, bastaban los nobles romanos, que, divididos en dos facciones, los Orsini y los Colonna, disputaban continuamente y acudían a las armas a la vista misma del pontífice, con lo cual la Santa Sede estaba siempre débil y vacilante. Y aunque alguna vez surgiese un papa enérgico, como lo fue Sixto, ni la suerte ni la experiencia pudieron servirle jamás de manera decisiva, a causa de la brevedad de su vida, pues los diez años que, como término medio, vive un papa bastaban apenas para debilitar una de las facciones. Y si, por ejemplo, un papa había casi conseguido exterminar a los Colonna, resurgían éstos bajo otro enemigo de los Orsini, a quienes tampoco había tiempo para hacer desaparecer por completo; por todo lo cual las fuerzas temporales del papa eran poco temidas en Italia. Vino por fin Alejandro VI y probó, como nunca lo había probado ningún pontífice, de cuánto era capaz un papa con fuerzas y dinero; pues tomando al duque Valentino por instrumento, y la llegada de los franceses como motivo, hizo todas esas cosas que he contado al hablar sobre las actividades del duque. Y aunque su propósito no fue engrandecer a la Iglesia, sino al duque, no es menos cierto que lo que realizó redundó en beneficio de la Iglesia, la cual, después de su muerte y de la del duque, fue heredera de sus fatigas. Lo sucedió el papa Julio, quien, con una Iglesia engrandecida y dueña de toda la Romaña, con los nobles romanos dispersos por las persecuciones de Alejandro, y abierto el camino para procurarse dinero, cosa que nunca había ocurrido antes de Alejandro, no sólo mantuvo las conquistas de su predecesor, sino que las acrecentó; y después de proponerse la adquisición de Bolonia, la ruina de los venecianos y la expulsión de los franceses de Italia, lo llevó a cabo con tanta más gloria cuando que lo hizo para engrandecer la Iglesia y no a ningún hombre.

Dejó las facciones Orsini y Colonna en el mismo estado en que las encontró; y aunque ambas tuvieron jefes capaces de rebelarse, se quedaron quietas por dos razones: primero, por la grandeza de la Iglesia, que los atemorizaba, y después, por carecer de cardenales que perteneciesen a sus partidos, origen siempre de discordia entre ellos. Que de nuevo se repetirán toda vez que tengan cardenales que los representen, pues éstos fomentan dentro y fuera de Roma la creación de partidos que los nobles de una y otra familia se ven obligados a apoyar. Por lo cual cabe decir que las disensiones y disputas entre los nobles son originadas por la ambición de los prelados. Ha hallado, pues, Su Santidad el papa León una Iglesia potentísima; y se puede esperar que así como aquéllos

la hicieron grande por las armas, éste la hará aún más poderosa y venerable por su bondad y sus mil otras virtudes.

CAPÍTULO XII

DE LAS DISTINTAS CLASES DE MILICIAS Y DE LOS SOLDADOS MERCENARIOS

Después de haber discurrido detalladamente sobre la naturaleza de los principados de los cuales me había propuesto tratar, y de haber señalado en parte las causas de su prosperidad o ruina y los medios con que muchos quisieron adquirirlos y conservarlos, réstame ahora hablar de las formas de ataque y defensa que pueden ser necesarias en cada uno de los Estados a que me he referido.

Ya he explicado antes cómo es preciso que un príncipe eche los cimientos de su poder, porque, de lo contrario, fracasará inevitablemente. Y los cimientos indispensables a todos los Estados, nuevos, antiguos o mixtos, son las buenas leyes y las buenas tropas; y como aquéllas nada pueden donde faltan éstas, y como allí donde hay buenas tropas por fuerza ha de haber buenas leyes, pasaré por alto las leyes y hablaré de las tropas.

Digo, pues, que las tropas con que un príncipe defiende sus Estados son propias, mercenarias, auxiliares o mixtas. Las mercenarias y auxiliares son inútiles y peligrosas; y el príncipe cuyo gobierno descansa en soldados mercenarios no estará nunca seguro ni tranquilo, porque están desunidos, porque son ambiciosos, desleales, valientes entre los amigos, pero cobardes cuando se encuentran frente a los enemigos; porque no tienen disciplina, como no tienen temor de Dios ni buena fe con los hombres: de modo que no se difiere la ruina sino mientras se difiere la ruptura; y ya durante la paz despojan a su príncipe tanto como los enemigos durante la guerra, pues no tienen otro amor ni otro motivo que los lleve a la batalla que la paga del príncipe, la cual, por otra parte, no es suficiente para que deseen morir por él. Quieren ser sus soldados mientras el príncipe no hace la guerra: pero en cuanto la guerra sobreviene, o huyen o piden la baja. Poco me costaría probar esto, pues la ruina actual de Italia no ha sido causada sino por la confianza depositada durante muchos años en las tropas mercenarias, que hicieron al principio, y gracias a ciertos jefes, algunos progresos que les dieron fama de bravas; pero que demostraron lo que valían en cuanto aparecieron a la vista ejércitos extranjeros. De tal suerte que Carlos, rey de Francia, se apoderó de Italia con un trozo de tiza. Y los que afirman que la culpa la tenían nuestros pecados, decían la verdad, aunque no se trataba de los pecados que imaginaban, sino de los que he expuesto. Y como estos pecados los cometieron los príncipes, sobre ellos recayó el castigo.

Quiero dejar mejor demostrada la ineficacia de estos ejércitos. Los capitanes mercenarios o son hombres de mérito o no lo son: no se puede confiar en ellos si lo son porque aspirarán siempre a forjar su propia grandeza, ya tratando de someter al príncipe su señor, ya tratando de oprimir a otros al margen de los designios del príncipe; y mucho menos si no lo son, pues con toda seguridad llevarán al príncipe a la ruina. Y a quien objetara que esto podría hacerlo cualquiera, mercenario o no, replicaría con lo siguiente: que un principado o una república deben tener sus milicias propias; que, en un principado, el príncipe debe dirigir las milicias en persona y hacer el oficio de capitán; y en las repúblicas, un ciudadano; y si el ciudadano nombrado no es apto, se lo debe cambiar; y si es capaz para el puesto, sujetarlo por medio de leyes. La experiencia enseña que sólo los príncipes y repúblicas armadas pueden hacer grandes progresos, y que las armas mercenarias sólo acarrearán daños. Y es más difícil que un ciudadano someta a una república que está armada con armas propias que una armada con armas extranjeras.

Roma y Esparta se conservaron libres durante muchos siglos porque estaban armados. Los suizos son muy libres porque disponen de armas propias. De las armas mercenarias de la antigüedad son un ejemplo los cartagineses, los cuales estuvieron apunto de ser sometidos por sus tropas mercenarias, después de la primera guerra con los romanos, a pesar de que los cartagineses tenían por jefes a sus mismos conciudadanos. Filipo de Macedonia, nombrado capitán de los tebanos a la muerte de Epaminondas, les quitó la libertad después de la victoria. Los milaneses, muerto el duque Felipe, tomaron a sueldo a Francisco Sforza para combatir a los venecianos; y Sforza vendió al enemigo en Caravaggio y se alió después con él para sojuzgar a los milaneses, sus amos. El padre de Francisco Sforza, estando al servicio de la reina Juana de Nápoles, la abandonó inesperadamente; y ella, al quedar sin tropas que la defendiesen, se vió obligada, para no perder el reino, a entregarse en manos del rey de Aragón. Y si los florentinos y venecianos extendieron sus dominios gracias a esas milicias, y si sus capitanes los defendieron en vez de someterlos, se debe exclusivamente a la suerte; porque de aquellos capitanes a los que podían temer, unos no vencieron nunca, otros encontraron oposición y los últimos orientaron sus ambiciones hacia otra parte. En el número de los primeros se contó Juan Aucut, cuya fidelidad mal podía conocerse cuando nunca obtuvo una victoria; pero nadie dejará de reconocer que, si hubiese triunfado, quedaban los florentinos librados a su discreción. Francisco Sforza tuvo siempre por adversario a los Bracceschi, y se vigilaron mutuamente; al fin, Francisco volvió sus miras hacia la Lombardía, y Braccio hacia la Iglesia y el reino de Nápoles.

Pero atendamos a lo que ha sucedido hace poco tiempo. Los florentinos nombraron capitán de sus milicias a Pablo Vitelli, varón muy prudente que, de condición modesta, había llegado a adquirir gran fama. A haber tomado a Pisa, los florentinos se hubiesen visto obligados a sostenerlo, porque estaban perdidos si se pasaba a los enemigos, y si hubieran querido que se quedara, habrían debido obedecerle. Si se consideran los procedimientos de los venecianos, se verá que obraron con seguridad y gloria mientras hicieron la guerra con sus propios soldados, lo que sucedió antes que tentaran la suerte en tierra firme, cuando contaban con nobles y plebeyos que defendían lo suyo; pero bastó que empezaran a combatir en tierra firme para que dejaran aquella virtud y adoptaran las costumbres del resto de Italia. Al principio de sus empresas por tierra firme, nada tenían que temer de sus capitanes, así por lo reducido del Estado como por la gran reputación de que gozaban; pero cuando bajo Carmagnola el territorio se fue ensanchando, notaron el error en que habían caído. Porque viendo que aquel hombre, cuya capacidad conocían después de haber derrotado al duque de Milán, hacía la guerra con tanta tibieza, comprendieron que ya nada podía esperarse de él, puesto que no lo quería; y dado que no podían licenciarlo, pues perdían lo que habían conquistado, no les quedaba otro recurso, para vivir seguros, que matarlo. Tuvieron luego por capitanes a Bartolomé de Bérghamo, a Roberto de San Severino, al conde de Pitigliano y a otros de quienes no tenían que temer las victorias, sino las derrotas, como les sucedió luego en Vailá, donde en un día perdieron lo que con tanto esfuerzo habían conquistado en ochocientos años. Porque estas milicias, o traen lentas, tardías y mezquinas adquisiciones, o súbitas y fabulosas pérdidas.

Y ya que estos ejemplos me han conducido a referirme a Italia, estudiemos la historia de las tropas mercenarias que durante tantos años la gobernaron, y remontémonos a los tiempos más antiguos, para que, vistos su origen y sus progresos, puedan corregirse mejor los errores.

Es de saber que, en épocas no recientes, cuando el emperador empezó a ser arrojado de Italia y el poder temporal del papa acrecentarse, Italia se dividió en gran número de Estados; porque muchas de las grandes ciudades tomaron las armas contra sus señores, que, favorecidos antes por el emperador, las tenían avasalladas; y el papa, para beneficiarse, ayudó en cuanto pudo a esas rebeliones. De donde Italia pasó casi por entero a las manos de la Iglesia y de varias repúblicas -pues

algunas de las ciudades habían nombrado príncipes a sus ciudadanos; y como estos sacerdotes y estos ciudadanos no conocían el arte de la guerra, empezaron a tomar extranjeros a sueldo. El primero que dio reputación a estas milicias fue Alberico de Conio, de la Romaña, a cuya escuela pertenecen, entre otros, Braccio y Sforza, que en sus tiempos fueron árbitros de Italia. Tras ellos vinieron todos los que hasta nuestros tiempos han dirigido esas tropas. Y el resultado de su virtud lo hallamos en esto: que Italia fue recorrida libremente por Carlos, saqueada por Luis, violada por Fernando e insultada por los suizos. El método que estos capitanes siguieron para adquirir reputación fue primero el de quitarle importancia a la infantería. Y lo hicieron porque, no poseyendo tierras y teniendo que vivir de su industria, con pocos infantes no podían imponerse y les era imposible alimentar a muchos, mientras que, con un número reducido de jinetes, se veían honrados sin que fuese un problema el proveer a su sustentación. Las cosas habían llegado a tal extremo, que en un ejército de veintemil hombres no había dos mil infantes. Por otra parte, se habían ingeniado para ahorrarse y ahorrar a sus soldados la fatiga y el miedo con la consigna de no matar en las refregas, sino tomar prisioneros, sin degollarlos. No asaltaban de noche las ciudades, ni los campesinos atacaban las tiendas; no levantaban empalizadas ni abrían fosos alrededor del campamento, ni vivían en él durante el invierno. Todas estas cosas, permitidas por sus códigos militares, las inventaron ellos, como he dicho, para evitarse fatigas y peligros. Y con ellas condujeron a Italia a la esclavitud y a la deshonra.

CAPÍTULO XIII

DE LOS SOLDADOS AUXILIARES, MIXTOS Y PROPIOS

Las tropas auxiliares, otras de las tropas inútiles de que he hablado, son aquellas que se piden a un príncipe poderoso para que nos socorra y defienda, tal como hizo en esto últimos tiempos el papa Julio, cuando, a raíz del pobre papel que le tocó representar con sus tropas mercenarias en las empresas de Ferrara, tuvo que acudir a las auxiliares y convenir con Fernando, rey de España, que éste iría en su ayuda con sus ejércitos. Estas tropas pueden ser útiles y buenas para sus amos, pero para quien las llama son casi siempre funestas; pues si pierden, queda derrotado, y si gana, se convierte en su prisionero. Y aunque las historias antiguas están llenas de estos ejemplos, quiero, sin embargo, detenerme en el caso reciente de Julio II, que no pudo haber cometido imprudencia mayor para conquistar a Ferrara que el entregarse por completo en manos de un extranjero. Pero su buena estrella hizo surgir una tercera causa, que, de lo contrario, hubiera pagado las consecuencias de su mala elección. Porque derrotados sus auxiliares en Ravena, aparecieron los suizos, que, contra la opinión de todo el mundo, incluso la suya, pusieron en fuga a los vencedores, de modo que no quedó prisionero de los enemigos, que habían huído, ni de los auxiliares, ya que había triunfado con otra tropa. Los florentinos, que carecían de ejércitos propios, trajeron diez mil franceses para conquistar a Pisa; y esta resolución les hizo correr más peligros de los que corrieran nunca en ninguna época. El emperador de Constantinopla, para ayudar a sus vecinos, puso en Grecia diez mil turcos, los cuales, una vez concluida la guerra, se negaron a volver a su patria; de donde empezó la servidumbre de Grecia bajo el yugo de los infieles.

Se concluye de esto que todo el que no quiera vencer no tiene más que servirse de esas tropas, muchísimo más peligrosas que las mercenarias, porque están perfectamente unidas y obedecen ciegamente a sus jefes, con lo cual la ruina es inmediata; mientras que las mercenarias, para someter al príncipe, una vez que han triunfado, necesitan esperar tiempo y ocasión, pues no constituyen un cuerpo unido y, por añadidura, están a sueldo del príncipe. En ellas, un tercero a quien el príncipe haya hecho jefe no puede cobrar en seguida tanta autoridad como para perjudicarlo. En suma, en las tropas mercenarias hay que temer sobre todo las derrotas; en las auxiliares, los triunfos.

Por ello, todo príncipe prudente ha desechado estas tropas y se ha refugiado en las propias, y ha preferido perder con las suyas a vencer con las otras, considerando que no es victoria verdadera la que se obtiene con armas ajenas. No me cansaré nunca de elogiar a César Borgia y su conducta. Empezó el duque por invadir la Romaña con tropas auxiliares, todos soldados franceses, y con ellas tomó a Imola y Forlì. Pero no pareciéndole seguras, se volvió a las mercenarias, según él menos peligrosas; y tomó a sueldo a los Orsini y los Vitelli. Por último, al notar que también éstas eran inseguras, infieles y peligrosas, las disolvió y recurrió a las propias. Y de la diferencia que hay entre esas distintas milicias se puede formar una idea considerando la autoridad que tenía el duque cuando sólo contaba con los franceses y cuando se apoyaba en los Orsini y Vitelli, y la que tuvo cuando se quedó con sus soldados y descansó en sí mismo: que era, sin duda alguna, mucho mayor, porque nunca fue tan respetado como cuando se vio que era el único amo de sus tropas.

Me había propuesto no salir de los ejemplos italianos y recientes; pero no quiero olvidarme de Hierón de Siracusa, ya que en otra parte lo he citado. Convertido, como expliqué, en jefe de los ejércitos de Siracusa, advirtió en seguida de la inutilidad de las milicias mercenarias, cuyos jefes tenían los mismos defectos que nuestros italianos; y como no creía conveniente conservarlas ni licenciarlas, eliminó a sus jefes. E hizo la guerra con sus tropas y no con las ajenas. Quiero también recordar un episodio del Viejo Testamento que viene muy al caso. Ofreciéndose David a Saúl para combatir a Goliath, provocador filisteo, Saúl, para darle valor, lo armó con sus armas; pero una vez que se vio cargado con éstas, David las rechazó, diciendo que con ellas no podría sacar partido de sí mismo y que prefería ir al encuentro del enemigo con su honda y su cuchillo.

En fin, sucede siempre que las armas ajenas o se caen de los hombros del príncipe, o le pesan, o le oprimen. Carlos VII, padre del rey Luis XI, una vez que con su fortuna y valor liberó a Francia de los ingleses, conoció esta necesidad de armarse con sus propias armas y ordenó en su reino la creación de milicias de caballería e infantería. Después, el rey Luis, su hijo, disolvió las de infantería y empezó a tomar a sueldo a suizos, error que, renovado por otros, es, como ahora se ve, el motivo de los males de aquel reino. Porque al acreditar a los suizos, desacreditó todas sus armas, ya que hizo desaparecer la infantería y depender la caballería de las tropas ajenas. Acostumbrada ésta a ir a la guerra en compañía de los suizos, no cree poder vencer sin ellos. Lo cual explica que los franceses no puedan contra los suizos, y que sin los suizos no se atrevan a enfrentar a otros. Los ejércitos de Francia son, pues, mixtos, dado que se componen de tropas mercenarias y propias; y en su conjunto, son mucho mejores que las milicias exclusivamente mercenarias o exclusivamente auxiliares, pero muy inferiores a las propias. Bastará el ejemplo citado para hacer comprender que el reino de Francia sería hoy invencible si se hubiese respetado la disposición de Carlos; pero la escasa perspicacia de los hombres hace que comiencen algo que parece bueno por el hecho de que no manifiesta el veneno que esconde debajo, como he dicho que sucede con la tisis.

Por lo tanto, aquel que en un principado no descubre los males sino una vez nacidos, no es verdaderamente sabio; pero ésta es virtud que tienen pocos. Si se examinan las causas de la decadencia del Imperio Romano, se advierte que la principal estribó en empezar a tomar a sueldo a los godos, pues desde entonces las fuerzas del imperio fueron debilitándose, y toda la virtud que ellas perdían la adquirían los otros.

Concluyo, pues, que sin milicias propias no hay principado seguro; más aún: está por completo en manos del azar, al carecer de medios de defensa contra la adversidad. Que fue siempre opinión y creencia de los hombres prudentes "*quod nihil sit tam infirmum aut instabile, quam fama potentiae non sua vi nixa*". Y milicias propias son las compuestas, o por súbditos, o por ciudadanos, o por servidores del príncipe. Y no será difícil rodearse de ellas si se siguen los ejemplos de los cuatro

a quienes he citado. y se examina la forma en que Filipo, padre de Alejandro Magno, y muchas repúblicas y príncipes organizaron sus tropas. Conducta a la cual me remito por entero.

CAPÍTULO XIV

DE LOS DEBERES DE UN PRÍNCIPE PARA CON LA MILICIA

Un príncipe no debe entonces tener otro objeto ni pensamiento ni preocuparse de cosa alguna fuera del arte de la guerra y lo que a su orden y disciplina corresponde, pues es lo único que compete a quien manda. Y su virtud es tanta, que no sólo conserva en su puesto a los que han nacido príncipes, sino que muchas veces eleva a esta dignidad a hombres de condición modesta; mientras que, por el contrario, ha hecho perder el Estado a príncipes que han pensado más en las diversiones que en las armas. Pues la razón principal de la pérdida de un Estado se halla siempre en el olvido de este arte, en tanto que la condición primera para adquirirlo es la de ser experto en él.

Francisco Sforza, por medio de las armas, llegó a ser duque de Milán, de simple ciudadano que era; y sus hijos, por escapar a las incomodidades de las armas, de duques pasaron a ser simples ciudadanos. Aparte de otros males que trae, el estar desarmado hace despreciable, vergüenza que debe evitarse por lo que luego explicaré. Porque entre uno armado y otro desarmado no hay comparación posible, y no es razonable que quien esté armado obedezca de buen grado a quien no lo está, y que el príncipe desarmado se sienta seguro entre servidores armados, porque, desdeñoso uno y desconfiado el otro, no es posible que marchen de acuerdo. Por todo ello, un príncipe que, aparte de otras desgracias, no entienda de cosas militares, no puede ser estimado por sus soldados ni puede confiar en ellos.

En consecuencia, un príncipe jamás debe dejar de ocuparse del arte militar, y durante los tiempos de paz debe ejercitarse más que en los de guerra; lo cual puede hacer de dos modos: con la acción y con el estudio. En lo que atañe a la acción, debe, además de ejercitar y tener bien organizadas sus tropas, dedicarse constantemente a la caza con el doble objeto de acostumar el cuerpo a las fatigas y de conocer la naturaleza de los terrenos, la altitud de las montañas, la entrada de los valles, la situación de las llanuras, el curso de los ríos y la extensión de los pantanos. En esto último pondrá muchísima seriedad, pues tal estudio presta dos utilidades: primero, se aprende a conocer la región donde se vive y a defenderla mejor; después, en virtud del conocimiento práctico de una comarca, se hace más fácil el conocimiento de otra donde sea necesario actuar, porque las colinas, los valles, las llanuras, los ríos y los pantanos que hay, por ejemplo, en Toscana, tienen cierta similitud con los de las otras provincias, de manera que el conocimiento de los terrenos de una provincia sirve para el de las otras. El príncipe que carezca de esta pericia carece de la primera cualidad que distingue a un capitán, pues tal condición es la que enseña a dar con el enemigo, a tomar los alojamientos, a conducir los ejércitos, a preparar un plan de batalla y a atacar con ventaja.

Filopémenes, príncipe de los aqueos, tenía, entre otros méritos que los historiadores le concedieron, el de que en los tiempos de paz no pensaba sino en las cosas que incumben a la guerra; y cuando iba de paseo por la campaña, a menudo se detenía y discurría así con los amigos: "Si el enemigo estuviese en aquella colina y nosotros nos encontrásemos aquí con nuestro ejército, ¿de quién sería la ventaja? ¿Cómo podríamos ir a su encuentro, conservando el orden? Si quisiéramos retirarnos, ¿cómo deberíamos proceder? ¿Y cómo los perseguiríamos, si los que se retirasen fueran ellos?" Y les proponía, mientras caminaba, todos los casos que pueden presentarse a un ejército: escuchaba sus opiniones, emitía la suya y la justificaba. Y gracias a este continuo razonar, nunca, mientras guió sus ejércitos, pudo surgir accidente alguno para el que no tuviese remedio previsto.

En cuanto al ejercicio de la mente, el príncipe debe estudiar la Historia, examinar las acciones de los hombres ilustres, ver cómo se han conducido en la guerra, analizar el porqué de sus victorias y derrotas para evitar éstas y tratar de lograr aquéllas; y sobre todo hacer lo que han hecho en el pasado algunos hombres egregios que, tomando a los otros por modelos, tenían siempre presentes sus hechos más celebrados. Como se dice que Alejandro Magno hacía con Aquiles, César con Alejandro, Escipión con Ciro. Quien lea la vida de Ciro, escrita por Jenofonte, reconocerá en la vida de Escipión la gloria que le reportó el imitarlo, y cómo, en lo que se refiere a castidad, afabilidad, clemencia y liberalidad, Escipión se ciñó por completo a lo que Jenofonte escribió de Ciro. Esta es la conducta que debe observar un príncipe prudente: no permanecer inactivo nunca en los tiempos de paz, sino, por el contrario, hacer acopio de enseñanzas para valerse de ellas en la adversidad, a fin de que, si la fortuna cambia, lo halle preparado para resistirle.

CAPÍTULO XV

DE AQUELLAS COSAS POR LAS CUALES LOS HOMBRES Y ESPECIALMENTE LOS PRÍNCIPES SON ALABADOS O CENSURADOS

Queda ahora por analizar cómo debe comportarse un príncipe en el trato con sus súbditos y amigos. Y porque sé que muchos han escrito sobre el tema, me pregunto, al escribir ahora yo, si no seré tachado de presuntuoso, sobre todo al comprobar que en esta materia me aparto de sus opiniones. Pero siendo mi propósito escribir cosa útil para quien la entiende, me ha parecido más conveniente ir tras la verdad efectiva de la cosa que tras su apariencia. Porque muchos se han imaginado como existentes de veras a repúblicas y principados que nunca han sido vistos ni conocidos; porque hay tanta diferencia entre cómo se vive y cómo se debería vivir, que aquel que deja lo que se hace por lo que debería hacerse marcha a su ruina en vez de beneficiarse; pues un hombre que en todas partes quiera hacer profesión de bueno es inevitable que se pierda entre tantos que no lo son. Por lo cual es necesario que todo príncipe que quiera mantenerse aprenda a no ser bueno, y a practicarlo o no de acuerdo con la necesidad.

Dejando pues, a un lado las fantasías, y preocupándonos sólo de las cosas reales, digo que todos los hombres, cuando se habla de ellos, y en particular los príncipes, por ocupar posiciones más elevadas, son juzgados por algunas de estas cualidades que les valen o censura o elogio. Uno es llamado pródigo, otro tacaño (y empleo un término toscano, porque "avaro", en nuestra lengua, es también el que tiende a enriquecerse por medio de la rapiña, mientras que llamamos "tacaño" al que se abstiene demasiado de gastar lo suyo); uno es considerado dadivoso, otro rapaz; uno cruel, otro clemente; uno traidor, otro leal; uno afeminado y pusilánime, otro decidido y animoso; uno humano, otro soberbio; uno lascivo, otro casto; uno sincero, otro astuto; uno duro, otro débil; uno grave, otro frívolo; uno religioso, otro incrédulo, y así sucesivamente. Sé que no habría nadie que no opinase que sería cosa muy loable que, de entre todas las cualidades nombradas, un príncipe poseyese las que son consideradas buenas; pero como no es posible poseerlas todas, ni observarlas siempre, porque la naturaleza humana no lo consiente, le es preciso ser tan cuerdo que sepa evitar la vergüenza de aquellas que le significarían la pérdida del Estado, y, si puede, aun de las que no se lo harían perder; pero si no puede no debe preocuparse gran cosa, y mucho menos de irruir en la infamia de vicios sin los cuales difícilmente podría salvar el Estado, porque si consideramos esto con frialdad, hallaremos que, a veces, lo que parece virtud es causa de ruina, y lo que parece vicio sólo acaba por traer el bienestar y la seguridad.

CAPÍTULO XVI DE LA PRODICALIDAD Y DE LA AVARICIA

Empezando por las primeras de las cualidades nombradas, digo que estaría bien ser tenido por pródigo. Sin embargo, la prodigalidad, practicada de manera que se sepa que uno es pródigo, perjudica; y por otra parte, si se la practica virtuosamente y tal como se la debe practicar, la prodigalidad no será conocida y se creará que existe el vicio contrario. Pero como el que quiere conseguir fama de pródigo entre los hombres no puede pasar por alto ninguna clase de lujos, sucederá siempre que un príncipe así acostumbrado a proceder consumirá en tales obras todas sus riquezas y se verá obligado, a la postre, si desea conservar su reputación, a imponer excesivos tributos, a ser riguroso en el cobro y a hacer todas las cosas que hay que hacer para procurarse dinero. Lo cual empezará a tomarlo odioso a los ojos de sus súbditos, y nadie lo estimará, ya que se habrá vuelto pobre. Y como con su prodigalidad ha perjudicado a muchos y beneficiado a pocos, se resentirá al primer inconveniente y peligrará al menor riesgo. Y si entonces advierte su falla y quiere cambiar de conducta, será tachado de tacaño.

Ya que un príncipe no puede practicar públicamente esta virtud sin que se perjudique, convendrá, si es sensato, que no se preocupe si es tildado de tacaño; porque, con el tiempo, al ver que con su avaricia le bastan las entradas para defenderse de quien le hace la guerra, y puede acometer nuevas empresas sin gravar al pueblo, será tenido siempre por más pródigo, pues practica la generosidad con todos aquellos a quienes no quita, que son innumerables, y la avaricia con todos aquellos a quienes no da, que son pocos.

En nuestros tiempos sólo hemos visto hacer grandes cosas a los hombres considerados tacaños: los demás siempre han fracasado. El papa Julio II, después de servirse del nombre de pródigo para llegar al Pontificado, no se cuidó a fin de poder hacer la guerra, de conservar semejante fama. El actual rey de Francia ha sostenido tantas guerras sin imponer tributos extraordinarios a sus súbditos porque, con su extremada economía, proveyó a los gastos superfluos. El actual rey de España, si hubiera sido espléndido, no habría realizado ni vencido en tantas empresas.

En consecuencia, un príncipe debe reparar poco -con tal de que ello le permita defenderse, no robar a los súbditos, no volverse pobre y despreciable, no mostrarse expoliador- en incurrir en el vicio de tacaño; porque éste es uno de los vicios que hacen posible reinar. Y si alguien dijese: "Gracias a su prodigalidad, César llegó al imperio, y muchos otros, por haber sido y haberse ganado fama de pródigos, escalaron altísimas posiciones", contestaría: "O ya eres príncipe, o estás en camino de serlo: en el primer caso, la liberalidad es perniciosa; en el segundo, necesaria. Y César era uno de los que querían llegar al principado de Roma; pero si después de lograrlo hubiese sobrevivido y no se hubiera moderado en los gastos, habría llevado el imperio a la ruina". Y si alguien replicase: "Ha habido muchos príncipes, reputados por liberalísimos, que hicieron grandes cosas con las armas" diría yo: "O el príncipe gasta lo suyo y lo de los súbditos, o gasta lo ajeno; en el primer caso debe ser medido; en el otro, no debe cuidarse del despilfarro. Porque el príncipe que va con sus ejércitos y que vive del botín, de los saqueos y de las contribuciones, necesita de esa esplendor a costa de los enemigos, ya que de otra manera los soldados no lo seguirían. Con aquello que no es del príncipe ni de sus súbditos se puede ser extremadamente generoso, como lo fueron Ciro, César y Alejandro; porque el derrochar lo ajeno, antes concede que quita reputación; sólo el gastar lo de uno perjudica. No hay cosa que se consuma tanto a sí misma como la prodigalidad,

pues cuanto más se la practica más se pierde la facultad de practicarla; y se vuelve el príncipe pobre y despreciable, o, si quiere escapar de la pobreza, expoliador y odioso. Y si hay algo que deba evitarse, es el ser despreciado y odioso, y a ambas cosas conduce la prodigalidad. Por lo tanto, es más prudente contentarse con el tildado de tacaño que implica una vergüenza sin odio, que, por ganar fama de pródigo, incurrir en el de expoliador, que implica una vergüenza con odio.

CAPÍTULO XVII DE LA CRUELDAD Y LA CLEMENCIA; Y SI ES MEJOR SER AMADO QUE TEMIDO, O SER TEMIDO QUE AMADO.

Paso a las otras cualidades ya citadas y declaro que todos los príncipes deben desear ser tenidos por clementes y no por crueles. Y, sin embargo, deben cuidarse de emplear mal esta clemencia. César Borgia era considerado cruel, pese a lo cual fue su crueldad la que impuso el orden en la Romaña, la que logró su unión y la que la volvió a la paz y a la fe. Que, si se examina bien, se verá que Borgia fue mucho más clemente que el pueblo florentino, que, para evitar ser tachado de cruel, dejó destruir a Pistoya. Por lo tanto, un príncipe no debe preocuparse porque lo acusen de cruel, siempre y cuando su crueldad tenga por objeto el mantener unidos y fieles a los súbditos; porque con pocos castigos ejemplares será más clemente que aquellos que, por excesiva clemencia, dejan multiplicar los desórdenes, causa de matanzas y saqueos que perjudican a toda una población, mientras que las medidas extremas adoptadas por el príncipe sólo van en contra de uno. Y es sobre todo un príncipe nuevo el que no debe evitar los actos de crueldad, pues toda nueva dominación trae consigo infinidad de peligros. Así se explica que Virgilio ponga en boca de Dido: *Res dura et regni novitas me talia cogunt Moliri, et late fines custode tueri*.*

Sin embargo, debe ser cauto en el creer y el obrar, no tener miedo de sí mismo y proceder con moderación, prudencia y humanidad, de modo que una excesiva confianza no lo vuelva imprudente, y una desconfianza exagerada, intolerable.

Surge de esto una cuestión: si vale más ser amado que temido, o temido que amado. Nada mejor que ser ambas cosas a la vez; pero puesto que es difícil reunir las y que siempre ha de faltar una, declaro que es más seguro ser temido que amado. Porque de la generalidad de los hombres se puede decir esto: que son ingratos, volubles, simuladores, cobardes ante el peligro y ávidos de lucro. Mientras les haces bien, son completamente tuyos: te ofrecen su sangre, sus bienes, su vida y sus hijos, pues -como antes expliqué- ninguna necesidad tienes de ello; pero cuando la necesidad se presenta se rebelan. Y el príncipe que ha descansado por entero en su palabra va a la ruina al no haber tomado otras providencias; porque las amistades que se adquieren con el dinero y no con la altura y nobleza de alma son amistades merecidas, pero de las cuales no se dispone, y llegada la oportunidad no se las puede utilizar. Y los hombres tienen menos cuidado en ofender a uno que se haga amar que a uno que se haga temer; porque el amor es un vínculo de gratitud que los hombres, perversos por naturaleza, rompen cada vez que pueden beneficiarse; pero el temor es miedo al castigo que no se pierde nunca. No obstante lo cual, el príncipe debe hacerse temer de modo que, si no se granjea el amor, evite el odio, pues no es imposible ser a la vez temido y no odiado; y para ello bastará que se abstenga de apoderarse de los bienes y de las mujeres de sus ciudadanos y súbditos, y que no proceda contra la vida de alguien sino cuando hay justificación conveniente y motivo manifiesto; pero sobre todo abstenerse de los bienes ajenos, porque los hombres olvidan antes la muerte del padre que la pérdida del patrimonio. Luego, nunca faltan excusas para despojar a los demás de sus bienes, y el que empieza a vivir de la rapiña siempre encuentra pretextos para

apoderarse de lo ajeno, y, por el contrario, para quitar la vida, son más raros y desaparecen con más rapidez.

Pero cuando el príncipe está al frente de sus ejércitos y tiene que gobernar a miles de soldados, es absolutamente necesario que no se preocupe si merece fama de cruel, porque sin esta fama jamás podrá tenerse ejército alguno unido y dispuesto a la lucha. Entre las infinitas cosas admirables de Aníbal se cita la de que, aunque contaba con un ejército grandísimo, formado por hombres de todas las razas a los que llevó a combatir en tierras extranjeras, jamás surgió discordia alguna entre ellos ni contra el príncipe, así en la mala como en la buena fortuna. Y esto no podía deberse sino a su crueldad inhumana, que, unida a sus muchas otras virtudes, lo hacía venerable y terrible en el concepto de los soldados; que, sin aquella, todas las demás no le habrían bastado para ganarse este respeto. Los historiadores poco reflexivos admiran, por una parte, semejante orden, y, por la otra, censuran su razón principal. Que si es verdad o no que las demás virtudes no le habrían bastado puede verse en Escipión -hombre de condiciones poco comunes, no sólo dentro de su época, sino dentro de toda la historia de la humanidad-, cuyos ejércitos se rebelaron en España. Lo cual se produjo por culpa de su excesiva clemencia, que había dado a sus soldados más licencia de la que a la disciplina militar convenía. Falta que Fabio Máximo le reprochó en el Senado, llamándolo corruptor de la milicia romana. Los locrios, habiendo sido ultrajados por un envidado de Escipión, no fueron desagraviados por éste ni la insolencia del primero fue castigada naciendo todo de aquel su blando carácter. Y a tal extremo, que alguien que lo quiso justificar ante el Senado dijo que pertenecía a la clase de hombres que saben mejor no equivocarse que enmendar las equivocaciones ajenas. Este carácter, con el tiempo habría acabado por empañar su fama y su honor, a haber llegado Escipión al mando absoluto; pero como estaba bajo las órdenes del Senado, no sólo quedó escondida esta mala cualidad suya, sino que se convirtió en su gloria.

Volviendo a la cuestión de ser amado o temido, concluyo que, como el amar depende de la voluntad de los hombres y el temer de la voluntad del príncipe, un príncipe prudente debe apoyarse en lo suyo y no en lo ajeno, pero, como he dicho, tratando siempre de evitar el odio.

CAPÍTULO XVIII

DE QUÉ MODO LOS PRÍNCIPES DEBEN CUMPLIR SUS PROMESAS

Nadie deja de comprender cuán digno de alabanza es el príncipe que cumple la palabra dada, que obra con rectitud y no con doblez; pero la experiencia nos demuestra, por lo que sucede en nuestros tiempos, que son precisamente los príncipes que han hecho menos caso de la fe jurada, envuelto a los demás con su astucia y reído de los que han confiado en su lealtad, los únicos que han realizado grandes empresas.

Digamos primero que hay dos maneras de combatir: una, con las leyes; otra, con la fuerza. La primera es distintiva del hombre; la segunda, de la bestia. Pero como a menudo la primera no basta, es forzoso recurrir a la segunda. Un príncipe debe saber entonces comportarse como bestia y como hombre. Esto es lo que los antiguos escritores enseñaron a los príncipes de un modo velado cuando dijeron que Aquiles y muchos otros de los príncipes antiguos fueron confiados al centauro Quirón para que los criara y educase. Lo cual significa que, como el preceptor es mitad bestia y mitad hombre, un príncipe debe saber emplear las cualidades de ambas naturalezas, y que una no puede durar mucho tiempo sin la otra.

De manera que, ya que se ve obligado a comportarse como bestia, conviene que el príncipe

se transforme en zorro y en león, porque el león no sabe protegerse de las trampas ni el zorro protegerse de los lobos. Hay, pues, que ser zorro para conocer las trampas y león para espantar a los lobos. Los que sólo se sirven de las cualidades del león demuestran poca experiencia. Por lo tanto, un príncipe prudente no debe observar la fe jurada cuando semejante observancia vaya en contra de sus intereses y cuando hayan desaparecido las razones que le hicieron prometer. Si los hombres fuesen todos buenos, este precepto no sería bueno; pero como son perversos, y no la observarían contigo, tampoco tú debes observarla con ellos. Nunca faltaron a un príncipe razones legítimas para disfrazar la inobservancia. Se podrían citar innumerables ejemplos modernos de tratados de paz y promesas vueltos inútiles por la infidelidad de los príncipes. Que el que mejor ha sabido ser zorro, ése ha triunfado. Pero hay que saber disfrazarse bien y ser hábil en fingir y en disimular. Los hombres son tan simples y de tal manera obedecen a las necesidades del momento, que aquel que engaña encontrará siempre quien se deje engañar.

No quiero callar uno de los ejemplos contemporáneos. Alejandro VI nunca hizo ni pensó en otra cosa que en engañar a los hombres, y siempre halló oportunidad para hacerlo. Jamás hubo hombre que prometiese con más desparpajo ni que hiciera tantos juramentos sin cumplir ninguno; y, sin embargo, los engaños siempre le salieron a pedir de boca, porque conocía bien esta parte del mundo.

No es preciso que un príncipe posea todas las virtudes citadas, pero es indispensable que aparente poseerlas. Y hasta me atreveré a decir esto: que el tenerlas y practicarlas es perjudicial, y el aparentarlas, útil. Está bien mostrarse piadoso, fiel, humano, recto y religioso, y asimismo serlo efectivamente; pero se debe estar dispuesto a irse al otro extremo si ello fuera necesario. Y ha de tenerse presente que un príncipe, y sobre todo un príncipe nuevo, no puede observar todas las cosas gracias a las cuales los hombres son considerados buenos, porque, a menudo, para conservarse en el poder, se ve arrastrado a obrar contra la fe, la caridad, la humanidad y la religión. Es preciso, pues, que tenga una inteligencia capaz de adaptarse a todas las circunstancias, y que, como he dicho antes, no se aparte del bien mientras pueda, pero que, en caso de necesidad, no titubee en entrar en el mal.

Por todo esto un príncipe debe tener muchísimo cuidado de que no le brote nunca de los labios algo que no esté empapado de las cinco virtudes citadas, y de que, al verlo y oírlo, parezca la clemencia, la fe, la rectitud y la religión mismas, sobre todo esta última. Pues los hombres, en general, juzgan más con los ojos que con las manos, porque todos pueden ver, pero pocos tocar. Todos ven lo que parece ser, mas pocos saben lo que eres; y estos pocos no se atreven a oponerse a la opinión de la mayoría, que se escuda detrás de la majestad del Estado. Y en las acciones de los hombres, y particularmente de los príncipes, donde no hay apelación posible, se atiende a los resultados. Trate, pues, un príncipe de vencer y conservar el Estado, que los medios siempre serán honorables y loados por todos: porque el vulgo se deja engañar por las apariencias y por el éxito; y en el mundo sólo hay vulgo, ya que las minorías no cuentan sino cuando las mayorías no tienen donde apoyarse. Un príncipe de estos tiempos, a quien no es oportuno nombrar, jamás predica otra cosa que concordia y buena fe; y es enemigo acérrimo de ambas, ya que, si las hubiese observado, habría perdido más de una vez la fama y las tierras.

CAPÍTULO XIX

DE QUÉ MODO DEBE EVITARSE SER DESPRECIADO Y ODIADO

Como de entre las cualidades mencionadas ya hablé de las más importantes, quiero ahora, bajo este título general, referirme brevemente a las otras. Trate el príncipe de huir de las cosas que lo hagan odioso o despreciable, y una vez logrado, habrá cumplido con su deber y no tendrá nada

que temer de los otros vicios. Hace odioso, sobre todo, como ya he dicho antes, el ser expoliador y el apoderarse de los bienes y de las mujeres de los súbditos, de todo lo cual convendrá abstenerse. Porque la mayoría de los hombres, mientras no se ven privados de sus bienes y de su honor, viven contentos; y el príncipe queda libre para combatir la ambición de los menos que puede contar fácilmente y de mil maneras distintas. Hace despreciable el ser considerado voluble, frívolo, afeminado, pusilánime e irresoluto, defectos de los cuales debe alejarse como una nave de un escollo, e ingeniarse para que en sus actos se reconozca grandeza, valentía, seriedad y fuerza. Y con respecto a los asuntos privados de los súbditos, debe procurar que sus fallos sean irrevocables y empeñarse en adquirir tal autoridad que nadie piense en engañarlo ni en envolverlo con intrigas.

El príncipe que conquista semejante autoridad es siempre respetado, pues difícilmente se conspira contra quien, por ser respetado, tiene necesariamente que ser bueno y querido por los suyos. Y un príncipe debe temer dos cosas: en el interior, que se le subleven los súbditos; en el exterior, que lo ataquen las potencias extranjeras. De éstas se defenderá con buenas armas y buenas alianzas, y siempre tendrá buenas alianzas el que tenga buenas armas, así como siempre en el interior estarán seguras las cosas cuando lo estén en el exterior, a menos que no hubiesen sido previamente perturbadas por una conspiración. Y aun cuando los enemigos de afuera amenazasen, si ha vivido como he aconsejado y no pierde la presencia de espíritu, resistirá todos los ataques, como he contado que hizo el espartano Nabis. En lo que se refiere a los súbditos, y a pesar de que no exista amenaza extranjera alguna, ha de cuidar que no conspiren secretamente; pero de este peligro puede asegurarse evitando que lo odien o lo desprecien y, como ya antes he repetido, empeñándose por todos los medios en tener satisfecho al pueblo. Porque el no ser odiado por el pueblo es uno de los remedios más eficaces de que dispone un príncipe contra las conjuraciones. El conspirador siempre cree que el pueblo quedará contento con la muerte del príncipe, y jamás, si sospecha que se producirá el efecto contrario, se decide a tomar semejante partido, pues son infinitos los peligros que corre el que conspira. La experiencia nos demuestra que hubo muchísimas conspiraciones y que muy pocas tuvieron éxito. Porque el que conspira no puede obrar solo ni buscar la complicidad de los que no cree descontentos; y no hay descontento que no se regocije en cuanto le hayas confesado tus propósitos, porque de la revelación de tu secreto puede esperar toda clase de beneficios; y es preciso que sea muy amigo tuyo o enconado enemigo del príncipe para que, al hallar en una parte ganancias seguras y en la otra dudosas y llenas de peligro, te sea leal. Y para reducir el problema a sus últimos términos, declaro que de parte del conspirador sólo hay recelos, sospechas y temor al castigo, mientras que el príncipe cuenta con la majestad del principado, con las leyes y con la ayuda de los amigos, de tal manera que, si se ha granjeado la simpatía popular, es imposible que haya alguien que sea tan temerario como para conspirar. Pues si un conspirador está por lo común rodeado de peligros antes de consumar el hecho, lo estará aún más después de ejecutarlo, porque no encontrará amparo en ninguna parte.

Sobre este particular podrían citarse innumerables ejemplos; pero me daré por satisfecho con mencionar uno que pertenece a la época de nuestros padres. Micer Anibal Bentivoglio, abuelo del actual micer Anibal, que era príncipe de Bolonia, fue asesinado por los Canneschi, que se habían conjurado contra él, no quedando de los suyos más que micer Juan, que era una criatura. Inmediatamente después de semejante crimen se sublevó el pueblo y exterminó a todos los Canneschi. Esto nace de la simpatía popular que la casa de los Bentivoglio tenía en aquellos tiempos, y que fue tan grande que, no quedando de ella nadie en Bolonia que pudiese, muerto Anibal, regir el Estado, y habiendo indicios de que en Florencia existía un descendiente de los Bentivoglio, que se consideraba hasta entonces hijo de un cerrajero, vinieron los boloñeses en su busca a Florencia y le entregaron el gobierno de aquella ciudad, la que fue gobernada por él hasta que micer Juan hubo llegado a una edad adecuada para asumir el mando.

Llego, pues, a la conclusión de que un príncipe, cuando es apreciado por el pueblo, debe cuidarse muy poco de las conspiraciones; pero que debe temer todo y a todos cuando lo tiene por enemigo y es aborrecido por él. Los Estados bien organizados y los príncipes sabios siempre han procurado no exasperar a los nobles y, a la vez, tener satisfecho y contento al pueblo. Este es uno de los puntos a que más debe atender un príncipe.

En la actualidad, entre los reinos bien organizados, cabe nombrar el de Francia, que cuenta con muchas instituciones buenas que están al servicio de la libertad y de la seguridad del rey, de las cuales la primera es el Parlamento. Como el que organizó este reino conocía, por una parte, la ambición y la violencia de los poderosos y la necesidad de tenerlos como de una brida para corregirlos, y, por otra, el odio a los nobles que el temor hacía nacer en el pueblo -temor que había que hacer desaparecer-, dispuso que no fuese cuidado exclusivo del rey esa tarea, para evitarle los inconvenientes que tendría con los nobles si favorecía al pueblo y los que tendría con el pueblo si favorecía a los nobles. Creó entonces un tercer poder que, sin responsabilidades para el rey, castigase a los nobles y beneficiase al pueblo. No podía tomarse medida mejor ni más juiciosa, ni que tanto proveyese a la seguridad del rey y del reino. De donde puede extraerse esta consecuencia digna de mención: que los príncipes deben encomendar a los demás las tareas gravosas y reservarse las agradables. Y vuelvo a repetir que un príncipe debe estimar a los nobles, pero sin hacerse odiar por el pueblo.

Acaso podrá parecer a muchos que el ejemplo de la vida y muerte de ciertos emperadores romanos contradice mis opiniones, porque hubo quienes, a pesar de haberse conducido siempre virtuosamente y de poseer grandes cualidades, perdieron el imperio o, peor aún, fueron asesinados por sus mismos súbditos, conjurados en su contra. Para contestar a estas objeciones examinaré el comportamiento de algunos emperadores y demostraré que las causas de su ruina no difieren de las que he expuesto, y mientras tanto, recordaré los hechos más salientes de la Historia de aquellos tiempos. Me limitaré a tomar a los emperadores que se sucedieron desde Marco el Filósofo hasta Maximino: Marco, su hijo Cómodo, Pertinax, Juliano, Severo, su hijo Antonio Caracalla, Macrino, Heliogábalo, Alejandro y Maximino. Pero antes conviene hacer notar que, mientras los príncipes de hoy sólo tienen que luchar contra la ambición de los nobles y la violencia de los pueblos, sus emperadores romanos tenían que hacer frente a una tercera dificultad: la codicia y la crueldad de los soldados, motivo de la ruina de muchos. Porque era difícil dejar a la vez satisfechos a los soldados y al pueblo, pues en tanto que el pueblo amaba la paz y a los príncipes sosegados, las tropas preferían a los príncipes belicosos, violentos, crueles y rapaces, y mucho más si lo eran contra el pueblo, ya que así duplicaban la ganancia y tenían ocasión de desahogar su codicia y su perversidad. Esto explica por qué los emperadores que carecían de autoridad suficiente para contener a unos y a otros siempre fracasaban; y explica también por qué la mayoría, sobre todo los que no subían al trono por herencia, una vez, conocida la imposibilidad de dejar satisfechas a ambas partes, se decidían por los soldados, sin importarles pisotear al pueblo. Era el partido lógico: cuando el príncipe no puede evitar ser odiado por una de las dos partes, debe inclinarse hacia el grupo más numeroso, y cuando esto no es posible, inclinarse hacia el más fuerte. De ahí que los emperadores -que al serlo por razones ajenas al derecho tenían necesidad de apoyos extraordinarios- buscasen contentar a los soldados antes que al pueblo; lo cual, sin embargo, podía resultarles ventajoso o no según que supiesen o no ganarse y conservar su respeto. Por tales motivos, Marco, Pertinax y Alejandro, a pesar de su vida moderada, a pesar de ser amantes de la justicia, enemigos de la crueldad, humanitarios y benévolos, tuvieron todos, salvo Marco, triste fin. Y Marco vivió y murió amado gracias a que llegó al trono por derecho de herencia, sin debérselo al pueblo al pueblo ni a los soldados; y a que, como estaba adornado de muchas virtudes que lo hacían venerable, tuvo siempre, mientras vivió, sometidos a unos y a otros a su voluntad, y nunca fue odiado ni despreciado. Pero Pertinax fue hecho emperador contra el parecer de los soldados, que, acostumbrados a vivir en la mayor licencia bajo Cómodo, no

podían tolerar la vida virtuosa que aquél pretendía imponerles; y por esto fue odiado. Y como al odio se agregó el desprecio que inspiraba su vejez, pereció en los comienzos mismos de su reinado.

Y aquí se debe señalar que el odio se gana tanto con las buenas acciones como con las perversas, por cuyo motivo, como dije antes, un príncipe que quiere conservar el poder es a menudo forzado a no ser bueno, porque cuando aquel grupo, ya sea pueblo, soldados o nobles, del que tú juzgas tener necesidad para mantenerte, está corrompido, te conviene seguir su capricho para satisfacerlo, pues entonces las buenas acciones serían tus enemigas.

Detengámonos ahora en Alejandro, hombre de tanta bondad que entre los elogios que se le tributaron figura el de que en catorce años que reinó no hizo matar a nadie sin juicio previo: pero su fama de persona débil y que se dejaba gobernar por su madre le acarrió el desprecio de los soldados, que se sublevaron y lo mataron.

Por el contrario, Cómodo, Severo, Antonio Caracalla y Maximino fueron ejemplos de crueldad y despotismo llevados al extremo. Para congraciarse con los soldados, no ahorraron ultrajes al pueblo. Y todos, a excepción de Severo, acabaron mal. Severo, aunque oprimió al pueblo, pudo reinar felizmente en mérito al apoyo de los soldados y a sus grandes cualidades, que lo hacían tan admirable a los ojos del pueblo y del ejército que éste quedaba reverente y satisfecho, y aquél, atemorizado y estupefacto. Y como sus acciones fueron notables para un príncipe nuevo, quiero explicar brevemente lo bien que supo proceder como zorro y como león, cuyas cualidades, como ya he dicho, deben ser imitadas por todos los príncipes.

Enterado de que el emperador Juliano era un cobarde, Severo convenció al ejército que estaba bajo su mando en Esclavonia de que era necesario ir a Roma para vengar la muerte de Pertinax, a quien los pretorianos habían asesinado. Y con este pretexto, sin dar a conocer sus aspiraciones al imperio, condujo al ejército contra Roma y estuvo en Italia antes que se hubiese tenido noticia de su partida. Una vez en Roma, dio muerte a Juliano; y el Senado, lleno de espanto, lo eligió emperador. Pero para adueñarse del Estado quedaban aún a Severo dos dificultades: la primera en oriente, donde Níger, jefe de los ejércitos asiáticos, se había hecho proclamar emperador; la segunda en Occidente donde se hallaba Albino, quien también tenía pretensiones al imperio. Y como juzgaba peligroso declararse a la vez enemigo de los dos, resolvió atacar a Níger y engañar a Albino, para lo cual escribió a éste que, elegido emperador por el Senado, quería compartir el trono con él: le mandó el título de César y, por acuerdo del Senado, lo convirtió en su colega, distinción que Albino aceptó sin vacilar. Pero una vez que hubo vencido y muerto a Níger, y pacificadas las cosas en Oriente, volvió a Roma y se quejó al Senado de que Albino, olvidándose de los beneficios que le debía, había tratado vilmente de matarlo, por lo cual era preciso que castigara su ingratitud. Fue entonces a buscarlo a las Galias y le quitó la vida y el Estado.

Quien examine, pues, detenidamente las acciones de Severo, verá que fue un feroz león y un zorro muy astuto, y advertirá que todos lo temieron y respetaron y que el ejército no lo odió; y no se asombrará de que él, príncipe nuevo, haya podido ser amo de un imperio tan vasto, porque su ilimitada autoridad lo protegió siempre del odio que sus depredaciones podían haber hecho nacer en el pueblo.

Pero Antonino, su hijo, también fue hombre de cualidades que lo hacían admirable en el concepto del pueblo y grato en el de los soldados. Varón de genio guerrero, durísimo a la fatiga, enemigo de la molición y de los placeres de la mesa, no podía menos de ser querido por todos los soldados. Sin embargo, su ferocidad era tan grande e inaudita que, después de innumerables

asesinatos aislados, exterminó a gran parte del pueblo de Roma y a todo el de Alejandría. Por este motivo se hizo odioso a todo el mundo, empezó a ser temido por los mismos que lo rodeaban y a la postre fue muerto por un centurión en presencia de todo el ejército. Conviene notar al respecto que no está en manos de ningún príncipe evitar esta clase de atentados, producto de la firme decisión de un hombre de carácter, porque al que no le importa morir no le asusta quitar la vida a otro; pero no los teme el príncipe, pues son rarísimos, y preocúpese, en cambio por no inferir ofensas graves a nadie que esté junto a él para el servicio del Estado. Es lo que no hizo Antonino, ya que, a pesar de haber asesinado en forma ignominiosa a un hermano del centurión, y de amenazar a éste diariamente con lo mismo, lo conservaba en su guardia particular: tranquilidad temeraria que tenía que traerle la muerte, y a la traición.

Pasemos a Cómodo, a quien por ser hijo de Marco y haber recibido el imperio en herencia, fácil le hubiera sido conservarlo, dado que con sólo seguir las huellas de su padre hubiese tenido satisfecho a pueblo y ejército. Pero fue un hombre cruel y brutal que, para desahogar su ansia de rapiña contra el pueblo, trató de captarse la benevolencia de las tropas permitiéndoles toda clase de licencias; por otra parte, olvidado de la dignidad que investía, bajó muchas veces a la arena para combatir con los gladiadores y cometió vilezas incompatibles con la majestad imperial, con la cual se acarrió el desprecio de los soldados. De modo que, odiado por un grupo y aborrecido por el otro, fue asesinado a consecuencia de una conspiración.

Nos quedan por examinar las cualidades de Maximino. Fastidiadas las tropas por la inactividad de Alejandro, de quien ya he hablado, elevaron al imperio, una vez muerto éste, a Maximino, hombre de espíritu extraordinariamente belicoso, que no se conservó en el poder mucho tiempo porque hubo dos cosas que lo hicieron odioso y despreciable: la primera, su baja condición, pues nadie ignoraba que había sido pastor en Tracia, y esto producía universal disgusto; la otra, su fama de sanguinario: había diferido su marcha a Roma para tomar posesión del mando, y, en el intervalo, había comido, en Roma y en todas partes del imperio, por intermedio de sus prefectos, un sinnúmero de depredaciones. Menospreciado por la bajeza de su origen y odiado por el temor a su ferocidad, era natural que todo el mundo se sintiese inquieto y, en consecuencia, que el África se rebelase y que el Senado y luego el pueblo de Roma y toda Italia conspirasen contra él. Su propio ejército, mientras sitiaba a Aquilea sin poder tomarla, cansado de sus crueldades y temiéndolo menos al verlo rodeado de tantos enemigos, se plegó al movimiento y lo mató.

No quiero referirme a Heliogábalo, Macrino y Juliano, que, por ser hacedores despreciables, tuvieron pronto fin, y atenderé a las conclusiones de este discurso. Los príncipes actuales no se encuentran ante la dificultad de tener que satisfacer en forma desmedida a los soldados; pues aunque haya que tratarlos con consideración, el caso es menos grave, dado que estos príncipes no tienen ejércitos propios, vinculados estrechamente con los gobiernos y las administraciones provinciales, como estaban los ejércitos del Imperio Romano. Y si entonces había que inclinarse a satisfacer a los soldados antes que al pueblo, se explica, porque los soldados eran más poderosos que el pueblo; mientras que ahora todos los príncipes, salvo el Turco y el Sultán, tienen que satisfacer antes al pueblo que a los soldados, porque aquél puede más que éstos. Excepto al Turco, que, por estar siempre rodeado por doce mil infantes y quince mil jinetes, de los cuales dependen la seguridad y la fuerza del reino, necesita posponer toda otra preocupación a la de conservar la amistad de las tropas. Del mismo modo, conviene que el Sultán, cuyo reino está por completo en manos del ejército, conserve las simpatías de éste sin tener consideraciones para con el pueblo. Y adviértase que este Estado del Sultán es muy distinto de todos los principados y sólo parecido al pontificado cristiano, al que no puede llamarse principado hereditario ni principado nuevo, porque no son los hijos del príncipe viejo los herederos y futuros príncipes, sino el elegido para ese puesto por los que tienen

autoridad. Y como se trata de una institución antigua, no le corresponde el nombre de principado nuevo, aparte de que no se encuentran en él los obstáculos que existen en los nuevos, pues si bien el príncipe es nuevo, la constitución del Estado es antigua y el gobernante recibido como quien lo es por derecho hereditario.

Peró volvamos a nuestro asunto. Cualquiera que meditase este discurso hallaría que la causa de la ruina de los emperadores citados ha sido el odio o el desprecio, y descubriría a qué se debe que, mientras parte de ellos procedieron de un modo y parte de otro, en ambos modos hubo dichosos y desgraciados. Pertinax y Alejandro fracasaron porque, siendo príncipes nuevos, quisieron imitar a Marco, que había llegado al imperio por derecho de sucesión; y lo mismo le sucedió a Caracalla. Cómodo y Maximino al intentar seguir las huellas de Severo cuando carecían de sus cualidades. Se concluye de esto que un príncipe nuevo en un principado nuevo no puede imitar la conducta de Marco ni tampoco seguir los pasos de Severo, sino que debe tomar de éste las cualidades necesarias para fundar un Estado, y, una vez establecido y firme, las cualidades de aquél que mejor tiendan a conservarlo.

CAPÍTULO XX SI LAS FORTALEZAS, Y MUCHAS OTRAS COSAS QUE LOS PRÍNCIPES HACEN CON FRECUENCIA SON ÚTILES O NO

Hubo príncipes que, para conservar sin inquietudes el Estado, desarmaron a sus súbditos; príncipes que dividieron los territorios conquistados; príncipes que favorecieron a sus mismos enemigos; príncipes que se esforzaron por atraerse a aquellos que les inspiraban recelos al comienzo de su gobierno; príncipes, en fin, que construyeron fortalezas, y príncipes que las arrasaron. Y aunque sobre todas estas cosas no se pueda dictar sentencia sin conocer las características del Estado donde habría de tomarse semejante resolución, hablaré, sin embargo, del modo más amplio que la materia permita.

Nunca sucedió que un príncipe nuevo desarmase a sus súbditos; por el contrario, los armó cada vez que los encontró desarmados. De este modo, las armas del pueblo se convirtieron en las del príncipe, los que recelaban se hicieron fieles, los fieles continuaron siéndolo y los súbditos se hicieron partidarios. Pero como no es posible armar a todos los súbditos, resultan favorecidos aquellos a quienes el príncipe arma, y se puede vivir más tranquilo con respecto a los demás; por esta distinción, de que se reconocen deudores al príncipe, los primeros se consideran más obligados a él, y los otros lo disculpan comprendiendo que es preciso que gocen de más beneficios los que tienen más deberes y se exponen a más peligros. Pero cuando se los desarma, se empieza por ofenderlos, puesto que se les demuestra que, por cobardía o desconfianza, se tiene poca fe en su lealtad; y cualquiera de estas dos opiniones engendra odio contra el príncipe. Y como el príncipe no puede quedar desarmado, es forzoso que recurra a las milicias mercenarias, de cuyos defectos ya he hablado; pero aun cuando sólo tuviesen virtudes, no pueden ser tantas como para defenderlo de los enemigos poderosos y de los súbditos descontentos. Por eso, como he dicho, un príncipe nuevo en un principado nuevo no ha dejado nunca de organizar su ejército según lo prueban los ejemplos de que está llena la Historia. Ahora bien: cuando un príncipe adquiere un Estado nuevo que añade al que ya poseía, entonces sí que conviene que desarme a sus nuevos súbditos, excepción hecha de aquellos que se declararon partidarios suyos durante la conquista; y aun a éstos, con el transcurso del tiempo y aprovechando las ocasiones que se le brindan, es preciso debilitarlos y reducirlos a la inactividad y arreglarse de modo que el ejército del Estado se componga de los soldados que rodeaban al príncipe en el Estado antiguo.

Nuestros antepasados, y particularmente los que tenían fama de sabios, solían decir que para conservar a Pistoia bastaban las disensiones, y para conservar a Pisa, las fortalezas; por tal motivo, y para gobernarlas más fácilmente, fomentaban la discordia en las tierras sometidas, medida muy lógica en una época en que las fuerzas de Italia estaban equilibradas; pero no me parece que pueda darse hoy por precepto, porque no creo que las divisiones traigan beneficio alguno; al contrario, juzgo inevitable que las ciudades enemigas se pierdan en cuanto el enemigo se aproxime, pues siempre el partido más débil se unirá a las fuerzas externas, y el otro no podrá resistir.

Movidos por estas razones, según creo, los venecianos fomentaban en las ciudades conquistadas la creación de güelfos y gibelinos; y aunque no los dejaba llegar al derramamiento de sangre, alimentaban, sin embargo, estas discordias entre ellos, a fin de que, ocupados en sus diferencias, no se uniesen contra el enemigo común. Pero, como hemos visto, este proceder se volvió en su contra, pues, derrotados en Vailá, uno de los partidos cobró valor y les arrebató todo el Estado. Semejantes recursos inducen a sospechar la existencia de alguna debilidad en el príncipe, porque un príncipe fuerte jamás tolerará tales divisiones, que podrán serle útiles en tiempos de paz, cuando, gracias a ellas, manejará más fácilmente a sus súbditos, pero que mostrarán su ineficacia en cuanto sobrevenga la guerra.

Indudablemente, los príncipes son grandes cuando superan las dificultades y la oposición que se les hace. Por esta razón, y sobre todo cuando quiere hacer grande a un príncipe nuevo, a quien le es más necesario adquirir fama que a uno hereditario, la fortuna le suscita enemigos y guerras en su contra para darle oportunidad de que las supere y pueda, sirviéndose de la escala que los enemigos le han traído, elevarse a mayor altura y hasta hay quienes afirman que un príncipe hábil debe fomentar con astucia ciertas resistencias para que, al aplastarlas, se acreciente su gloria.

Los príncipes, sobre todo los nuevos, han hallado más consecuencia y más utilidad en aquellos que al principio de su gobierno les eran sospechosos que en aquellos en quienes confiaban. Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, gobernaba su Estado más con los que le habían sido sospechosos que con los otros. Pero de este punto no se pueden extraer conclusiones generales porque varían según el caso. Sólo diré esto: que los hombres que al principio de un reinado han sido enemigos, si su carácter es tal que para continuar la lucha necesitan apoyo ajeno, el príncipe podrá siempre y muy fácilmente conquistarlos a su causa; y lo servirán con tanta más fidelidad cuanto que saben que es preciso borrar con buenas obras la mala opinión en que se los tenía; y así el príncipe saca de ellos más provecho que de los que, por serle demasiado fieles, descuidan sus obligaciones.

Y puesto que el tema lo exige, no dejaré de recordar al príncipe que adquiera un Estado nuevo mediante la ayuda de los ciudadanos que examine bien el motivo que impulsó a éstos a favorecerlo, porque si no se trata de afecto natural, sino de descontento con la situación anterior del Estado, difícil y fatigosamente podrá conservar su amistad, pues tampoco él podrá contentarlos. Con los ejemplos que los hechos antiguos y modernos proporcionan, medítese serenamente en la razón de todo esto, y se verá que es más fácil conquistar la amistad de los enemigos, que lo son porque estaban satisfechos con el gobierno anterior, que la de los que, por estar descontentos, se hicieron amigos del nuevo príncipe y le ayudaron a conquistar el Estado.

Los príncipes, para conservarse más seguramente en el poder, acostumbraron construir fortalezas que fuesen rienda y freno para quienes se atreviesen a obrar en su contra, y refugio seguro para ellos en caso de un ataque imprevisto. Alabo esta costumbre de los antiguos. Pero repárese en que en estos tiempos se ha visto a Nicolás Vitelli arrasar dos fortalezas en Città di Castello para conservar la plaza. Guido Ubaldo, duque de Urbino, al volver a sus Estados, donde lo arrojó César

Borgia, destruyó hasta los cimientos todas las fortalezas de aquella provincia, convencido de que sin ellas sería más fácil arrebatarle el Estado. Lo mismo hicieron los Bentivoglio al volver a Bolonia. Por consiguiente, las fortalezas pueden ser útiles o no según los casos, pues si en unas ocasiones favorecen, en otras perjudican. Podría resolverse la cuestión de esta manera: el príncipe que teme más al pueblo que a los extranjeros debe construir fortalezas; pero el que teme más a los extranjeros que al pueblo debe pasarse sin ellas. El castillo levantado por Francisco Sforza en Milán ha traído y traerá más sinsabores a la casa Sforza que todas las revueltas que se produzcan en el Estado. Pero, en definitiva, no hay mejor fortaleza que el no ser odiado por el pueblo, porque si el pueblo aborrece al príncipe, no lo salvarán todas las fortalezas que posea, pues nunca faltan al pueblo, una vez que ha empuñado las armas, extranjeros que lo socorran.

En nuestros tiempos no se ha visto que hayan favorecido a ningún príncipe, salvo a la condesa de Forlì, después de la muerte del conde Jerónimo, su marido; porque gracias a ellas pudo escapar al furor popular, esperar el socorro de Milán y recuperar el Estado. Pero entonces las circunstancias eran tales que los extranjeros no podían auxiliar al pueblo. Y después su fortaleza de nada le sirvió, cuando César Borgia la asaltó y el pueblo se plegó a él por odio a la condesa. Por lo tanto, mucho más seguro le hubiera sido, entonces y siempre, no ser odiada por el pueblo que tener fortalezas.

Consideradas, pues, estas cosas, elogiaré tanto a quien construya fortalezas como a quien no las construya, pero censuraré a todo el que, confiado en las fortalezas, tenga en poco el ser odiado por el pueblo.

CAPITULO XXI

CÓMO DEBE COMPORTARSE UN PRINCIPE PARA SER ESTIMADO

Nada hace tan estimable a un príncipe como las grandes empresas y el ejemplo de raras virtudes. Prueba de ello es Fernando de Aragón, actual rey de España, a quien casi puede llamarse príncipe nuevo, pues de rey sin importancia se ha convertido en el primer monarca de la cristiandad. Sus obras, como puede comprobarlo quien las examine, han sido todas grandes, y algunas extraordinarias. En los comienzos de su reinado tomó por asalto a Granada, punto de partida de sus conquistas. Hizo la guerra cuando estaba en paz con los vecinos, y, sabiendo, que nadie se opondría, distrajo con ella la atención de los nobles de Castilla, que, pensando en esa guerra, no pensaban en cambios políticos, y por este medio adquirió autoridad y reputación sobre ellos y sin que ellos se diesen cuenta. Con dinero del pueblo y de la Iglesia pudo mantener sus ejércitos, a los que templó en aquella larga guerra y que tanto lo honraron después. Más tarde, para poder iniciar empresas de mayor envergadura, se entregó, sirviéndose siempre de la Iglesia, a una piadosa persecución y despojó y expulsó de su reino a los "marranos". No puede haber ejemplo más admirable y maravilloso. Con el mismo pretexto invadió el África, llevó a cabo la campaña de Italia y últimamente atacó a Francia, porque siempre meditó y realizó hazañas extraordinarias que provocaron el constante estupor de los súbditos y mantuvieron su pensamiento ocupado por entero en el éxito de sus aventuras. Y estas acciones tuyas nacieron de tal modo una tras otra que no dio tiempo a los hombres para poder preparar con tranquilidad algo en su perjuicio.

También concurre en beneficio del príncipe el hallar medidas sorprendentes en lo que se refiere a la administración, como se cuenta que las hallaba Bernabé de Milán. Y cuando cualquier súbdito hace algo notable, bueno o malo, en la vida civil, hay que descubrir un modo de recompensarlo o castigarlo que dé amplio tema de conversación a la gente. Y, por encima de todo, el príncipe debe ingeniarse por parecer grande e ilustre en cada uno de sus actos.

Asimismo se estima al príncipe capaz de ser amigo o enemigo franco, es decir, al que, sin temores de ninguna índole, sabe declararse abiertamente en favor de uno y en contra de otro. El abrazar un partido es siempre más conveniente que el permanecer neutral. Porque si dos vecinos poderosos se declaran la guerra, el príncipe puede encontrarse en uno de estos casos: que, por ser los adversarios fuertes, tenga que temer a cualquiera de los dos que gane la guerra, o que no; en uno o en otro caso siempre le será más útil decidirse por una de las partes y hacer la guerra. Pues, en el primer caso, si no se define, será presa del vencedor, con placer y satisfacción del vencido; y no hallará compasión en aquel ni asilo en éste, porque el que vence no quiere amigos sospechosos y que no lo ayuden en la adversidad, y el que pierde no puede ofrecer ayuda a quien no quiso empuñar las armas y arriesgarse en su favor.

Antíoco, llamado a Grecia por los etolios para arrojar de ahí a los romanos, mandó embajadores a los acayos, que eran amigos de los romanos, para convencerlos de que permaneciesen neutrales. Los romanos, por el contrario, les pedían que tomaran las armas a su favor. Se debatió el asunto en el consejo de los acayos, y cuando el enviado de Antíoco solicitó neutralidad, el representante romano replicó: "*Quod autem isti dicunt non interponendi vos bello, nihil magis alienum rebus vestris est, sine gratia, sine dignitate, praemium victoris eritis*".

Y siempre verás que aquel que no es tu amigo te exigirá la neutralidad, y aquel que es amigo tuyo te exigirá que demuestres tus sentimientos con las armas. Los príncipes irresolutos, para evitar los peligros presentes, siguen las más de las veces el camino de la neutralidad, y las más de las veces fracasan, pero cuando el príncipe se declara valientemente por una de las partes, si triunfa aquella a la que se une, aunque sea poderosa y él quede a su discreción, estarán unidos por un vínculo de reconocimiento y de afecto; y los hombres nunca son tan malvados que, dando una prueba de tamaña ingratitud, lo sojuzguen.

Al margen de esto, las victorias nunca son tan decisivas como para que el vencedor no tenga que guardar algún miramiento, sobre todo con respecto a la justicia. Y si el aliado pierde, el príncipe será amparado, ayudado por él en la medida de lo posible y se hará compañero de una fortuna que puede resurgir. En el segundo caso, cuando los que combaten entre sí no pueden inspirar ningún temor, mayor es la necesidad de definirse, pues no hacerlo significa la ruina de uno de ellos, al que el príncipe, si fuese prudente, debería salvar, porque si vence queda a su discreción, y es imposible que con su ayuda no venza.

Conviene advertir que un príncipe nunca debe aliarse con otro más poderosos para atacar a terceros, sino, de acuerdo con lo dicho, cuando las circunstancias lo obligan, porque si venciera queda en su poder, y los príncipes deben hacer lo posible por no quedar a disposición de otros. Los venecianos, que, pudiendo abstenerse de intervenir, se aliaron con los franceses contra el duque de Milán, labraron su propia ruina. Pero cuando no se puede evitar, como sucedió a los florentinos en oportunidad del ataque de los ejércitos del papa y de España contra la Lombardía, entonces, y por las mismas razones expuestas, el príncipe debe someterse a los acontecimientos. Y que no se crea que los Estados pueden inclinarse siempre por partidos seguros; por el contrario, piénsese que todos son dudosos; porque acontece en el orden de las cosas que, cuando se quiere evitar un inconveniente, se incurre en otro. Pero la prudencia estriba en saber conocer la naturaleza de los inconvenientes y aceptar el menos malo por bueno.

El príncipe también se mostrará amante de la virtud y honrará a los que se distinguen en las artes. Asimismo, dará seguridades a los ciudadanos para que puedan dedicarse tranquilamente a sus profesiones, al comercio, a la agricultura y a cualquier otra actividad; y que unos no se

abstengan de embellecer sus posesiones por temor a que se las quiten, y otros de abrir una tienda por miedo a los impuestos. Lejos de esto, instituirá premios para recompensar a quienes lo hagan y a quienes traten, por cualquier medio, de engrandecer la ciudad o el Estado. Todas las ciudades están divididas en gremios o corporaciones a las cuales conviene que el príncipe conceda su atención. Reúnase de vez en vez con ellos y dé pruebas de sencillez y generosidad, sin olvidarse, no obstante, de la dignidad que inviste, que no debe faltarle en ninguna ocasión.

CAPÍTULO XXII DE LOS SECRETARIOS DEL PRÍNCIPE

No es punto carente de importancia la elección de los ministros, que será buena o mala según la cordura del príncipe. La primera opinión que se tiene del juicio de un príncipe se funda en los hombres que lo rodean: si son capaces y fieles, podrá reputárselo por sabio, pues supo hallarlos capaces y mantenerlos fieles; pero cuando no lo son, no podrá considerarse prudente a un príncipe que el primer error que comete lo comete en esta elección.

No había nadie que, al saber que Antonio da Venafro era ministro de Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, no juzgase hombre muy inteligente a Pandolfo por tener por ministro a quien tenía. Pues hay tres clases de cerebros: el primero discierne por sí; el segundo entiende lo que los otros disciernen, y el tercero no discierne ni entiende lo que los otros disciernen. El primero es excelente, el segundo bueno y el tercero inútil. Era, pues, absolutamente indispensable que, si Pandolfo no se hallaba en el primer caso, se hallase en el segundo. Porque con tal que un príncipe tenga el suficiente discernimiento para darse cuenta de lo bueno o malo que hace y dice, reconocerá, aunque de por sí no las descubra, cuáles son las obras buenas y cuáles las malas de un ministro, y podrá corregir éstas y elogiar las otras; y el ministro, que no podrá confiar en engañarlo, se conservará honesto y fiel.

Para conocer a un ministro hay un modo que no falla nunca. Cuando se ve que un ministro piensa más en él que en uno y que en todo no busca sino su provecho, estamos en presencia de un ministro que nunca será bueno y en quien el príncipe nunca podrá confiar. Porque el que tiene en sus manos el Estado de otro jamás debe pensar en sí mismo, sino en el príncipe, y no recordarle sino las cosas que pertenezcan a él. Por su parte, el príncipe, para mantenerlo constante en su fidelidad, debe pensar en el ministro. Debe honrarlo, enriquecerlo y colmarlo de cargos, de manera que comprenda que no puede estar sin él, y que los muchos honores no le hagan desear más honores, las muchas riquezas no le hagan ansiar más riquezas y los muchos cargos le hagan temer los cambios políticos. Cuando los ministros, y los príncipes con respecto a los ministros, proceden así, pueden confiar unos en otros; pero cuando proceden de otro modo, las consecuencias son perjudiciales tanto para unos como para otros.

CAPÍTULO XXIII CÓMO HUIR DE LOS ADULADORES

No quiero pasar por alto un asunto importante, y es la falta en que con facilidad caen los príncipes si no son muy prudentes o no saben elegir bien. Me refiero a los aduladores, que abundan en todas las cortes. Porque los hombres se complacen tanto en sus propias obras, y de tal modo se engañan, que no atinan a defenderse de aquella calamidad; y cuando quieren defenderse, se exponen al peligro de hacerse despreciables. Pues no haya otra manera de evitar la adulación que el hacer

comprender a los hombres que no ofenden al decir la verdad; y resulta que, cuando todos pueden decir la verdad, faltan al respeto. Por lo tanto, un príncipe prudente debe preferir un tercer modo: rodearse de los hombres de buen juicio de su Estado, únicos a los que dará libertad para decirle la verdad, aunque en las cosas sobre las cuales sean interrogados y sólo en ellas. Pero debe interrogarlos sobre todos los tópicos, escuchar sus opiniones con paciencia y después resolver por sí y a su albedrío. Y con estos consejeros comportarse de tal manera que nadie ignore que será tanto más estimado cuanto más libremente hable. Fuera de ellos, no escuchar a ningún otro, poner en seguida en práctica lo resuelto y ser obstinado en su cumplimiento. Quien no procede así se pierde por culpa de los aduladores o, si cambia a menudo de parecer, es tenido en menos.

Quiero a este propósito citar un ejemplo moderno. Fray Lucas (Rinaldi), embajador ante el actual emperador Maximiliano, decía, hablando de Su Majestad, que no pedía consejos a nadie y que, sin embargo, nunca hacía lo que quería. Y esto precisamente por proceder en forma contraria a la aconsejada. Porque el emperador es un hombre reservado que no comunica a nadie sus pensamientos ni pide pareceres; pero como, al querer ponerlos en práctica, empiezan a conocerse y descubrirse, y los que lo rodean opinan en contra, fácilmente desiste de ellos. De donde resulta que lo que hace hoy lo deshace mañana, que no se entiende nunca lo que desea o intenta hacer y que no se puede confiar en sus determinaciones.

Por este motivo, un príncipe debe pedir consejo siempre, pero cuando él lo considere conveniente y no cuando lo consideren conveniente los demás, por lo cual debe evitar que nadie emita pareceres mientras no sea interrogado. Debe preguntar a menudo, escuchar con paciencia la verdad acerca de las cosas sobre las cuales ha interrogado y ofenderse cuando se entera de que alguien no se la ha dicho por temor. Se engañan los que creen que un príncipe es juzgado sensato gracias a los buenos consejeros que tiene en derredor y no gracias a sus propias cualidades. Porque ésta es una regla general que no falla nunca, un príncipe que no es sabio no puede ser bien aconsejado y, por ende, no puede gobernar, a menos que se ponga bajo la tutela de un hombre muy prudente que lo guíe en todo. Y aun en este caso, duraría poco en el poder, pues el ministro no tardaría en despojarlo del Estado. Y si pide consejo a más de uno, los consejos serán siempre distintos, y un príncipe que no sea sabio no podrá conciliarlos. Cada uno de los consejeros pensará en lo suyo, y él no podrá saberlo ni corregirlo. Y es imposible hallar otra clase de consejeros, porque los hombres se comportarán siempre mal mientras la necesidad no los obligue a lo contrario. De esto se concluye que es conveniente que los buenos consejos, vengan de quien vinieren, nazcan de la prudencia del príncipe y no de la prudencia del príncipe de los buenos consejos.

CAPÍTULO XXIV POR QUÉ LOS PRÍNCIPES DE ITALIA PERDIERON SUS ESTADOS

Las reglas que acabo de exponer, llevadas a la práctica con prudencia, hacen parecer antiguo a un príncipe nuevo y lo consolidan y afianzan en seguida en el Estado como si fuese un príncipe hereditario. Por la razón de que se observa mucho más celosamente la conducta de un príncipe nuevo que la de uno hereditario, si los hombres la encuentran virtuosa, se sienten más agradecidos y se apegan más a él que a uno de linaje antiguo, porque los hombres se ganan mucho mejor con las cosas presentes que con las pasadas, y cuando en las presentes hallan provecho, las gozan sin inquirir nada; y mientras el príncipe no se desmerezca en las otras cosas, estarán siempre dispuestos a defenderlo. Así, el príncipe tendrá la doble gloria de haber creado un principado nuevo y de haberlo mejorado y fortificado con buenas leyes, buenas armas, buenos amigos y buenos

ejemplos. Del mismo modo que será doble la deshonra del que, habiendo nacido príncipe, pierde el trono por su falta de prudencia.

Si se examina el comportamiento de los príncipes de Italia que en nuestros tiempos perdieron sus Estados, como el rey de Nápoles, el duque de Milán y algunos otros, se advertirá, en primer lugar, en lo que se refiere a las armas, una falta común a todos: la de haberse apartado de las reglas antes expuestas. Después se verá que unos tuvieron al pueblo por enemigo, y que el que lo tuvo por amigo no supo asegurarse de los nobles. Porque sin estas faltas no se pierden los Estados que tienen recursos suficientes para permitir levantar un ejército de campaña.

Filipo de Macedonia, no el padre de Alejandro, sino el que fue vencido por Tito Quincio, disponía de un ejército reducido en comparación con el de los griegos y los romanos, que lo atacaron juntos; sin embargo, como era guerrero y había sabido congraciarse con el pueblo y contener a los nobles, pudo resistir una lucha de muchos años; y si al fin perdió algunas ciudades, conservó, en cambio, el reino.

Por consiguiente, estos príncipes nuestros que ocupaban el poder desde hacía muchos años no acusan a la fortuna por haberlo perdido, sino a su ineptitud. Como en épocas de paz nunca pensaron que podrían cambiar las cosas (es defecto común de los hombres no preocuparse por la tempestad durante la bonanza), cuando se presentaron tiempos adversos, atinaron a huir y no a defenderse, y esperaron que el pueblo, cansado de los ultrajes de los vencedores, volviese a llamarlos. Partido que es bueno cuando no hay otros; pero está muy mal dejar los otros por ése, pues no debemos dejarnos caer por el simple hecho de creer que habrá alguien que nos recoja. Porque no lo hay; y si lo hay y acude, no es para salvación nuestra, dado que la defensa ha sido indigna y no ha dependido de nosotros. Y las únicas defensas buenas, seguras y durables son las que dependen de uno mismo y de sus virtudes.

CAPÍTULO XXV

DEL PODER DE LA FORTUNA EN LAS COSAS HUMANAS Y DE LOS MEDIOS PARA Oponérsele

No ignoro que muchos creen y han creído que las cosas del mundo están regidas por la fortuna y por Dios, de tal modo que los hombres más prudentes no pueden modificarlas; y, más aún, que no tienen remedio alguno contra ellas. De lo cual podrían deducir que no vale la pena fatigarse mucho en las cosas, y que es mejor dejarse gobernar por la suerte. Esta opinión ha gozado de mayor crédito en nuestros tiempos por los cambios extraordinarios, fuera de toda conjetura humana, que se han visto y se ven todos los días.

Y yo, pensando alguna vez en ello, me he sentido algo inclinado a compartir el mismo parecer. Sin embargo, y a fin de que no se desvanezca nuestro libre albedrío, acepto por cierto que la fortuna sea juez de la mitad de nuestras acciones, pero que nos deja gobernar la otra mitad, o poco menos. Y la comparo con uno de esos ríos antiguos que cuando se embravecen, inundan las llanuras, derriban los árboles y las casas y arrastran la tierra de un sitio para llevarla a otro; todo el mundo huye delante de ellos, todo el mundo cede a su furor. Y aunque esto sea inevitable, no obsta para que los hombres, en las épocas en que no hay nada que temer, tomen sus precauciones con diques y reparos, de manera que si el río crece otra vez, o tenga que deslizarse por un canal o su fuerza no sea tan desenfrenada ni tan perjudicial. Así sucede con la fortuna, que se manifiesta con todo su poder allí donde no hay virtud preparada para resistirle y dirige sus ímpetus allí donde sabe que no se han hecho diques ni reparos para contenerla. Y si ahora contemplamos a Italia, teatro de estos

cambios y punto que los ha engendrado, veremos que es una llanura sin diques ni reparos de ninguna clase; y que si hubiese estado defendida por la virtud necesaria, como lo están Alemania, España y Francia, o esta inundación no habría provocado las grandes transformaciones que ha provocado, o no se habría producido. Y que lo dicho sea suficiente sobre la necesidad general de oponerse a la fortuna.

Pero ciñéndome más a los detalles, me pregunto por qué un príncipe que hoy vive en la prosperidad, mañana se encuentra en la desgracia, sin que se haya operado ningún cambio en su carácter ni en su conducta. A mi juicio, esto se debe, en primer lugar, a las razones que expuse con detenimiento en otra parte, es decir, a que el príncipe que confía ciegamente en la fortuna perece en cuanto ella cambia. Creo también que es feliz el que concilia su manera de obrar con la índole de las circunstancias, y que del mismo modo es desdichado el que no logra armonizar una cosa con la otra. Pues se ve que los hombres, para llegar al fin que se proponen, esto es, a la gloria y las riquezas, proceden en forma distinta: uno con cautela, el otro con ímpetu; uno por la violencia, el otro por la astucia; uno con paciencia, el otro con su contrario; y todos pueden triunfar por medios tan dispares. Se observa también que, de dos hombres cautos, el uno consigue su propósito y el otro no, y que tienen igual fortuna dos que han seguido caminos encontrados, procediendo el uno con cautela y el otro con ímpetu: lo cual no se debe sino a la índole de las circunstancias, que concilia o no con la forma de comportarse. De aquí resulta lo que he dicho: que dos que actúan de distinta manera obtienen el mismo resultado; y que de dos que actúan de igual manera, uno alcanza su objeto y el otro no. De esto depende asimismo el éxito, pues si las circunstancias y los acontecimientos se presentan de tal modo que el príncipe que es cauto y paciente se ve favorecido, su gobierno será bueno y él será feliz; mas si cambian, está perdido, porque no cambia al mismo tiempo su proceder. Pero no existe hombre lo suficientemente dúctil como para adaptarse a todas las circunstancias, ya porque no puede desviarse de aquello a lo que la naturaleza lo inclina, ya porque no puede resignarse a abandonar un camino que siempre le ha sido próspero. El hombre cauto fracasa cada vez que es preciso ser impetuoso, que si cambiase de conducta junto con las circunstancias, no cambiaría su fortuna.

El papa Julio II se condujo impetuosamente en todas sus acciones, y las circunstancias se presentaron tan de acuerdo con su modo de obrar que siempre tuvo éxito. Considérese su primera empresa contra Bolonia, cuando aun vivía Juan Bentivoglio. Los venecianos lo veían con desagrado, y el rey de España deliberaba con el de Francia sobre las medidas por tomar; pero Julio II, llevado por su ardor y su ímpetu, inició la expedición poniéndose él mismo al frente de las tropas. Semejante paso dejó suspensos a España y a los venecianos; y éstos por miedo, y aquella con la esperanza de recobrar todo el reino de Nápoles, no se movieron; por otra parte, el rey de Francia se puso de su lado, pues al ver que Julio II había iniciado la campaña, y como quería ganarse su amistad para humillar a los venecianos, juzgó no poder negarle sus tropas sin ofenderlo en forma manifiesta. Así, pues, Julio II, con su impetuoso ataque, hizo lo que ningún pontífice hubiera logrado con toda la prudencia humana: porque si él hubiera esperado para partir de Roma a tener todas las precauciones tomadas y ultimados todos los detalles, como cualquier otro pontífice hubiese hecho, jamás habría triunfado, porque el rey de Francia hubiera tenido mil pretextos y los otros amenazados con mil represalias. Prefiero pasar por alto sus demás acciones, todas iguales a aquella y todas premiadas por el éxito, pues la brevedad de su vida no le permitió conocer lo contrario. Que, a sobrevenir circunstancias en las que fuera preciso conducirse con prudencia, corriera a su ruina, pues nunca se hubiese apartado de aquel modo de obrar al cual lo inclinaba su naturaleza.

Se concluye entonces que, como la fortuna varía y los hombres se obstinan en proceder de un mismo modo, serán felices mientras vayan de acuerdo con la suerte e infelices cuando estén

en desacuerdo con ella, Sin embargo, considero que es preferible ser impetuoso y no cauto, porque la fortuna es mujer y se hace preciso, si se la quiere tener sumisa, golpearla y zaherirla. Y se ve que se deja dominar por éstos antes que por los que actúan con tibieza. Y, como mujer, es amiga de los jóvenes, porque son menos prudentes y más fogosos y se imponen con más audacia.

CAPÍTULO XXVI

EXHORTACIÓN A LIBERAR A ITALIA DE LOS BÁRBAROS

Después de meditar en todo lo expuesto, me preguntaba si en Italia en la actualidad, las circunstancias son propicias para que un nuevo príncipe pueda adquirir gloria esto es necesario a un hombre prudente y valeroso para instaurar una nueva forma de gobierno, por la cual, honrándose a sí mismo, hiciera la felicidad de los italianos. Y no puede menos que responderme que eran tantas las circunstancias que concurrían en favor de un príncipe nuevo, que difícilmente podría hallarse momento más adecuado. Y, si, como he dicho, fue preciso para que Moisés pusiera de manifiesto sus virtudes que el pueblo de Israel estuviese esclavizado en Egipto, y para conocer la grandeza de Ciro que los persas fuesen oprimidos por los medas, y la excelencia de Teseo que los atenienses se dispersaran, del mismo modo, para conocer la virtud de un espíritu italiano, era necesario que Italia se viese llevada al extremo en que yace hoy, y que estuviese más esclavizada que los hebreos, más oprimida que los persas y más desorganizada que los atenienses; que careciera de jefe y de leyes, que se viera castigada, despojada, escarnecida e invadida, y que soportara toda clase de vejaciones. Y aunque hasta ahora se haya notado en este o en aquel hombre algún destello de genio como para creer que había sido enviado por Dios para redimir estas tierras, no tardó en advertirse que la fortuna lo abandonaba en lo más alto de su carrera. De modo que, casi sin un soplo de vida, espera Italia al que debe curarla de sus heridas, poner fin a los saqueos de Lombardía y a las contribuciones del Reame y de Toscana y cauterizar sus llagas desde tanto tiempo gangrenadas.

Vedla cómo ruega a Dios que le envíe a alguien que la redima de esa crueldad e insolencia de los bárbaros. Vedla pronta y dispuesta a seguir una bandera mientras haya quien la empuña. Y no se ve en la actualidad en quien uno pueda confiar más que en vuestra ilustre casa, para que con su fortuna y virtud, preferida de Dios y de la Iglesia, de la cual es ahora príncipe, pueda hacerse jefe de esta redención. Y esto no os parecerá difícil si tenéis presentes la vida y acciones de los príncipes mencionados. Y aunque aquéllos fueron hombres raros y maravillosos, no dejaron de ser hombres; y no tuvo ninguna ocasión tan favorable como la presente; porque sus empresas no fueron más justas ni más fáciles que ésta, ni Dios les fue más benigno de lo que lo es con vos. Que es justicia grande: *iustum enim est bellum quibus necessarium, et pia arma ubi nulla nisi in armis spes est.* Aquí hay disposición favorable; y donde hay disposición favorable no puede haber grandes dificultades, y sólo falta que vuestra casa se inspire en los ejemplos de los hombres que he propuesto por modelos. Además, se ven aquí acontecimientos extraordinarios, sin precedentes, ejecutados por voluntad divina: la aguas del mar se han separado, una nube os ha mostrado el camino, ha brotado agua de la piedra y ha llovido maná; todo concurre a vuestro engrandecimiento. A vos os toca lo demás. Dios no quiere hacerlo todo para no quitarnos el libre albedrío ni la parte de gloria que nos corresponde.

No es asombroso que ninguno de los italianos a quienes he citado haya podido hacer lo que es de esperar que haga vuestra ilustre casa, ni es extraño que después de tantas revoluciones y revueltas guerreras parezca extinguido el valor militar de nuestros compatriotas. Pero se debe a que la antigua organización militar no era buena y a que nadie ha sabido modificarla. Nada honra tanto a un hombre que se acaba de elevar al poder como las nuevas leyes y las nuevas instituciones ideadas por él, que si están bien cimentadas y llevan algo grande en sí mismas, lo hacen digno de respeto

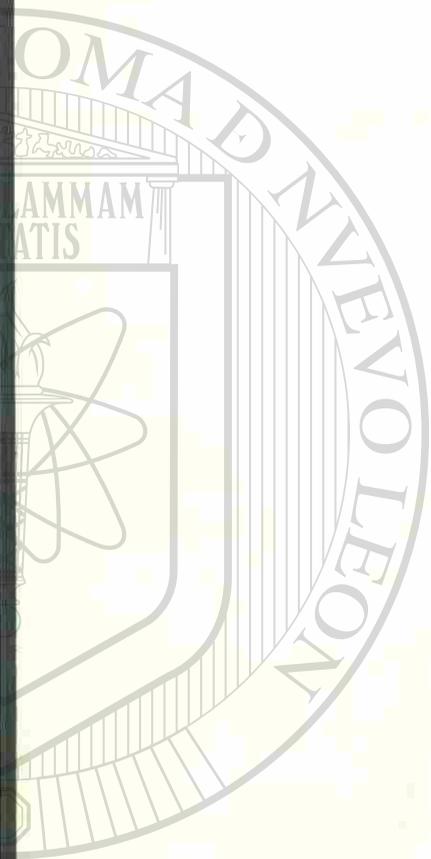
y admiración. E Italia no carece de arcilla modelable. Que si falta valor en los jefes sóbrales a los soldados. Fijaos en los duelos y en las riñas, y advertid cuán superiores son los italianos en fuerza, destreza y astucia. Pero en las batallas, y por culpa exclusiva de la debilidad de los jefes, su papel no es nada brillante: porque los capaces no son obedecidos; y todos se creen capaces, pero hasta ahora no hubo nadie que supiese imponerse por su valor y su fortuna, y que hiciese ceder a los demás. A esto hay que atribuir el que, en tantas guerras habidas durante los últimos veinte años, los ejércitos italianos siempre hayan fracasado, como lo demuestran Taro, Alejandría, Capua, Génova, Vallá, Bolonia y Mestri.

Si vuestra ilustre casa quiere emular a aquellos eminentes varones que libertaron a sus países, es preciso, ante todo, y como preparativo indispensable a toda empresa, que se rodee de armas propias: porque no puede haber soldados más fieles, sinceros y mejores que los de uno. Y si cada uno de ellos es bueno, todos juntos, cuando vean que quien los dirige, los honra y los trata paternalmente es un príncipe en persona, serán mejores. Es, pues, necesario organizar estas tropas para defenderse, con el valor italiano, de los extranjeros. Y aunque las infanterías suiza y española tienen fama de temibles, ambas adolecen de defectos, de manera que un tercer orden podría no sólo contenerlas, sino vencerlas. Porque los españoles no resisten a la caballería, y los suizos tienen miedo de la infantería que se muestra tan porfiada como ellos en la batalla. De aquí que se haya visto y volverá a verse que los españoles no pueden hacer frente a la caballería francesa, y que los suizos se desmoronan ante la infantería española. Y por más que de esto último no tengamos una prueba definitiva, podemos darnos una idea por lo sucedido en la batalla de Ravena, donde la infantería española dio la cara a los batallones alemanes, que siguen la misma táctica que los suizos; pues los españoles, ágiles de cuerpo, con la ayuda de sus broqueles habían penetrado por entre las picas de los alemanes y los acuchillaban sin riesgo y sin que éstos tuviesen defensa, y a no haber embestido la caballería, no hubiese quedado alemán con vida. Por lo tanto, conociendo los defectos de una y otra infantería, es posible crear una tercera que resista a la caballería y a la que no asusten los soldados de a pie, lo cual puede conseguirse con nuevas armas y nueva disposición de los combatientes. Y no ha de olvidarse que son estas cosas las que dan autoridad y gloria a un príncipe nuevo.

No se debe, pues, dejar pasar esta ocasión para que Italia, después de tanto tiempo, vea por fin a su redentor. No puedo expresar con cuánto amor, con cuánta sed de venganza, con cuánta obstinada fe, con cuánta temura, con cuántas lágrimas, sería recibido en todas las provincias que han sufrido el aluvión de los extranjeros. ¿Qué puertas se le cerrarían? ¿Qué pueblos negaríanle obediencia? ¿Qué envidias se le opondrían? ¿Qué italiano le rehusaría su homenaje? A todos repugna esta dominación de los bárbaros. Abrace, pues, vuestra ilustre familia esta causa con el ardor y la esperanza con que se abrazan las causas justas, a fin de que bajo su enseña la patria se ennoblezca y bajo sus auspicios se realice la aspiración de Petrarca:

*Virtù contro a furore
Prenderò l'armè; e fia 'l combatter corto,
Chè l'antico valore
Negl'itallici cuor non è ancor morto.**

* La virtud tomará las armas contra el atropello; el combate será breve, pues el antiguo valor en los corazones italianos aún no ha muerto.



U A N

SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTE